

# LOS CASOS NUNCA CONTADOS POR EL DR. WATSON

Selección e introducción  
Richard Lancelyn Green



los archivos de baker street

Lectulandia

Multitud de escritores de misterio han visitado las cataratas de Reichenbach para convocar al fantasma de Sherlock Holmes con la esperanza de que resuelva nuevos casos. Richard Lancelyn Green nos ofrece una colección de historias realizadas por expertos del calibre de Julian Symons, Ronald Knox, Adrian Conan Doyle, Vicent Starrett, D. O. Smith, y otros autores de igual mérito, todas ellas narradas al estilo y manera del incomparable doctor Watson/Conan Doyle.

Como dice Richard Lancelyn Green: 'Si las historias de este libro logran reavivar el fuego de las habitaciones de Baker Street, o repetir el ruido de los cabriolés, o captar el sonido de un pie sobre la escalera, entonces habrán conseguido su objetivo'.

**Lectulandia**

AA. VV.

**Los casos nunca contados por el  
doctor Watson**

**Valdemar: Los Archivos de Baker Street - 11**

ePub r1.0  
Titivillus 29.04.16

Título original: *The further adventures of Sherlock Holmes*

AA. VV., 1985

Traducción: Elías Sarhan

Diseño de cubierta: Cristina Belmonte Paccini

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Introducción

EL *Strand Magazine* de diciembre de 1893 reveló que Sherlock Holmes y el profesor Moriarty habían muerto en las cataratas de Reichenbach. Ésa, al menos, era la creencia del doctor Watson y de su creador. «Holmes murió en el número de Navidad», dijo Conan Doyle, «así que ahí acaban sus aventuras». Había fracasado en comprender cuan poderoso era el espíritu que había creado o cuan indestructible era el mito al que había dado a luz. El público no aceptaría la desaparición de un personaje tan popular y muchas personas estaban ansiosas por ver llenado ese vacío.

«Supongan que alguien que se imagina estar “en el mismo plano intelectual” que el señor Conan Doyle arrastrara a Sherlock Holmes de nuevo a la vida. ¿Cuál sería el remedio del señor Doyle?», preguntó el *St James's Gazette*, señalando las historias que usaban personajes creados por Dickens, la secuela de Walter Besant a Ibsen, *The Doll's House and After*, y el falso *Don Quijote* de Avellaneda. La verdad es que no había remedio, pues Holmes ya había asumido una existencia independiente.

Pocos autores podían resistir la tentación de escribir una parodia de Sherlock Holmes, o de entrevistarle o de componer versos conmemorativos en su honor. Vagaron por las cataratas de Reichenbach en su intento de resucitar al gran detective o invocaron a su fantasma. Le dieron la bienvenida en sus libros y le llamaron con otros nombres. En Alemania, España y Rusia ya estaban apareciendo nuevas historias con su nombre; pronto se vio oponiendo su inteligencia al más reputado caballero-ladrón de guante blanco de Francia; y, como dijo su hermano Mycroft, se iba a oír hablar de él en todas partes.

Los eruditos empezaron a desentrañar la confusa cronología y a buscar respuestas a algunos de los problemas biográficos. Parecía que los lectores nunca quedarían satisfechos, pues no podían saber lo suficiente sobre Sherlock Holmes. La mano de Doy le se vio presionada una y otra vez, y bajaría hasta las cámaras de *Cox and Co.*, en Charing Cross, para sacar historias nuevas, pero todavía el público deseaba más. Y así fue cómo los expertos del más elevado calibre, uno de los cuales, según Doyle, sabía más acerca del tema que él mismo, cogieron la pluma por el doctor Watson y le ayudaron a escribir la crónica de algunos de los casos anteriormente no registrados.

### LA AVENTURA DEL COCHE DE PRIMERA CLASE

Ronald Knox es una de las autoridades más versadas en Sherlock Holmes y la persona que demostró por primera vez cómo los métodos de la «Crítica Superior» y la erudición clásica se podían aplicar a las historias. Nació en 1888, el hijo más pequeño de un obispo anglicano, y murió en 1957, habiendo sido durante cuarenta

años un converso a la fe católica. Igual que su hermano, E. V. Knox, se convirtió en un temprano y ardiente admirador de Sherlock Holmes a través de la lectura de las historias del *Strand Magazine*. Era una de las pocas publicaciones seculares a las que se permitía la entrada en la casa Knox, y la primera a la que los niños tuvieron acceso. «Citas de las epístolas del doctor Watson», dijo más adelante su hermano, «eran bien consideradas por mis hermanos y por mí en todas las situaciones apropiadas e inapropiadas».

Una revista familiar les brindó la oportunidad de escribir un ensayo sobre las inconsistencias encontradas en los relatos, y éste, a su vez, sirvió como base para el famoso artículo, «Studies in the Literature of Sherlock Holmes», que Ronald leyó en el Club Gryphon de Oxford en 1911. Ambos ensayos le fueron enviados a Conan Doyle, quien, si no dio su opinión acerca del primero, al menos encontró bastantes cosas que le divirtieran en el segundo. Lo leyó en el *Blue Book* de Oxford, donde fue publicado por primera vez en julio de 1912. Luego se convirtió en una de las conferencias más populares de Ronald Knox y obtuvo un aplauso general en 1928, cuando se incluyó en sus *Essays in Satire*.

Los otros escritos sherlockianos de Knox incluyen su primer libro, *Juxta Saucis*, de 1910, en el que Holmes es miembro del simposio, y *Memories of the Future*, de 1923, donde Lady Ópalo describe la gran estatua del detective en Baker Street; también hubo críticas, artículos, cartas a la prensa y un ensayo sobre «Mycroft y Moriarty», aparecido en la antología de H. W. Bell de 1934, *Baker Street Studies*. Knox era amigo íntimo de G. K. Chesterton y miembro del Detection Club. Editó *The Best Detective Stories of the Year 1928*, dando en la introducción su famoso decálogo o lista de reglas que debían seguir los escritores de misterio, y fue autor de seis novelas de detectives, la mayoría de las cuales, ha de decirse, tienen como protagonista al más bien insípido y nada memorable sabueso *amateur*, Miles Bredon.

Durante un tiempo Knox se desilusionó con el mundo sherlockiano. «No soporto los libros sobre Sherlock Holmes», le contó a un editor que le había pedido que hiciera la reseña de uno de ellos. «Resulta tan deprimente que mi único logro permanente sea el de haber iniciado una mala broma... Si es que la empecé yo». Sin embargo, su viejo entusiasmo revivió después de la guerra y fue entonces cuando aceptó escribir «La Aventura del Coche de Primera Clase» para el *Strand Magazine*.

Mucha gente creía que Sherlock Holmes era la única persona que podía restaurar la débil suerte de la revista. A los editores les resultaba cada vez más difícil competir con las nuevas e impetuosas revistas en formato de bolsillo. Richard Ushborne, en una reseña a *The Annotated Sherlock Holmes* en 1967, explicó cuáles eran los problemas. Dijo que lamentaba que el compilador no hubiera incluido ninguno de los artículos que E. V. Knox había escrito para *Punch*:

También me gustaría ver de nuevo esa historia de Holmes que conseguimos que Ronald Knox escribiera para el moribundo (y querido). *Strand* en 1947, «La Aventura

del Coche de Primera Clase». Digo «conseguimos» porque yo era ayudante de Macdonald Hastings, editor del *Strand* en sus últimos tres años. Nosotros también estábamos agobiados por la leyenda de Holmes en aquellos días, igual que parecían estarlo los lectores (escasos) de la revista. Para nosotros, cuando éramos niños, el *Strand* había sido Holmes, y la cara de Holmes/Paget nos miraba con el ceño fruncido a través de la ventana mientras nos preguntábamos cómo hacer que el *Strand* de tamaño de bolsillo (escasez de papel) fuera rentable de nuevo. La mitad del tiempo queríamos asesinar su inestable nombre y empezar con una nueva fórmula, con desnudos y cuentos cortos para competir con las revistas rivales *Lilliput* y *Men Only*, que ganaban dinero. La otra mitad del tiempo queríamos hacer volver a Doyle, Kipling, Jacobs y Wodehouse, y retornar al mundo de la luz de gas y los cabriolés. Cuando el *Strand* cerró finalmente en 1950, mi viejo maestro me escribió: «Me encantaba el viejo y querido *Strand*. Para serle franco, en este siglo no he abierto ningún ejemplar de la revista». Quizá él era el típico lector al que nos enfrentábamos.

La historia de Knox apareció en el número de febrero de 1947 y se hizo un intento por recrear la atmósfera original. «¿Recordáis esto?», preguntaba el editorial encima de una fotografía de la primera página de «La Aventura de Shoscombe Old Place»: «Fue la última de las historias de Sherlock Holmes publicada en el *Strand Magazine* en 1927. En este número, Monseñor Ronald Knox, imitando con fidelidad el estilo del gran maestro, devuelve otra vez a Holmes y a Watson a las páginas del *Strand*. Al recuerdo inmortal de Sir Arthur Conan Doyle ofrecemos la primera Aventura Apócrifa de Sherlock Holmes». Un encabezamiento del *Strand Magazine* hecho por Garth Jones (el artista que diseñó las tapas para *El Sabueso de los Baskerville*), con una fecha anterior a la Primera Guerra Mundial, e ilustraciones de Tom Purvis, «En Respetuosa Memoria de Sidney Paget», completaban el efecto. Su título principal era: «El Sherlock Holmes Apócrifo», y pretendía ser la primera historia de una serie, pero en realidad fue la única que se publicó.

El relato es original, y no es uno de los que menciona el doctor Watson; no obstante, sigue con firmeza la tradición y posee muchos toques altamente evocadores y convincentes. Aunque no esté basado en hechos reales, el caso de la desaparición del señor Nathaniel Swithinbank podría pasar con facilidad como el trabajo del segundo doctor Watson, quien, de acuerdo con la anterior tesis de Knox, había escrito pastiches después de la desaparición de su amigo.

Los doctores Watson ilegítimos han sido la maldición de los estudiosos desde el momento en que el verdadero se puso a escribir. Dos en particular no han recibido la debida atención a su trabajo al ser descubiertos entre los propios papeles de Conan Doyle. Uno es el esbozo de una trama para una historia que implicaba el uso de zancos, y la otra es una historia completa.

## LA AVENTURA DEL BANQUERO DE SHEFFIELD

El *Star Man's Diary* del 13 de junio de 1942 anunció un «Hallazgo» de Sherlock Holmes. Era nada menos que el «manuscrito de una aventura no publicada del más grande de todos los detectives de ficción», y las nuevas de su descubrimiento habían sido dadas por «el hijo del autor», Adrian Conan Doyle, quien la había encontrado al revisar los papeles de su padre en busca de material para una biografía que estaba escribiendo Hesketh Pearson. «Lamentablemente», continuaba el *Diary*, «nuestra curiosidad inevitable no va a quedar satisfecha; no existe probabilidad de que la historia se publique». No se dio ninguna razón, pero al escritor del artículo no le quedó ninguna duda de que estaba en la propia letra de Doyle. «Cada línea de las historias de mi padre, desde la primera época, se hallaba en su escritura prolija», le contó Adrian, y luego, citando un comentario hecho por primera vez en 1914 por un corrector de pruebas del *Strand Magazine*, añadió: «Era tan meticulosamente clara que la casa editorial siempre se refería a él como el “Amigo del Editor”».

La noticia del descubrimiento pronto llegó a Estados Unidos, y se le pidió a William King, representante en Londres de Associated Press, que averiguara más al respecto. En su despacho, con fecha de 12 de septiembre de 1942, informó que la historia había estado en un cajón con otros documentos de la familia y que el sobre que la contenía tenía una nota de la viuda de Doyle que explicaba que su marido se había refrenado de publicarla porque creía que no estaba a la altura de su nivel habitual. Tanto Adrian Conan Doyle como Hesketh Pearson acordaron que el nivel era más bajo de lo usual, pero ninguno pareció dudar de su autenticidad; ciertamente, más bien lo contrario, pues King terminó diciendo: «El relato fue escrito varios años antes de que Sir Arthur muriera, pero el estado del papel indicaría, dijo su hijo, que no se encontraba entre las últimas de sus historias sobre Sherlock Holmes. Muestra la misma escritura cuidada que caracterizaba todos sus manuscritos».

Nadie estaba más ansioso por que se publicara la obra que Edgar W. Smith de los Irregulares de Baker Street. En una carta al *Saturday Review of Literature* del 10 de octubre de 1942 dijo que su descubrimiento era de «importancia cósmica»; y sin importar lo inferior que fuera la historia, ningún argumento creado para justificar su supresión tendría validez alguna. «¡El mundo está demasiado ansioso e insiste pidiendo *más* —no importa *qué*— Sherlock Holmes!».

La primera oportunidad para que el público juzgara por sí mismo surgió en agosto de 1943, cuando el *Strand Magazine* publicó el capítulo de la biografía de Pearson que contenía extractos de la historia. Pero aún se hurtaba su totalidad. Se rechazó una oferta de 20.000 dólares de una revista estadounidense, y Adrian Conan Doyle también se negó a cablegrafiar la historia al presidente de los Irregulares de Baker Street para que pudiera leerla en la cena anual, una vez que los invitados hubieran

jurado guardar el secreto.

Nada más se oyó hablar de ella hasta 1947, cuando salió a la luz un nuevo lote de manuscritos de Conan Doyle de una cámara subterránea de un banco en Crowborough, que incluía el ensayo titulado «Some Personalia about Mr. Sherlock Holmes», que fue escrito en 1917. Éste llegó a la atención del editor de la revista de Hearst, *Cosmopolitan*, quien preguntó si podía publicarlo; pero como ya lo había sido en el *Strand Magazine* y en la autobiografía de Doyle, en su lugar se le ofreció «The Man Who Was Wanted», y gustosamente lo aceptó. Tenía la impresión de que también había sido hallado en la cámara del banco y que estaba en forma de manuscrito. «¡Encontrada!», decía la tapa del número de agosto de 1948, «La Última Aventura de Sherlock Holmes. Una historia no publicada hasta ahora de Sir Arthur Conan Doyle». Estaba, tal como los que la vieron habían advertido, un poco por debajo del nivel habitual. «Somos conscientes», reconoció el editor, «de que hay varias inconsistencias en esta historia. No hemos tratado de corregirlas. Se publica tal como se encontró, a excepción de unos cambios menores en la ortografía y la puntuación».

En Inglaterra, la historia se ofreció al *Strand Magazine*, pero los editores la rechazaron por no poder permitirse pagarla, y aún seguía disponible cuando el editor del *Sunday Dispatch* se puso en contacto con Denis Conan Doyle el 12 de agosto de 1948. Las negociaciones se alargaron hasta diciembre, cuando se acordó un precio de 250 libras, y los nuevos agentes literarios, Pearn, Pollinger y Higham, quienes habían sustituido a A. P. Watt & Son, consiguieron unos términos muy ventajosos para la venta de los derechos al extranjero. La primera parte de la historia apareció en el periódico el 2 de enero, y el resto el 9 y el 16 de enero. Una vez más se hicieron advertencias respecto a las inconsistencias y, para prevenir más críticas, el editor añadió una declaración de Denis Conan Doyle que decía: «En apariencia, mi padre frenó la publicación de “The Case of the Man who was Wanted” por no considerar que estuviera a la altura de su nivel habitual. Su familia adoptó el mismo criterio y por ese motivo ha evitado su publicación hasta ahora, pero el interés del público en esta historia ha sido tan grande que por último hemos cedido a la presión y decidido permitir que la publicara el *Sunday Dispatch*».

Cuando se dio por primera vez la noticia de la historia, mucha gente insistió en que debía publicarse y, en palabras de Edgar Smith, solicitó «la inmediata inclusión de esta nueva Revelación en el canon de los Escritos Sagrados»; pero cuando se hizo esto, fueron menos amables. «Algunos notables sherlockianos son bastante severos», admitió Vincent Starrett en su columna «Books Alive» del *Chicago Tribune* el 19 de septiembre de 1948:

Joseph Henry Jackson considera que la historia «fracasa estrepitosamente». Russell McLauchlin se inclina por la creencia de que fue escrita, hace pocos años, por Adrian Conan Doyle, hijo de Sir Arthur, quien era, como todos sabemos, el agente literario

del doctor Watson. H. B. Williams piensa que los dos muchachos Doyle, Adrian y Denis, pueden haber encontrado el relato en una forma fragmentaria entre los papeles de su padre, y que lo han terminado lo mejor que han podido. Jeremiah Buckley declara que la obra es una falsificación y su perpetrador un estadounidense. El profesor Finlay Christ también insinúa la posibilidad de falsificación, y así continúa el juego.

De hecho, como pronto descubriría Starrett, no había sido escrita por Conan Doyle, y tampoco era una falsificación. El verdadero autor era Arthur Whitaker. Nació en 1882 y se casó en 1909, y su profesión era la de arquitecto. Poco después de casarse descubrió que le sobraba tiempo y, habiendo sido siempre un gran admirador de Sherlock Holmes, escribió una media docena de tramas para historias. Una de éstas, la que ahora nos ocupa, la desarrolló en su totalidad y se la envió a Conan Doyle sugiriéndole que ambos podían colaborar. Doyle le contestó el 7 de marzo de 1911, diciendo:

Estimado señor:

Leí su historia. No es mala y no veo por qué usted no cambia los nombres e intenta que se la publiquen. Por supuesto, no puede emplear los nombres de mis personajes.

A mí me es imposible unirle para escribir ningún caso con otro, pues el resultado sería que los editores de inmediato me bajarían el precio en un 75 por ciento.

A veces estoy abierto a comprar ideas que guardo y uso en el momento que yo considero propicio y a mi manera. Lo hice una vez y pagué diez guineas por la idea, escribiéndola con mi estilo. Si así lo desea, lo haría con usted, pero no puedo garantizarle usarla, y usted no podría recibir ningún crédito personal por ella. Considerándolo todo, sería más inteligente que la empleara usted.

Atentamente suyo,

Arthur Conan Doyle».

Whitaker decidió que aceptaría la oferta, y el 14 de marzo de 1911 se le envió un cheque por diez guineas. Luego, dominado por un nuevo entusiasmo literario, escribió cuatro o cinco de las otras historias, una de las cuales, «The Missing Bales», que presentaba a un detective privado llamado Harold Quest, fue publicada en *Novel Magazine* en abril de 1913. Pero las otras fueron descartadas. A lo largo de toda su vida su interés constante fue la historia natural. Antes de escribir la aventura de Holmes le habían publicado un artículo sobre murciélagos en el *Naturalist*, al que seguirían otros, a la vez que su colección crecía hasta convertirse en una de las mejores del país (las notas y los diarios sobre pájaros en la actualidad están divididos entre el *Edward Grey Institute* en Oxford y el *British Trust for Ornithology* en Tring, mientras que los huevos de pájaros, las mariposas y las polillas fueron al *Sheffield*

*City Museum*). Su interés en la ornitología tendió a estar por delante de su trabajo como arquitecto, pero al menos diseñó un teatro y un número de casas en su ciudad natal de Sheffield. Ocasionalmente también se vería su nombre en las columnas de correspondencia de los diarios locales, donde a menudo escribía en verso... al igual que hacía en sus tarjetas de navidad, dibujadas por él, y en las cartas que le escribía a sus amigos.

Whitaker guardó una copia de la historia, y ésta fue leída por su hermano y hermana (a quienes les dio la carta de Doyle), y por otros amigos (incluyendo uno a quien le dio la tarjeta de visita de Doyle que había acompañado el cheque), pero ya casi lo había olvidado cuando en septiembre de 1945 leyó por casualidad la biografía de Hesketh Pearson y vio la atribución incorrecta que se le daba a la historia. El 24 de septiembre de 1945 le escribió a Pearson, indicando que él era el autor. «Mi orgullo», decía, «no se siente impropriamente herido por su comentario de que “The Man Who Was Wanted” no está a la altura de la expectativa creada, y se ve muy mitigada por su opinión de que lleva la auténtica marca de fábrica. Creo que es un gran cumplido para mi único esfuerzo de plagio».

Pearson contestó la carta el 26 de septiembre, diciendo que el comienzo de la historia era lo suficientemente bueno como para que él hubiera afirmado que era auténtica, y sugiriendo que a todas las futuras ediciones les añadiría una nota que explicara:

Dos años después de la publicación de este libro me enteré por el señor Arthur Whitaker, de Sheffield, que él había escrito la historia no publicada titulada «The Man Who Was Wanted» unos treinta y cinco años atrás. Se la había enviado a Doyle sugiriendo una colaboración. Doyle replicó que la historia debería ser reescrita, pero añadió que estaba dispuesto a pagar diez guineas por ella y que se hallaba abierto a comprar ideas de tramas para ser usadas cómo y cuando él lo decidiera, y siempre que le gustaran. El señor Whitaker aceptó la oferta y Doyle archivó la historia entre sus papeles. Debido a su comienzo característico, creí que era suya propia, y no había nada en la escritura que sugiriera lo contrario.

Aunque una edición nueva publicada por la Asociación de Editores apareció en 1946, no contenía la nota debido a que el autor no recibió las galeradas a tiempo.

El 31 de octubre de 1948 Pearson volvió a escribirle a Whitaker, después de haber recibido unos recortes de prensa de Estados Unidos que dejaban claro que la historia había sido publicada con el nombre de Doyle. Estaba pensando en escribir un artículo al respecto, pero llegado diciembre, después de haberse puesto en contacto con Vincent Starrett y recibido una copia del *Cosmopolitan*, tomó la decisión de no hacer nada más al respecto, en especial por la animosidad mostrada con anterioridad hacia él por los hijos de Doyle. «Sin importar lo que haga o diga acerca de esta historia»,

explicó, «con toda probabilidad lo tomarán como algo avieso, razón por la que he decidido mantenerme al margen del asunto en todo lo que pueda, dejar que Starrett sepa la verdad y que la cuestión quede enteramente en sus manos». Cada uno le escribió una carta a Starrett pero, con la publicación de la historia en el *Sunday Dispatch*, Whitaker consideró que en justicia debía revelar la verdad a Denis Conan Doyle sin más demora. Lo hizo el 12 de enero de 1949. La carta le fue remitida a Adrian Conan Doyle, que se hallaba en Tánger. Éste contestó molesto el 21 de enero y demandó pruebas de la autoría de Whitaker. «A menos que reciba tales pruebas que satisfagan a nuestros abogados, le advertimos que de inmediato estableceremos acción legal por daños y perjuicios ante el caso de que cualquier persona lance cualquier calumnia, sin pruebas sólidas, en contra de nuestro manuscrito».

Whitaker quedó perplejo por el tono de la carta e indicó que poseía la copia original a papel carbón y que podía presentar una veintena de testigos que habían visto y leído la historia mucho antes de la muerte de Doyle. Pero el asunto ya se hallaba en manos de Vertue, Son & Churcher, los abogados del legado de Conan Doyle. Por ello, Whitaker llamó a sus propios abogados, Lapage, Norris Sons & Saleby. El 3 de febrero de 1949 pudo presentar la carta original que le enviara Conan Doyle, y el 15 de febrero el asunto llegó a una conclusión satisfactoria. Los Doyle reconocieron que en verdad la historia era de Arthur Whitaker y, aunque éste no esperaba ninguna remuneración, ellos acordaron pagarle parte de los ingresos obtenidos (150 libras en total, de las cuales 21 se destinaron a cubrir gastos legales). Mientras tanto, se había mantenido a distancia a la prensa, pero una vez que se hubo solucionado la cuestión, el *Sunday Dispatch* publicó un artículo de John Bingham que dejaba las cosas claras y explicaba cómo había surgido la confusión. Whitaker tuvo poco tiempo para saborear su recién adquirida fama, pues murió súbitamente el 10 de julio de 1949.

Su curiosa historia le da al relato derecho a tener un lugar en esta colección y, aunque en su tiempo fue criticada cuando se la consideró de Conan Doyle debido a la desconcertante escala temporal doble, al establecimiento errático de fechas y a las imposibles referencias a Mary Morstan (quien estaba muerta en 1895), es, no obstante, de un elevado nivel, y, como engañó a la viuda de Doyle, a sus hijos, a sus dos biógrafos, Hesketh Pearson y John Dickson Carr, siempre ocupará un lugar especial entre los escritos apócrifos de Sherlock Holmes.

## LA AVENTURA DEL *HAMLET* ÚNICO

Vincent Starrett, que, como ya se ha visto, fue uno de los primeros en saber la verdad acerca de Arthur Whitaker, y que también había sido uno de los primeros en Estados Unidos en mencionar la historia de «The Man Who Was Wanted», tal como lo hiciera en el *Chicago Tribune* el 12 de septiembre de 1942, nació en Toronto en 1886 y

comenzó su «carrera de idolatría por Conan Doyle» cuando contaba diez años de edad. En 1918 escribió su primer artículo, «In Praise of Sherlock Holmes», para el *Reedy Mirror*; era un «himno triunfal de gratitud» escrito inmediatamente después de la publicación de *Su Último Saludo*, y se le envió una copia a Conan Doyle. Iba a ser la inspiración para una serie de artículos que fueron reunidos en 1933 bajo el título *The Private Life of Sherlock Holmes*. Pero con anterioridad ya había realizado su segunda contribución a la «literatura de la leyenda». Ésta fue «La Aventura del Hamlet Único», que fue escrita en 1920 y editada privadamente por Walter Hill para que se distribuyera en navidad entre sus amigos (uno de los cuales era Conan Doyle). Se describe como «una aventura hasta ahora no registrada del señor Sherlock Holmes», pero el autor también esperaba que se leyera como una «sátira cordial sobre los coleccionistas de libros y los especialistas shakespearianos».

Starrett era un hombre de muchas facetas, afamado crítico, ensayista, periodista, antólogo, poeta, biógrafo y coleccionista de libros, pero como mejor se lo recordará será como «Sherlockfilo». En 1934 fue uno de los miembros fundadores de los Irregulares de Baker Street; en 1940 editó una antología de temas sherlockianos (que incluía su pastiche); y después produjo un torrente de poemas, artículos e introducciones. «El hecho es», reconoció más adelante, «que ahora apenas puedo escribir un párrafo sobre cualquier tema sin introducir a Holmes en el argumento». Bajo la influencia de Conan Doyle escribió una narración ficticia del caso de Oscar Slater, *Too Many Sleuths*, y sus novelas de detectives estaban en deuda con Sherlock Holmes. Una de ellas, *The Casebook of Jimmie Lavender*, fue dedicada al «Doctor John H. Watson, anteriormente de Baker Street, Londres, quien escribió la prescripción original». Aunque no era un gran narrador de historias de crímenes, en la época de su muerte, acaecida en 1974, Starrett se había establecido a sí mismo como uno de los más ilustres hombres de libros de Estados Unidos y el decano de los sherlockianos.

Aparte de aparecer en su propia antología, *221 B*, «La Aventura del Hamlet Único» también se incluyó en las *Misadventures de Sherlock Holmes*, de Ellery Queen, en 1944, y en la edición revisada de *The Private Life of Sherlock Holmes*, publicada en 1960. Fue el único pastiche de Starrett, aunque en una ocasión dijo que podría hacer algo similar creando una historia «sintética». En una carta a Ellery Queen explicó el motivo que tenía para querer llevarlo a cabo:

Siempre he deseado realizar un Sherlock sintético: el comienzo de una historia, el desarrollo de otra y la conclusión de una tercera; o quizá seis u ocho de las aventuras mezcladas en un perfecto relato de Holmes. Puede que aún lo haga. El motivo sería el de crear una aventura de Holmes que yo pudiera admirar por completo, y que contuviera todo lo que me gusta: el comienzo a la mesa del desayuno, con una o dos páginas para deducciones; la aparición de la señora Hudson, seguida de inmediato por el atribulado cliente,

quien se desmayaría en el umbral de la puerta; el cabriolé en la niebla, y así sucesivamente. Creo que se podría hacer. Me doy cuenta de que cuando pienso en las historias de Holmes casi de manera instintiva pienso en semejante cuento increíble, me pregunto cuál es, y entonces comprendo que se trata de una colección de fragmentos literarios que sólo existe en mi mente.

En relación con Starrett se puede mencionar a otros dos escritores de pastiches sherlockianos; son Harry Bedford-Jones y August Derleth.

Poco después de la publicación de *The Private Life of Sherlock Holmes*, Starrett se enteró por el doctor Logan Clendenning de que se había encontrado una serie de historias no publicadas de Sherlock Holmes; habían sido enviadas a Alexander Woollcott por un tal H. E. Twinells, de Palm Springs, con una explicación ingeniosa sobre cómo habían llegado a estar en su custodia. Starrett se mostró muy intrigado y pronto Clendenning le consiguió unas copias. «Aunque evidentemente se trataba de pastiches», dijo más adelante Starrett, «los cuentos eran muy inteligentes. Sin embargo, en el acto supe que no habían sido escritos por Conan Doyle y poco después, debido a ciertas deducciones que estaban a la altura del mismo maestro, tuve la certeza de que *eran* de mi viejo amigo Bedford-Jones». Como le sucediera a Hosmer Ángel, el señor Twinells fue traicionado por su papel y máquina de escribir, pues eran idénticos a los que empleaba Bedford-Jones.

Había por lo menos tres historias, cada una basada en un título proporcionado por el doctor Watson. Una concernía a los hermanos Atkinson, de Triconmalee; otra trataba del destino del *Matilda Briggs*; y la tercera contenía una narración del caso de la Muleta de Aluminio. La última fue publicada como un pastiche de Sherlock Holmes en el *Palm Springs News* en enero y febrero de 1936 (y luego en el *Baker Street Journal*), pero a las otras dos se les cambiaron los nombres y se convirtieron en historias corrientes de detectives.

Los pastiches de August Derleth tenían una escala más ambiciosa y con el tiempo crecieron hasta llegar a ser una saga paralela, completa con su Crítica Superior y una Sociedad. Derleth nació en Sauk City, Wisconsin, en 1909, y se convirtió en uno de los escritores más prolíficos de Estados Unidos, a la vez que en editor de renombre. Murió en 1971 con más de ciento treinta libros en su haber.

Se hizo aficionado a Sherlock Holmes de niño, y escribió su primer pastiche en el otoño de 1928, cuando se hallaba en su primer año de estudios en la Universidad de Wisconsin. Su intención era crear una nueva serie de historias de Sherlock Holmes. Su forma, comentó con posterioridad, no era la de ser «la imitación que ponía en ridículo, pensada para hacer reír», sino «la cariñosa y admirativa, y menos conocida, del pastiche». No obstante, Doyle se negó a permitirle usar los nombres de Sherlock Holmes y del doctor Watson, por lo que a cambio se decidió por «Solar Pons», que era silábicamente similar e implicaba un «puente de luz»; el compañero se convirtió en el doctor Lyndon Parker, y su alojamiento se hallaba en Praed Street. La primera

historia, «The Adventure of the Black Narcissus», se publicó en *Dragnet* en febrero de 1929. Diez historias más siguieron en rápida sucesión, tres de ellas escritas en un solo día, y luego Pons fue destinado al limbo. Allí habría permanecido de no haber sido por el interés de Ellery Queen, que incluyó «The Adventure of the Norcross Riddle» en *The Misadventures of Sherlock Holmes*, y a partir de ahí hizo que el nombre de Solar Pons fuera conocido por un público más amplio. Entonces se convenció a Derleth para que revisara las historias anteriores y las publicara en forma de libro. El título fue: *In Re: Sherlock Holmes*, que era la entrada que Derleth había situado en su diario antes de escribir la primera historia; llevaba una introducción de Vincent Starrett, y un sello especialmente creado, Mycroft y Moran. Siguieron muchas otras aventuras en los años posteriores, incluyendo relatos largos y una novela.

Solar Pons evolucionó de Sherlock Holmes, pero se convirtió en un personaje concreto, una distinción que fue puesta de relieve cuando el editor del *Baker Street Journal* publicó «The Adventure of the Circular Room» usando los nombres de Holmes y Watson. Como historia de Pons es un éxito, pero como pastiche de Sherlock Holmes tiene serios defectos. Como dijera Starrett, Pons era una «emanación ectoplásmica de su gran prototipo», un actor inteligente y un pupilo brillante, pero definitivamente no era Sherlock Holmes. Se hallaba más en la tradición de las historias de Picklock Holes de R. C. Lehmann que aparecieron por primera vez en *Punch* en 1893, y un precursor de las historias de Schlock Homes de Robert L. Fish.

## LA AVENTURA DEL HOMBRE MARCADO

La historia original de Schlock Homes fue publicada en el «Apartado de Primeras Historias» del *Ellery Queen's Mystery Magazine* en 1960, y resultó ser tan popular que se convenció al autor, un ingeniero consultor, para que escribiera más. Siguió haciéndolo de vez en cuando hasta su muerte en 1981.

Fred Dannay y Manfred B. Lee, que eran las dos mitades de Ellery Queen, jugaron un papel muy importante en el desarrollo de la literatura de detectives. Sus recuerdos eran extensos, sus gustos liberales y su patronazgo amplio, y fueron responsables directos de muchas historias y secuelas que, de lo contrario, nunca se habrían escrito. Tengan un monopolio virtual de los relatos de Schlock Homes; también animaron a Barry Perowne a continuar con sus secuelas de Raffles, que había comenzado en los años treinta, y de Michael Harrison, (cuyas historias sobre el origen de Sherlock Holmes publicaron ellos) consiguieron una serie de nuevos cuentos de Dupin. Todos los grandes escritores de misterio, vivos y muertos, han estado representados en las páginas de su revista, y en ella ha habido un flujo regular de parodias y pastiches sherlockianos. Una de las primeras fue «La Aventura del

Hombre Marcado», que apareció en el número de julio de 1944. Se trataba de una de dos historias de Sherlock Holmes escritas especialmente para ellos por Stuart Palmer; la otra era «The Adventure of the Remarkable Worm», que fue publicada en *The Misadventures of Sherlock Holmes*.

Palmer nació en 1905 y murió en 1968. Encontró por primera vez el nombre de Sherlock Holmes a la edad de doce años, cuando leyó *The Pursuit of the House-Boat*, de John Kendrick Bangs. A los pocos años ya conocía casi de memoria todas las historias originales e incluso se había tomado la molestia de escribir una carta apreciativa de Sherlock Holmes a su dirección de Baker Street. Realizó su debut como escritor de relatos de detectives en 1931, pero fue su segundo libro, *The Penguin Pool Murders*, el que estableció su reputación y la de su heroína, la maestra convertida en detective, la señorita Hildegarde Withers. «Ella jamás podría haber existido», dijo después, «de no haber sido por su ilustre predecesor». El amor de ella por lo oculto, su curiosidad, y su costumbre de retener información hasta el desenlace debían su origen a Sherlock Holmes.

Los dos pastiches, uno serio y otro cómico, fueron escritos mientras Palmer estuvo destinado en una guarnición del ejército en Oklahoma, donde cumplía la tarea de instructor, y ambos, dijo, «se basaron en la gran tradición y, no obstante, se concibieron con toda humildad y respeto». Fueron los únicos que escribió, aunque su interés en Sherlock Holmes y en los casos no registrados mencionados por el doctor Watson jamás decreció. El destino del buque de vapor holandés *Friesland*, las singulares aventuras de los Grice Patterson en la *Isla de Uffa* y las otras «deliciosas y perdidas historias» serían, insistía, más preciosas para él que las canciones perdidas de Safo.

## LA AVENTURA DE LOS ROBOS DEL MEGATHERIUM

Para S. C. Roberts, que más tarde se convertiría en una de las principales autoridades sobre la vida del doctor Johnson, fueron los primeros seis volúmenes del *Strand Magazine* los que le sirvieron como introducción a Sherlock Holmes. Nació en 1887 y fue estudiante, miembro y por último rector del Pembroke College, Cambridge. Fue Secretario de la University Press entre 1922 y 1948, y Vicerrector de la Universidad desde 1949 hasta 1951.

Aunque descubrió a Conan Doyle en 1911, su primera contribución a la literatura de Sherlock Holmes (que luego recibiría una impresión privada) fue «A Note on the Watson Problem» en el *Cambridge Review* del 25 de enero de 1929, que era un comentario sobre los estudios de Ronald Knox que habían aparecido en *Essays in Satire*. Le siguió un ensayo acerca de la primera época de la carrera del doctor Watson, un «prolegómeno al estudio de un problema biográfico», que se publicó en *Life and Letters* en febrero de 1930, y en la antología *Essays of the Year*, y que luego

se incluiría en uno de los *Criterion Miscellanies* de Faber & Faber, donde se extendió para que contuviera detalles de los últimos años del doctor Watson. Éste se convirtió, tal como dijera el *Times*, en la «vida tipo» del doctor Watson y colocó a Roberts en la primera fila del nuevo saber, saber que alcanzó su cúspide en 1932 con la publicación de una «biografía realmente exhaustiva» de Sherlock Holmes escrita por T. S. Blakeney, y de un «libro de texto para estudiantes avanzados» de H. W. Bell, que proporcionaba la cronología de las historias. Los dos libros fueron reseñados por Roberts en el *Observer*. También fue miembro de la primera Sociedad Sherlock Holmes de Londres y contribuyó a los *Baker Street Studies* de Bell.

De sus cuatro pastiches sherlockianos, el primero fue una obra de teatro corta llamada *Christmas Eve*, que se imprimió privadamente en 1936 para su distribución en Navidad. Luego, en 1945, después del robo de algunos libros de la Biblioteca Athenaeum, publicó «The Strange Case of the Megatherium Thefts». Más adelante, en julio de 1951, para coincidir con la exposición de Sherlock Holmes en Baker Street y bajo el auspicio de la *National Book League*, dio una conferencia pública en el Museo Victoria y Alberto sobre «La Personalidad de Sherlock Holmes», que incluía unos pocos extractos provocadores de la narración del doctor Watson «The Death of Cardinal Tosca». En la misma época fue nombrado Presidente Vitalicio de la nueva Sociedad Sherlock Holmes, y en calidad de tal (y como Síndico del lugar de nacimiento de Shakespeare) en 1963 reveló su descubrimiento del manuscrito no publicado del doctor Watson «The Case of the Missing Quarto», un complemento a la historia anterior de Vincent Starrett. Todos sus primeros artículos, ensayos y pastiches, incluyendo su introducción a la edición de *World's Classics* de las historias de Sherlock Holmes, se reunieron en 1953 bajo el título de *Holmes and Watson: A Miscellany*, y siguió siendo un sherlockiano activo hasta su muerte en 1966.

## LA AVENTURA DEL CORMORÁN AMAESTRADO

La historia de W. E. Duncan Macmillan, originalmente llamada «Holmes en Escocia», proporciona una narración del, quizá, más desconcertante de los casos no registrados, el que se menciona en *La Aventura de la Inquilina del Velo* sobre un cormorán amaestrado, un político y un faro.

El origen del título parecería remontarse a los días pasados por Conan Doyle en Edimburgo, cuando visitó la isla de May en el estuario de Forth. La isla tenía poco que la hiciera recomendable, pero poseía un faro, cormoranes y alcatraces, y Doyle la usó dos veces a principios de la década de 1880, primero en un esbozo semiautobiográfico, «After Cormorants with a Camera», que se publicó en el *British Journal of Photography* en 1881, y de nuevo en «John Barrington Cowles», que apareció en el *Cassell's Saturday Journal* en 1884. Por lo tanto, resulta apropiado que la historia haya sido escrita por un escocés, que tenga un fondo escocés y que

apareciera primero en una revista de Edimburgo. Y también es apropiado que fuera en la *Blackwood's Magazine*, ya que se trataba de la revista en la que, durante los primeros años de su carrera, Doyle anhelaba que le publicaran una historia. A diferencia del *Chamber's Journal*, que aceptó su primer relato en 1879, *Blackwood's* rechazó muchos manuscritos que les envió, incluyendo dos de los que se ha afirmado que eran prototipos de las historias de Sherlock Holmes: «The Haunted Grange of Gresthorpe» y «Uncle Jeremy's Household». El primero se lo envió hacia 1880 y jamás le fue devuelto, mientras que el segundo les llegó en 1884 y, eventualmente, fue publicado en el *Boy's Own Paper*.

La historia de Duncan Macmillan se publicó en *Blackwood's* en septiembre de 1953, y la primera edición tenía un prefacio con una breve narración de su origen. El autor dijo que le parecía estar caminando con el doctor Watson por el Averno. Preguntó si Sherlock Holmes había sido culpable alguna vez de egoísmo o fanfarronería, pero Watson lo negó. Luego preguntó si las afirmaciones que Holmes había hecho sobre sus primeros casos estaban justificadas, y, al ser presionado para que diera un ejemplo, mencionó el caso que involucraba al cormorán amaestrado. De inmediato Watson se relajó, y una vez que se hubieron sentado en un cómodo cenador, le proporcionó la narración del caso. Cuando acabó, su oyente le preguntó si en realidad se trataba de la verdadera historia del político, el faro y el cormorán amaestrado. «Sí, mi querido señor», repuso el doctor con voz plácida y satisfecha, «lo es en realidad».

## LA AVENTURA DEL CASTILLO ARNSWORTH

Las historias que componen *The Exploits of Sherlock Holmes*<sup>[1]</sup> eran casi contemporáneas a «Holmes in Scotland». Se basaban en títulos mencionados por el doctor Watson y fueron escritas por Adrian Conan Doyle y John Dickson Carr.

Adrian era el hijo más joven de Sir Arthur Conan Doyle, y nació en 1910. Dedicó toda su vida a la memoria de su padre. De niño le acompañó en giras de conferencias por Australia, América, Sudáfrica y Escandinavia, donde fue testigo de las máximas alabanzas al creador de Sherlock Holmes y de la a veces dura crítica dirigida contra el «apóstol del espiritismo». Su educación formal se vio limitada a unos pocos años en una escuela especial donde iba a examinarse, y luego dedicó la mayor parte de su tiempo a sus pasatiempos de carreras de coches, pintura y zoología. Se casó en 1938 y poco después se fue al Camerún en una expedición de captura de reptiles. Poco dócil para someterse a la disciplina de las Fuerzas Armadas, pasó los años de la guerra en retiro virtual en Vignell Wood, en el New Forrest, donde estaba rodeado por una colección de armaduras, llaves antiguas y papeles familiares.

La dirección del legado literario en un principio recayó sobre su hermano, Denis, pero en 1943 Adrian entró en el conflicto acusando a Hesketh Pearson de haber

escrito una biografía fraudulenta que no hacía justicia a su padre, y en 1945 produjo su propio panegírico en forma de panfleto: *The True Conan Doyle*. Un año o dos después, John Dickson Carr fue elegido como el biógrafo oficial y los dos se hicieron amigos. Ambos compartían la creencia de que Gran Bretaña se hallaba en decadencia y que bajo el nuevo gobierno laborista ya no era un lugar adecuado para vivir. Carr, una vez terminada su biografía, regresó a Estados Unidos, mientras que Adrian se dirigió a un exilio voluntario, estableciéndose primero en Tánger, luego en Portugal y por último en Suiza. Los dos hombres se encontraron de nuevo en Nueva York en 1952, cuando Adrian fue a supervisar la inauguración de la *Sherlock Holmes Exhibition*, que incluía la reconstrucción del salón del 221 B que él le había comprado al Ayuntamiento de Marylebone. En ocasiones anteriores habían discutido la posibilidad de revivir a Sherlock Holmes, pero en ese momento tomaron la firme decisión de hacerlo.

Carr tenía ya cierta experiencia en ese campo, pues había escrito dos piezas cortas humorísticas para la Asociación de Escritores de Misterio de América. La primera, «The Adventure of the Conk-Singleton Papers», se representó en abril de 1948, y la otra, «The Adventure of the Paradol Chamber», un año después. En una, la Reina Victoria era acusada de haber intentado envenenar a Gladstone, mientras que en la otra el embajador francés se quitaba los pantalones en su presencia. A pesar de ser de mal gusto, Carr insistió en que su intención no era faltarle al respeto a Sherlock Holmes.

La primera de las *Hazañas*, «La Aventura de los Siete Relojes», era una colaboración en pleno basada en una idea proporcionada por Carr. «Parte de ella está escrita línea a línea de manera alternativa», dijo Adrian en la época de su publicación. «No podemos distinguir, ni nadie más tampoco, quién escribió cada frase. Cuando escribimos, cada uno de nuestros cerebros es una mitad que forma parte de un todo». Otras dos se escribieron de la misma manera, pero la colaboración no resultó fácil. A Carr le resultaba difícil escribir en otro estilo que no fuera el suyo, y no siempre consideraba que las historias mejoraban con las correcciones realizadas por Adrian. Escribió tres más y luego «se puso enfermo», dejando que Adrian completara la serie. En Estados Unidos la primera historia fue comprada por *Life*, y el resto por *Collier*, mientras que en Inglaterra aparecieron en el *Evening Standard* de Londres y en otros periódicos regionales.

La reacción de los lectores fue variada y los Sherlockianos se dividieron entre sí. Algunos permitieron que su juicio se viera empañado por el resentimiento que sentían hacia Adrian, mientras que otros dieron la bienvenida a su cambio de actitud, ya que ahora brindaba su bendición a una forma literaria que él y su hermano previamente habían intentado suprimir. Dijo, por ejemplo, en una carta al *Irish Times*:

Al tratar de continuar con los casos no escritos de Sherlock Holmes mencionados por el doctor Watson en los cuentos originales, y preservando

cuidadosamente el estilo y entorno originales, estoy haciendo exactamente lo que mi padre habría deseado, es decir, revelar un poco más de los secretos de Baker Street por la pluma de un Conan Doyle para el placer y diversión de los viejos amigos de Sherlock Holmes y el doctor Watson.

No sólo era lo que su padre podría haber deseado, sino también, de muchas maneras, lo que su padre había hecho, pues sus últimas historias eran pastiches de su propio estilo del principio. Pero eran auténticas de un modo que Adrian jamás podría conseguir. El hecho de que fuera hijo de Conan Doyle o de que fuera capaz de manejar la lupa de su padre o escribir en el escritorio de su padre, no significaba garantía de su habilidad como escritor, y tales cosas en sí mismas no podían crear tramas o suministrar ejemplos de razonamiento lógico. Sin embargo, tal cosa llegó con la práctica, y así como algunas de las primeras historias en la serie son derivativas, e incluso pesadas, con torpes manipulaciones de trama, las posteriores poseen cierta elegancia propia. La última, que es la que se incluye aquí, es sin duda la más memorable.

Después de la publicación de *Las Hazañas de Sherlock Holmes* en 1954, y de la muerte de su hermano un año más tarde, Adrian se involucró más en la herencia de su padre. Hubo varios casos de juzgado y controversias: uno fue el intento por cobrar derechos de autor impagados en Rusia, otro la discusión con Irving Wallace acerca de si el doctor Joseph Bell o el mismo Doyle era el Sherlock Holmes «original». En 1959 Adrian editó y pagó un álbum de recortes para conmemorar el centenario de su padre, y en 1963 ayudó a fundar Sir Nigel Films, que en asociación con otra compañía cinematográfica produjo la película de Sherlock Holmes, *Fog, o A Study in Terror*, y que después fue responsable de una película desastrosa basada en las historias del Brigadier Gerard.

Su otra gran preocupación radicaba en su parte de los archivos de la familia. En 1955 había prometido entregarlos a Dublín; en 1962 se los dio a la ciudad de Ginebra, y en 1965, con la ayuda del gobierno suizo, compró el *Château de Lucens* y lo abrió al público al año siguiente con el nombre de Fundación Sir Arthur Conan Doyle. Su intención era ser un memorial permanente dedicado a su padre, pero bajo presión financiera intentó vender parte de la colección a una universidad estadounidense y sufrió la humillación de ser «expuesto» por el *Sunday Times* en abril de 1969. Murió el 2 de junio de 1970. El *Château* fue vendido y los papeles que quedaban se trasladaron a una biblioteca local.

Adrian Conan Doyle realizó una contribución importante a la literatura de Sherlock Holmes y sobrevivirá a cualquier daño que inadvertidamente haya ocasionado a la reputación de su padre por su celo algo excesivo.

LA AVENTURA DEL CAPITÁN CANSADO

El *Sherlock Holmes Journal* es la fuente de la siguiente historia. La revista de la Sociedad Sherlock Holmes salió por primera vez en 1952 y desde 1956 fue editada por Lord Donegall. A diferencia de su rival más antiguo, el *Baker Street Journal*, que ha publicado un torrente de parodias y pastiches de diverso mérito, el *Journal* sólo ha incluido unos pocos. Los pastiches, explicó el editor después, eran anatema para él a menos que fueran excepcionalmente brillantes, y tres alcanzaron alguna vez esta categoría, uno de A. Lloyd Taylor y dos de Alan Wilson. El de Taylor trataba sobre Vamberry, el comerciante de vinos (muy apropiado, pues había sido el responsable de la decoración de la Taberna Sherlock Holmes), y los de Alan Wilson eran «La Aventura del Capitán Cansado» y «The Adventure of the Paradol Chamber».

Wilson nació en 1923 y fue introducido a las historias de Sherlock Holmes por su padre. A la edad de doce años las había leído todas muchas veces, con la excepción de «La Aventura del Ciclista Solitario», que, por algún motivo, escapó a su atención. Fue esta historia la que ayudó a revivir su primer entusiasmo cuando la descubrió después de la guerra.

Lord Donegall creyó que «La Aventura del Capitán Cansado» había «alcanzado la perfección», y era en «un cien por cien Watson», y con ella Alan Wilson realizó su primera venta en 1958. «The Adventure of the Paradol Chamber», que describía la relación del señor Paradol con Vigor, el Prodigio de Hammersmith, siguió en 1961. También hubo artículos sobre la fecha de *El Valle del Terror* (él optó por 1891); sobre la integridad de Watson como autor; sobre el emplazamiento del fumadero de opio mencionado en «La Aventura del Hombre del Labio Retorcido»; y sobre «Holmes el Histriónico». Este último exponía la tesis de que Holmes había estudiado para el escenario y que había dejado la profesión cuando fue superado por Henry Irving. Era un tema del cual Wilson hablaba con conocimiento, pues había estudiado arte dramático y él mismo era actor.

Wilson también era miembro de los Milvertonianos de Hampstead, una rama de la sociedad fundada por Humphrey Morton y Peter Richard que se volvió activa en 1958 con la publicación de su propia tarjeta de Navidad. Su objetivo era potenciar el estudio de todo lo relacionado con Milverton, y para ese fin la sociedad publicó una serie de artículos con sólida investigación. Fue más activa entre 1958 y 1963, aunque continuó existiendo hasta la muerte de Morton en 1969. «Son of Escott», un artículo que abordaba el coqueteo de Holmes con la doncella de Charles Augustus Milverton, y su inesperada secuela, fue la «historia Milverton» más importante de Wilson. Era como «The Giant Rat of Sumatra», una historia para la que el mundo no estaba preparado —en verdad para la que el mundo jamás estará preparado—, y apareció en el *Baker Street Journal*.

Además, Alan Wilson adaptó *La Aventura del «Negro»*. Peter para la radio y fue el ganador de la *Sherlock Holmes Society Photographic Competition* de 1963. También compiló una enciclopedia, listando todos los personajes y lugares mencionados en las historias. *Give Me Data* estuvo lista para su publicación a

principios de los años sesenta, pero se dejó a un lado cuando apareció otro libro que abarcaba casi el mismo terreno. Su actividad sherlockiana cesó en 1963 cuando se marchó de Inglaterra para convertirse en director del New Zealand Drama Council.

## LA AVENTURA DE LA EMPERATRIZ VERDE

Resulta apropiado que «La Aventura de la Segunda Mancha». («La Aventura de la Emperatriz Verde») siga a «La Aventura del Capitán Cansado», ya que ambas acontecen en el mismo período. Al comienzo de «La Aventura del Tratado Naval». Watson dice:

El primer mes de julio después de mi matrimonio se hizo memorable por tres casos interesantes en los que tuve la suerte de estar asociado con Sherlock Holmes y de estudiar sus métodos. Los encuentro registrados en mis notas bajo los encabezamientos de «La Aventura de la Segunda Mancha», «La Aventura del Tratado Naval» y «La Aventura del Capitán Cansado».

Entonces él no estaba en libertad de escribir el primero, porque implicaba a muchas de las familias más distinguidas del reino y temía que tuviera que llegar el nuevo siglo antes de que los hechos pudieran hacerse públicos. Sin embargo, sirvió para proporcionar un excelente ejemplo de los métodos analíticos de Holmes y el manejo detectivesco del caso había impresionado a todos los que estuvieron asociados con él. «Conservo todavía», añadía Watson, «un relato casi verbal de la entrevista en que Holmes demostró los hechos auténticos de ese caso a *monsieur* Dubuque, de la Policía de París, y a Fritz von Waldbaum, el afamado especialista de Dantzig, personajes ambos que habían malgastado sus energías persiguiendo soluciones que resultaron accesorias».

En 1903, cuando el público se enteró por primera vez del regreso de Holmes, mucha gente sintió curiosidad por saber algo de la «segunda mancha», y los editores del Bookman de Nueva York se mostraron particularmente ansiosos por verla publicada, ya que siempre les había intrigado. «El mero título de la historia muestra genio de un alto nivel», dijeron, «y despierta la expectación más intensa». En verdad era tan importante para su sosiego mental que se envió al editor adjunto a París para discutir el asunto con *Monsieur* Dubuque, y en el mismo viaje conoció a Conan Doyle y le pidió que hiciera todo lo que estuviera al alcance de su mano para garantizar que la historia se escribiera. Doyle accedió de forma inmediata, pero «La Aventura de la Segunda Mancha», tal como se publicó, no contenía ninguna referencia a *Monsieur* Dubuque ni a Fritz von Waldbaum. Los estudiosos sherlockianos se dieron cuenta de que debía haber tres casos con el mismo nombre, el mencionado en «La Aventura del Tratado Naval», otro aludido en «La Aventura de la

Cara Amarilla», y el que Doyle había escrito. Quedó en manos del *Sunday Times* de Johannesburgo descubrir detalles del primero.

El 18 de junio de 1967, el diario anunció un «Concurso Curioso para Nuestros Lectores», diciendo que como parte de su deber para alentar la buena escritura, ofrecería un premio de 200 *rands*<sup>[2]</sup> por una historia de Sherlock Holmes basada en la descripción de «La Aventura de la Segunda Mancha» dada en «La Aventura del Tratado Naval». La fecha de cierre de recepción era el 30 de septiembre de 1967 y la extensión debía estar entre las 5.000 y 7.000 palabras. Luego el diario dijo que había que ignorar la otra referencia al caso y el que llevaba su nombre.

Se recibieron noventa y cinco versiones distintas al finalizar el plazo de entrega, y el 27 de noviembre, después de dos meses de deliberaciones, se anunció a dos ganadores. Se trataba de F. P. Cillié y Miles Masters. El primero había elegido un ambiente adecuadamente aristocrático y el otro había usado el misterio de Jack el Destripador. Los finalistas se habían decantado por un amplio abanico de temas, incluyendo política nacional e internacional, espionaje, escándalos domésticos, la Guerra de los Boers y las minas de oro.

François Paulus Cillié, cuyo cuento fue publicado en el *Sunday Times* de Johannesburgo el 3 de diciembre de 1967, se educó en Port Elizabeth y se graduó con honores en ciencias económicas en la Universidad de Stellenbosch. Adicto a las historias de Sherlock Holmes desde su infancia, sólo tenía veinticuatro años en el momento del concurso. Escribió el relato por las noches, mientras su novia trabajaba en el turno de noche en un hospital. Durante el día él trabajaba como economista en un banco.

## LA AVENTURA DE LA MANO PÚRPURA

Mucha gente de todas las edades ha escrito pastiches sherlockianos, y ejemplos de su obra pueden encontrarse en muchas publicaciones pequeñas, como un folleto que salió en 1976 llamado *The Non-Canonical Sherlock Holmes*. Pero pocos se pueden comparar con los que escribió D. O. Smith, cuyas historias han estado apareciendo anualmente desde 1982 en *Diogenes Publications*. «La Aventura de la Mano Púrpura» fue el primero, seguido de «The Unseen Traveller» y «The Zodiac Plate»; la intención del autor es la de producir un volumen completo en el curso del tiempo.

Denis Smith nació en 1948 y, al igual que muchos otros autores representados aquí, se interesó por Sherlock Holmes a la edad de doce años. Probó suerte en gran variedad de trabajos antes de ir a la Universidad de York, donde cursó filosofía. Eso y sus otros intereses, que incluyen la lógica, la literatura, los ferrocarriles de Gran Bretaña y los mapas (que a veces «lee» durante horas sin parar), sumado a su minucioso conocimiento de las historias de Sherlock Holmes que ha analizado desde todos los ángulos concebibles, ayudarán a explicar por qué es tan experto en este

campo. Es colaborador habitual del *Sherlock Holmes Journal* y algún día espera presentar la cronología definitiva de los relatos.

## LA AVENTURA DE LA CASA HILLERMAN

Todas las historias de este libro, con la excepción de la última, están fechadas en los años en los que Holmes se hallaba en la cima de sus actividades, pero «La Aventura de la Casa Hillerman», de Julian Symons, está ambientada en los años veinte, durante su retiro.

Julian Symons nació en 1912, y se distinguió en los años treinta como editor de *Twentieth-Century Verse*, después como biógrafo, historiador social y crítico. Se dedicó a escribir relatos de crímenes con estilo festivo antes de la guerra y poco después se estableció como su exponente más importante, aunque su empleo de la ironía para mostrar la violencia que hay detrás de las máscaras respetables de la sociedad sitúan muchos de sus libros en el nivel de la novela ortodoxa. Es una autoridad en la ficción detectivesca y ha escrito una historia exhaustiva de ésta, lo mismo que libros sobre Edgar Allan Poe y Conan Doyle.

«La Aventura de la Casa Hillerman» procede de *The Great Detectives*. Originalmente, el libro iba a ser una serie de «biografías», pero el autor decidió que como de algunos se sabía demasiado y de otros muy poco, variaría la técnica en cada caso. «La historia debería sugerir al maestro», reflexionó, «sin intentar jamás competir con él». Se evitaría la parodia, y aunque el libro tendría unas excelentes ilustraciones a color de Tom Adams, el texto sería independiente de ellas. Acerca de la primera historia, llamada en un principio «How a Hermit was Disturbed in His Retirement», dijo: «El relato de Sherlock Holmes depende muy poco de los detalles biográficos, principalmente porque no hay escasez de biografías y ensayos biográficos en forma de libros, que se pueden consultar con facilidad. Lo que aquí se ofrece es a Sherlock retirado, y una narración con un giro inusual».

Es una obra de una serie que demuestra la fascinación que Symons siempre ha sentido por el mito de Sherlock Holmes. En 1974 escribió *A Three Pipe Problem*<sup>[3]</sup>, sobre un actor de televisión, Sheridan Haynes, quien lleva la máscara de Sherlock Holmes y asume su personalidad. El libro invirtió con habilidad el tema habitual del criminal detrás de la máscara, haciendo que un hombre bastante corriente llevara la máscara del gran detective.

Julian Symons fue el invitado de honor de la cena anual de la Sociedad Sherlock Holmes en 1975, pero, a pesar de ser en algunos aspectos el heredero literario de Dorothy L. Sayers, jamás se ha dedicado al estudio sherlockiano, prefiriendo en su lugar concentrarse en el carácter de Conan Doyle y en aquellos escritores que le influyeron o fueron influenciados por él.

## LOS CASOS NUNCA CONTADOS POR EL DR. WATSON

El doctor Watson proporciona los nombres de unos cuarenta casos distintos de los que él escribió. Sus anuarios, que abarcan el período en el que Holmes estaba en práctica activa, llenaban una estantería, y había un número de casos acabados atiborrados de notas. Por lo tanto, no resulta sorprendente que de vez en cuando se hagan públicos más detalles, pero es notable que las nuevas aventuras y desventuras superen ahora el número de las originales. Para el lector curioso o insaciable existe una elección amplia. Puede optar por nuevas historias salidas de la pluma del doctor Watson, como «The Adventure of the Purple Maculas», de James C. Iraldi, sobre Henry Staunton, a quien Holmes había ayudado a ahorcar. O «The Darkwater Hall Mystery», de Kingsley Amis, en la que Watson describe su propio intento en seducción y deducción. O reminiscencias de aquellos que conocieron al gran detective, como «The Case of the Gifted Amateur», de J. C. Masterman, que es narrada por el inspector Lestrade. O las novelas que han mezclado la realidad con la ficción de forma que Edwin Drood, Raffles, Drácula, Tarzán y personajes similares buscan el consejo del detective en compañía de personas tan distinguidas como Sigmund Freud, Oscar Wilde, la Reina Victoria, el Zar y Theodore Roosevelt. O esos otros en los que Holmes o sus hijos, o sus nietos, investigan un misterio más reciente, o en el que Moriarty o su hermano intentan en vano limpiar el nombre de su familia. Da la impresión de que la lista es interminable y sigue creciendo a cada año que pasa.

Las historias apócrifas de Sherlock Holmes no están pensadas para competir con las originales, ya que eso puede dejarse a los muchos rivales que han seguido su estela, sino que su intención es más bien la de reflejar e incrementar los logros del señor Holmes. Si las historias de este libro logran reavivar el fuego de las habitaciones de Baker Street, o repetir el ruido de los cabriolés, o captar el sonido de un pie sobre la escalera, entonces habrán conseguido su objetivo.

RICHARD LANCELYN GREEN

# La aventura del coche de primera clase

RONALD A. KNOX

EL ánimo general que el público ha extendido a mis esfuerzos es mi excusa, si es que se necesita una, para seguir actuando como cronista de mi amigo Sherlock Holmes. Pero aun si me limito a esos casos en los que tuve el honor de estar personalmente asociado con él, me resulta difícil realizar una selección entre la gran cantidad de material que tengo a mi disposición.

Mientras examino mis notas, me doy cuenta de que algunas tratan con eventos de importancia nacional e incluso internacional; pero todavía no ha llegado el momento en el que sería conveniente desvelar (por ejemplo) los hechos verdaderos sobre el reciente cambio de gobierno en Paraguay. Otros (como el Caso del Autobús Desaparecido) harían más por satisfacer el ansia actual de sensacionalismo; sin embargo, soy consciente de que mi amigo es el primero en deplorar cuando cedo a lo que es, desde su punto de vista, una debilidad.

Mi preferencia se decanta por el registro de incidentes cuyos rasgos extraños brindaron una oportunidad especial al ejercicio de aquel talento analítico que Holmes poseía de manera tan marcada. De éstos, el caso del Propietario Tatuado del Vivero y el de la Caja de Cigarros Luminosa vienen a la mente de forma natural. Pero quizá las dotes de mi amigo se exhibieron de modo más insigne cuando tuvo ocasión de investigar la desaparición del señor Nathaniel Swithinbank, que provocó tanta especulación a principios de septiembre, cinco años atrás.

De todos los hombres, el señor Sherlock Holmes era el menos influenciado por lo que se llama distinciones de clase. Para él, el rango no era más que una marca establecida; un cliente era un cliente. Y no me sorprendió, una noche en la que yo estaba sentado junto al fuego familiar de Baker Street —los días eran soleados pero las noches ya empezaban a ser frías—, que me contara que esperaba la visita de una criada doméstica, una mujer que trabajaba para una pareja rica y sin hijos del sur de la región central de Inglaterra.

—Mi última visita —explicó— fue la de una condesa. Su mente era aburrida, y carecía de estima por la verdad; el problema que trajo era bastante elemental. Supongo que la señora de John Hennessy tendrá algo más importante que comunicar.

—Entonces, ¿ya la conoce?

—No, no he tenido el privilegio. Pero cualquiera que tenga por costumbre recibir cartas de desconocidos le dirá lo mismo... la caligrafía a menudo es una forma mejor de presentación que un apretón de manos. Encontrará la carta de la señora Hennessy en la repisa de la chimenea; y si se molesta en observar en particular sus «j» y sus «w», creo que estará de acuerdo en que la mujer con la que vamos a tratar no es una mujer corriente. Vaya, ya suena el timbre; dentro de un momento, si no me equivoco,

sabremos lo que la señora Hennessy, de Guiseborough St Martin, desea de Sherlock Holmes.

No había nada en el aspecto de la señora mayor que, escoltada unos minutos más tarde por la leal señora Hudson, justificara la evaluación de Holmes. Exteriormente era una representante típica de su clase; desde los abalorios de su sombrero a los botines con elásticos en los costados, todo sugería a la criada que se puede ver limpiando los escalones de entrada de los edificios de oficinas cualquier mañana primaveral en la ciudad de Londres. Su voz, cuando habló, sonó articulada con una precisión innecesaria, como suele ser habitual en las mujeres respetables de la clase trabajadora. Pero hubo algo preciso y práctico en la exposición de su caso que hacía sentir que se trataba de una mente que fácilmente se podría haber beneficiado con las ventajas de una educación mejor.

—He leído sobre usted, señor Holmes —comenzó—, y cuando las cosas empezaron a ir mal en la casa señorial, no pasó mucho tiempo hasta que me dije: si hay un hombre en Inglaterra que sea capaz de ver la luz aquí, ése es el señor Sherlock Holmes. Mi esposo, hasta hace poco, tenía un buen trabajo en el ferrocarril de Chester; pero llegó el momento en que el reumatismo pudo con él, y después de eso nada pareció marchar bien para nosotros, hasta que dejó su trabajo y nos fuimos a vivir a un pueblo del campo no lejos de Banbury, buscando cualquier trabajo que pudiera surgimos.

»Sólo llevábamos viviendo allí una semana cuando el señor Swithinbank y su esposa ocuparon la vieja casa señorial que estaba vacía desde hacía mucho tiempo. Eran recién llegados al distrito, y sus necesidades no muchas, pues no tenían hijos; así que nos pidieron a mí y al señor Hennessy que fuéramos a vivir a la posada, cerca de su morada, y que nos ocupáramos del trabajo de la casa. La paga era buena y los deberes ligeros, por lo que nos alegró bastante aceptar el empleo.

—¡Un momento! —exclamó Holmes—. ¿Pusieron algún anuncio o consiguieron el trabajo gracias a alguna recomendación privada?

—Llegaron de repente, señor Holmes, y fueron dirigidos a nosotros en busca de ayuda temporal. Pero pronto vieron que nuestra manera de ser les gustaba y nos mantuvieron. Eran personas reservadas, y quizá no deseaban un grupo de doncellas que tuviera familia y extendiera rumores por el pueblo.

—Eso es sugerente. Expone usted su caso con admirable claridad. Le ruego que continúe.

—Todo esto tuvo lugar en julio pasado. Desde entonces se han marchado una vez a Londres, pero la mayor parte del tiempo han vivido en Guiseborough, viendo muy poco a la gente de los alrededores. Parson hizo una visita, pero no es un hombre que meta las narices donde no debe, y creo que ellos deben haber dejado claro que antes preferían estar solos que gozar de su compañía. Así que hubo más conjeturas que rumores sobre ellos en la zona. Pero, señor, no se puede trabajar como empleada doméstica sin descubrir cómo marchan las cosas; y no pasó mucho tiempo hasta que

mi esposo y yo estuvimos seguros de dos cosas. Una era que el señor y la señora Swithinbank se hallaban muy endeudados. Y la otra que no se llevaban bien.

—Las deudas tienen una manera de reflejarse en la correspondencia de un hombre —dijo Holmes—, y quien esté a cargo de vaciar su papelerá necesariamente lo notará. Pero ¿las relaciones entre marido y mujer? Sin duda han debido ir muy mal antes de que se produzca una pelea en público.

—Puede ser, señor Holmes, pero sí se pelearon en público. La misma semana pasada entraba yo con la comida y él estaba diciendo: *El hecho es que a nadie le agradaría más que a ti verme en el ataúd*. Luego, él contuvo la lengua y se mostró un poco confuso; y ella intentó poner buena cara. Pero he vivido lo suficiente, señor Holmes, como para saber cuándo una mujer ha estado llorando. Entonces, el lunes pasado, mientras yo descorría las cortinas, él salió bruscamente antes de que yo hubiera cerrado la puerta detrás de mí. *El mundo no es lo suficientemente grande para los dos*. Eso fue todo lo que oí, y me habría gustado no haberlo escuchado. Pero no he venido aquí a repetir chismes de criados.

»Hoy, cuando vaciaba la papelerá, me encontré con un trozo de carta que repite la misma historia con su puño y letra. Échele un vistazo a esto, señor Holmes, y dígame si una mujer cristiana tiene derecho a quedarse sentada y no hacer nada al respecto.

Había metido la mano en un bolso espacioso y, con gesto triunfal, sacó su prueba documental. Holmes la estudió con el ceño fruncido y luego me la pasó a mí. Decía: «Siendo sensato, sin importar lo que puedan decir de ello los imbéciles del jurado».

—¿Puede identificar la escritura? —preguntó mi amigo.

—Era la de mi señor —contestó la señora Hennessy—. La conozco bastante bien; estoy segura de que el banco le dirá lo mismo.

—Señora Hennessy, no nos andemos con rodeos. La curiosidad es un instinto bien marcado de la especie humana. Una vez que su ojo se posó en este documento, sin duda inadvertidamente, apuesto a que inspeccionó la papelerá en busca de algún otro fragmento que pudiera contener.

—Eso hice, señor; mi marido y yo la revisamos juntos detenidamente, pues quién sabía si la vida de una pobre criatura podía depender de ello. Pero sólo conseguimos encontrar otra pieza escrita por la misma mano y en el mismo tipo de papel. Aquí la tiene.

Alisó sobre la rodilla un segundo fragmento, en apariencia del mismo papel, aunque muy distinto en contenido. Parecía haber sido arrancado a mitad de una frase; no sobrevivía nada salvo las palabras: «en las cañas junto al lago, en dirección al punto donde la vieja torre oculta las dos ventanas del centro del primer piso».

—Bien —comenté—, por lo menos esto nos brinda algo con lo que continuar. Seguro que la señora Hennessy será capaz de contarnos si hay algún hito en Guiseborough que responda a esta descripción.

—Sí que lo hay, señor; hay un viejo edificio en ruinas que da al pequeño lago al final del jardín. Me atrevería a decir que ustedes, caballeros, se están preguntando por

qué no bajamos nosotros mismos hasta la orilla del lago para ver qué podíamos encontrar. Bien, la verdad es que estábamos asustados. Mi señor en momentos normales es un hombre tranquilo, pero cuando se enfada tiene una expresión salvaje en los ojos, y a mí no me gustaría provocarle. Así que pensé en venir a verle, señor Holmes, y poner todo el asunto en sus manos.

—Me interesará investigar su pequeña dificultad. Para hablar con franqueza, señora Hennessy, la historia que me ha contado es tan corriente que me habría tentado desterrar todo el caso de mi cabeza. El doctor Watson, aquí presente, le corroborará que soy un hombre ocupado, y los asuntos del Banco de Mauricio requieren con urgencia mi presencia en Londres. Sin embargo, ese último detalle de los cañizales junto al lago es seductor, decididamente seductor, y habrá que investigar todo el asunto. La única dificultad es práctica. ¿Cómo vamos a explicar nuestra presencia en Guiseborough sin revelarle a sus señores el hecho de que usted y su esposo se han entrometido en sus asuntos familiares?

—Lo he pensado, señor —replicó la mujer mayor—, y creo que podemos encontrar una salida. Hoy me he marchado sin dificultad porque mi señora se va al extranjero a visitar a su tía, que vive cerca de Dieppe, y el señor Swithinbank ha venido a la ciudad con ella para despedirla. Yo debo regresar en el tren de la noche, y pensé en pedirle que me acompañara usted. Pero no, él se enteraría si un extraño llega a su casa durante su ausencia. Sería mejor si usted tomara el tren de las diez y cuarto de mañana y se hiciera pasar por un desconocido que va a ver la casa. La han arrendado por poco tiempo, y mucha gente se presenta sin molestarse en obtener un permiso.

—¿Habrá regresado tan pronto su patrón?

—Ese es el mismo tren que él va a tomar; y para decirle la verdad, señor, me sentiría mejor sabiendo que le vigilan. Esa charla insana de estar muerto basta para conseguir que cualquiera se sienta inquieto por él. Resulta inconfundible, señor Holmes —continuó la mujer—, ya que le distingue una cicatriz en la parte izquierda de la barbilla, donde un perro le mordió de niño.

—Excelente, señora Hennessy; usted ha pensado en todo. Mañana, entonces, en el tren de las diez y cuarto a Banbury sin falta. Usted me ayudará ocupándose de que el cabriolé de la estación esté listo. Los paseos por el campo pueden ser buenos para la salud, pero el tiempo es más precioso. Iré directamente a su casa, y usted o su esposo me escoltarán en esa visita por la agradable residencia campestre y su misterioso inquilino. —Con un movimiento de la mano cortó las muestras de gratitud de la mujer—. Bien, Watson, ¿qué piensa de ella? —preguntó mi compañero una vez que se cerró la puerta al salir nuestra visitante.

—Parecía típica de ese noble ejército de mujeres cuyo duro frotar hace la vida más fácil para las clases privilegiadas. No pude verla bien porque se sentó entre nosotros y la ventana, y llevaba el velo del sombrero sobre los ojos. Pero sus maneras bastaron para convencerme de que estaba diciendo la verdad, y que es sincera en su

ansiedad por evitar lo que puede ser una terrible tragedia. En cuanto a la naturaleza de ésta, confieso encontrarme entre tinieblas. Igual que usted, a mí también me impactó la referencia a las cañas junto al lago. ¿Qué pueden significar? ¿Una cita?

—En absoluto, mi querido Watson. En esta época del año un hombre corre el suficiente riesgo de constiparse sin necesidad de estar entre las cañas de un lago. Probablemente se trata de un escondite, pero ¿para qué? ¿Y por qué un hombre se tomaría la molestia de ocultar algo y, luego, obsequiosamente, llenar su papelera con pistas sobre su paradero? No, éstas son aguas profundas, Watson, y tenemos que disponer de más datos antes de empezar a teorizar. ¿Vendrá usted conmigo?

—Por supuesto, si me lo permite. ¿Llevo mi revólver?

—No espero ningún peligro, pero quizá sea mejor mantenernos del lado seguro. Parece que la imagen que da el señor Swithinbank a sus vecinos es la de una persona formidable. Y ahora, si es tan amable de pasarme el instrumento más pacífico que cuelga a su espalda, intentaré tocar esa melodía de Scarlatti y dejar que los asuntos de Guiseborough St Martin se ocupen de sí mismos.

A menudo he tenido ocasión de deplorar el hábito del señor Holmes de coger trenes con el tiempo justo. Pero a la mañana siguiente a nuestra entrevista con la señora Hennessy, llegamos a la estación de Paddington antes de la diez en punto... para encontrarnos con un desconocido que exhibía una pronunciada cicatriz en el lado izquierdo de su barbilla y que nos observaba con indiferencia por la ventanilla del coche de primera clase.

—¿Piensa viajar con él? —pregunté cuando nos encontramos fuera de su alcance.

—Dudo que sea factible. Si es el hombre que yo creo, ha garantizado su soledad durante el trayecto hasta Banbury por el simple proceso de deslizarle media corona al revisor.

Y, para corroborarlo, unos minutos después vimos que el funcionario de trenes escoltaba a un hombre de aspecto irritado, quien previamente había estado tirando con vigor de la puerta cerrada, hasta un compartimento más apartado. Nosotros ocupamos el que estaba justo detrás del señor Swithinbank. Éste, al igual que los otros compartimentos de primera clase, fue debidamente cerrado una vez que hubimos entrado; detrás de nosotros, los pasajeros menos afortunados se acomodaban en los asientos de segunda.

—El caso no carece de interés —observó Holmes, bajando el periódico mientras atravesábamos en una nube de vapor Burnham Beeches—. Presenta rasgos que recuerdan el de James Phillimore, cuya desaparición (aunque su lealtad puede tentarle a olvidarlo) investigamos sin éxito. Pero este misterio de Swithinbank, si no me equivoco, es más profundo. Por ejemplo, ¿está el hombre tan ansioso como para exhibir su intención de suicidio, o suicidio ficticio, en presencia de sus criados? No se le habrá pasado por alto que escogió el momento en que la buena señora Hennessy entraba en la habitación, o salía de ella, para realizar esas notables confidencias a su esposa. No contento con ello, debía dejar pruebas de sus intenciones en el cubo de la

papelera. Y, sin embargo, ello involucraba el riesgo de hacer que le estropearan sus planes debido a una interferencia preocupada y de buena naturaleza. ¡Tiempo suficiente para que su desaparición se hiciera pública al ser efectiva! ¿Y por qué, en nombre de la fortuna, esconde algo sólo para decirnos dónde lo ha ocultado?

Entre un laberinto de vías de tren, nos detuvimos en Reading. Holmes sacó la cabeza por la ventanilla, pero informó que todas las puertas habían permanecido cerradas. No estábamos destinados a averiguar nada de nuestro elusivo compañero de viaje hasta que, justo cuando pasábamos por el bonito villorrio de Tilehurst, una pequeña rociada de trozos de papel pasó volando delante de la ventanilla de nuestro compartimento, y dos de ellos atravesaron el espacio que habíamos dedicado a la ventilación en aquella mañana brillante de otoño. Fácilmente se puede adivinar con qué avidez los recogimos.

Los mensajes tenían la misma escritura con la que el hallazgo de la señora Hennessy nos había familiarizado. Decían, respectivamente: «Pretendo ponerle fin a todo» y «Esta es la única salida». Holmes los observó con las cejas fruncidas, hasta que yo me moví con impaciencia.

—¿No deberíamos tirar del cordel de llamada? —pregunté.

—En absoluto —respondió mi compañero—, a menos que tenga usted más billetes de cinco libras que los que suele tener. Incluso anticiparé su siguiente sugerencia, que es que miremos por la ventanilla a ambos lados del coche. O bien tenemos a un lunático a dos puertas de distancia, en cuyo caso es inútil tratar de predecir su siguiente movimiento, o intenta suicidarse, en cuyo caso no se detendrá por la presencia de espectadores, o se trata de un hombre con un cerebro astuto que nos envía mensajes con el fin de hacer que nos comportemos de una manera determinada. Es posible que desee que nos asomemos por la ventanilla, lo cual me parece un motivo excelente para no hacerlo. En Oxford podremos darle al revisor una lección sobre el peligro de encerrar a los pasajeros en sus compartimentos.

Y así resultó ser; pues cuando el tren se detuvo en Oxford, no había ningún pasajero en el coche del señor Swithinbank. Aún seguía allí su abrigo y su sombrero de ala ancha; su maleta fue identificada por el revisor. La puerta de la derecha del compartimento, situada al otro lado de la plataforma, se había abierto; y la lupa de Holmes no pudo aportar detalles sobre la forma en que el elusivo pasajero se había marchado.

En Banbury nos aguardaba un caballo impaciente y un cochero ofendido, quien nos llevó a través de bosques dorados hasta el pequeño pueblo de Guiseborough St Martin, que se alzaba bajo la sombra de Edge Hill. La señora Hennessy nos recibió a la puerta de su cabaña, realizando una educada reverencia; y resulta fácil imaginar con qué movimientos angustiados de las manos y enjugamiento de los ojos con el delantal recibió el anuncio de la desaparición de su señor. Parecía que el señor Hennessy había ido a una granja vecina por algún recado y fue la mujer mayor en persona quien nos escoltó hasta la casa señorial.

—Allí ya hay un caballero, señor Holmes —nos informó—. Llegó temprano esta mañana y no aceptó ninguna negativa; y no mencionó ni una palabra del asunto que le traía hasta aquí.

—Es lamentable —dijo Holmes—. Yo deseaba en particular un terreno despejado para llevar a cabo ciertas investigaciones. Esperemos que sea lo suficientemente amable como para marcharse cuando se le informe de que no existe posibilidad de una entrevista con el señor Swithinbank.

La Casa Guiseborough se levanta sobre su propio terreno un poco en las afueras del pueblo, inconfundiblemente la residencia de un terrateniente, pero sin ningún aire de grandeza noble. Las paredes viejas y ásperas han sido renovadas con cantos de piedra, las ventanas divididas cambiadas por un generoso espacio de cristal para adecuarse a un gusto más moderno, y se ha sacado un pórtico desde la entrada delantera para darle la bienvenida al viajero con su refugio. El jardín desciende por una pendiente escarpada desde la galería principal y en el fondo lo rodea un lago pequeño, dominado por una elevación en ruinas que le sirve al propietario actual de mirador.

En el interior de la casa el mobiliario era escaso, y resultaba evidente que los Swithinbank la habían alquilado con los muebles que tenía, y que habían aportado pocos propios. Cuando la señora Hennessy nos escoltó al salón, nos quedamos un poco sorprendidos al ser recibidos por la figura delgada y de facciones melancólicas de nuestro viejo rival el inspector Lestrade.

—Sabía que era usted rápido, Holmes —dijo—, pero no tengo ni idea de cómo llegó a enterarse de las pequeñas andanzas del señor Swithinbank; más aún, no creía que a usted le interesaran mucho los casos corrientes de fraude como éste.

—¿Fraude corriente? —repitió mi compañero—. ¿Qué ha estado haciendo?

—Extendiendo cheques, y altos, señor Holmes, cuando sabía que su banco no los cubriría; sólo pequeñeces de ese tipo. Pero si usted anda tras él, no creo que se encuentre muy lejos, y agradecería cualquier ayuda que usted pudiera prestarme para atraparlo.

—Mi querido Lestrade, si usted está poniendo en práctica sus habituales métodos sistemáticos, tendrá que patrullar la línea del ferrocarril de la Great Western desde Reading hasta Oxford. Espero que haya traído una red con usted, pues la línea cruzó el río no menos de cuatro veces en el curso de nuestro viaje.

Y le expuso al asombrado inspector un resumen de nuestras investigaciones.

Nuestra información obró como un hechizo sobre el pequeño detective. Partió al momento en busca de la oficina de telégrafos más próxima para ponerse en contacto con Scotland Yard, con las autoridades del Ferrocarril Great Western y con la Comisión Portuaria del Támesis. Sin embargo, prometió regresar con presteza, e imagino que Holmes se maldijo por no haber despedido al cochero que nos trajo desde la estación, una suerte inmerecida para nuestro rival.

—¡Vamos, Watson! —exclamó cuando los ruidos de las ruedas se perdieron en la

distancia.

—Supongo que nuestro camino lleva a la orilla del lago.

—¿Cuan a menudo debo recordarle que el lugar donde el criminal le dice que mire es el lugar en el que no hay que mirar? No, la pista del misterio radica, de algún modo, en la casa, y debemos darnos prisa si queremos encontrarla.

Veloz como el pensamiento, comenzó a vaciar estanterías, abrir armarios, escritorios, mientras yo, siguiendo sus directrices, recorría los diversos cuartos de la casa para evaluar si todo estaba en orden y si algo sugería la anticipación de una huida apresurada. Para cuando hube retornado a su lado, sin encontrar nada fuera de su sitio, se hallaba sentado en el sillón más cómodo del salón, leyendo un libro que había cogido de la biblioteca... y si no recuerdo mal, versaba sobre los aborígenes de Borneo.

—¡El misterio, Holmes! —grité.

—Lo he resuelto. Si mira en ese escritorio de allí, encontrará los libros de la casa que la señora Swithinbank obsequiosamente ha dejado atrás. Es extraordinario cómo esta gente siempre comete un error elemental. Usted es un hombre cosmopolita, Watson; échelos un vistazo y dígame qué le llama la atención como curioso.

No pasó mucho tiempo hasta que descubrí el rasgo llamativo.

—¡Vaya, Holmes —exclamé—, no hay ningún registro de que a los Hennessy se les estuviera pagando un salario!

—¡Bravo, Watson! Y si analiza con un poco más de detenimiento los números, descubrirá que aparentemente los Hennessy vivían del aire. De modo que ahora tiene ante usted la totalidad de los hechos de la historia.

—Confieso —repuse algo abatido— que para mí todo el caso sigue estando tan oscuro como antes.

—Entonces, échele un vistazo al periódico que he dejado sobre la mesita; he marcado el párrafo importante con lápiz azul.

Era un ejemplar de un periódico australiano, de unas semanas atrás. El párrafo al que Holmes había atraído mi atención decía lo siguiente:

### LA AVENTURA DEL TESTAMENTO DE UN HOMBRE RICO

La muerte recientemente lamentada del señor John Macready, el conocido magnate del ganado bovino, ha tenido una secuela inesperada en la circunstancia de que el fallecido, aparentemente, no había dejado testamento. Su hijo, el señor Alexander Macready, se fue a Inglaterra hace unos años debido a una pelea con su padre —eso se dijo—, porque anunció su intención de casarse con una señorita del teatro. El joven ha desaparecido por completo, y los abogados han emprendido investigaciones para rastrear su paradero. Se calcula que los afortunados herederos, sean quienes fueren, recibirán una cantidad que ronda las cien mil libras esterlinas.

Cascos de caballo reverberaron en la arcada exterior, y un minuto después

Lestrade volvió a formar parte de nuestro grupo. Pocas veces había visto al pequeño detective tan desconcertado e incómodo.

—Se reirán de mí por esto en Scotland Yard —dijo—. Habíamos recibido noticias de que Swithinbank se hallaba en Londres, pero yo me cercioré de que era falso, y vine a toda velocidad hasta aquí en el primer tren, en vez de coger el de las diez y cuarto, y a mi hombre, que viajaba en él. Es un diablo huidizo, y ahora ya puede encontrarse a mitad de camino del continente.

—No se sienta abatido, Lestrade. Venga a interrogar al señor y la señora Hennessy en la posada; puede que allí recibamos noticias de su hombre.

Un individuo de aspecto rudo y con una tupida barba rojiza estaba sentado compartiendo su té con nuestra amiga de la noche anterior. Su grasiento abrigo y pantalones de pana le proclamaban como un trabajador manual. Se incorporó para saludarnos con un aire de desafío; su mujer era toda afabilidad.

—¿Ha oído alguna noticia del pobre caballero? —preguntó ella.

—Puede que tengamos alguna antes de que pase mucho tiempo —contestó Holmes—. Lestrade, puede arrestar a John Hennessy por robar esa gorra de revisor que ve en aquella cómoda, propiedad de la Compañía de Ferrocarriles Great Western. O, si prefiere un cargo alternativo, puede arrestarlo como Alexander Macready, *alias* Nathaniel Swithinbank.

Y mientras nosotros nos quedábamos allí literalmente paralizados, Holmes arrancó la barba roja de la barbilla marcada con una cicatriz en el lado izquierdo.

—El caso era difícil —me dijo después— sólo porque no disponíamos de pistas en cuanto al motivo. Las deudas de Swithinbank casi se habrían tragado el legado de Macready; era necesario para la pareja desaparecer y reclamar la herencia bajo un nuevo *alias*. Ello significaba una duplicación de personalidades, pero no resultaba muy difícil. Ella había sido actriz; él ya había sido revisor de trenes en sus días duros. Cuando salió del compartimento en Reading y atravesó los coches para ocupar su sitio en el de tercera clase, nadie notó la circunstancia, pues camino de Londres se había puesto las ropas de un ferroviario; sin duda llevaba la gorra en el bolsillo. En el vano de la puerta que dejó abierta había puesto muchos fragmentos de mensajes suicidas, con la esperanza de que al abrirla éstos saldrían volando y entrarían por las ventanillas de los compartimentos de atrás.

—Pero ¿por qué la visita a Londres? Y, por encima de todo, ¿por qué la visita a Baker Street?

—Esa es la parte más divertida de la historia; nosotros lo habríamos descubierto al instante. Él quería que Nathaniel Swithinbank desapareciera para siempre, más allá de toda esperanza de poder rastrearlo. ¿Y quién pretendería buscarlo una vez que Sherlock Holmes, que viajaba un compartimento más atrás, hubiera abandonado el intento? Su único miedo era que yo encontrara el caso aburrido; de ahí las referencias

fortuitas de un escondite entre las cañas, que tanto le intrigó a usted. Pensándolo bien, casi consiguieron que el inspector Lestrade viajara también en el mismo tren. Tengo entendido que ha recibido felicitaciones de sus superiores por arrinconar con tanta destreza a su hombre. *Sic vos non vobis*, como dijo Virgilio de las abejas; sólo que hoy en día nos dicen que esas líneas no son de Virgilio.

# La aventura del banquero de Sheffield

Arthur Withaker

Durante el otoño pasado del noventa y cinco, una casualidad afortunada me permitió desempeñar cierta parte en otro de los fascinantes casos de mi amigo Sherlock Holmes.

Mi esposa llevaba algún tiempo sintiéndose un poco mal, y por fin la convencí de que se tomara unas vacaciones en Suiza en compañía de su antigua compañera de colegio Kate Whitney, cuyo nombre se puede recordar en relación con el extraño caso que ya he registrado bajo el título de «La Aventura del Hombre del Labio Retorcido». Mi consulta había crecido mucho, y yo había estado trabajando muy duramente durante bastantes meses y jamás me había sentido más necesitado de un descanso y unas vacaciones. Por desgracia, no me atrevía a ausentarme por un período lo bastante largo como para permitirme una visita a los Alpes. Sin embargo, le prometí a mi esposa que de algún modo conseguiría una semana o diez días libres, y fue sólo gracias a este arreglo que ella consintió realizar el viaje a Suiza que yo estaba tan ansioso por hacer. Uno de mis mejores pacientes se hallaba en estado crítico en ese momento, y no fue hasta agosto cuando salió de la crisis y empezó a recuperarse. Sintiendo entonces que podía dejar mi consulta con la conciencia tranquila en manos de un suplente, comencé a preguntarme dónde y cómo encontraría mejor el descanso y el cambio que necesitaba.

Casi en el acto me vino la idea de ir a ver a mi amigo Sherlock Holmes, de quien nada había sabido en varios meses. Si no tenía ninguna investigación importante en marcha, me esforzaría en persuadirle para que se uniera a mí.

A la media hora de haber tomado esa decisión, me hallaba en el umbral del viejo y familiar salón de Baker Street.

Holmes estaba echado sobre el sofá con la espalda hacia mí, la conocida bata y la vieja pipa de brezo tan evidentes como antaño.

—Entre, Watson —dijo sin darse la vuelta—. Entre y cuénteme qué buenos vientos le traen hasta aquí.

—Vaya oído que tiene usted, Holmes —comenté—. No creo que yo hubiera podido reconocer su andar con tanta facilidad.

—Ni yo el suyo —repuso—, si no hubiera subido por mi escalera mal iluminada los escalones de dos en dos con la familiaridad de un antiguo inquilino; aun entonces quizá no hubiera estado seguro de quién se trataba, pero cuando tropezó con la nueva alfombra que hay fuera de la puerta y que lleva ahí casi tres meses, no necesitó nada más que le anunciara.

Holmes sacó dos o tres cojines del montón en el que estaba tumbado y los arrojó al sillón.

—Siéntese, Watson, y póngase cómodo; encontrará cigarrillos en una caja que hay detrás del reloj. —Mientras yo me acomodaba, Holmes me lanzó una mirada caprichosa—. Me temo que tendré que desilusionarle, muchacho —continuó—. Hace sólo media hora recibí un telegrama que me impedirá unirme a cualquier viaje que estuviera usted a punto de proponer.

—De verdad, Holmes —dije—, ¿no cree que esto está yendo un poco *demasiado* lejos? Empiezo a temer que sea usted un fraude y que finja descubrir las cosas por la observación, cuando todo el tiempo en realidad lo hace por pura y directa adivinación.

Holmes emitió una risita.

—Conociéndole como le conozco, resulta absurdamente sencillo —repuso—. Sus horas de quirófano son de cinco a siete; sin embargo a las seis en punto entra sonriendo en mis aposentos. Por lo tanto, debe tener a un sustituto en la consulta. Tiene buen aspecto, aunque cansado, así que la razón evidente es que ya disfruta, o va a disfrutar, de unas vacaciones. El termómetro clínico, que sobresale de su bolsillo, anuncia que hoy ha hecho sus visitas, de ello resulta muy obvio que sus verdaderas vacaciones empiezan mañana. Y cuando, bajo estas circunstancias, entra a toda velocidad en mi salón, que, de paso, Watson, no ha visitado en casi tres meses, con una guía Bradshaw y una guía de excursiones abultando el bolsillo de su chaqueta, entonces es más que probable que haya venido con la idea de sugerir alguna expedición conjunta.

—Todo es verdad —acepté, y le expliqué, con pocas palabras, mis planes—. Y estoy más desilusionado de lo que puedo decirle —concluí— por el hecho de que le sea imposible unirse a mi pequeña excursión.

Holmes recogió un telegrama de la mesa y lo estudió pensativo.

—Si tan sólo la investigación a la que alude esto prometiera tener algo del interés que hemos compartido, nada me habría deleitado más que convencerle para que se uniera a mí un tiempo; pero en verdad que temo hacerlo, pues parece un asunto corriente —arrugó el papel y me lo arrojó.

Lo alisé y lo leí: «A Holmes, 221 B Baker Street, Londres, SW. Por favor, venga a Sheffield de inmediato a investigar un caso de falsificación. Jervis, Director del British Consolidated Bank».

—He enviado un telegrama de contestación para decir que iré a Sheffield en el tren expreso de la una treinta con salida en St Pancras —dijo Holmes—. No puedo ir antes, ya que esta noche tengo una cita interesante en el East End que me proporcionará la última información que necesito para rastrear al instigador de un robo en el Museo Británico, quien posee uno de los títulos más antiguos y las casas más hermosas del país, junto con una codicia insaciable, casi una manía, por coleccionar documentos antiguos. Sin embargo, antes de discutir más el asunto de Sheffield, quizá sea mejor que veamos qué dicen las ediciones vespertinas de los periódicos al respecto —continuó Holmes cuando el repartidor entró con el *Evening*

*News*, el *Standard*, el *Globe* y el *Star*—. Ah, debe ser esto —dijo, señalando un párrafo con el encabezamiento: «Las Notables Hazañas de un Atrevido-Falsificador de Sheffield».

Mientras estábamos en imprenta nos han informado que una serie de cheques muy bien falsificados han sido utilizados con éxito para sacarle a los bancos de Sheffield una cantidad que no está por debajo de las seis mil libras. Aún no se ha evaluado el alcance total del fraude, y los directores de los distintos bancos involucrados, quienes han sido entrevistados por nuestro corresponsal en Sheffield, se muestran muy reticentes a hablar.

Parece que un caballero llamado Jabez Booth, que reside en Broomhill, Sheffield, y ha estado empleado desde enero de 1881 en el British Consolidated Bank de Sheffield, ayer tuvo éxito en cobrar en doce de los principales bancos de la ciudad una cantidad considerable de cheques inteligentemente falsificados y darse a la fuga después. El delito parece haber sido muy bien planeado y ejecutado. Desde luego, el señor Booth tuvo, en su puesto en uno de los principales bancos de Sheffield, excelentes oportunidades para estudiar las diversas firmas que falsificó, y facilitó en gran medida sus posibilidades de cobrar con éxito los cheques abriendo cuentas el año pasado en cada uno de los doce bancos en los que presentó los cheques falsos y, de esa forma, hacer que le conocieran personalmente en ellos.

Y aún eliminó más sospechas cruzando cada uno de los cheques falsos e ingresándolos en sus cuentas, mientras, al mismo tiempo, entregaba un cheque propio y retiraba la mitad de la suma del cheque falso ingresado. No ha sido hasta esta mañana temprano, jueves, cuando el fraude se ha descubierto, lo que significa que el malhechor ha dispuesto de unas veinte horas para asegurar su huida. A pesar de ello, poca duda nos cabe de que pronto será atrapado, pues se nos ha informado de que los mejores detectives de Scotland Yard andan y a tras su rastro, y también se rumorea que se le ha pedido al señor Sherlock Holmes, el mundialmente reputado experto investigador criminal de Baker Street, que ayude en la localización del osado falsificador.

—Luego sigue una extensa descripción del individuo, que no necesito leer pero que guardaré para futuro uso —dijo Holmes, doblando el periódico y mirándose—. Da la impresión de que ha sido una trama muy inteligente. Puede que a ese Booth no lo atrapen con facilidad, a pesar de que no ha tenido mucho tiempo para escapar, aunque no debemos perder de vista el hecho de que ha dispuesto de doce meses en los que planear cómo desaparecer cuando llegara el momento. ¡Bien! ¿Qué dice usted, Watson? Algunos de los pequeños problemas en los que hemos estado inmersos en el pasado por lo menos deberían habernos enseñado que los casos más interesantes no siempre presentan las características más extrañas al principio.

—«Nada más lejos de ello; al contrario, todo lo opuesto», por citar a Sam Weller

—repuse—. Personalmente, nada me agradaría más que unirme a usted.

—Entonces considerémoslo arreglado —afirmó mi amigo—. Y ahora debo irme para atender ese otro pequeño asunto del que le hablé antes. Recuerde —añadió al despedirnos—, a la una treinta en St Pancras.

Llegué a la plataforma con tiempo, pero no fue hasta que las grandes manecillas del reloj de la estación indicaron la hora exacta para nuestra partida y los revisores empezaron a cerrar las puertas de los coches cuando capté la figura familiar y alta de Holmes.

—¡Ah! Ahí está usted, Watson —exclamó con alegría—. Temo que debió pensar que llegaría demasiado tarde. He tenido una noche muy ocupada y nada de tiempo que perder; sin embargo, he puesto en práctica con éxito la teoría de Phileas Fogg de que «un tiempo mínimo bien empleado basta para todo», y aquí me tiene.

—Lo último que esperaba de usted —comenté mientras nos sentábamos en dos asientos opuestos de un compartimento de primera clase vacío— sería que hiciera algo tan poco metódico como perder un tren. De hecho, lo único que me sorprendería más sería verle en la estación diez minutos antes de la hora.

—Consideraría eso como el mal mayor —sentenció Holmes—. Pero ahora debemos dormir; todo indica que nos espera un día duro.

Una de las características de Holmes era que podía invocar el sueño a voluntad; por desgracia, también podía resistirlo a voluntad, y muy a menudo tuve que protestar por el daño que debía estar infligiéndose cuando, muy concentrado en uno de sus extraños o desconcertantes problemas, pasaba varios días y noches seguidos sin siquiera echar una cabezada.

Apagó la lámpara de su lado, se acomodó y en menos de dos minutos su respiración regular me indicó que se hallaba profundamente dormido. Al no estar bendecido yo con el mismo don, me recliné en mi esquina, siguiendo durante un tiempo con la cabeza el movimiento rítmico del expreso mientras atravesaba la oscuridad. De vez en cuando, al pasar por alguna estación iluminada o delante de unos hornos llameantes, captaba durante un instante la figura de Holmes arrebujada y con la cabeza hundida en el pecho.

No fue hasta después de haber dejado atrás Nottingham cuando me quedé de verdad dormido. Una sacudida del tren más violenta de lo usual me despertó de nuevo. Ya era de día y Holmes se hallaba erguido, ocupado con la guía Bradshaw y un horario de barcos. Al moverme alzó la vista y me miró.

—Si no me equivoco, Watson, acabamos de atravesar el túnel Dore y Tatley, y si es así llegaremos a Sheffield en unos minutos. Como ve, no he perdido del todo mi tiempo, sino que he estado estudiando mi Bradshaw, que, a propósito, Watson, es el libro más útil que se haya publicado jamás y sin excepciones.

—¿Y en qué puede ayudarle ahora? —pregunté con cierta sorpresa.

—Bueno, quizá me ayude, quizá no —contestó Holmes pensativo—. Pero, en cualquier caso, es bueno tener al alcance de la mano todo el conocimiento que puede ser de utilidad. Es muy probable que ese Jabez Booth haya decidido dejar el país y, si esa suposición es correcta, sin duda sincronizará su huida de acuerdo con la información contenida en este útil volumen. He descubierto gracias a este ejemplar del *Sheffield Telegraph* que obtuve en Leicester, de paso, cuando usted dormía, que el señor Booth cobró el último de sus cheques falsos en el North British Bank, en la Calle Saville, a las catorce quince horas del miércoles pasado. Realizó la ronda de los diversos bancos que visitó en un cabriolé, y sólo le llevaría tres minutos ir de este banco a la estación Grand Central. Por lo que deduzco del orden en que visitó los distintos bancos, hizo un circuito y terminó en el punto más cercano a la estación G. C, a la cual pudo arribar a eso de las catorce dieciocho. Y ahora veo que hay un barco que parte desde Sheffield G. C. a las catorce veintidós, con horario de llegada a Liverpool a las dieciséis veinte, y transbordando al transatlántico de la White Star, el *Empress Queen*, puede haber partido de los muelles de Liverpool a las dieciocho treinta con destino a Nueva York. O puede haber tomado un transbordador que salía a las catorce cuarenta y cinco desde Sheffield a Hull, cuya llegada a esa ciudad se esperaba a las dieciséis treinta, donde podría haber embarcado a tiempo en el vapor holandés, *Comet*, que partía a las dieciocho treinta hacia Amsterdam.

»Aquí estamos con dos vías de escape no improbables, siendo la más factible la primera; aunque merece la pena tener las dos en cuenta.

Holmes había terminado de hablar cuando el tren se detuvo.

—Casi las dieciséis y cinco —comenté.

—Sí —dijo Holmes—, hemos llegado con un retraso exacto de un minuto y medio. Y ahora propongo un buen desayuno y una taza de café negro, pues al menos disponemos de dos horas libres.

Después de desayunar visitamos la comisaría de policía, donde nos enteramos de que no se había producido ningún descubrimiento posterior en el asunto que habíamos venido a investigar. El señor Lestrade, de Scotland Yard, había llegado la noche anterior y se había hecho cargo del caso de manera oficial.

Conseguimos la dirección del señor Jervis, director del banco en el que Booth había trabajado, y también la de su casera en Broomhill.

Un cabriolé nos dejó delante de la casa del señor Jervis en Fulwood a las siete treinta. Holmes insistió en que le acompañara, y a los dos nos condujeron a un salón espacioso y se nos pidió que esperáramos hasta que el banquero pudiera vernos.

El señor Jervis, un caballero gordo y rubicundo de unos cincuenta años, entró resollando en el salón en poco tiempo. Una atmósfera de prosperidad parecía envolverle, si es que en realidad no emanaba de él.

—Perdónenme por hacerles esperar, caballeros —dijo—, pero es una hora

temprana.

—Cierto, señor Jervis —dijo Holmes—, y no hacen falta disculpas a menos que sean de nuestra parte. No obstante, es necesario que le haga algunas preguntas concernientes al caso del señor Booth, antes de poder proceder con el asunto, y ésa debe ser nuestra excusa por visitarle a una hora tan inoportuna.

—Me complacerá responder a sus preguntas en todo lo que pueda —indicó el banquero, mientras sus dedos gordos jugaban con un par de sellos que había en el extremo de la cadena de oro sólido del reloj.

—¿Cuándo entró a trabajar el señor Booth en su banco? —inquirió Holmes.

—En enero de 1881.

—¿Sabe dónde vivía cuando llegó por primera vez a Sheffield?

—Se alojó en Ashgate Road, y creo que desde entonces siempre ha vivido allí.

—¿Conoce algo de su historia o su vida antes de que fuera a verle a usted?

—Me temo que muy poco; aparte de que sus padres estaban muertos, y de que vino a nosotros con las mejores recomendaciones de una de las sucursales de nuestro banco en Leeds, no sé nada.

—¿Lo encontraba eficiente y de confianza?

—Era uno de los mejores y más inteligentes hombres que he tenido jamás a mis órdenes.

—¿Sabe si dominaba algún otro idioma además del inglés?

—Estoy casi convencido de que no. Tenemos un empleado que se ocupa de la correspondencia extranjera que podamos recibir, y sé que en repetidas ocasiones Booth le pasó cartas y papeles.

—Con su experiencia en cuestiones bancarias, señor Jervis, ¿cuánto tiempo cree usted que él razonablemente podría haber calculado que transcurriría entre la presentación de los cheques falsificados y su detección?

—Bueno, eso dependería en gran medida de las circunstancias —repuso el señor Jervis—. En el caso de un solo cheque podría ser una semana o dos, a menos que la cantidad fuera tan grande que requiriera una inspección especial, en cuyo caso nunca habría sido pagado hasta que se hubiera comprobado. En la situación presente, cuando había una docena de cheques falsos, sería muy improbable que uno de ellos no hubiera sido detectado a las veinticuatro horas y conducido así al descubrimiento del fraude. Ninguna persona cuerda se atrevería a suponer que el delito permanecería sin detectar por un período de tiempo superior.

—Gracias —dijo Holmes, poniéndose de pie—. Esos eran los puntos primordiales de los que quería hablarle. Le comunicaré cualquier noticia de importancia que pueda obtener.

—Le estoy muy agradecido, señor Holmes. Naturalmente, el caso nos está causando una gran preocupación. Dejamos a su absoluta discreción tomar las medidas que considere mejores. ¡Oh!, a propósito, le envié instrucciones a la casera del señor Booth para que no toque nada de sus aposentos hasta que usted tuviera

oportunidad de examinarlos.

—Eso ha sido muy inteligente —afirmó Holmes—, y puede representar el medio que nos ayude materialmente.

—También he recibido instrucciones de mi compañía —dijo el banquero mientras nos hacía una educada inclinación de cabeza— de pedirle que nos remita una factura con todos los gastos en que usted incurra, que será pagada de inmediato.

Poco después llamábamos al timbre de la casa de Ashgate Road, Broomhill, donde el señor Booth se había alojado durante más de siete años. Nos abrió una doncella que nos informó de que la señora Purnell estaba ocupada con un caballero en la primera planta. Cuando le explicamos nuestra misión, en el acto nos condujo escaleras arriba hasta las habitaciones del señor Booth, en el primer piso, donde encontramos a la señora Purnell, una pequeña dama regordeta y parlanchina de unos cuarenta años, enfrascada en conversación con el señor Lestrade, quien parecía estar concluyendo la inspección de los cuartos.

—Buenos días, Holmes —saludó el detective con un aire de gran satisfacción—. Llega a la escena un poco tarde; creo que ya he obtenido toda la información necesaria para atrapar a nuestro hombre.

—Me alegra oírlo —repuso Holmes con sequedad—, y en verdad debo felicitarle si es el caso. Quizá después de que yo realice una pequeña inspección podamos comparar notas.

—Como usted desee —dijo Lestrade con el gesto de alguien que se puede permitir ser condescendiente—. Con sinceridad, creo que perderá el tiempo, y usted también lo creería si supiera lo que he descubierto.

—No obstante, debo pedirle que consienta mi capricho —insistió Holmes, apoyándose en la repisa de la chimenea y silbando bajo mientras le echaba un vistazo al cuarto. Después de un momento, se volvió hacia la señora Purnell—. Los muebles de esta habitación son de usted, ¿verdad? —La mujer asintió—. El cuadro que se quitó de encima de la repisa el miércoles pasado por la mañana —prosiguió—, ¿pertenece al señor Booth?

Seguí la mirada de Holmes hasta un trozo limpio del papel de la pared que indicaba con claridad que hasta hacía poco tiempo allí había colgado un cuadro. A pesar de lo bien que conocía los métodos de razonamiento de mi amigo, no me di cuenta en ningún momento de que las pequeñas hebras de telaraña que había habido detrás del cuadro, y que aún colgaban de la pared, le habían indicado que el cuadro sólo se podía haber quitado inmediatamente antes de que la señora Purnell hubiera recibido órdenes de no tocar nada de la habitación; de lo contrario, su cepillo, activo en las demás partes, no las habría pasado por alto.

La buena señora miró a Holmes con la boca abierta por el asombro.

—El señor Booth lo quitó en persona el miércoles por la mañana —corroboró—.

Era un cuadro que él mismo había pintado, y lo tenía en gran consideración. Lo envolvió y se lo llevó con él, comentando que se lo iba a regalar a un amigo. En ese momento me sorprendió, pues sabía que lo valoraba mucho; de hecho, en una ocasión me dijo que por nada se separaría de él. Por supuesto, ahora resulta fácil saber por qué se deshizo del cuadro.

—Sí —dijo Holmes—. Veo que no era muy grande. ¿Era una acuarela?

—Sí, el paisaje de un páramo, con tres o cuatro rocas grandes distribuidas como una mesa sobre la cima desnuda de una colina. Piedras druidas, las llamó el señor Booth, o algo parecido.

—¿Pintaba mucho el señor Booth? —inquirió Holmes.

—Mientras ha estado aquí, no, señor. Me contó que de joven solía pintar mucho, pero que lo había dejado.

Los ojos de Holmes volvieron a escudriñar el cuarto, y una exclamación de sorpresa escapó de sus labios cuando descubrió una fotografía sobre el piano.

—Seguro que ésa es una fotografía del señor Booth —comentó—. Se parece en todo a la descripción que recibí de él.

—Sí —corroboró la señora Purnell—, y es muy buena.

—¿Hace cuánto tiempo que se tomó? —preguntó Holmes, cogiéndola.

—¡Oh!, sólo hace unas pocas semanas, señor. Yo estaba aquí cuando el muchacho del fotógrafo las trajo. El señor Booth abrió el paquete mientras yo me encontraba en la habitación. Sólo había dos fotos, ésa y una que me regaló.

—Muy interesante —dijo Holmes—. Este traje a rayas que lleva, ¿es el mismo que tenía puesto cuando se marchó el miércoles por la mañana?

—Por lo que recuerdo iba vestido de la misma manera.

—¿Recuerda algo de importancia que le dijera el señor Booth el miércoles pasado antes de irse?

—Me temo que no mucho, señor. Cuando le subí la taza de chocolate al dormitorio, dijo...

—Un momento —interrumpió Holmes—. ¿Solía tomar el señor Booth una taza de chocolate por las mañanas?

—¡Oh!, sí, señor, verano e invierno por igual. Era muy particular al respecto, y tocaba el timbre para pedirla tan pronto se levantaba. Creo que habría preferido irse sin tomar el desayuno que perderse su taza de chocolate. Bueno, como iba diciendo, señor, se la subí el miércoles por la mañana y él hizo un comentario sobre el tiempo, y luego, justo cuando yo salía del cuarto, dijo: «Oh, a propósito, señora Purnell, esta noche me iré por un par de semanas. He hecho la maleta y vendré a buscarla esta tarde».

—Sin duda a usted le sorprendió mucho ese anuncio repentino, ¿no? —preguntó Holmes.

—No demasiado, señor. Desde que consiguió el trabajo de auditor para las sucursales del banco, nunca sabía cuándo se iba a marchar. Por supuesto, jamás había

estado fuera durante dos semanas seguidas, salvo en las vacaciones, pero se había ido tan a menudo durante unos días que yo me acostumbré a sus partidas sin previo aviso.

—Veamos, ¿desde cuándo tenía ese trabajo extra en el banco... varios meses, verdad?

—Más. Creo que fue hacia las pasadas navidades cuando se lo ofrecieron.

—Oh, sí, desde luego —comentó Holmes despreocupado—, ¿y, naturalmente, dicho trabajo le alejaba de casa bastante?

—Así es, y parecía que a él le agotaba, ya sabe, señor, tanto trabajo nocturno que realizar. Era suficiente para extenuarle, pues él siempre fue el tipo de caballero sosegado y tranquilo, y antes casi nunca solía salir por las noches.

—¿Ha dejado el señor Booth muchas de sus posesiones? —preguntó Holmes.

—Muy pocas, y las que ha dejado en su mayoría son cosas viejas e inservibles. Pero es un ladrón muy honesto, señor —dijo la señora Purnell paradójicamente—, y me pagó el alquiler, antes de irse el miércoles por la mañana, hasta el sábado próximo, porque por ese entonces no habría regresado.

—Fue considerado de su parte —comentó Holmes, sonriendo con gesto pensativo—. De paso, ¿sabe usted si regaló algún otro objeto apreciado antes de irse?

—Bueno, no *justo* antes, pero durante los últimos meses se ha llevado la mayor parte de sus libros y creo que los ha vendido, unos pocos por vez. Era muy aficionado a los libros antiguos y me dijo que algunas ediciones que tenía valían bastante dinero.

Durante esta conversación, Lestrade había permanecido sentado moviendo los dedos con impaciencia sobre la mesa. En ese momento se puso de pie.

—Bueno, me temo que tendré que dejarle solo escuchando estos chismes. He de ir a enviar un telegrama con instrucciones para el arresto del señor Booth. Si tan sólo antes hubiera echado un vistazo a este viejo secante que encontré en su papelera, se habría ahorrado una gran cantidad de molestias innecesarias, señor Holmes —y con gesto de triunfo dejó caer una hoja de papel secante sobre la mesa.

Holmes la recogió y la sostuvo delante de un espejo que había sobre la cómoda. Mirando por encima de su hombro, pude leer con claridad el reflejo de la impresión de una nota escrita a mano con la letra del señor Booth, de la que Holmes se había procurado unas muestras.

Estaba dirigida a una agencia de reservas de Liverpool y le daba instrucciones para que le reservaran un camarote en primera clase a bordo del *Empress Queen* que partía de Liverpool a Nueva York. Partes de la nota se veían ligeramente borradas por otras impresiones, pero continuaba para decir que se les adjuntaba un cheque para el pago de los billetes, etc., y la firmaba J. Booth.

Holmes permaneció en silencio varios minutos escrutando el papel.

Era una hoja muy usada, pero por fortuna la impresión de la nota se hallaba bien en el centro, y apenas había sido borrada por las otras marcas y puntos. En una esquina se descifraba con claridad la dirección de la agencia de reservas de Liverpool, siendo evidente que el papel se había empleado para secar también el

sobre.

—Mi querido Lestrade, en verdad que usted ha sido más afortunado de lo que había imaginado —dijo por fin Holmes, devolviéndole el papel—. ¿Puedo preguntarle qué medidas se propone tomar?

—Telegrafiaré de inmediato a la policía de Nueva York para que arreste al individuo en cuanto arribe —repuso Lestrade—, pero primero debo cerciorarme de que el barco no atraque en Queenstown o en otra parte, dándole la oportunidad de escapársenos de las manos.

—No tiene ninguna parada —afirmó Holmes—. Ya lo he comprobado, pues en un principio no me pareció improbable que la intención del señor Booth fuera embarcar en el *Empress Queen*.

Lestrade me guiñó un ojo, algo por lo que me habría encantado darle un puñetazo, pues era evidente que se mostraba incrédulo ante las palabras de mi amigo. Sentí una intensa decepción porque la previsión de Holmes se hubiera visto eclipsada de esta forma ante lo que después de todo no era más que un golpe de buena suerte por parte de Lestrade.

Holmes se había vuelto hacia la señora Purnell y le estaba dando las gracias.

—No ha sido nada, señor —repuso ella—. El señor Booth merece ser atrapado, aunque debo decir que siempre ha sido un caballero conmigo. Sólo me habría gustado poder proporcionarle más información útil.

—Al contrario —indicó Holmes—, le aseguro que lo que nos ha contado ha sido de la máxima importancia y nos será de gran ayuda material. De paso, se me acaba de ocurrir si usted podría alojarnos a mi amigo el doctor Watson y a mí durante unos días, hasta que hayamos tenido tiempo de investigar este pequeño caso.

—Por supuesto, señor, será un placer.

—Bien —dijo Holmes—. Entonces, puede esperarnos de vuelta para cenar alrededor de las siete.

Cuando salimos, Lestrade anunció en el acto su intención de dirigirse a la comisaría de policía con el fin de preparar las órdenes necesarias para telegrafiar al jefe de la policía de Nueva York para la detención y el arresto de Booth. Holmes mantuvo un silencio enigmático en cuanto a lo que pretendía hacer, pero expresó su determinación de quedarse en Broomhill y realizar algunas preguntas más. No obstante, insistió en ir solo.

—Recuerde, Watson, usted se encuentra aquí para descansar y disfrutar de unas vacaciones, y le aseguro que si me acompañara el programa de mis actividades le resultaría aburrido. Por lo tanto, insisto en que descubra una manera más entretenida de pasar el resto del día.

La experiencia pasada me decía que era inútil protestar o discutir con Holmes una vez que había tomado una decisión, así que consentí con la mejor gracia que pude, y

me marché en el cabriolé que me aseguró que ya no necesitaría más.

Pasé unas horas en la galería de arte y en el museo, y luego, después de comer, di un buen paseo por Manchester Road y disfruté del aire fresco y del paisaje, regresando a Ashgate Road a las diecinueve horas con un mejor apetito que aquel con el que había sido bendecido en los últimos meses.

Holmes no había vuelto, y eran casi las diecinueve treinta cuando llegó. En el acto pude ver que se hallaba en uno de sus estados de ánimo más reticentes, y todas mis preguntas fracasaron en obtener algún detalle de cómo había pasado su tiempo o qué pensaba del caso.

Permaneció toda la velada sentado en el sillón, fumando su pipa, y apenas conseguí sacarle una palabra.

Su semblante inescrutable y persistente silencio no me dieron ninguna pista acerca de lo que pensaba sobre la investigación que tenía entre manos, aunque me di cuenta de que toda su atención estaba centrada en ella.

A la mañana siguiente, justo cuando terminábamos de desayunar, la doncella entró con una nota.

—Es del señor Jervis, señor; no se espera respuesta —anunció.

Holmes rompió el sobre y escrutó rápidamente la nota, y, al hacerlo, noté que un rubor de irritación se extendía por su cara habitualmente pálida.

—Maldito sea su descaró —musitó—. Lea esto, Watson. Ni siquiera recuerdo haber sido tratado con tanta descortesía en ningún caso anterior.

La nota era breve:

Los Cedros, Fulwood.

Seis de septiembre.

El señor Jervis, en nombre de los directores del British Consolidated Bank, agradece al señor Sherlock Holmes su pronta atención y valiosos servicios en el asunto concerniente al fraude y desaparición de su exempleado, el señor Jabez Booth.

El señor Lestrade, de Scotland Yard, nos informa que ha tenido éxito en rastrear al individuo en cuestión, quien será arrestado en breve tiempo. Bajo estas circunstancias, se considera innecesario ocupar algo más del valioso tiempo del señor Holmes.

—Más bien frío, ¿eh, Watson? Me equivocaría mucho si no llegan a tener motivos para lamentar su acción cuando sea demasiado tarde. Después de esto, ciertamente me negaré a seguir actuando para ellos en este caso, aunque así me lo pidieran. En cierto modo, lo siento porque el asunto presentaba algunos rasgos nítidos e interesantes, y bajo ningún aspecto es el caso sencillo que cree nuestro amigo Lestrade.

—¿Es que no considera que está detrás de la pista adecuada? —inquirí.

—Espere y lo verá, Watson —repuso Holmes misteriosamente—. Recuerde que aún no han capturado al señor Booth.

Y eso fue todo lo que pude obtener de él.

Uno de los resultados del modo sumario en que el banquero había prescindido de los servicios de mi amigo fue que Holmes y yo pasamos una semana de lo más provechosa y gozosa en el pequeño pueblo de Hathersage, junto a los marjales de Derbyshire, y regresamos a Londres sintiéndonos mejor gracias a nuestros prolongados paseos por el páramo.

Como en ese momento Holmes tenía poco trabajo, y mi mujer aún no había regresado de sus vacaciones en Suiza, le convencí, aunque no sin considerable esfuerzo, de que pasara las próximas semanas conmigo en vez de retornar a su alojamiento en Baker Street.

Por supuesto, seguimos el desarrollo del caso de falsificación de Sheffield con el más agudo interés. De algún modo, los detalles de los descubrimientos de Lestrade se filtraron a los periódicos, y al día siguiente de que nosotros hubiéramos salido de allí, apareció en los diarios la historia de la excitante persecución del señor Booth, el hombre buscado por los fraudes del banco de Sheffield.

Hablaban del «hombre culpable que recorría ansioso la cubierta del *Empress Queen* mientras el barco surcaba majestuosamente las aguas solitarias del Atlántico, sin saber que la mano inexorable de la justicia podía atravesar el océano y que ya le esperaba para cogerlo a su llegada al Nuevo Mundo». Y Holmes, después de leer esos párrafos sensacionalistas, soltaba siempre el periódico esbozando una de sus enigmáticas sonrisas.

Por fin llegó el día en que el *Empress Queen* debía atracar en Nueva York, y yo no pude evitar darme cuenta de que la cara usualmente inescrutable de Holmes exhibía una expresión de excitación contenida mientras abría el diario de la noche.

Pero nuestra sorpresa estaba destinada a prolongarse aún más. Había un párrafo breve que decía que el *Empress Queen* había echado anclas en las afueras de Long Island a las seis de la mañana después de realizar un trayecto sin percance alguno. Sin embargo, había un caso de cólera a bordo, y, en consecuencia, las autoridades de Nueva York se habían visto obligadas a poner el barco en cuarentena, y ninguno de los pasajeros o tripulantes podían bajar de él durante un período de doce días.

Dos días después apareció una columna entera en los periódicos afirmando que ya se había comprobado definitivamente que el señor Booth se hallaba en verdad a bordo del *Empress Queen*. Había sido identificado por uno de los inspectores sanitarios que había subido al barco. Se lo mantenía bajo severa vigilancia y no tenía ninguna posibilidad de escapar. El señor Lestrade, de Scotland Yard, quien había rastreado con tanta astucia al señor Booth, previendo su vía de huida, viajaba en el *Oceanía*, barco que se esperaba que arribara a Nueva York el día diez, y arrestaría en persona al señor Booth cuando se le autorizara a desembarcar.

Nunca antes o después había visto a mi amigo Holmes tan asombrado como cuando terminó de leer ese anuncio. Pude ver que estaba profundamente desconcertado, aunque saber por qué era todo un acertijo para mí. Permaneció todo el día sentado en el sillón, con las cejas fruncidas formando dos líneas duras y los ojos cerrados a medias mientras fumaba su vieja pipa en silencio.

—Watson —dijo en cierto momento, mirándome—. Quizá haya sido una suerte que se me pidiera que abandonara ese caso de Sheffield. Tal como están saliendo las cosas, sólo habría conseguido ponerme en ridículo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque empecé asumiendo que cierta persona no era tal... y ahora da la impresión de que me había equivocado.

Los días siguientes Holmes pareció bastante deprimido, pues nada le irritaba más que creer que había cometido algún error en sus deducciones o que se había embarcado en una línea falsa de razonamiento.

Y por fin llegó el fatídico diez de septiembre, el día en que Booth iba a ser arrestado. Con ansiedad, aunque en vano, escudriñamos los periódicos vespertinos. Llegó la mañana del once y aún no aparecían noticias del arresto, pero en las ediciones de la noche de aquel día había una nota breve en la que se insinuaba que el delincuente había vuelto a escapar.

Durante varios días los diarios estuvieron llenos con los rumores y conjeturas más encontrados en cuanto a lo que había sucedido de verdad, pero todos coincidieron en afirmar que el señor Lestrade volvía a casa solo y que llegaría a Liverpool el día diecisiete o dieciocho.

La noche del último día mencionado, Holmes y yo estábamos sentados fumando en nuestro salón de Baker Street, cuando entró su criado para anunciar que el señor Lestrade, de Scotland Yard, se hallaba abajo y querría que le dispensara el favor de unos pocos minutos de conversación.

—Hágale subir, hágale subir —dijo Holmes, frotándose las manos con una excitación bastante inusual en él.

Lestrade entró en el salón y se sentó en el sillón que le indicó Holmes con una mano; parecía muy abatido.

—No sucede muy a menudo que me equivoque, señor Holmes —comenzó—, pero en este asunto de Sheffield me he perdido por completo.

—Querido amigo —dijo Holmes con amabilidad—, ¿no querrá decirme que aún no ha cogido a su hombre?

—Sí —reconoció Lestrade—. Lo que es más, ¡creo que jamás lo atraparemos!

—No se desespere tan pronto —animó Holmes—. Una vez que nos haya contado todo lo que sucedió, entra dentro de los límites de la posibilidad el que yo sea capaz de ayudarle con algunas pequeñas sugerencias.

Alentado de esa manera, Lestrade empezó su extraña historia, que los dos escuchamos con extremo interés.

—Es innecesario que repita incidentes que ya son conocidos —dijo—. Usted ya está al tanto del descubrimiento que realicé en Sheffield que, desde luego, me convenció de que el hombre al que buscaba había partido con rumbo a Nueva York a bordo del *Empress Queen*. Estaba muy impaciente por arrestarlo, y cuando me enteré de que el barco en el que viajaba había sido puesto en cuarentena, partí en el acto con el fin de poder arrestarle en persona. Nunca cinco días han parecido tan largos.

»Llegamos a Nueva York la noche del día nueve, y de inmediato fui a ver al jefe de la policía de Nueva York y por él me enteré de que no había ninguna duda de que el señor Jabez Booth se hallaba a bordo del *Empress Queen*. Uno de los inspectores de sanidad que tuvo que subir al barco no sólo lo había visto, sino que también habló con él. El hombre respondía con exactitud a la descripción que había aparecido en los periódicos. Se había enviado a bordo a uno de los detectives de Nueva York para llevar a cabo una pequeña investigación e informarle en privado al capitán de la orden de arresto. Descubrió que el señor Jabez Booth había tenido la audacia de reservar billete y viajar bajo su verdadero nombre sin siquiera intentar disfrazarse de ningún modo. Tenía un camarote privado en primera clase y el sobrecargo declaró que había sospechado del hombre desde el principio. Casi todo el tiempo había permanecido encerrado en su camarote, fingiendo ser una persona semiinválida a la que no había que molestar bajo ningún concepto. La mayoría de las comidas se las habían llevado al camarote, pocas veces se lo había visto en cubierta y casi nunca cenó con los otros pasajeros. Era evidente que había intentado pasar desapercibido y atraer la menor atención posible. Los camareros y algunos de los pasajeros a los que se interrogó al respecto acordaron que ése había sido el caso.

»Se decidió que durante el tiempo que el barco estuviera en cuarentena no se abordaría al señor Booth para no despertar sus sospechas, y que el sobrecargo, el camarero de su sección y el capitán, las únicas personas al corriente del secreto, le mantendrían vigilado hasta el diez, día en que se permitiría a los pasajeros bajar del barco. Ese día sería arrestado.

Aquí nos interrumpió el criado de Holmes, que entró con un telegrama. Holmes observó el papel con una leve sonrisa.

—No se espera respuesta —dijo, guardándolo en el bolsillo de su chaleco—. Por favor, continúe con su interesante historia, Lestrade.

—Bien, la tarde del día diez, acompañado por el inspector jefe de la policía de Nueva York y por el detective Forsyth —prosiguió Lestrade—, subí a bordo del *Empress Queen* media hora antes de que fuera al muelle para que desembarcaran los pasajeros.

»El sobrecargo nos informó de que el señor Booth había estado en cubierta y que había mantenido conversación con él durante quince minutos antes de nuestra llegada. Luego había bajado a su camarote y el sobrecargo, poniendo alguna excusa

para bajar también, le había visto entrar en él. Se había quedado cerca de la escalera desde entonces y estaba seguro de que Booth no había vuelto a subir a cubierta.

»—Por fin —musité para mí mismo cuando bajamos todos conducidos por el sobrecargo, que nos llevó directamente al camarote de Booth.

»Llamamos, pero, al no recibir respuesta, probamos el picaporte de la puerta y la encontramos cerrada. No obstante, el sobrecargo nos aseguró que no se trataba de algo inusual. El señor Booth había mantenido la puerta de su camarote cerrada gran parte del tiempo, y a menudo incluso le habían dejado las comidas fuera en una bandeja. Mantuvimos un rápido intercambio de ideas y, como el tiempo escaseaba, decidimos forzar la puerta. Dos buenos golpes con un martillo pesado la sacaron de sus goznes y nos abalanzamos al interior. Puede imaginarse nuestra sorpresa cuando descubrimos que el camarote estaba vacío. Lo revisamos exhaustivamente, y no cabía duda de que Booth no se hallaba allí.

—Un momento —interrumpió Holmes—. La llave de la puerta... ¿estaba puesta en el lado de dentro de la cerradura o no?

—No se la veía por ninguna parte —afirmó Lestrade—. Yo empezaba a ponerme frenético, pues por ese entonces ya podía sentir la vibración de los motores y oír el primer ruido chirriante de la hélice cuando el barco comenzó a deslizarse despacio hacia el muelle.

»No sabíamos qué hacer; el señor Booth debía encontrarse escondido en alguna parte a bordo, pero ahora ya no había tiempo para realizar una búsqueda detenida, y en pocos minutos los pasajeros abandonarían el barco. Por último el capitán nos prometió que, bajo aquellas circunstancias, sólo se sacaría una plancha de desembarque y, en compañía del sobrecargo y el camarero, yo mantendría guardia allí con una lista completa de los pasajeros, tachando los nombres a medida que fueran bajando. De ese modo sería imposible que Booth se nos escapara aunque intentara disfrazarse, pues no se permitiría el desembarco de ninguna persona hasta que fuera identificada por el sobrecargo o el camarero.

»Me encantó ese plan, pues ya no había forma de que Booth se me pudiera escapar.

»Uno a uno los pasajeros cruzaron la plancha y se unieron a la bulliciosa multitud del muelle, cada uno identificado y su nombre tachado de mi lista. Había ciento noventa y tres pasajeros que viajaban en primera clase del *Empress Queen*, incluyendo a Booth, y cuando hubieron desembarcado ciento noventa y dos, ¡su nombre era el único que quedaba!

»No puede imaginarse en qué estado de impaciencia nos hallábamos —dijo Lestrade, pasándose la mano por la frente ante el recuerdo—, ni lo interminable que parecía el tiempo a medida que lenta pero cuidadosamente tachábamos uno a uno los nombres de la lista de los trescientos veinticuatro pasajeros de segunda clase y los trescientos diez que iban en tercera. Cada pasajero, excepto el señor Booth, cruzó la plancha, pero él no lo hizo. No existía ninguna posible duda al respecto.

»Por lo tanto, acordamos que aún debía encontrarse a bordo, pero yo empezaba a sentir pánico y me preguntaba si había alguna posibilidad de que pudiera salir furtivamente entre el equipaje que las enormes grúas ya estaban bajando al muelle.

»Le insinué mi temor al detective Forsyth, y éste en el acto ordenó que cualquier baúl o caja que pudiera contener a un hombre fueran abiertos e inspeccionados por los oficiales de aduanas.

»Fue un trabajo tedioso, pero no lo esquivaron, y al término de dos horas fuimos capaces de afirmar que era imposible que Booth hubiera bajado del barco de ese modo.

»Eso dejaba una sola solución posible al misterio. Todavía *debía* estar escondido en alguna parte de la nave. Habíamos mantenido el barco bajo estrecha vigilancia desde el momento en que había atracado, y entonces el superintendente de la policía nos prestó a veinte de sus hombres y, con el consentimiento del capitán y la ayuda del sobrecargo y la tripulación, etc., se registró por dos veces el *Empress Queen* de proa a popa. No dejamos sin registrar ni un solo sitio en el que se hubiera podido ocultar un gato, pero el hombre desaparecido no estaba allí. De eso estoy seguro... y en pocas palabras ahí tiene todo el misterio, señor Holmes. El señor Booth ciertamente *estaba* a bordo del *Empress Queen* hasta las once de la mañana del día diez, y aunque no existía posibilidad alguna de que hubiera podido abandonarlo, no obstante nos hallamos cara a cara con el hecho de que no estaba allí a las cinco en punto de la tarde.

La cara de Lestrade, al concluir su narración curiosa y misteriosa, tenía la expresión de perplejidad más desvalida que yo hubiera visto jamás, e imagino que la mía propia debía hacer bastante juego con la suya, pero Holmes se echó hacia atrás en el sillón, con sus piernas delgadas estiradas delante de él, todo su cuerpo sacudiéndose literalmente con una risa silenciosa.

—¿Y a qué conclusión ha llegado? —Logró jadear al fin—. ¿Qué pasos propone que se den a continuación?

—No tengo ni idea. ¿Quién podría saber qué hacer? Todo el asunto es imposible, perfectamente imposible; es un misterio insoluble. Vine a usted para ver si podía, por alguna casualidad, sugerir alguna línea de investigación del todo nueva sobre la que yo pudiera empezar a trabajar.

—Bueno —comentó Holmes mirando de soslayo con malicia al desconcertado Lestrade—, si le es de alguna ayuda, puedo darle la dirección actual de Booth.

—¡Su qué! —exclamó Lestrade.

—Su dirección actual —repitió con calma Holmes—. Pero antes de hacerlo, mi querido Lestrade, debo estipular una condición. El señor Jervis me ha tratado con gran desconsideración en este asunto, y no deseo que mi nombre se vea asociado en nada más de este caso. Haga lo que haga usted, no ha de insinuar la fuente de la que

ha surgido cualquier información que yo pueda darle. ¿Lo promete?

—Sí —murmuró Lestrade, que se hallaba en un estado de asombrada excitación.

Holmes arrancó una hoja de su libreta de notas y garabateó en ella: Señor A. Winter, c/o señora Thackaray, Glossop Road, Broomhill, Sheffield.

—Allí encontrará el nombre y dirección actuales del hombre que busca —dijo, pasándole el papel a Lestrade—. Le aconsejo que no pierda tiempo en aprehenderle, pues aunque el telegrama que recibí hace un rato —que desgraciadamente interrumpió su narración tan interesante— era para informarme de que el señor Winter había vuelto a su casa después de una ausencia temporal, es más que probable que se marche de allí por su propio bien muy pronto. No puedo decirle cuándo será... pero no creo que lo haga en los próximos días.

Lestrade se incorporó.

—Señor Holmes, es usted un lingote de oro —dijo con más sentimiento real del que yo le había visto mostrar con anterioridad—. Ha salvado mi reputación en este trabajo justo cuando empezaba a quedar como un perfecto idiota, y ahora me obliga a aceptar todo el crédito cuando no merezco ni una pizca. Respecto a cómo lo ha averiguado usted, es tan misterioso para mí como lo fue la desaparición de Booth.

—Bien, al respecto —comentó Holmes con frivolidad—, ni yo mismo puedo estar seguro de todos los hechos, pues, desde luego, jamás investigué a fondo el caso. Pero son muy fáciles de conjeturar, y me encantará proporcionarle mi idea sobre el viaje de Booth a Nueva York en alguna ocasión futura en que usted disponga de más tiempo. A propósito —añadió Holmes cuando Lestrade estaba a punto de marcharse—, no me sorprendería si descubriera que el señor Jabez Booth, *alias* Archibald Winter, es un conocido suyo, pues sin duda fue compañero de viaje en su regreso de Estados Unidos. Llegó a Sheffield unas horas antes de que usted arribara a Londres y, como ciertamente acaba de volver de Nueva York, igual que usted, es evidente que deben haberlo hecho en el mismo barco. Llevará gafas oscuras y un tupido bigote negro.

—¡Ah! —exclamó Lestrade—, *había* un hombre llamado Winter a bordo que responde a esa descripción. Creo que debe haber sido él, y ya no perderé más tiempo —y se fue a toda prisa.

—Bueno, Watson, muchacho, usted parece casi tan confundido como nuestro amigo Lestrade —dijo Holmes, reclinándose contra el respaldo del sillón y mirándose con expresión taimada mientras encendía su vieja pipa.

—Debo confesar que ninguno de los problemas que usted ha tenido que solucionar en el pasado parecieron más inexplicables que la narración de Lestrade sobre la desaparición de Booth del *Empress Queen*.

—Sí, esa parte de la historia es decididamente hábil —dijo Holmes, riéndose entre dientes—, pero le contaré cómo llegué a la solución del misterio. Veo que ya

está listo para escuchar.

»Lo primero que hay que hacer en cualquier caso es estimar la inteligencia y astucia del criminal. Ahora bien, el señor Booth era sin duda un hombre inteligente. El mismo señor Jervis, lo recordará usted, nos lo aseguró. El hecho de que abriera cuentas en los bancos para preparar el delito doce meses antes de cometerlo prueba haber sido un acto muy premeditado. Por lo tanto, comencé el caso con el conocimiento de que tenía que atrapar a un hombre inteligente, que había dispuesto de doce meses para planear su plan de escape.

»Mis primeras pistas reales procedieron de la señora Purnell —continuó Holmes—. Las más importantes fueron sus comentarios sobre el trabajo de auditor de Booth, que le mantenía fuera de casa muchos días y noches, a menudo consecutivamente. En el acto tuve la certeza, y el interrogatorio lo confirmó, de que el señor Booth no tenía bajo ningún concepto un trabajo extra. ¿Por qué, entonces, se había inventado mentiras para explicar sus ausencias a la casera? Con toda probabilidad porque de algún modo estaban relacionadas o bien con su delito o bien con sus planes de fuga para después de haberlo cometido. Era inconcebible que tanta ocupación misteriosa en el exterior pudiera estar conectada de manera directa con la falsificación, y de inmediato deduje que ese tiempo Booth lo había pasado preparando su vía de escape.

»Casi en el acto se me ocurrió la idea de que había estado llevando una doble vida, siendo clara su intención de dejar calladamente una identidad después de cometer el delito y adoptar para siempre la otra... un paso mucho más seguro y menos torpe que el habitual de asumir una nueva personalidad justo en el momento en el que todo el mundo espera que hagas eso mismo.

»Luego estaban los interesantes hechos concernientes a los cuadros y libros de Booth. Intenté ponerme en su lugar. Valoraba mucho esas posesiones; eran ligeras y transportables, y no había ningún motivo por el que debiera separarse de ellas. Sin duda, entonces, se las había llevado poco a poco y guardado en otra parte donde pudiera volver a tenerlas. Si yo podía encontrar dónde se hallaba ese sitio, tuve la convicción de que podría atraparle cuando intentara recuperarlas.

»El cuadro no podía haber ido lejos, pues se lo había llevado el mismo día del crimen... no necesito aburrirle con los detalles... estuve dos horas haciendo preguntas antes de dar con la casa a la que había ido para guardarlo... que no era otra que la de la señora Thackeray en Glossop Road.

»Inventé una excusa para presentarme allí y descubrí que la señora T. era una de las mortales más fáciles de sonsacar. En menos de media hora supe que tenía a un inquilino llamado Winter, que afirmaba ser viajante comercial y se hallaba fuera la mayor parte del tiempo. Su descripción se parecía a la de Booth excepto que tenía bigote y llevaba gafas.

»Como muy a menudo he tratado de grabar en usted con anterioridad, Watson, los detalles son lo más importante, y me proporcionó gran placer descubrir que al señor Winter se le subía todas las mañanas una taza de chocolate. Un caballero apareció el

miércoles por la mañana y dejó un paquete, diciendo que se trataba de un cuadro que le había prometido al señor Winter, pidiéndole a la señora Thackeray que se lo diera al señor Winter cuando llegara. El señor Winter había alquilado las habitaciones en diciembre pasado. Tenía bastantes libros que había ido trayendo de vez en cuando. Todos esos hechos tomados en conjunto me convencieron de que me hallaba en la buena pista. Winter y Booth eran la misma persona, y tan pronto como Booth se hubiera quitado a sus perseguidores de encima, regresaría, como Winter, para recuperar sus tesoros.

»La fotografía recién tomada y el secante con su nota delatora eran unos medios demasiado evidentemente intencionados para conducir a la policía al rastro de Booth. El secante, algo que noté casi al instante, era falso, pues no sólo sería casi imposible usar uno de la manera usual sin que la parte central se tornara indescifrable, sino que pude ver dónde había sido manipulado.

»Por ello saqué la conclusión de que Booth, *alias* Winter, no tenía la intención de navegar jamás en el *Empress Queen*, pero en eso subestimé su inventiva. Evidentemente, reservó *dos* camarotes en el barco, uno con su nombre real y otro con el falso, y con mucha inteligencia logró mantener con éxito los dos personajes en todo el viaje, apareciendo primero como un individuo y luego como el otro. La mayor parte del tiempo representaba a Winter, y para ese propósito Booth se convirtió en el semiinválido y excéntrico pasajero que permanecía encerrado en su camarote gran parte del trayecto. Eso, desde luego, serviría perfectamente a su objetivo; su excentricidad sólo atraería la atención hacia su persona a bordo y, así, le convertiría en uno de los pasajeros más conocidos del barco, aunque él mismo se mostrara tan poco.

»Yo había dejado instrucciones con la señora Thackeray de que me enviara un telegrama tan pronto como regresara Winter. Cuando Booth había conducido a sus perseguidores a Nueva York, despistándoles allí del rastro, no tenía otra cosa que hacer que tomar el primer barco de vuelta. De manera natural, dio la casualidad de ser el mismo en el que nuestro amigo Lestrade retornó, y así fue como el telegrama de la señora Thackeray llegó en el momento oportuno en que lo hizo.

# La aventura del *Hamlet* único

VINCENT STARRET

—Holmes —dije una mañana, de pie junto a la ventana mientras miraba ociosamente la calle—, seguro que ahí viene un loco. Alguien se dejó la puerta abierta y el pobre desgraciado se ha escapado. ¡Qué pena!

Era una mañana gloriosa de primavera, con una brisa fresca y una gratificante luz de sol, pero como aún era temprano había pocas personas en la calle. Los pájaros trinaban bajo los aleros vecinos, y desde el otro extremo de la avenida llegaba débilmente el ruido monótono de un mecánico de paraguas; un gato esbelto se deslizó por los adoquines y desapareció en un patio; pero en su mayor parte la calle estaba vacía, salvo por el individuo excéntrico que había provocado mi exclamación.

Sherlock Holmes se levantó con gesto perezoso del sillón en el que había estado reposando y se acercó a mi lado, con sus largas piernas abiertas y las manos en los bolsillos de la bata. Sonrió al ver al singular personaje que deambulaba por allí abajo. El hombre parecía ser un personaje, a pesar de sus actos curiosos, pues era alto y de buen porte, con patillas tupidas, y eminentemente respetable. Iba encorvado de una manera curiosa, como un sabueso agotado, levantando las rodillas mientras andaba, y una cadena pesada y doble de reloj rebotaba contra él a la altura rechoncha de la línea de su chaleco a cuadros. Con una mano aferraba con gesto desesperado su alto sombrero de seda, mientras que con la otra hacía extraños gestos en el aire, en un estado de emoción que bordeaba la distracción. Casi podíamos ver los movimientos espasmódicos de su semblante.

—¿Qué puede estar pasándole? —pregunté—. Observe cómo mira las casas cuando pasa delante de ellas.

—Mira los números —respondió Sherlock Holmes con ojos bailarines—, y creo que será la nuestra la que le hará más feliz. Su profesión, desde luego, resulta obvia.

—Será un banquero, imagino, o al menos una persona rica —aventuré, preguntándome qué detalle curioso le había revelado la profesión del hombre a mi notable compañero de un solo vistazo.

—Rico, sí —dijo Holmes con un brillo malicioso—, pero no exactamente un banquero, Watson. Fíjese en los bolsillos que le cuelgan, a pesar de las ropas excelentes que lleva, y en la locura más bien exagerada de sus ojos. Es un coleccionista, o me habré equivocado mucho.

—¡Querido amigo! —exclamé—. ¡A su edad y con su posición! ¿Y por qué nos buscaría? Cuando pagamos aquella última factura...

—De libros —dijo mi amigo con severidad—. Es un coleccionista de libros. Su línea son los Caxtons, los Elzevirs y las Biblias de Gutenberg, no los sórdidos

recordatorios de las cuentas impagadas del mercado<sup>[4]</sup>. Vea, se ha vuelto, como yo esperaba, y en un momento se hallará de pie sobre la alfombra de nuestro salón y nos contará la inquietante historia de un volumen único y su extraordinaria desaparición.

Le brillaron los ojos y se frotó las manos con satisfacción. No pude más que desear que su conjetura fuera correcta, pues últimamente había tenido poco en qué ocupar su mente, y yo vivía bajo el temor constante de que buscara el estímulo que su cerebro activo requería en la desde hace tiempo tabú botella de cocaína.

Mientras Holmes terminaba de hablar, el timbre reverberó por la casa. Luego, unos pasos presurosos sonaron en la escalera, mientras la voz chillona de la señora Hudson, elevada en forma de protesta, sólo pudo ser ocasionada por la frustración de su anhelado privilegio de ser ella quien nos trajera la tarjeta de nuestro visitante. Entonces, la puerta se abrió con violencia y el objeto de nuestro análisis trastabilló hasta el centro de la habitación y cayó de bruces sobre nuestra alfombra central. Allí yació, una magnífica ruina, con la cabeza en el borde de la alfombra y los pies en el cubo del carbón; y sellada en sus labios inmóviles estaba la sorprendente historia que había venido a contarnos... pues que era sorprendente no podíamos dudarle a la vista del comportamiento extraordinario de nuestro cliente.

Sherlock Holmes fue rápidamente en busca del *brandy*, mientras yo me arrodillaba junto al hombre desmayado y le aflojaba el arrugado lazo de la corbata. No estaba muerto, y cuando conseguimos colocar la petaca entre sus dientes, se sentó con movimiento atontado y se pasó una mano temblorosa por los ojos. Luego se puso de pie y se disculpó avergonzado por su debilidad, y se dejó caer en el sillón que Holmes le acercó.

—Eso es, señor Harrington Edwards —dijo mi compañero con voz amable—. Tranquilícese, mi querido señor, y cuando haya recuperado la compostura nos encontrará dispuestos a escuchar.

—¿Me conoce usted, entonces? —preguntó nuestro visitante. Había orgullo en su voz, y enarcó las cejas en señal de sorpresa.

—Nunca antes había oído hablar de usted hasta este momento, pero si desea ocultar su identidad, sería bueno —dijo Sherlock Holmes— que dejara sus *ex libris* en casa. —Mientras Holmes hablaba, le pasó un pequeño paquete de señaladores de libros doblados, que había recogido del suelo—. Se le cayeron del sombrero cuando tuvo la desgracia de desmayarse —añadió con extravagancia.

—Sí, sí —gritó el coleccionista, extendiéndose por todo su rostro un profundo rubor—. Ahora lo recuerdo; mi sombrero era un poco grande y doblé cierto número de ellos y los situé bajo la banda interior. Lo había olvidado.

—Un uso más bien pobre para un grabado tan hermoso —sonrió mi compañero—, pero eso es asunto suyo. Y ahora, señor, si se encuentra tranquilo, oigamos qué es lo que trajo hasta nosotros a un coleccionista de libros, desde la Mansión Poke Stogis —el nombre se encuentra en los *ex libris*— a la oficina de Sherlock Holmes, experto consultor en temas criminales. Seguro que nada que no fuera el robo de la propia

copia de Mahoma del Corán podría haberle afectado tanto.

El señor Harrington Edwards esbozó una sonrisa débil ante la broma; luego suspiró.

—¡Ay —murmuró—, si eso fuera todo! Pero empezaré desde el principio.

»Ha de saber entonces que soy el más grande comentarista shakespeariano del mundo. Mi colección de anécdotas y fotografías no tiene igual, y gran parte de las colecciones del mundo (y, en consecuencia, su conocimiento del mismo Shakespeare) han emanado de mi pluma. Un solo libro no poseía: era único, en el sentido correcto de esa palabra abusada, la mayor rareza de Shakespeare del mundo. Pocos sabían que existía, pues su existencia se mantenía en profundo secreto entre unos pocos elegidos. De haberse sabido que ese libro se hallaba en Inglaterra —en realidad, en cualquier parte— su dueño habría sido acosado hasta la muerte por los ricos norteamericanos.

»Se hallaba en posesión de mi amigo —le revelaré esto bajo la más estricta confidencia—, de mi amigo Sir Nathaniel Brooke-Bannerman, cuya casa en Walton-on-Walton es vecina de la mía. Apenas nos separan doscientos metros. Tan íntima ha sido nuestra amistad que hace unos pocos años se quitó la valla que hay entre nuestras dos propiedades, y cada uno de nosotros paseaba libremente por los terrenos del otro.

»Durante unos años había estado trabajando en mi más ambicioso libro... mi obra magna. Iba a ser el último, y también contendría los resultados de los estudios e investigaciones de toda una vida. Señor, conozco el Londres Isabelino mejor que cualquier hombre vivo; creo que mejor que cualquier hombre que haya vivido alguna vez...

De repente estalló en lágrimas.

—Vamos, vamos —dijo con gentileza Sherlock Holmes—. No se angustie. Por favor, continúe su interesante narración. ¿Qué era ese libro... que, eso entiendo, ha desaparecido de algún modo? ¿Se lo pidió prestado a su amigo?

—A eso venía —dijo el señor Harrington Edwards, secándose los ojos—, pero en cuanto a la ayuda, señor Holmes, me temo que incluso está más allá de su poder. Como ha deducido, necesitaba ese libro. Conociendo su valor, que no se puede fijar, pues es incalculable, y conociendo la idolatría que sentía por él Sir Nathaniel, dudé antes de pedirle que me lo prestara. Pero debía tenerlo, pues sin él mi trabajo no se habría podido terminar, y al fin realicé mi petición. Sugerí visitarle y repasar el volumen en su presencia, él sentado a mi lado durante todo el examen, y con criados dispuestos en cada puerta y ventana, armados con escopetas de caza.

»Puede imaginarse mi asombro cuando Sir Nathaniel se rió de mis precauciones. “Mi querido Edwards”, dijo, «todo eso estaría muy bien si fuera usted Arthur Rambridge o Sir Homer Nantes (mencionando a los dos grandes hombres del Museo Británico), o el señor Henry Hutterson, el magnate norteamericano de los ferrocarriles; pero usted es mi amigo Harrington Edwards, y se llevará el libro con usted a casa durante el tiempo que quiera». Yo protesté con energía, se lo puedo

asegurar; pero él no cedió, y me conmovió tal muestra de estima, y al final le permití salirse con la suya. ¡Dios mío! ¡Si hubiera persistido en mi actitud! Si tan sólo...

Se interrumpió, y durante un momento miró ciegamente el espacio. Sus ojos estaban dirigidos a la zapatilla persa que había en la pared, en cuya punta Holmes guardaba el tabaco, pero pudimos ver que tenía los pensamientos muy lejos.

—Vamos, señor Edwards —dijo Holmes con firmeza—. Se está agitando de manera innecesaria. Y prolonga irracionalmente nuestra curiosidad. Aún no nos ha dicho cuál es ese libro.

El señor Harrington Edwards asió el apoyabrazos del sillón en el que se sentaba. Luego habló, y su voz salió baja y trémula.

—El libro era un *Hamlet* en cuarto, de 1602, que le regaló Shakespeare a su amigo Drayton, con una dedicatoria de cuatro líneas, ¡escrita y firmada por el mismo Maestro!

—¡Mi querido señor! —exclamé.

Holmes soltó un silbido prolongado y bajo de sorpresa.

—Es verdad —se quejó el coleccionista—. Ése es el libro que pedí prestado, ¡y ése es el libro que perdí! El libro en cuarto de 1602 tanto tiempo buscado, ¡y dedicado de puño y letra por Shakespeare! Su mayor drama, además de estar fechado un año antes que cualquier edición conocida; ¡una copia perfecta, y con cuatro líneas con su propia escritura! ¡Único! ¡Extraordinario! ¡Sorprendente! ¡Asombroso! ¡Colosal! ¡Increíble! ¡Sin...!

Parecía preparado para seguir indefinidamente; pero Holmes, que en un principio había permanecido sentado bastante quieto, impactado por la importancia de la pérdida, interrumpió el torrente de adjetivos.

—Aprecio su emoción, señor Edwards —dijo—, y el libro en verdad es todo lo que usted dice que es. Ciertamente, es tan importante que de inmediato debemos atacar el problema de su redescubrimiento. ¿El libro, eso entiendo, es de fácil identificación?

—Señor Holmes —comentó nuestro cliente con vehemencia—, sería imposible ocultarlo. Es un volumen tan importante que, al llegar a su posesión, Sir Nathaniel Brooke-Bannerman llamó a consulta a los mejores encuadernadores del Imperio, en cuya reunión se hallaban presentes el señor Riviere, los señores Sangorski y Sutcliffe, el señor Zaehnsdorf y algunos otros. Ellos y yo mismo, junto con otras dos personas, somos los únicos en conocer la existencia del libro. Cuando le digo que está encuadernado en tafilete marrón, con junturas de piel y forro de contraportada y guardas de tafilete marrón, el conjunto elaboradamente fileteado en oro, guarnecido con unos engarces de setecientas cincuenta piezas separadas de piel de distintos colores y adornado con la inserción de ochenta y siete piedras preciosas, no necesito añadir que se trata de un diseño que jamás será duplicado, y sólo menciono unas pocas de sus glorias. La encuadernación la realizaron personalmente los señores Riviere, Zangorski, Sutcliffe y Zaehnsdorf, trabajando de manera alternativa, y es una

obra de tal magia que cualquier hombre moriría mil veces a gusto por el privilegio de poseerlo veinte minutos.

—Señor mío —afirmó Sherlock Holmes—, en verdad debe ser un volumen hermoso, y por su descripción, junto con la comprensión de su importancia por motivo de su asociación, deduzco que es algo que está más allá de lo que podría llamarse un libro valioso.

—¡Único! ¡Inapreciable! —exclamó el señor Harrington Edwards—. Las riquezas combinadas de la India, México y Wall Street no alcanzarían para comprarlo.

—¿Está ansioso por recobrarlo? —inquirió Sherlock Holmes, mirándolo fijamente.

—¡Dios mío! —gritó el coleccionista, alzando los ojos y desgarrando el aire con las manos—. ¿Es que supone usted...?

—Shhh, shhh —interrumpió Holmes—. Sólo bromeaba. Es un libro que podría incluso inducirle a usted, señor Harrington Edwards, al robo... pero podemos descartar esa idea. Su emoción es demasiado sincera, y, además, usted conoce bien las dificultades de ocultar un volumen semejante al que ha descrito. Ciertamente, sólo un hombre muy atrevido lo cogería y lo tendría durante mucho tiempo en su posesión. Por favor, díganos cómo llegó a perderlo.

El señor Harrington Edwards cogió la petaca de *brandy*, que se hallaba junto a su codo, y la vació de un trago. Con la fuerza renovada así conseguida, continuó con la historia:

—Como he dicho, Sir Nathaniel me obligó a aceptar el préstamo del libro, muy en contra de mis deseos. La noche que fui a buscarlo me dijo que dos de sus criados, fuertemente armados, me acompañarían a través del terreno hasta mi propio hogar. «No hay peligro», indicó, «pero usted se sentirá mejor». Yo mostré mi efusivo acuerdo. ¿Cómo contarle lo que sucedió? ¡Señor Holmes, fueron esos mismos criados los que me atacaron y robaron mi inapreciable préstamo!

Sherlock Holmes se frotó las delgadas manos con satisfacción.

—¡Espléndido! —murmuró—. Este es un caso de los que me gustan. Watson, nos estamos aventurando en aguas profundas. Pero usted se muestra más bien prolijo al respecto, señor Edwards. Quizá ayudará si le formulo algunas preguntas. ¿Por qué camino se dirigió a su casa?

—Por el principal, una buena carretera que corre delante de nuestros terrenos. La preferí a las sombras del bosque.

—Y había unos doscientos metros entre las dos puertas. ¿En qué punto tuvo lugar el ataque?

—Diría que casi a mitad de camino de los dos senderos de entrada.

—¿No había ninguna luz?

—Sólo la de la luna.

—¿Conocía usted a los criados que le acompañaban?

—A uno un poco; al otro jamás le había visto.

—Descríbamelos, por favor.

—El hombre que conozco se llama Miles. Va bien afeitado, es bajo y robusto, aunque algo mayor. Creo que se le conocía como el criado de más confianza de Sir Nathaniel; llevaba años con él. No puedo describirlo con precisión, desde luego, pues nunca le presté mucha atención. El otro era alto y de complexión fuerte, y lucía una barba tupida. Era un individuo silencioso; no creo que pronunciara una sola palabra durante el trayecto.

—¿Miles fue más comunicativo?

—Oh, sí... incluso locuaz, quizá. Habló del tiempo y de la luna, y no me acuerdo de qué más.

—¿Nunca de libros?

—No hubo ninguna mención de libros entre nosotros.

—¿Y cómo ocurrió el ataque?

—Fue muy repentino. Como he dicho, habíamos llegado a la mitad del camino cuando el hombre grande me cogió de la garganta —supongo que para impedirme dar la alarma— y en ese mismo instante Miles me arrebató el volumen y echó a correr. Un momento después su compañero le siguió. Yo estaba medio ahogado y no pude gritar de inmediato; pero cuando pude articular, hice que la campiña resonara con mis gritos. Corrí tras ellos, aunque no conseguí verlos. Habían desaparecido por completo.

—¿Dejaron la casa juntos?

—Miles y yo sí; el segundo hombre se nos unió en la caseta del portero. Se había estado ocupando de algunas tareas.

—Y Sir Nathaniel, ¿dónde estaba?

—Nos despidió en el umbral.

—¿Qué ha dicho del asunto?

—No se lo he contado.

—¿No se lo ha contado? —repitió Sherlock Holmes con asombro.

—No me atreví —confesó apesadumbrado nuestro cliente—. Le mataría. Ese libro era su vida.

—¿Cuándo tuvo lugar todo esto? —intervine yo, mirando a Holmes.

—Excelente, Watson —dijo mi amigo, respondiendo a mi mirada—. Yo estaba a punto de formular la misma pregunta.

—Anoche —fue la respuesta del señor Harrington Edwards—. Estuve como loco toda la noche y no dormí nada. Lo primero que hice fue venir a verles esta mañana. Ciertamente, intenté llamarles por teléfono anoche, pero no lo conseguí.

—Sí —dijo Holmes, recordando—, asistimos a la primera actuación de la señora Trentini. Luego cenamos en el Albani.

—Oh, señor Holmes, ¿cree que podrá ayudarme? —inquirió el coleccionista angustiado.

—Eso creo —contestó con vivacidad mi amigo—. En verdad estoy seguro de que

sí. Un libro así, como el que usted describe, no es fácil de ocultar. ¿Qué dice usted, Watson, de un viaje a Walton-on-Walton?

—Parte un tren en media hora —anunció el señor Harrington Edwards, observando su reloj—. ¿Vendrán conmigo?

—No, no —rió Holmes—, no debe ser así. Aún no han de vernos juntos, señor Edwards. Regrese usted en el primer tren, a menos que tenga otras cosas que hacer en Londres. Mi amigo y yo iremos juntos. ¿Hay otro tren esta mañana?

—Una hora después.

—Excelente. ¡Hasta la vista, entonces!

Cogimos el tren desde la Estación Paddington una hora más tarde, tal como habíamos prometido, y comenzamos nuestro viaje a Walton-on-Walton, una villa pequeña y aristocrática y escenario del curioso accidente de nuestro amigo de la Mansión Poke Stogis. Sherlock Holmes, echado en su asiento, lanzaba anillos azules de humo al techo de nuestro compartimento, que afortunadamente estaba vacío, mientras yo me dedicaba a leer el periódico de la mañana. Después de un rato me cansé de esa ocupación y me volví hacia Holmes para encontrarle mirando por la ventanilla engalanado con una sonrisa y citando a Horacio en voz baja.

—¿Tiene alguna teoría? —pregunté sorprendido.

—Es un error capital teorizar antes de ver las pruebas —replicó—. Sin embargo, he estado pensando en el interesante problema de nuestro amigo, el señor Harrington Edwards, y hay varias indicaciones que sólo pueden apuntar a una conclusión.

—¿Y quién cree usted que es el ladrón?

—Mi querido amigo —dijo Sherlock Holmes—, olvida que ya conocemos al ladrón. Edwards ha testificado con bastante claridad que fue Miles quien le arrebató el volumen.

—Cierto —reconocí, avergonzado—. Lo había olvidado. Entonces, todo lo que debemos hacer es localizar a Miles.

—Y un motivo —añadió mi amigo, riéndose entre dientes—. ¿Cuál diría usted, Watson, que fue el motivo en este caso?

—Celos —repliqué.

—¡Me sorprende!

—Miles había sido sobornado por un coleccionista rival, quien de algún modo averiguó la existencia de ese notable volumen. Recuerde que Edwards nos dijo que el segundo hombre se les unió en la caseta. Ello proporcionaría una excelente oportunidad para la sustitución del hombre por otro que no fuera el criado que había enviado Sir Nathaniel. ¿No es un buen razonamiento?

—Se supera a sí mismo, mi querido Watson —murmuró Holmes—. Está muy bien razonado, y como con justicia observa usted, la oportunidad para una sustitución era perfecta.

—¿No está de acuerdo conmigo?

—En nada, Watson. Un coleccionista rival, con el fin de ejecutar ese notable robo, primero tendría que haber conocido la existencia del libro, como usted sugiere, pero también debería haber conocido la noche en que el señor Harrington Edwards iría a casa de Sir Nathaniel para recogerlo, lo cual señalaría una colaboración por parte de nuestro cliente. Cuando, de hecho, la decisión del señor Edwards de aceptar el préstamo fue, eso creo, repentina y sin previa determinación.

—No recuerdo que lo dijera.

—No lo dijo de esa manera, pero se trata de una sencilla deducción. Para empezar, un coleccionista de libros está lo bastante loco, Watson; pero tíentelo con un libro semejante de Shakespeare y pierde toda cordura. El señor Edwards no habría sido capaz de esperar. Fue la noche anterior cuando Sir Nathaniel le prometió el libro, y justo anoche él fue a verlo para aceptar la oferta... y, de paso, encontrarse con el desastre. El milagro radica en que pudiera esperar todo un día.

—¡Maravilloso! —exclamé.

—Elemental —dijo Holmes—. Si está interesado, haría bien en leer *Transcendental Emotion*, de Harley Graham. Yo mismo he sido culpable de un pequeño folleto en el que catalogo unas mil doscientas profesiones y el efecto emocional que tienen sobre sus miembros las noticias inusuales, buenas y malas.

Fuimos los únicos pasajeros en bajar en Walton-on-Walton, pero una investigación rápida nos informó que el señor Harrington Edwards había regresado en el tren anterior. Holmes, que se había disfrazado antes de abandonar el departamento del tren, llevaba un lápiz detrás de la oreja y se había subido las bocamangas de los pantalones, mientras que de un bolsillo colgaba el extremo de un metro de tela. A todos los ojos era un topógrafo municipal, y no pude evitar pensar que si me lo encontrara de repente en la carretera ni yo mismo lo habría reconocido. Ante su sugerencia, me subí el ala del sombrero y volví del revés mi chaqueta. Luego me pasó un extremo del metro al tiempo que él, sujetando el otro, marchaba delante. De esta manera, deteniéndonos de vez en cuando para arrodillarnos en el polvo y medir de modo ostensible secciones del camino, marchamos hacia la Mansión Poke Stogis. Los esporádicos habitantes de la villa con los que nos encontramos y que iban rumbo a la estación no nos prestaron más atención que si hubiéramos sido conejos.

Poco después avistamos la residencia de nuestro amigo, una casa pintoresca e irregular, emplazada bien dentro de sus terrenos y encerrada por un cuadrado de robles centinelas. Un sendero de grava conducía desde el camino hasta la entrada de la casa y, al pasar por delante, los rayos del sol encendían un antiguo llamador de latón que había en la puerta. Todo el cuadro, con su fondo de campiña brillante, era de calma y comodidad rurales. Nos resultaba difícil creer que éste fuera el escenario del curioso problema que habíamos venido a investigar.

—No entraremos todavía —dijo Sherlock Holmes, pasando de largo por el portón que llevaba a los terrenos de nuestro cliente—, pero trataremos de regresar a tiempo

para el almuerzo.

Desde ese punto el camino iba cuesta abajo en una suave pendiente y la vegetación crecía más tupida a ambos lados de la carretera. Sherlock Holmes mantuvo la vista con firmeza en el sendero delante de nosotros, y cuando hubimos recorrido unos cien metros, se detuvo.

—Aquí —indicó— tuvo lugar el robo.

Miré con detenimiento la tierra, pero no pude ver rastro alguno de lucha.

—Recordará que sucedió a mitad de camino de las dos casas —continuó—. No, hay algunas señales; no hubo ningún forcejeo violento. Sin embargo, por fortuna, anoche tuvimos nuestra proverbial lluvia y la tierra ha conservado las huellas muy bien...

Señaló la marca leve de una pisada, luego otra, y otra más. Me arrodillé y pude ver que ciertamente muchos pies habían pasado por el camino.

Holmes se tiró cuan largo era al suelo y se retorció con movimientos rápidos, con la nariz pegada a la tierra, musitando palabras en francés. Entonces sacó una lupa para examinar mejor algo que había llamado su atención, pero un momento después agitó la cabeza decepcionado y prosiguió su inspección. Yo no pude evitar recordar a un noble sabueso olisqueando en círculos en un esfuerzo por restablecer un rastro perdido. Sin embargo, al momento lo recuperó, pues se puso de pie con una exclamación de júbilo, marchó en zigzag de manera curiosa por el camino y se detuvo ante un puente, apuntando con el dedo acusadoramente a un claro de los matorrales.

—No es de extrañar que desaparecieran —sonrió cuando llegué a su lado—. Edwards pensó que habían seguido por el camino, pero aquí es donde se desviaron. —Luego, retrocediendo una corta distancia, inició la carrera y cruzó el seto de un salto—. Sígame con cuidado —advirtió—, pues no debemos permitir que nuestras propias pisadas nos confundan. —Yo caí con más contundencia que mi amigo, pero un instante después me ayudó a incorporarme y a estabilizarme—. Mire —dijo examinando la tierra; y marcadas en el barro y la hierba vi las huellas de dos pares de pies—. El hombre pequeño pasó entre los matorrales —dijo exultante Sherlock Holmes—, pero el bribón más grande saltó por encima del seto. Observe con qué profundidad están marcadas sus huellas; aterrizó pesadamente en el barro blando. Es significativo, Watson, que hayan venido por aquí. ¿No le sugiere nada a usted?

—Que eran hombres que conocían las tierras de Edwards tan bien como las de Brooke-Bannerman —contesté; y me regocijé ante el asentimiento de aprobación de mi amigo.

Se arrojó al suelo sin decir una palabra más, y durante unos momentos los dos nos arrastramos incómodamente por la hierba. Entonces me invadió un pensamiento impactante.

—Holmes —susurré consternado—, ¿ve hacia dónde se dirigen estas huellas? Hacia la casa de nuestro cliente, el señor Harrington Edwards.

Asintió con lentitud, y tenía los labios muy apretados. ¡La hilera doble de huellas terminaba con brusquedad en la puerta trasera de la Mansión Poke Stogis!

Sherlock Holmes se puso de pie y miró su reloj.

—Llegamos a tiempo para el almuerzo —anunció, y se sacudió el polvo de la ropa. Luego, con deliberación, llamó a la puerta. A los pocos momentos nos hallamos en presencia de nuestro cliente—. Hemos estado dando vueltas por el terreno —se disculpó el detective—, y nos tomamos la libertad de entrar por su puerta trasera.

—¿Tiene alguna pista? —preguntó ansioso el señor Harrington Edwards.

Una sonrisa extraña de triunfo se esbozó en los labios de Holmes.

—En verdad que sí —dijo con calma—. Creo que he solucionado su pequeño problema, señor Edwards.

—¡Mi querido Holmes! —exclamé.

—¡Señor mío! —exclamó nuestro cliente.

—Aún me queda establecer un motivo —confesó mi amigo—; pero en cuanto a los hechos principales no hay duda alguna.

El señor Harrington Edwards se desplomó sobre un sillón; estaba pálido y tembloroso.

—El libro —graznó—. Cuénteme.

—Paciencia, mi buen señor —aconsejó con amabilidad Holmes—. No hemos comido nada desde el amanecer y estamos hambrientos. Todo a su debido tiempo. Permita que primero almorcemos y luego todo se aclarará. Mientras tanto, me gustaría telefonar a Sir Nathaniel Brooke-Bannerman, pues deseo que él oiga también lo que tengo que decir.

Las súplicas de nuestro cliente fueron en vano. Holmes consiguió su pequeño deseo y su almuerzo. Al final, el señor Edwards fue con andar pesado a la cocina para ordenar la comida, y Sherlock Holmes habló rápida e ininteligiblemente al teléfono y regresó con una sonrisa en la cara. Pero yo no le hice ninguna pregunta; a su debido tiempo este hombre extraordinario contaría su historia a su manera. Yo había oído todo lo que él había oído, y había visto todo lo que él había visto; sin embargo, me hallaba perdido por completo. No obstante, la sonrisa espectral de nuestro anfitrión flotaba en mi mente, haciéndome sentir una especie de pena por él. Al rato estuvimos sentados a la mesa. Nuestro cliente, demacrado y nervioso, comió despacio y con aparente incomodidad; sus ojos jamás se apartaron mucho del rostro inescrutable de Holmes. Yo comí poco, pero Sherlock Holmes lo hizo a gusto, relatando mientras tanto algunas de sus primeras aventuras... que quizá algún día yo entregue al mundo, si soy capaz de leer las ilegibles notas que tomé en aquella ocasión.

Cuando hubimos concluido la terrible comida nos dirigimos a la biblioteca, donde Sherlock Holmes tomó posesión del sillón más cómodo con un aire de derecho de propiedad que en otras circunstancias habría resultado divertido. Montó su larga pipa y la encendió casi con una maliciosa falta de celeridad, mientras el señor Harrington Edwards transpiraba junto a la chimenea en una agonía de aprensión.

—¿Por qué nos mantiene a la espera, señor Holmes? —susurró—. Cuéntenos ya, por favor, quién... quién... —Su voz se perdió en un gemido.

—El delincuente —dijo Sherlock Holmes con suavidad— es...

—Sir Nathaniel Brooke-Bannerman —dijo una doncella, asomando de repente la cabeza por la puerta; e inmediatamente después de su anuncio entró el atractivo baronet, cuyo inapreciable volumen era el causante de toda esta conmoción y desdicha.

Sir Nathaniel estaba pálido, y parecía enfermo. En el acto se puso a hablar.

—Me ha inquietado mucho su llamada —dijo, mirando mientras tanto a nuestro cliente—. Me ha indicado que tenía algo que revelarme sobre el libro. ¡No me diga que... le ha... pasado... algo! —Se apoyó con gesto nervioso en la pared para estabilizarse y yo sentí una profunda compasión por aquel hombre desdichado. Harrington Edwards miró a Sherlock Holmes.

—Oh, señor Holmes —dijo con voz patética—, ¿por qué mandó a buscarle?

—Porque —repuso mi amigo—, deseo que oiga la verdad sobre el libro de Shakespeare. Sir Nathaniel, creo que no se le ha informado aún de que la noche pasada al señor Edwards le robaron su precioso volumen... que se lo robaron los criados de confianza que usted envió con él para que lo escoltaran.

—¡Qué! —aulló el noble coleccionista. Se tambaleó y con movimientos frenéticos se buscó el corazón con la mano; luego, cayó sobre un sillón—. ¡Dios mío! —musitó, y repitió—: ¡Dios mío!

—Yo debería haber pensado que usted sería sospechoso de una mala acción cuando sus criados no regresaron —prosiguió el detective.

—No los he visto —murmuró Sir Nathaniel—. Yo no trato con mis criados. No sabía que no habían vuelto. ¡Cuéntemelo... cuéntemelo todo!

—Señor Edwards —pidió Sherlock Holmes, volviéndose hacia nuestro cliente—, ¿querría repetir su historia, por favor?

Ante la petición, el señor Harrington Edwards contó de nuevo la desdichada historia, terminando con un grito angustiada:

—Oh, Nathaniel, ¿podrá perdonarme alguna vez?

—No sé si fue del todo culpa suya —observó Holmes con alegría—. Los propios criados de Sir Nathaniel son los culpables, y está claro que él los envió a acompañarle.

—Pero usted dijo que había solucionado el caso, señor Holmes —gritó nuestro cliente con frenética desesperación.

—Sí —acordó Holmes—, está solucionado. Usted ha tenido la pista en sus propias manos desde que sucediera el hecho, pero no sabía cómo usarla. Todo radica en los actos peculiares del criado más alto, antes del robo.

—¿Los actos del...? —tartamudeó el señor Edwards—. ¿Por qué? ¡No hizo nada... no dijo nada!

—Esa es la circunstancia curiosa —indicó Sherlock Holmes.

Sir Nathaniel se puso de pie con dificultad.

—Señor Holmes —dijo—, esto me ha trastornado más de lo que soy capaz de expresar. No escatime esfuerzos en recuperar el libro y en llevar ante la justicia a los rufianes que lo robaron. Pero debo irme y pensar... pensar...

—Quédese —pidió mi amigo—. Ya he atrapado a uno de ellos.

—¿Qué? ¿Dónde? —gritaron los dos coleccionistas al unísono.

—Aquí —dijo Sherlock Holmes, y adelantándose apoyó una mano sobre el hombro del baronet—. Usted, Sir Nathaniel, era el criado más alto, usted era uno de los ladrones que asaltó al señor Harrington Edwards y le quitó su propio libro. Y ahora, señor, ¿nos contará por qué lo hizo?

Sir Nathaniel Brooke-Bannerman se tambaleó y se habría caído de no haberme acercado a toda velocidad a su lado, sosteniéndole. Le ayudé a sentarse. Al mirarle vimos la confesión en sus ojos; la culpa estaba escrita en su demacrada cara.

—Vamos, vamos —dijo con impaciencia Holmes—. ¿O le sería más fácil si yo contara la historia tal como sucedió? Que así sea, entonces. Usted se separó del señor Harrington Edwards en el umbral de su casa, Sir Nathaniel, deseándole a su mejor amigo las buenas noches con una sonrisa en los labios y el mal en el corazón.

Y tan pronto hubo usted cerrado la puerta, se enfundó en un impermeable, se subió el cuello y se apresuró a ir por un camino más corto hasta la caseta del guardia, donde se unió al señor Edwards y a Miles como uno de sus propios criados. No pronunció una sola palabra en ningún instante, pues temía hablar. Tenía miedo de que el señor Edwards reconociera su voz, mientras que su barba postiza, rápidamente colocada, protegía su rostro y en la oscuridad su figura pasaba desapercibida.

»Habiendo luchado con su mejor amigo, robándole su propio libro, usted y su rufianesco criado huyeron atravesando los terrenos del señor Edwards hasta la puerta trasera de la casa de éste, pensando que, si se producía luego una investigación, yo sería llamado y descubriría esas huellas y culparía del delito al señor Harrington Edwards... como parte de un plan delictivo preparado de antemano con sus criados, quienes se supondría que estaban pagados por el señor Edwards y eran los artífices de un robo falso sobre su persona. Su error, señor, fue el acabar su rastro de manera abrupta en la puerta trasera del señor Edwards. Si entonces hubiera dejado otro rastro, uno que condujera hasta su propio domicilio, sin titubear yo habría arrestado al señor Edwards por el robo.

»Debería usted saber que en los casos criminales que he investigado, la solución obvia jamás es la correcta. El mero hecho de que el dedo de la sospecha se haga apuntar a un individuo determinado basta para absolver a dicho individuo de la culpa. Si hubiera leído usted los trabajos de mi amigo y colega, el doctor Watson, no habría cometido semejante error. ¡Y sin embargo afirma ser un hombre instruido!

La única respuesta fue un gemido bajo procedente del desdichado baronet.

—Pero continuemos; allí mismo, en la puerta trasera del señor Edwards, usted concluyó el rastro, entrando en la casa —su propia casa— y pasando la noche bajo su

techo, mientras sus gritos y desvaríos por la pérdida llenaban la noche y le proporcionaban alegría a su abominable alma. Y por la mañana, cuando él salió para ir a mi consulta, usted se marchó en silencio —usted y Miles— y regresó a su propia casa por el camino principal.

—¡Misericordia! —exclamó el desgraciado vencido, encogiéndose en el sillón—. Si se hace público, estoy arruinado. Me vi obligado a ello. No podía dejar que el señor Edwards examinara el libro, pues de ese modo lo descubriría. Sin embargo, cuando mi mejor amigo pidió hacerlo, no podía negárselo.

—Sus palabras me cuentan todo lo que yo no sabía —dijo con firmeza Sherlock Holmes—. El motivo ahora resulta bien evidente. La obra, señor, era una falsificación, y sabiendo que su amigo erudito lo descubriría, usted eligió empañar su nombre para salvar el suyo propio. ¿Estaba asegurado el libro?

—Asegurado en 100.000 libras, me dijo él —interrumpió el señor Harrington Edwards excitado.

—De modo que planeó deshacerse de ese artículo peligroso y dudoso al tiempo que recogía una suculenta recompensa —comentó Holmes—. Vamos, señor, cuéntenoslo. ¿Cuánto era falsificación? ¿Sólo la dedicatoria manuscrita?

—Se lo diré —repuso de repente el baronet— y me encomendaré a la misericordia de mi amigo, el señor Edwards. Todo el libro, en efecto, era una falsificación. Fue originalmente compuesto de dos copias imperfectas del libro en cuarto de 1604. De la pareja realicé un perfecto volumen, y un artesano diestro, ahora muerto, cambió la fecha de manera tan artística que sólo un experto de primera categoría podría haberlo detectado. Tal experto, sin embargo, es el señor Harrington Edwards... el único hombre en el mundo que podría haberme desenmascarado.

—Gracias, Nathaniel —dijo agradecido el señor Edwards.

—La dedicatoria, por supuesto, también fue falsificada —continuó el baronet—. Ya pueden conocerlo todo.

—¿Y el libro? —preguntó Holmes—. ¿Dónde lo destruyó?

Una sonrisa lúgubre apareció en los labios de Sir Nathaniel.

—Ahora mismo se está quemando en la caldera del propio señor Edwards —repuso.

—Entonces, aún no puede estar consumido —gritó Holmes y se lanzó al sótano, para regresar momentos después de buen humor, llevando una hoja ennegrecida en la mano—. Es una pena. ¡Una pena! —exclamó—. A pesar de su cuestionable autenticidad, se trataba de un ejemplar noble. Está quemado a medias; pero dejemos que se consuma. He salvado una hoja como recuerdo de la ocasión. —La dobló con cuidado y la guardó en su cartera—. Señor Edwards, supongo que la decisión en este caso es de usted. Sir Nathaniel, desde luego, no ha de tratar de cobrar el seguro.

—Entonces, olvidémoslo —dijo Harrington Edwards con un suspiro—. Que sea un capítulo sellado en la historia de la bibliomanía. —Miró a Sir Nathaniel Brooke-Bannerman durante largo rato, luego alargó la mano—. Le perdono, Nathaniel —

anunció con sencillez.

Se estrecharon las manos; había lágrimas en los ojos del baronet. Muy conmovidos, Holmes y yo le dimos la espalda a la emotiva escena y nos dirigimos en silencio hacia la puerta. Un momento después el aire fresco soplabá nuestras sienas, y tosimos, quitándonos de los pulmones el polvo de la biblioteca.

—Son gente extraña esos coleccionistas de libros —musitó Sherlock Holmes mientras traqueteábamos de vuelta a la ciudad.

—Lo único que lamento es que no podré publicar mis notas sobre este interesante caso —respondí.

—Aguarde un poco, mi querido doctor —aconsejó Holmes— y será posible. Con el tiempo los dos lo contemplarán como un episodio enormemente divertido, y ellos mismos lo contarán. Entonces podrán sacarse a la luz sus notas y la historia de otro de los pequeños problemas de Sherlock Holmes se podrá dar al mundo.

—Siempre será una sombra sobre *Sir Nathaniel* —comenté.

—Se glorificará en ella —profetizó Sherlock Holmes—. Se hablará de él en los círculos literarios junto a Chesterton, Ireland y Payne Collier. Recuerde mis palabras, ni siquiera ahora él es ciego a las posibilidades que esto le brinda para una siniestra inmortalidad. Él será el primero en contarlo.

—Pero ¿por qué preservó usted la hoja del *Hamlet*? —inquirí—. ¿Por qué no una joya de la encuadernación?

Holmes se rió con ganas. Luego, despacio, desplegó la hoja en cuestión, y señaló con un dedo humorístico un punto en la página.

—Un deseo —respondió— por preservar una caracterización tan exacta de nuestros dos amigos. La línea es una verdadera joya. Mire, el buen Polonio dice: «Que él está loco es verdad, y es una pena; y es una pena que sea verdad». Hay mucho sentido en el Maestro Will, igual que en Hafiz y en Confucio, y una mayor gracia de expresión... Ya estamos en Londres, y ahora, mi querido Watson, si nos damos prisa llegaremos justo a tiempo para la función de la tarde de Zabriski.

# La aventura del hombre marcado

STUART PALMER

Era una tarde de fuerte viento a finales de abril del año noventa y cinco, y yo acababa de regresar a nuestra casa de Baker Street para encontrarme con Holmes tal como lo había dejado al mediodía, echado en el sofá con los ojos medio cerrados, mientras el humo del tabaco negro se elevaba hasta el techo.

Ocupado con mis propios pensamientos, quité el desorden de aparatos químicos que había llegado hasta el sillón y me senté con un suspiro atribulado. Sin darme cuenta de ello, debí quedarme ensimismado. De repente, la voz de Holmes me hizo recobrar la conciencia con un sobresalto.

—¿Así que usted ha decidido, Watson —dijo—, que ni siquiera esa diferencia será una barrera real a su futura felicidad?

—Exacto —repuse—. Después de todo, no podemos... —Me detuve en seco—. ¡Mi querido amigo! —exclamé—. ¡Esto no es típico de usted!

—Vamos, vamos, Watson. Ya conoce mis métodos.

—No sabía —dije con rigidez— que abarcaran tener espías que rastrearan los pasos de un viejo amigo, y sólo porque él eligió una fresca tarde de primavera para dar un paseo con cierta dama.

—¡Mil disculpas! No me había dado cuenta de que mi pequeña demostración de ejercicio mental pudiera causarle algún dolor —murmuró Holmes con voz apagada. Se sentó, sonriendo—. Por supuesto, mi querido amigo, debería haberle concedido la aberración mental temporal conocida como enamoramiento.

—¡Vamos, Holmes! —repliqué con viveza—. Usted debería ser la última persona en hablar de psicopatología... un hombre que prácticamente es un caso andante de tendencias maníaco depresivas...

Hizo una reverencia.

—¡Tocado, claramente tocado! Pero, Watson, en un sentido usted está siendo injusto conmigo. Sólo conocía sus planes de encontrarse con una dama debido a los excesivos cuidados que se tomó en su arreglo personal antes de salir. La hermosa Emilia, ¿verdad? Siempre recordaré su valor en el asunto del asesinato de Giorgiano en la, por lo demás, respetable casa de huéspedes de la señora Warren. Y, en verdad, ¿por qué no un romance? Ha habido un intervalo muy decente desde la muerte de su difunta esposa, Watson, y la viuda Lucca es una persona de lo más cautivadora.

—Eso sigue sin tener nada que ver con el tema. No veo...

—Nadie tan ciego, Watson, nadie tan ciego —cortó Holmes, echando tabaco en su pipa de madera de cerezo, una señal clara de que se encontraba en uno de sus estados más argumentadores—. En realidad es de lo más sencillo, mi querido amigo. No me resultó difícil deducir que su cita, en una tarde con una brisa tan agradable

como ésta, era en el parque. Los restos de cáscara de cacahuete en su mejor chaleco indican con claridad el hecho de que se ha estado divirtiendo alimentando a los monos. Y su regreso a una hora tan temprana, sin duda al no conseguir que la dama cenara con usted, indica a las claras que tuvo cierto tipo de desacuerdo mientras observaba las travesuras de los peludos primates.

—Concedido, Holmes, de momento. Por favor, prosiga.

—Con mucho gusto. Como buen médico, no puede evitar tener ciertas convicciones profundas en cuanto a la verdad contenida en las recientes y controvertidas publicaciones del señor Charles Darwin. ¿Qué es más probable en el calor del romance primaveral que usted fuera lo suficientemente imprudente como para iniciar una discusión sobre las teorías de Darwin con la *signora* Lucca, quien, como la mayoría de sus compatriotas, sin duda es muy religiosa? Por supuesto que ella prefiere la narración del origen de la humanidad del Jardín del Edén. De ahí su primera pelea y su apresurado regreso a casa, donde se dejó caer en el sillón y permitió que su pipa se apagara mientras repasaba una y otra vez la situación en su cabeza.

—Ahora que usted lo explica, es bastante simple —reconocí a regañadientes—. Pero ¿cómo podía conocer la conclusión a la que acababa de llegar?

—Elemental, Watson, de lo más elemental. Usted regresó con su cara normalmente plácida fruncida en un mohín, con el labio inferior sobresaliendo de una forma colérica. Su mirada se desvió a la repisa de la chimenea, donde está la copia de *El origen de las especies*, y entonces su expresión fue más beligerante que antes. Pero entonces, después de un momento, las titilantes llamas del fuego captaron su mirada, y no pude evitar notar cómo ese símbolo hogareño le recordó la felicidad conyugal de la que usted disfrutó en una ocasión. Se imaginó a sí mismo y a la hermosa italiana sentados ante un fuego igual, y su expresión se suavizó. Una clara sonrisa fatua cruzó su cara, y supe que había decidido que no debería permitir que ninguna teoría se interpusiera entre usted y la dama que planea convertir en la segunda señora Watson. —Vacío la pipa en la chimenea—. ¿Puede negar que mis deducciones son sustancialmente correctas?

—Desde luego que no —repuse, algo avergonzado—. Pero, Holmes, en un reinado menos iluminado que éste de nuestra Victoria, usted correría el serio peligro de ser quemado por bruja.

—Brujo, por favor —corrigió—. Pero ya basta de ejercicios mentales. A menos que me equivoque, el persistente sonido del timbre presagia un cliente. Si es así, se trata de un caso grave que puede llegar a absorber todas mis facultades. Nada trivial haría salir a un inglés durante la hora sagrada del té. —Apenas hubo tiempo para que Holmes encendiera la lámpara de lectura de modo que su luz cayera sobre la silla vacía, y entonces se oyeron pasos rápidos en la escalera y una llamada impaciente a la puerta—. ¡Pase! —exclamó Holmes.

El hombre que entró aún era joven, de unos treinta y ocho años en apariencia,

bien peinado y cuidadosamente vestido, si no a la moda, con una especie de dignidad profesional en su porte. Depositó su bombín y su bastón sobre la mesa, y luego se volvió hacia nosotros, mirando interrogadoramente de uno a otro. Pude ver que su complexión normalmente rubicunda tenía una palidez enfermiza. Era evidente que nuestro visitante se hallaba a punto del derrumbamiento.

—Me llamo Allen Pendarvis —balbuceó, aceptando la silla que Holmes le indicó—. Debo disculparme por entrar de esta manera.

—En absoluto —dijo Holmes—. Por favor, sírvase tabaco, está en esa zapatilla persa. Veo que acaba de llegar de Cornualles.

—Sí, de Mousehole, cerca de Penzance. Pero ¿cómo...?

—Aparte de por su nombre —«Por el prefijo Tre-, Pol-, Pen-, conoceréis a los de Cornualles»—, lleva usted un impermeable, y nubes coléricas han llenado el cielo del sudoeste la mayor parte del día. También veo que está agitado, ya que los *Royal Cornishman* arribaron a Paddington hace unos pocos momentos, y usted no ha perdido tiempo en venir hasta aquí.

—¡Usted, entonces, es el señor Holmes! —decidió Pendarvis—. Apelo a usted, señor. Nadie más puede brindarme la ayuda que necesito.

—La ayuda no es fácil de negar, y no siempre fácil de dar —repuso Holmes—. Pero, por favor, continúe. Este es el doctor Watson. Puede hablar con plena libertad en su presencia, ya que ha sido mi colaborador en algunos de mis casos más difíciles.

—¡Ninguno de sus casos —exclamó Pendarvis— puede ser más difícil que el mío! Voy a ser asesinado, señor Holmes. ¡Y sin embargo... sin embargo, no tengo un solo enemigo en el mundo! Ninguna persona, viva o muerta, podría tener algún motivo para desear verme en el féretro. No obstante, mi vida ha sido amenazada tres veces, y se ha intentado matarme hace dos semanas.

—Muy interesante —dijo Holmes con calma—. ¿Y tiene usted alguna idea sobre la identidad de su enemigo?

—Ninguna. Comenzaré por el principio, y no reservaré nada. Verán, caballeros, mi hogar es una pequeña villa de pesca que no ha cambiado materialmente en cientos de años. De hecho, el muelle de Mousehole, que se extiende justo más allá de mis ventanas, fue construido por los fenicios en la época de Uther Pendragon, el padre del Rey Arturo, cuando vinieron a comerciar en busca del estaño de Cornualles...

—Creo que en este asunto debemos buscar más cerca de casa que los fenicios —indicó Holmes con tono seco.

—Por supuesto. Verá, señor Holmes, yo llevo una vida muy tranquila. Una pequeña renta que me dejó mi difunto tío me permite dedicar mi tiempo al pasatiempo de la fotografía de aves. —Pendarvis sonrió con modesto orgullo—. Algunas de mis fotografías de las golondrinas de mar en sus nidos han sido publicadas en revistas de ornitología. Sólo la vez pasada...

—Tampoco sospecho de las golondrinas de mar —interrumpió Holmes—. Y, no obstante, alguien busca su vida, o su muerte. De paso, señor Pendarvis, ¿su esposa

heredaría sus propiedades en el caso desgraciado de su muerte?

Pendarvis se quedó en blanco.

—¿Señor? Nunca me he casado. Vivo solo con mi hermano Donal. Una persona muy alegre. Romántico por los dos. Todas las cartas perfumadas que vienen en el correo de la mañana van dirigidas a él.

—Ah —comentó Holmes—. ¿Entonces no tenemos que aplicar la vieja regla de *cherchez la femme*? Eso elimina mucho. ¿Ha dicho que su hermano es su heredero?

—Supongo que sí. En realidad no hay gran cosa que heredar. La renta cesa a mi muerte, ¿y quién querría mis especímenes ornitológicos?

—Ciertamente, eso proyecta una luz diferente. Pero dejemos a un lado el problema del *cui bono*, al menos de momento. ¿Cuál fue el primer indicio de que alguien trama algo contra su vida?

—La primera amenaza vino en forma de nota, toscamente escrita sobre papel de estraza y metida por debajo de la puerta el jueves de la semana pasada. Decía: «Señor Allen Pendarvis, le queda poco tiempo de vida».

—¿Tiene la nota con usted?

—Lamentablemente no, la rompí, pensando que sólo se trataba de la obra de un bromista estúpido. —Pendarvis suspiró—. Tres días después llegó la segunda.

—¿Que guardó y ha traído con usted?

Pendarvis sonrió con ironía.

—Eso sería imposible. Fue escrita a tiza sobre la pared del jardín, y repetía la primera advertencia. Y la tercera se trazó en el barro del muelle, en el exterior que da a la ventana de mi dormitorio, visible el domingo pasado durante la marea baja, pero que fue borrada pronto. Decía: «¿Listo para morir, señor Allen Pendarvis?»

—¿Informó usted a la policía de esas amenazas?

—Por supuesto. Pero no las tomaron en serio.

Holmes me lanzó una mirada y asintió.

—Entendemos esa actitud oficial, ¿verdad, Watson?

—Entonces también podrá entender, señor Holmes, por qué he venido a verle. ¡No estoy acostumbrado a que me desdeñe un subinspector local! Y así, cuando por último la noche pasada sucedió... —Pendarvis tuvo un escalofrío.

—Ahora —interrumpió Holmes mientras aplicaba la llama de una cerilla de cera a su pipa de arcilla— hacemos progresos. ¿Qué pasó?

—Era tarde —comenzó el ornitólogo—. De hecho, casi la medianoche, cuando me despertó el insistente sonido del timbre de la puerta. Mi casera, pobre mujer, es casi sorda, y por ello me levanté yo a contestar. Imagine mi sorpresa al no encontrar a nadie en la entrada. Fuera reinaba una negrura absoluta, la intensa y lúgubre quietud de una villa de Cornualles a esa hora avanzada. Permanecí allí de pie durante un momento, temblando, sosteniendo el candil y escrutando la oscuridad. Y entonces una bala aulló a mi lado, errando mi corazón por poco y apagando la vela que llevaba en la mano.

Holmes juntó las delgadas manos, sonriendo.

—¡De verdad! ¡Un buen problema, eh, Watson! ¿Qué piensa al respecto?

—El señor Pendarvis es afortunado de que su atacante sea un mal tirador — contesté—. Debía haber presentado un buen blanco con la vela en el umbral.

—Sin duda que un buen blanco —acordó Holmes—. ¿Y por qué, señor Pendarvis, no fue su hermano a abrir la puerta?

—Donal se hallaba en Penzance —contestó Pendarvis—. Durante años ha sido su invariable costumbre la de asistir a las veladas de boxeo de los viernes que se celebran allí. Luego, por lo general se reúne con sus camaradas en el *Capstan & Anchor*.

—¿Y regresa de madrugada? Por supuesto, por supuesto. Y ahora, señor Pendarvis, creo que ya tengo todo lo que necesito. Regrese a su casa. Tendrá noticias nuestras en poco tiempo. —Holmes agitó una mano lánguida en dirección a la puerta—. Que pase una muy buena noche, señor.

Pendarvis recogió el sombrero y el bastón y se quedó dubitativo en el umbral.

—Debo confesar, señor Holmes, que se me había hecho esperar más de usted.

—¿Más? —inquirió Holmes—. Oh, sí. Mi pequeña factura. Le será remitida por correo el primer día del mes. Buenas noches, señor.

La puerta se cerró detrás de nuestro insatisfecho cliente, y Holmes, que había estado reclinado contra el sofá en lo que parecía ser la más profunda depresión, se incorporó con brusquedad y se volvió hacia mí.

—Bien, Watson, la solución parece decepcionantemente fácil, ¿no es verdad?

—Quizá sí —repuse con rigidez—. Pero usted se halla en una situación precaria, ¿no? Puede que haya enviado a ese pobre hombre a su muerte.

—¿A su muerte? No, mi querido Watson. Le doy mi palabra. Perdóneme, debo escribir una nota a nuestro amigo Gregson de Scotland Yard. Es muy importante que se haga un arresto de inmediato.

—¿Un arresto? Pero ¿de quién?

—¿Qué otro que el señor Donal Pendarvis? Un telegrama a las autoridades de Penzance bastará.

—¿El hermano? —inquirí incrédulo—. Entonces, ¿cree que en realidad no se hallaba en la velada de boxeo en el momento del intento de asesinato de nuestro cliente?

—Estoy seguro —afirmó Sherlock Holmes— de que se encontraba ocupado en otras actividades. —Esperé, pero era evidente que prefirió no hacerme partícipe de sus confidencias. Holmes cogió pluma y papel y no volvió a alzar la vista hasta que finalizó de redactar la nota y la hubo despachado por mensajero—. Eso —dijo—, se encargará de momento de la situación.

Después llamó a la señora Hudson y solicitó una cena abundante.

Mi amigo mantuvo su silencio reservado durante la comida y dedicó el resto de la noche a su violín. No fue hasta que nos hallamos a la mesa del desayuno a la mañana

siguiente cuando hubo alguna referencia al caso del ornitólogo de Cornualles.

El timbre sonó con insistencia y Holmes se animó.

—¡Ah, por fin! —exclamó—. Una respuesta de Gregson. No, es él mismo que viene a toda velocidad.

Las pisadas de la escalera llegaron hasta nuestra puerta, y un instante después Tobías Gregson, alto, pálido, cabello rubio como siempre, entró.

Holmes siempre le había considerado el más inteligente y agudo de los inspectores de Scotland Yard. Pero Gregson en ese momento se hallaba en mal estado de ánimo.

—Nos la ha jugado, señor Holmes —comenzó—. Sentí en mis huesos que no tendría que haber obedecido su inusual petición, pero recordando la ayuda que nos ha brindado en el pasado, seguí su sugerencia. ¡Mal asunto, señor Holmes, mal asunto!

—¿De verdad? —preguntó Holmes.

—En efecto. Se trata de ese Pendarvis, Donal Pendarvis, que usted quería que arrestáramos.

—¿No ha confesado?

—Desde luego que no. Además, el sujeto sin duda está presentando una querrela en este mismo instante por arresto indebido.

Holmes casi dejó caer su taza.

—¿Quiere decir que ya no se halla bajo custodia?

—Eso mismo quiero decir. Fue arrestado anoche y encerrado en la cárcel de Penzance, pero armó tal revuelo que Owens, el subinspector, se vio obligado a ponerlo en libertad.

Sherlock Holmes se incorporó en toda su altura, tirando la servilleta.

—Estoy de acuerdo, señor. Mal asunto es. —Permaneció en reflexión profunda durante un momento—. ¿Y la otra petición que realicé? ¿Han localizado a un hombre de esa descripción?

—No, señor Holmes. El subinspector Owens ha vivido en Penzance toda su vida, y jura que no existe tal persona.

—Imposible, del todo imposible —dijo Holmes—. ¡Debe estar equivocado!

Gregson se puso de pie.

—Todos hemos tenido nuestros éxitos y fracasos —comentó en tono conciliador—. Buenos días, señor Holmes. Buenos días, doctor.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Holmes se volvió de repente hacia mí.

—¿Y por qué, Watson, no está haciendo la maleta? ¿No quiere acompañarme a Cornualles?

—¿A Cornualles? Pero tenía entendido...

—Ha oído todo, y no ha entendido nada. Tendré que mostrárselo a usted, y al subinspector, en el mismo escenario. Pero basta ya de esto. La veda se ha levantado. Será mejor que traiga su revólver del ejército y un bastón robusto, pues puede que haya trabajo duro antes de que se solucione el pequeño problema. —Consultó su reloj

— Ah, disponemos de media hora para coger el tren de las diez en punto desde Paddington.

Subimos al tren casi cuando partía, y mientras marchábamos al sudoeste por las afueras de Londres mi amigo comenzó una disertación sobre las tendencias hereditarias en los grupos de huellas dactilares, un tema acerca del cual estaba planeando una monografía. Yo me guardé la impaciencia para mí mismo todo lo que pude, y por último le interrumpí.

—Sólo tengo una pregunta, Holmes. ¿Por qué vamos a Cornualles?

—Las flores de primavera, Watson, se encuentran en el mejor momento de la estación. El perfume será agradable después de la niebla de Londres. Mientras tanto, pretendo echar una cabezada. Usted puede ocuparse en considerar la naturaleza inusual de las notas de amenaza recibidas por el señor Allen Pendarvis.

—¿Inusual? A mí me parecieron bastante claras. Sin ninguna duda su intención era la de hacerle saber al señor Pendarvis que era un hombre marcado.

—¡Expuesto de manera brillante, Watson! —exclamó Sherlock Holmes, y con placidez se acomodó para dormir.

No despertó hasta que hubimos dejado atrás Plymouth y la extensión de Mount Bay se veía por la ventanilla. Había palomillas procedentes del mar rodando y soplaba un viento fuerte.

—Creo que lloverá más al anochecer —comentó Holmes—. Una noche excelente para el tipo de caza en el que esperamos vernos involucrados.

Apenas habíamos bajado en Penzance cuando un hombre robusto enfundado en un úlster de *tweed* se nos acercó. Debía pesar cien kilos de músculo sólido, y su cara era seria. Un policía de mejillas sonrosadas le seguía.

—¿Señor Holmes? —preguntó el hombre mayor—. Soy el subinspector Owens. Se nos comunicó que usted podría venir aquí. Y ya era hora. Lamentable enredo en el que nos ha metido.

—¿De verdad? —inquirió Holmes con frialdad—. ¿Ha sucedido, entonces?

—Sí —replicó el subinspector Owens con gravedad—. A las dos en punto de esta tarde.

El policía que le acompañaba corroboró su afirmación con seriedad.

—Confío —dijo Holmes— en que no hayan movido el cuerpo.

—¿El cuerpo? —Los dos policías locales intercambiaron miradas, y el subalterno lanzó una carcajada—. Me refería —continuó Owens— a la demanda por arresto indebido. Se me ha entregado un mandamiento en mi oficina.

Mi compañero titubeó sólo un momento.

—Si yo fuera usted, no perdería el sueño por el juicio inminente del caso. Y ahora, antes de continuar, el doctor Watson y yo hemos tenido un largo viaje en tren y necesitamos comer algo. ¿Podría indicarnos cómo llegar al *Capstan & Anchor*?

Owens frunció el ceño, luego se volvió hacia su asistente.

—Tredennis, ¿será tan amable de llevar a estos caballeros al lugar? —Entonces se

encaré con Holmes—. Le espero en la comisaría de policía en una hora, señor. Este asunto aún no se ha solucionado a mi satisfacción.

—Ni a la mía, señor —dijo Holmes, y emprendimos la marcha siguiendo al policía. El joven nos condujo a paso ligero hasta el letrero del *Capstan & Anchor*—. Entre en el bar, Watson —me dijo mi compañero en voz baja. Se demoró un instante en la puerta, y después se volvió y se unió a mí—. Tal como pensaba. El oficial Tredennis ha montado guardia en un umbral del otro lado de la calle. Las autoridades locales no confían en nosotros.

Pidió un plato de riñones y *bacon*, pero dejó que se enfriara mientras conversaba con la camarera, una joven singularmente corriente en todo lo que era aparente. Pero Holmes regresó sonriendo a la mesa.

—Confiesa conocer al señor Donal Pendarvis, al menos hasta el punto de emitir risitas cuando se menciona su nombre. Pero dice que no ha frecuentado el local en las últimas semanas. A propósito, Watson, ¿suponga que le pidiera una descripción de nuestro antagonista? ¿Qué clase de presa diría usted que estamos cazando?

—¿Al señor Donal Pendarvis?

Holmes frunció el ceño.

—Según todas las referencias, ese caballero se parece muchísimo a su aburrido hermano. No, Watson, profundice más. Rememore la historia del caso, las amenazas...

—Muy bien —afirmé—. El propuesto asesino es mal tirador con el rifle. Se trata de una persona que mantiene un encono largo tiempo... incluso un encono imaginado, pues el señor Allen Pendarvis ni siquiera tiene idea de cuál es la identidad de su atacante. Es un hombre de mentalidad primitiva, o de lo contrario no se habría dedicado al salvajismo de torturar a su víctima con amenazas. Es un recién llegado al pueblo, un extraño...

—¡Un momento, Watson! —interrumpió Holmes, y esbozó un sonrisa peculiar—. Ha razonado de manera sorprendente. Sin embargo, oigo el chapoteo de la lluvia contra las ventanas, y no debemos hacer esperar a nuestro policía en el umbral.

Una vigorosa caminata colina arriba, con la lluvia en nuestras caras, nos condujo al fin hasta los escalones de la comisaría, pero allí descubrí que el camino estaba bloqueado, por lo menos para mí. Parecía que el subinspector Owens quería hablar con el señor Holmes a solas.

—Y así será —le dijo Holmes de buen humor al fornido policía que había en la entrada. Se volvió hacia mí—. Watson, necesito su ayuda. ¿Será tan amable de ocupar la siguiente hora haciéndole una o dos visitas a sus colegas locales? Puede presentarse como alguien que busca a un paciente casual cuyo nombre ha olvidado. Pero usted tiene, desde luego, un motivo importante para dar con él. Una receta equivocada, quizá...

—¡Vamos, Holmes!

—Sea tan impreciso como pueda sobre la edad y el aspecto, Watson, pero

especifique que el hombre al que busca es un buen conocedor de la zona, de intachable respetabilidad y, lo más importante de todo, que tiene una hermosa esposa.

—¡Pero Holmes! ¿Da a entender que ésa es la descripción de nuestro asesino? Es todo lo opuesto de lo que yo había imaginado.

—El reverso de la moneda, Watson. Pero ha de disculparme. Sea tan amable de reunirse aquí conmigo en, ¿digamos dos horas? Y ahora póngase en marcha, no debo hacer esperar al subinspector.

Entró en la comisaría y yo me lancé a la calle barrida por la lluvia, agitando la cabeza con bastantes dudas. Cuánto deseé en ese momento el calor y la comodidad de mi chimenea, ¡de cualquier chimenea! Pero bien sabía que Holmes tenía cierto método en su locura. Con dificultad conseguí parar un cabriolé, y durante bastante tiempo traqueteamos por las empinadas calles del antiguo pueblo de Penzance, en busca de la lámpara rubí fuera de la puerta que indicara la residencia de un médico.

Mi corazón no estaba entregado a la tarea, y no fue una sorpresa para mí que, a pesar de la cortesía profesional con la que fui recibido por mis colegas médicos, fueran incapaces de ayudarme en algo. Owens, sin importar toda su pomposidad, había tenido razón al informar de que de todos los habitantes de Penzance, ninguna persona como la que buscaba Holmes había existido jamás. O si en verdad existía, no se hallaba entre sus pacientes.

Regresé a la comisaría para encontrarme a Holmes esperándome.

—¡Ajá, Watson! —exclamó con jovialidad—. ¿Alguna suerte? Muy poca, supongo, de lo contrario no exhibiría esa expresión del sabueso que ha fallado en localizar al ave abatida. No importa. Si no podemos ir al encuentro de nuestro hombre, él vendrá a nosotros. He conseguido recuperar hasta cierto punto la confianza de nuestro subinspector, Watson. Verá, le he dado mi palabra de que antes del mediodía de mañana el señor Donal Pendarvis habrá retirado la demanda por arresto indebido. A cambio, vamos a tener la ayuda de un fornido policía para el trabajo de esta noche.

A los pocos momentos apareció calle abajo la figura de un hombre uniformado montado en una bicicleta. Resultó ser nuestro amigo Tredennis, quien se disculpó por su retraso. Esta iba a ser su noche libre, y había sido necesario ir a casa a explicarle las cosas a su media naranja.

—Maudie se preocupa si no llevo a las nueve en punto —dijo, sus rosadas mejillas más rosadas que nunca debido al esfuerzo del pedaleo veloz—. Pero le dije que cualquier hombre estaría contento de presentarse voluntario para trabajar con el señor Holmes, el celebrado detective de Inglaterra.

—¿De *Inglaterra*? —inquirí con asombro—. ¿Y dónde estamos ahora?

—En Cornualles —dijo Holmes, dándome un suave codazo—. Ah, Watson, veo que su cabriolé nos ha estado esperando. A partir de este momento en cualquier instante prepararemos nuestra trampa, cerca del hogar del señor Pendarvis.

—Son unos buenos cinco kilómetros, señor —informó el oficial Tredennis—. Es

decir, por el camino. A lo largo de la playa es bastante menos, pero la marea está alta y en ninguna estación es un trayecto fácil.

—Iremos por el camino —decidió Holmes. Pronto nos vimos traqueteando por una calle de adoquines que subía y luego bajaba por el valle, más allá de las indistintas filas de las casas de los pescadores, con el viento soplando siempre húmedo y fresco contra nuestras mejillas—. Es una tierra que alegra el corazón de un hombre, ¿eh, Watson?

Marchamos en silencio durante un rato; luego, el oficial detuvo el coche al comienzo de una calle que bajaba con cierta brusquedad hacia la playa. Había un fuerte olor a arenque, mezclado con el del alquitrán y las algas saladas. Observé que a medida que bajábamos por la calle empinada Holmes lanzaba miradas escrutadoras a derecha e izquierda, y que en cada esquina se tomaba las máximas molestias para cerciorarse de que no nos estuvieran siguiendo.

Francamente, yo no sabía qué presa humana esperábamos atrapar en ese rincón de un pueblo pesquero olvidado y azotado por la lluvia, pero estaba convencido, por el modo en que se comportaba Holmes, de que la aventura era seria, y que se acercaba a su culminación. Sentí el peso tranquilizador del revólver en el bolsillo de mi chaqueta, y entonces, de repente, el oficial me cogió del brazo.

—Aquí —susurró.

Nos metimos por un pasaje estrecho cerca del final de la calle, atravesamos lo que en la penumbra parecía ser una red de cocheras y establos, y por último llegamos a una puerta angosta que había en la pared, que Holmes abrió con una llave que estaba colgada de un bloque de madera. Entramos juntos, y la cerramos a nuestras espaldas.

El lugar era negro como la tinta, pero percibí que se trataba de una casa vacía. Las planchas de madera bajo mis pies eran viejas y estaban desnudas, y mi mano extendida tocó una pared de piedra húmeda por el limo. Entonces llegamos a una ventana vacía con un postigo roto, a través de la cual entraba helado el húmedo aire nocturno.

—Nos encontramos en lo que era La Posada del Ratón Gris —murmuró el oficial joven—. Allá, señor Holmes, está la casa.

Escudriñamos el otro extremo de una calle estrecha y la ventana abierta y con cortinas descorridas de una biblioteca, brillantemente iluminada con lámparas de aceite. Pude ver una hilera de estanterías, una mesa y la repisa de una chimenea al fondo. Durante largo rato no hubo nada más que ver salvo la calle oscura, la puerta más oscura de la casa y esa ventana iluminada.

—¿No hay otra entrada? —preguntó Holmes en un susurro.

—Ninguna —repuso el oficial—. Las otras ventanas dan al muelle, y a esta hora la marea está alta.

—Bien —comentó Holmes—. Si viene nuestro hombre, debe hacerlo por este camino. Y nosotros estaremos esperándole.

—Más que esperándole —afirmó con vehemencia el joven Tredennis. Titubeó—.

Señor Holmes, me pregunto si está dispuesto a darle un consejo a un hombre más joven. ¿Cuáles son, según cree usted, las oportunidades para un policía ambicioso en Londres? A menudo he pensado en mejorar...

—¡Escuchen! —cortó Holmes con viveza.

Había sonado un ruido agudo, como el crujir de una puerta oxidada. Se repitió, y lo reconocí como el graznido de una gaviota.

El silencio volvió a reinar. Desde la lejanía llegó el ladrido de un perro, silenciado de pronto. Entonces, repentinamente, se vio en el cuarto de la casa de enfrente a un hombre con una bata color vino, quien entró en la biblioteca y apagó las lámparas. No podía tratarse de ningún otro que no fuera nuestro cliente, el señor Allen Pendarvis.

—Como siempre, se retira temprano —comentó con sequedad Holmes.

Esperamos hasta que uno hubiera podido contar hasta cien, y entonces otra luz apareció en el cuarto. El hombre regresaba portando una lámpara... pero, misteriosamente, en los pocos minutos que habían pasado, se había cambiado de ropas. El señor Pendarvis llevaba una chaqueta de noche con el cuello y la corbata desarreglados. Se dirigió a la biblioteca, sacó un tomo, y del hueco extrajo una pequeña petaca que se guardó en el bolsillo. Luego volvió a poner el libro en su sitio y abandonó la habitación.

—¡Un artista veloz del cambio! —exclamé.

Holmes, asiendo mi brazo, dijo:

—No del todo, Watson. Ése es su hermano. Desde lejos, son muy parecidos.

Aguardamos en silencio durante lo que pareció un período de tiempo interminable. Pero no reapareció ninguna luz. Por último, Holmes se volvió hacia mí.

—Watson —dijo—, hemos vuelto a fallar. Habría jurado que el asesino atacaría esta noche. Me desagrada partir...

—Mis órdenes, señor, son permanecer aquí hasta el amanecer —indicó el oficial—. Si ustedes desean regresar al pueblo, descansen tranquilos, que yo mantendré los ojos abiertos.

—No me cabe ninguna duda —comentó Holmes—. Vamos, Watson. La presa es demasiado cautelosa. No tenemos nada más que hacer aquí.

Me condujo de vuelta por el suelo hundido, a través de la puerta hacia los establos, y finalmente me sacó de nuevo a la calle. Pero una vez allí, en lugar de subir hasta donde se hallaba esperándonos nuestro coche, de repente me llevó a las sombras de un callejón. Habría hablado, pero sentí sus dedos huesudos en mis labios.

—Shh, Watson. Aguarde aquí... y no quite en ningún momento los ojos de esa puerta.

Esperamos lo que pareció una eternidad. Yo vigilé con toda mi atención la puerta de la casa de los Pendarvis. Pero no vi nada, ni siquiera cuando Holmes me cogió del brazo.

—¡Ahora, Watson! —susurró, y marchó en aquella dirección; yo le pisaba los talones.

Al acercarnos vi que un hombre se hallaba de pie con el dedo apretado contra el timbre de los Pendarvis. Holmes y yo nos arrojamos sobre él, pero era un individuo musculoso, y a pesar de nuestra fuerza superior y mayoría de número, fuimos repelidos como perros que atacaran a un oso. Y entonces la puerta se abrió de golpe desde el interior y todos caímos en un recibidor iluminado sólo por una vela sostenida en la mano del sorprendido propietario de la casa.

Nuestra presa de pronto dejó de luchar, y Holmes y yo nos retiramos para ver que habíamos tenido éxito en reducir nada menos que al oficial Tredennis en persona. En la mano derecha empuñaba un revólver de aspecto extremadamente eficiente, que cayó a la alfombra con un ruido apagado.

—Señor Pendarvis —dijo Holmes—, señor Donal Pendarvis, permítame presentarle a su propuesto asesino.

Nadie habló. Pero el oficial de mejillas sonrojadas ahora tenía la cara del color de la parte inferior de un lenguado. Todo pensamiento de resistencia había desaparecido.

—Es usted sobrenatural, señor Holmes —musitó el joven—. ¿Cómo pudo descubrirlo?

—¿Cómo podía fallar en descubrirlo? —repuso Holmes, alisando su chaqueta desarreglada—. Fue muy evidente que ya que no había ningún ciudadano en Penzance que poseyera la destreza de un tirador, el conocimiento de las mareas y una joven y atractiva mujer, nuestro hombre debía ser miembro de la profesión en la cual se anima la buena puntería. —Se volvió hacia el hombre que aún sostenía la vela, aunque con dedos temblorosos—. También era evidente que su hermano, que todavía duerme profundamente arriba, en ningún momento iba a ser la víctima. De lo contrario, el asesino apenas se habría molestado en escribir las amenazas. Era usted, señor Donal Pendarvis, el blanco del tirador.

—Yo... yo no lo entiendo —dijo el hombre del candil, retrocediendo.

Yo mantenía firmemente sujeta la forma del dócil prisionero, y observé a Holmes mientras sacaba con tranquilidad su pipa y la encendía.

—Había un motivo excelente para el oficial Tredennis de asesinarlo, señor —le dijo Holmes a nuestro reacio anfitrión—. A ningún hombre le gusta que un extraño saquee su jardín. Su muerte habría iniciado una investigación que habría conducido directamente al marido de la dama que usted ve los viernes por la noche...

—¡Ésa es una absoluta mentira! —gritó Tredennis, y luego se calló.

—A menos que —continuó de manera sosegada Holmes— fuera obvio para todo el mundo que Donal Pendarvis hubiera muerto por accidente, que recibiera la muerte a manos del loco que tenía un encono inexplicable hacia su hermano Allen. Ésa es la razón por la que las amenazas remarcaran de modo innecesario el nombre de *Allen* Pendarvis. Es el motivo de que el asesino fallara cuidadosamente el disparo a su supuesta víctima y destrozara la vela. Yo hice lo que estaba en mi poder, señor Pendarvis, por garantizarle la seguridad logrando que lo arrestaran. El subterfugio fracasó, y por ello me vi forzado a utilizar estos medios extremos.

Tredennis se zafó de mi presa.

—¡Muy bien, acabe de una vez! —gritó—. Lo reconozco todo, señor Holmes, y con gusto dejaré que un jurado...

—Será mejor que, de momento, me lo deje a mí —aconsejó Holmes—. Señor Pendarvis, usted no me conoce, pero le he salvado la vida. ¿Puedo pedirle un favor a cambio?

Donal Pendarvis vaciló.

—Le escucho —dijo—. Usted entiende que yo no admito nada...

—Por supuesto. Me atrevo a sugerir que, en vez de quedarse aquí en la casa de su hermano y divertirse con un coqueteo peligroso, se marche a terrenos que ofrecen mayores oportunidades para el uso de su tiempo y energía. Los campos de trigo del Canadá, quizá, o las estepas de Sudáfrica...

—¿Y si me niego?

—La alternativa —dijo Holmes— es un escándalo extremadamente desagradable, que involucraría el nombre de una dama. Su querrela por arresto indebido le dará a la prensa amarilla oportunidades inusuales cuando descubra que todo surgió de un intento honesto por mi parte de salvarle el cuello de un justo castigo.

El señor Donal Pendarvis bajó la vela y una lenta sonrisa se extendió por su rostro atractivo.

—Le doy mi palabra, señor Holmes. Me marcharé en el primer barco.

Alargó la mano, y Holmes la estrechó. Y luego volvimos a adentrarnos en la noche, con el prisionero entre los dos. Subimos por la calle adoquinada en silencio, mientras el joven oficial marchaba como si fuera a la horca.

Encontramos el cabriolé aún esperándonos, y partimos de inmediato hacia Penzance. Pero fue Holmes quien le ordenó al cochero que parara al llegar a las afueras del pueblo.

—¿Podemos dejarle en su casa, oficial? —preguntó.

El joven alzó la cabeza con la vista atemorizada.

—No se burle de mí, señor Holmes. Usted me atrapó justamente y yo estoy dispuesto a...

Holmes medio le empujó fuera del cabriolé.

—Márchese, mi joven amigo. Déjeme a mí complacer a su subinspector con una historia que nos inventaremos el doctor Watson y yo. Por su parte, queda en usted decidir la táctica para tratar con su Maudie. Después de todo, el problema inmediato ha quedado eliminado, y si desea pedir el traslado a otro puesto que requiera menos trabajos nocturnos, aquí tiene mi tarjeta. Estaré encantado de hablar en su favor a las autoridades de Scotland Yard.

A la señal de Holmes, el cabriolé volvió a emprender la marcha, cortando el agradecimiento incoherente del castigado oficial.

—Soy consciente de lo que piensa —me dijo Holmes al acercarnos a nuestro destino—. Pero se equivoca. Los fines de la justicia quedarán mejor servidos

enviando a nuestro joven reo de vuelta con su Maudie en vez de degradarlo públicamente...

—No sirve de nada, Holmes —afirmé con firmeza—. Nada de lo que pueda decir cambiará mi decisión. Cuando regresemos a Londres le pediré a Emilia que sea mi esposa.

Sherlock Holmes dejó caer su mano sobre mi hombro en un gesto de camaradería.

—Que así sea. Cásese con ella y no la pierda. Uno de estos días yo volveré al campo y al cuidado de las abejas. Veremos quién sufre los peores agujonazos.

# La aventura de los robos del Megatherium

S. C. ROBERTS

Ya he tenido ocasión, en el curso de estas reminiscencias de mi amigo Sherlock Holmes, de mencionar su simpatía por el Club Diógenes, club que reunía a los hombres más insociables de Londres y que prohibía hablar en sus recintos salvo en el Cuarto de los Extraños. Hasta donde yo sé, ése era el único club por el que Holmes se sentía atraído, y me parecía no poco curioso que le hubieran llamado para que solucionara el extraordinario misterio de los Robos del Megatherium.

Era una tarde aburrida de noviembre y Holmes, dejando a un lado el índice de referencias cruzadas de unos recortes viejos de periódicos, acercó su silla a la mía y sacó su reloj.

—Qué lenta se ha vuelto la vida, mi querido Watson —dijo—, desde la feliz conclusión de aquel pequeño episodio del solitario pueblo del oeste. Aquí estamos de regreso entre los millones de personas que viven en Londres y nadie nos necesita. —Se dirigió a la ventana, la abrió un poco y escudriñó Baker Street a través de la penumbra de noviembre—. No, Watson, me equivoco. Creo que tenemos un visitante.

—¿Hay alguien en la puerta?

—Aún no. Pero delante se ha detenido un cabriolé. El pasajero ha bajado y hay una discusión acalorada en cuanto a la tarifa. No puedo oír el argumento, pero es bastante vivo.

Unos pocos minutos después el visitante fue conducido al salón... era un hombre alto, encorvado y con una barba blanca y rala, muy mal vestido y con un aire de descuido general. Hablaba con un ligero tartamudeo.

—¿S-señor Sherlock Holmes? —inquirió.

—Ése es mi nombre —replicó Holmes—, y éste es mi amigo, el doctor Watson. —El visitante hizo una inclinación brusca de cabeza y Holmes continuó—: ¿Y a quién tengo el honor de dirigirme?

—Me lla-llamo Wiskerton, profesor Wiskerton, y me he atrevido a venir a verle en relación con un asunto de lo más notable y desconcertante.

—Estamos acostumbrados a los acertijos en este cuarto, profesor.

—Ah, pero no a ninguno de este tipo. Verá, aparte de mi rango p-profesional, soy uno de los miembros más antiguos del...

—¿Del Megatherium?

—Mi querido señor, ¿cómo lo supo?

—Oh, no hubo ningún acertijo en eso. Dio la casualidad de que oí cierta referencia en su charla con el cochero sobre que el viaje había comenzado en Waterloo Place. Está claro que usted vino desde uno de los dos clubes posibles, y de

algún modo no le asocio con el United Services.

—Tiene t-toda la razón, desde luego. El cochero del cabriolé era un truhán rapaz. Es e-escandaloso que...

—Pero usted no ha venido a consultarme acerca de un cochero extorsionador, ¿verdad?

—No, no. Por supuesto que no. Es sobre...

—¿El Megatherium?

—Precisamente. Verá, soy uno de los m-miembros más antiguos y he estado en el comité durante algunos años. No hace falta que le diga la reputación que tiene el Megatherium en el mundo del saber, señor Holmes.

—No me cabe duda de que el doctor Watson tiene en alta estima dicha institución. En cuanto a mí, prefiero la atmósfera relajante del Diógenes.

—¿El q-qué?

—El Club Diógenes.

—N-nunca oí hablar de él.

—Por eso mismo. Es un club del que la gente no oye hablar... pero le pido disculpas por esta digresión. ¿Iba usted a decir?

—Iba a d-decir que ha sucedido algo de lo más angustioso. En primer lugar debería explicarle que además de la n-noble colección de libros que hay en la biblioteca del Megatherium, que es una de nuestras posesiones más valiosas, tenemos disponible en todo momento cierto número de libros de una de las bibliotecas circulantes y...

—¿Y los está perdiendo?

—Bueno... sí, de hecho sí. Pero ¿cómo lo sabía?

—No lo sabía... sencillamente hice una deducción. Cuando un cliente empieza a describirme sus posesiones, por lo general se debe a que ha sucedido una desgracia relacionada con ellas.

—Pero esto es m-más que una desgracia, señor Holmes. Es una humillación, un insulto, un...

—¿Qué sucedió en realidad?

—Ah, i-iba a ello. Tal vez sea más sencillo si le mostrara este documento y dejara que hablara por sí solo. P-personalmente, creo que fue un error hacerlo circular, pero el comité decidió en contra y ahora la historia se propagará por todo Londres y no estaremos más cerca de la solución.

El profesor Wiskerton hurgó en su bolsillo y extrajo un documento impreso que llevaba el sello *Privado y Confidencial* en letras rojas.

—¿Q-qué le parece, señor Holmes? ¿No es extraordinario? He aquí un club cuyos miembros son elegidos de entre los representantes más distinguidos de las artes y las ciencias y así es como tratan la p-propiedad del club.

Holmes no le prestó atención al comentario por las ramas del profesor y continuó leyendo el documento.

—Me ha traído un caso muy interesante, profesor. Es inexplicable. Si pudiera recibir una explicación fácil, dejaría de serlo y, además, usted no se habría gastado el dinero en el coche para venir a verme.

—Supongo que eso es verdad. Pero ¿qué aconseja usted, señor Holmes?

—Debe darme un poco de tiempo, profesor. ¿Será tan amable de responder a una o dos preguntas primero?

—Con mucho gusto.

—Este documento declara que su comité está satisfecho de que no hay involucrado ningún miembro del personal. ¿Está usted satisfecho en ese punto?

—No estoy satisfecho de nada, señor Holmes. Como alguien que ha pasado gran parte de su vida entre libros y bibliotecas, todo el asunto del mal trato a los libros me resulta repugnante. Los libros son la savia de mi vida, señor Holmes. ¿Puede que ello no despierte su simpatía?

—Por el contrario, profesor, tengo un interés genuino en esas cuestiones. Sin embargo, en cuanto a mí, me muevo en esos caminos de la bibliofilia que están asociados con mi propia profesión. —Holmes se acercó a una estantería y sacó un volumen con el que yo llevaba tiempo familiarizado—. Aquí, profesor —continuó—, si puedo desprenderme de la falsa modestia por un momento, hay una pequeña monografía escrita por mí: *Sobre la Diferenciación entre las Cenizas de Diversos Tabacos*.

—Ah, muy interesante, señor Holmes. Al no ser yo un fumador, no puedo pretender valorar su trabajo desde el punto de vista de la erudición, pero como bibliófilo y en especial como coleccionista de monografías insólitas, puedo preguntarle si la obra está aún disponible.

—Éste es un ejemplar extra, profesor; quédese con él. Los ojos del profesor brillaron con un placer voraz.

—Señor Holmes, es muy generoso por su parte. ¿Me permite rogarle que me lo dedique? Extraigo un gran placer de lo que se suele llamar «ejemplares de asociación».

—Desde luego —dijo Holmes con una sonrisa mientras se acercaba al escritorio.

—Gracias, gracias —murmuró el profesor—, pero me temo que le he distraído del tema principal.

—En absoluto.

—¿Cuál es su plan, señor Holmes? ¿Quizá querría echarle un vistazo al Megatherium? ¿Le parecería bien, por ejemplo, almorzar mañana...?

—No, me temo que estoy ocupado a esa hora. ¿Qué le parece una taza de té a las cuatro en punto?

—Será un placer. Espero que se me permita llevar al doctor Watson, cuya cooperación en tales casos con frecuencia ha sido de gran valor.

—Oh, eh, sí, desde luego.

A mí no me pareció que hubiera mucha cordialidad en su aceptación.

—Muy bien, entonces —dijo Holmes—. El documento que ha depositado en mis manos proporciona los hechos, y los estudiaré con gran atención.

—Gracias, gracias. Hasta mañana, entonces, a las cuatro en punto —indicó el profesor al estrechar nuestras manos—, y a-atesoraré este volumen, señor Holmes.

Se guardó la monografía en un bolsillo y se marchó.

—Bien, Watson —comentó Holmes mientras llenaba su pipa—. ¿Qué piensa de este curioso caso?

—Ahora, muy poco. No he tenido la oportunidad de examinar los *datos*.

—Correcto, Watson. Se los revelaré —Holmes alzó la hoja de papel que le dejara el profesor—. Se trata de una carta confidencial que se hizo circular entre los miembros del Megatherium y está fechada en noviembre de 1889. Le leeré unos pocos extractos:

«En un reciente informe el Comité llamó la atención sobre la seria pérdida e inconvenientes causados por la desaparición de libros de la biblioteca circulante del Club. La práctica ha continuado... A finales de junio, el Club pagó por nada menos que veintidós volúmenes desaparecidos. A finales de septiembre faltaban otros quince... El Comité se ha sentido predispuesto a atribuir estas pérdidas a algún miembro individual que no ha sido descubierto, pero lamentablemente ha llegado a la conclusión de que hay más de un involucrado. Dicho Comité tiene la plena satisfacción de que no hay ningún miembro del personal implicado en el asunto...

Si se consigue identificar a los transgresores, el Comité no vacilará en aplicar la Regla que capacita su expulsión».

—Ahí lo tiene, Watson. ¿Qué piensa?

—Es de lo más extraordinario, Holmes... que de todos los clubes, sea en el Megatherium.

—*Corruptio optimi pessima*, mi querido Watson.

—¿Cree que el comité está en lo correcto respecto a sus empleados?

—No me interesan las opiniones del Comité, Watson, ni siquiera siendo las de obispos, jueces y miembros de la Real Sociedad. Sólo me preocupan los hechos.

—Pero éstos son simples, Holmes. Se están robando libros del club en cantidades considerables y no se ha descubierto al ladrón, o ladrones.

—Admirablemente sucinto, mi querido Watson. ¿Y el motivo?

—Supongo que el habitual de un ladrón... la tentación del beneficio ilícito.

—Pero ¿qué beneficio, Watson? Si usted le llevara media docena de libros, con el sello de una biblioteca, a un librero de segunda mano, ¿cuánto esperaría recibir por ellos?

—En realidad, muy poco, Holmes.

—Sí, y ésa es la causa por la que es probable que el comité tenga razón en descartar a los empleados... y no es que yo crea en descartar a alguien o a algo a

*priori*. Pero el motivo del beneficio no sirve. Debe intentarlo de nuevo, Watson.

—Bueno, desde luego, la gente es descuidada con los libros, en especial cuando son de otra persona. ¿No es posible que los miembros saquen esos libros del club, con la intención de devolverlos, y luego los olviden en el tren o los dejen en algún rincón de sus casas?

—No está mal, mi querido Watson, y sería una solución perfectamente razonable si estuviéramos tratando de la pérdida de tres o cuatro libros. En ese caso, nuestro profesor no se habría molestado en contratar mis humildes servicios. Pero mire las cantidades, Watson... veintidós libros desaparecidos en junio, quince más en septiembre. Hay algo más que un descuido casual en eso.

—Es verdad, Holmes, y supongo que no podremos descubrir mucho antes de acudir mañana a la cita en el Megatherium.

—Por el contrario, mi querido Watson, espero realizar una pequeña investigación independiente esta noche.

—Me encantará acompañarle, Holmes.

—Estoy seguro de que así es, Watson, pero si me perdona por decirlo, la investigación que he de llevar a cabo es de naturaleza personal y creo que será más fructífera si voy solo.

—Oh, muy bien —repuse, un poco irritado por la actitud de cierta superioridad de Holmes—, puedo emplear de manera muy beneficiosa mi tiempo en leer esta nueva obra sobre técnicas quirúrgicas que me acaba de llegar.

Vi poco a Holmes a la mañana siguiente. No hizo referencia alguna al caso del Megatherium en el desayuno y poco después desapareció. Durante el almuerzo se encontraba de buen humor. Había un centelleo en sus ojos que me indicó que se hallaba felizmente en la buena pista.

—Holmes —dije—, usted ha descubierto algo.

—Mi querido Watson —replicó—, la penetración de la que hace gala habla a su favor. He descubierto que después de una mañana activa tengo un gran apetito. No iba a silenciarme así.

—Vamos, Holmes, soy un viejo soldado como para que me engañe de ese modo. ¿Hasta dónde ha llegado en el misterio del Megatherium?

—Lo suficientemente lejos como para anhelar nuestro té con vivo interés.

Conociendo la vena burlona de mi amigo, reconocí que de momento no serviría de nada presionarle con más preguntas.

Poco después de las cuatro Holmes y yo nos presentamos ante las puertas del Megatherium. El portero nos recibió con suma cortesía y dio la impresión, pensé, de reconocer a Sherlock Holmes. Nos condujo a un sofá en el vestíbulo de entrada y, tan pronto como apareció nuestro anfitrión, subimos por la escalera de madera noble hasta el gran salón del primer piso.

—Permítanme que pida el té —dijo el profesor—. ¿Querría algo para acompañarlo, señor Holmes?

—Sólo un bizcocho para mí, profesor, pero mi amigo Watson tiene un apetito enorme.

—Vamos, Holmes... —Comencé.

—No, no. Ha sido una pequeña broma por mi parte —se apresuró a apuntar Holmes. Creí observar cierta expresión de alivio en la cara del profesor.

—Bien, y ahora vayamos a nuestro problema, señor Holmes. ¿Hay alguna información adicional que pueda proporcionarle?

—Me gustaría tener una lista de los títulos de los libros de más reciente desaparición.

—Por supuesto, señor Holmes, se la puedo traer en el acto.

El profesor nos dejó durante unos momentos y regresó con un papel en la mano. Yo miré por encima del hombro de Holmes mientras él la leía, y reconocí varios libros bien conocidos que habían sido publicados hacía poco tiempo, tales como *Robbery under Arms*, *Troy Town*, *The Economic Interpretation of History*, *The Wrong Box* y *Three Men in a Boat*.

—¿Hace alguna deducción en particular de los títulos, señor Holmes? —preguntó el profesor.

—Creo que no —contestó Holmes—; hay, desde luego, ciertas obras de ficción muy populares, algunos otros libros de interés general y unos pocos títulos de importancia menor. No creo que se pueda sacar alguna conclusión sobre la esfera especial de interés del malhechor.

—¿Piensa que no? Bien, yo estoy de acuerdo, señor Holmes. Todo es muy desconcertante.

—Ah —dijo Holmes de repente—, este título me recuerda algo.

—¿Cuál es, señor Holmes?

—Veo que uno de los libros desaparecidos es *Plain Tales from the Hills*. Da la casualidad de que vi un ejemplar excepcionalmente interesante de ese libro no hace mucho. Era un ejemplar anterior a su publicación, especialmente encuadernado y dedicado al ahijado del autor, quien iba a partir a la India antes de que saliera el libro a la venta.

—¿De verdad, señor Holmes, de verdad? Eso es de gran interés para mí.

—Su propia colección, profesor, sospecho que abunda con artículos de ese tipo, ¿no?

—Bien, bien, no está en mi ánimo a-alardear, señor Holmes, pero ciertamente yo poseo uno o dos volúmenes de valor único de asociación en mi biblioteca. Soy un hombre pobre y no aspiro a primeras ediciones, pero el o-orgullo de mi colección es que no se podría haber reunido por los canales ordinarios del comercio... Pero volviendo a nuestro problema, ¿hay algo más en el club que le gustaría investigar?

—Creo que no —dijo Holmes—, mas he de confesar que la descripción de su colección ha despertado mi propio apetito bibliográfico.

El profesor se sonrojó de orgullo.

—Bien, señor Holmes, si usted y su amigo quisieran de verdad ver mis escasos tesoros, para mí será un honor. Mi casa no se encuentra l-lejos de aquí.

—Entonces, vayamos —afirmó Holmes con decisión.

Confieso que me encontraba algo desconcertado por el comportamiento de mi amigo. Parecía haber olvidado las desgracias del Megatherium y estar mostrando un interés del todo desproporcionado por las excentricidades de la colección Wiskerton.

Cuando llegamos a la casa del profesor, recibí otra sorpresa. No había esperado lujos, desde luego, pero por lo menos cierta medida de elegancia y confort. A cambio, las sillas y mesas, las alfombras y cortinas, todo, de hecho, daba la impresión de ser de la calidad más barata; incluso las estanterías eran corrientes y variopintas. Los libros en sí eran otra cosa. Estaban clasificados como no había visto en ninguna otra biblioteca. En una sección había ejemplares de presentación de los autores; en otra, copias de pruebas, encuadernadas en lo que se llama «tela de encuadernador»; en otra había ejemplares para reseñas; en otra, panfletos, monografías y tiradas de todos los tipos.

—Ahí la tiene, señor Holmes —dijo el profesor con todo el orgullo de la posesión—. Quizá piense que se trata de una c-colección de rarezas, pero para mí cada uno de estos volúmenes tiene una asociación p-personal y s-separada... incluyendo el artículo que llegó a mi poder ayer por la tarde.

—Así es —comentó Holmes pensativo—, y, sin embargo, todos tienen una característica en común.

—No le entiendo.

—¿No? Pues estoy esperando ver el resto de su colección, profesor. Cuando haya visto toda su biblioteca, quizá pueda explicarme con mayor claridad.

El profesor se sonrojó de irritación.

—En realidad, señor Holmes, ya me advirtieron sobre algunas de las peculiaridades de su comportamiento; pero no tengo idea de adónde quiere llegar.

—En ese caso, profesor, le doy las gracias por su hospitalidad y le ruego que regresemos al Megatherium para hablar con el secretario.

—¿Para informarle de que no puede e-encontrar los libros desaparecidos?

Sherlock Holmes guardó silencio durante un momento. Luego miró al profesor directamente a la cara y, muy despacio, dijo:

—Todo lo contrario, profesor Wiskerton, le informaré al secretario que puedo llevarle a la dirección exacta donde encontrará los libros.

Reinó el silencio. Luego ocurrió algo extraordinario.

El profesor se apartó y, literalmente, se derrumbó sobre una silla; al momento alzó la vista y miró a Holmes con la expresión de un niño aterrado.

—No lo haga, señor Holmes. No lo haga, se lo s-s-suplico. Le c-contaré todo.

—¿Dónde están los libros? —preguntó Holmes con firmeza.

—Venga conmigo y se los enseñaré.

El profesor marchó con pies pesados y nos condujo a un dormitorio deprimente.

Con mano temblorosa hurgó en el bolsillo en busca de las llaves y abrió un armario que había junto a la pared. Se revelaron varias hileras de libros y rápidamente reconoció uno o dos títulos que había visto en la lista del Megatherium.

—Oh, ¿qué pensará usted de mí, señor Holmes —comenzó el profesor, gimiendo.

—Mi opinión es irrelevante —dijo Sherlock Holmes con sequedad—. ¿Tiene algunas cajas?

—No, pero creo que el casero quizá encuentre algunas.

—Llámelo.

A los pocos minutos apareció el casero. Sí, creía que podía encontrar el suficiente número de cajas para meter los libros del armario.

—El profesor Wiskerton —explicó Holmes— está ansioso por guardar en el acto todos los libros y enviarlos al Megatherium, en el Pall Mall. Es un asunto urgente.

—Muy bien, señor. ¿Adjuntará alguna carta o mensaje?

—No —repuso Holmes con cortesía—, pero sí... aguarde un momento.

Sacó un lápiz y una tarjeta de visita del bolsillo y escribió «Con los saludos de» encima del nombre.

—Cerciórese de que esta tarjeta vaya bien sujeta en la primera de las cajas. ¿Ha quedado claro?

—Del todo, señor, si eso es lo que desea el profesor.

—Eso es lo que más desea el profesor. ¿No es así, profesor? —contestó Holmes con gran énfasis.

—Sí, sí, supongo que sí. Pero venga conmigo a la otra habitación y permita que se lo explique.

Volvimos al salón y el profesor comenzó:

—Sin duda a usted o bien le parezco ridículo o despreciable, o ambas cosas. He tenido dos pasiones en mi vida... una pasión por ahorrar dinero y otra por adquirir libros. Como resultado de una desgraciada disputa con el decano de mi facultad en la universidad, me jubilé a una edad comparativamente joven y con una pensión muy pequeña. Estaba decidido a amasar una colección de libros; también a no gastar mis preciosos ahorros en ellos. Se me ocurrió la idea de que mi biblioteca sería la única en que todos los libros deberían ser adquiridos por otros medios que no fuera su compra. Tenía amigos entre los autores, impresores y editores, y me fue bastante bien, pero había muchos libros recién publicados que quería y no veía medio de conseguirlos hasta... bueno, hasta que distraídamente traje a casa uno de los libros de la biblioteca circulante del Megatherium. Pretendía devolverlo, desde luego. Pero no lo hice. A cambio, traje otro a casa...

—*Facilis descensus...* —murmuró Holmes.

—Exacto, señor Holmes, exacto. Luego, cuando el comité empezó a notar que los libros estaban desapareciendo, me encontré en un aprieto. Pero recordé que alguien había dicho en otro contexto que la mejor defensa es el ataque y pensé que si fuera yo

el primero en ir a verle, sería el último del que s-sospecharía.

—Ya veo —comentó Holmes—. Gracias, profesor Wiskerton.

—¿Y ahora qué es lo que va a hacer?

—Primero —contestó Holmes—, voy a cerciorarme de que su casero tenga esas cajas listas para ser despachadas. Después, el doctor Watson y yo tenemos una cita en el St James's Hall.

—Un caso trivial, Watson, pero no carente de cierto interés —dijo Holmes cuando regresamos de la sala de conciertos a Baker Street.

—En mi opinión, un caso despreciable. ¿Adivinó desde el principio que Wiskerton era el ladrón?

—No, Watson. Yo jamás adivino. Me afano por observar. Y lo primero que observé sobre el profesor Wiskerton era que se trataba de un avaro... el altercado con el cochero, las ropas viejas, la renuencia a invitarnos a almorzar. Que era un bibliófilo entusiasta resultaba, desde luego, obvio. Al principio no estuve del todo seguro de cómo encajar bien esas dos características, pero después de la entrevista de ayer recordé que el portero del Megatherium había sido un útil aliado mío en sus primeros días como portero de teatro y pensé que una charla privada con él podría ser positiva. Su breve descripción me puso en la pista de inmediato: «Siempre está aquí leyendo», dijo, «pero jamás toma una comida en el club». Después de eso, y después de una pequeña y apresurada investigación esta mañana sobre la carrera académica del profesor, pocas dudas me quedaron.

—Pero ¿no le parece todavía extraordinario, a pesar de lo que dijo él, que haya corrido el riesgo de ir a consultarle?

—Por supuesto que es extraordinario, Watson. Wiskerton es un hombre extraordinario. Si, como espero, tiene la decencia de dimitir del Megatherium, le sugeriré a Mycroft que lo recomiende para el Diógenes.

# La aventura del cormorán amaestrado

W. R. DUNCAN MCMILLAN

Recuerdo que empezó una mañana de agosto, al terminar el siglo. Holmes y yo estábamos viviendo juntos. Mi esposa se hallaba de visita en casa de su tía y durante unos pocos días yo moraba de nuevo en mis viejas habitaciones de Baker Street. Holmes se encontraba deprimido, sin nada en absoluto que hacer. Un silencio pesado llenaba el salón. También flotaba el olor del *bacon* y los huevos intactos, y el conocimiento, que ambos compartíamos, de que le había quitado la aguja a su hipodérmica y que había guardado bajo llave todos mis propios instrumentos.

Creo que los dos nos quedamos algo sorprendidos de que, al fin, yo hubiera hecho acopio de valor para llevarlo a cabo, pero era una cuestión sobre la que ninguno de los dos sentía inclinación de hablar.

Yo estaba sentado junto a la ventana abierta y la calle de abajo contribuía a la atmósfera de la sala con los efluvios del asfalto y la bosta de caballo. La señora Hudson vino a recoger la mesa del desayuno, pero al ver que no se había tocado nada hizo ademán de retirarse.

Holmes se incorporó lo suficiente como para decir:

—Si es tan amable, déjenos el café, señora Hudson, pero llévese todo lo demás. Ni el doctor ni yo tenemos mucho apetito esta mañana.

Cuando la buena mujer se hubo marchado, me serví una taza de café y regresé a mi asiento junto a la ventana.

—Una bocanada de aire fresco nos haría muy bien a los dos —comenté con voz apagada.

—Sí —repuso él con cierta animación—. Un buen caso, con una gran remuneración y un largo viaje por mar sería muy tentador. ¿Adónde le gustaría ir, Watson? ¿Madeira, el Mediterráneo o las islas griegas?

Empecé a citar, sin mucha originalidad, «Donde la ardiente Safo...» cuando oímos un golpe a la puerta y la señora Hudson volvió a entrar. En esta ocasión traía un telegrama que le ofreció a Holmes en una bandeja pequeña.

Le observé abrir el sobre y me alegró ver cómo su cara se iluminaba de interés al leer el mensaje.

—De momento no hace falta ninguna contestación —indicó—. Luego me ocuparé de ello. —Cuando estuvimos solos, se levantó de un salto y me acercó el telegrama para que lo leyera—. Ahí lo tiene, Watson. Una respuesta a nuestras plegarias. No tan romántico ni tan lejano como las islas griegas... pero esto bien puede significar un viaje a las islas Occidentales.

—¿Puedo leer lo que dice? —pregunté.

Leí: «Venga de inmediato. Necesito su ayuda. No importan los gastos. Ivy Scott-

Burns».

También tomé nota de que el mensaje había sido enviado desde Oban.

—¿Conoce usted a esta dama? —inquirí.

—¡Oh, sí! —replicó Holmes—. Su padre era uno de nuestros cerveceros más ricos. Ella heredó su fortuna hace unos años y, más recientemente, se casó con un político con bastante empuje... de la clase que se describe como «un escocés dispuesto a triunfar». Ella es muy agradable, aunque un tipo de mujer simple. Cuando la conocí mi tarea era la de rescatarla de la relación con un consumado aventurero. Entonces me dijo, con unos términos algo abrumadores, que estaba profundamente agradecida por mis humildes servicios. Fue un asunto honesto, pero lucrativo. Sólo espero que la historia se repita. A menudo lo hace, en especial, lo reconozco con gratitud, en nuestra línea de trabajo.

—Entonces, ¿va a ayudarla?

—Mi querido Watson, por supuesto que sí... y lo que es más, usted también vendrá. Haga que ese vecino suyo se ocupe de su consulta durante los próximos diez días, díglele a su esposa que se quede donde está, y luego partiremos.

Yo protesté, pero débilmente. Mi amigo pronto venció mis excusas y se dedicó a organizar nuestra marcha.

En un par de horas, cuando regresé de realizar los necesarios preparativos para la supervisión de mis pacientes, le encontré redactando una lista definitiva de ciertos detalles que había estado sacando de la guía Bradshaw.

Dejé en el suelo la maleta que traía y esperé hasta que hubo terminado.

—Watson, mi querido y viejo amigo, viajamos esta noche a Glasgow en tren —dijo—. Mañana tomamos un barco que pertenece a un tal señor David MacBrayne y bajaremos hasta el estuario de Clyde, a través de los estrechos de Bute a un lugar llamado Ardrishaig. Desde allí, cruzamos el canal Crinan y tomamos otro barco hasta Oban. Creo que podríamos hacer todo el trayecto en tren, pero con este tiempo he elegido seguir la ruta más larga y fresca.

—Eso, si me permite decirlo, es muy inteligente y considerado por su parte.

Holmes inclinó la cabeza en una reverencia falsa y, sonriendo, con dulzura para él, continuó:

—Bajo ningún aspecto es el fin de mi consideración hacia su bienestar. Si hubiéramos elegido hacer todo el recorrido en tren, habríamos pasado por Glenogle, que, según los *Diarios* de Nuestra Graciosa Reina, ella los encontró comparables al paso Khyber. Pensé que, quizá, usted preferiría no recordar nada de la Frontera Noroccidental.

—Le estoy agradecido, Holmes —le aseguré—. No tiene sentido despertar recuerdos desdichados, a pesar de que, como en mi caso, ahora son viejos y están enterrados por acontecimientos más felices de fecha más reciente.

Más tarde, aquella noche, llegamos con tiempo suficiente a Euston, donde fuimos lo bastante afortunados como para conseguir un compartimento de primera clase para

nosotros solos, de modo que pudimos ocupar una fila de asientos cada uno, estirarnos y dormir con cierto grado de confort.

A la mañana siguiente en Glasgow se nos aconsejó afeitarnos y asearnos rápidamente antes de coger el tren de primera hora hacia Greenock. Allí subimos a bordo de un barco de vapor de manga ancha y bien pertrechado llamado *Columba*, en el que nos sirvieron un excelente desayuno. Le hicimos tanta justicia a éste que le comenté a Holmes:

—Nuestro comportamiento difiere bastante del de ayer por la mañana.

Quizá fue desatento y desconsiderado por mi parte. En cualquier caso, él desdeñó contestar.

Luego nos sentamos en la cubierta bajo el sol y disfrutamos de uno de los paisajes más hermosos que ninguno de los dos hubiera visto jamás, bien en casa o en el extranjero. Mientras nuestro barco avanzaba con vigor por la ruta que Holmes había elegido felizmente, las islas, las colinas y los poblados costeros contribuyeron a proporcionarnos un panorama siempre cambiante y cautivador.

Descansados, refrescados, en paz con el otro y con la vida en general, aquella misma noche entramos en la bahía de Oban.

Cuando desembarcamos, nos abordó en el muelle un caballero profesional de aspecto algo sorprendente. Llevaba el sombrero de copa convencional, el cuello ancho y en punta, la corbata y la levita de aquellos días, por lo que de inmediato supuse que pertenecía a una de las profesiones ilustradas.

Lo inusual en su vestimenta eran los pantalones y su tamaño inmenso. Sus extremidades inferiores estaban enfundadas en unos pantalones de pastor de tartán con los colores más vivos que hubiera visto nunca, y cuando uno apartaba los ojos de la fascinación que despertaban con el fin de estudiar al resto del hombre, su cabeza parecía hallarse en el cielo. Debía sobrepasar el metro ochenta y cinco descalzo y pesar unos ciento veinte kilos.

—¿Señor Sherlock Holmes? —inquirió con la mano extendida—. Me llamo MacKelvie. —Holmes reconoció su identidad, le estrechó la mano y me presentó—. Caballeros —dijo MacKelvie—, permitan que les informe desde el principio que yo practico la ley en este pueblo y que tengo el honor de representar a la señora Scott-Burns. He de darles ciertas instrucciones en su nombre. Para ello, ya que el asunto que nos concierne, en mi humilde opinión, requerirá cierto tiempo y consideración, les he reservado habitaciones en un hotel, justo en la línea costera.

—Agradable y aireado —murmuró Holmes, añadiendo de forma más audible—. Le estamos muy agradecidos, señor.

—Entonces sugiero —prosiguió el señor MacKelvie— que permitan que el mozo se ocupe de su equipaje y que vayamos andando hasta el hotel. Está a unos pasos.

Asentimos, le pasamos nuestras maletas, y emprendimos la marcha, uno a cada lado de nuestro enorme asesor.

—He elegido un par de habitaciones que dan a la bahía, y también he considerado

prudente reservar para su uso un salón privado. La cuestión es que —continuó en su explicación— esta noche, una vez se hayan refrescado, descansado y cenado algo, puede que tengamos una reunión. Es decir, por supuesto, si ustedes no están muy agotados.

Una vez más Holmes asintió a la propuesta y añadió una expresión de nuestra gratitud por los arreglos hechos para nuestra comodidad.

A eso de las nueve de aquella noche, el señor MacKelvie se reunió con nosotros. Creo que tal vez hubiera bebido algo para soltarse la lengua, pero tenía la cabeza bien despejada y no perdió tiempo en presentarnos un claro esbozo del problema para cuya solución había sido llamado Holmes.

—Me parece que usted está al corriente, señor, de las circunstancias personales de nuestra cliente, la señora Scott-Burns.

Holmes lo reconoció con un gesto de la cabeza. Se hallaba en una de sus posturas favoritas, reclinado contra un sillón cómodo y, llevándose la pipa de la mano a la boca, de vez en cuando soltaba humo con aire satisfecho en dirección al techo.

—Muy bien, entonces —prosiguió MacKelvie—, ahora procederé a contarle lo que sé sobre los antecedentes de la carrera de su esposo. Primero diré que no ha carecido de incidentes ni de éxito. Viene de un hogar decente de clase media baja.

Su padre era director de una granja y agente de una pequeña hacienda de este condado. Pertenecía a un rico industrial que se conoce como del tipo *nouveau riche*. El joven Burns, tal como se lo conocía entonces —siendo la separación de su apellido por un guión, como usted habrá adivinado, de origen muy reciente—, era un estudiante brillante. El jefe de su padre se convirtió en su mentor. El muchacho ganó una beca para ir a una de las escuelas públicas más famosas de Edimburgo, y desde allí pasó a la universidad, donde estudio abogacía. En sus primeros dos años de ejercicio debió recibir una dieta económica, pero pronto progresó y empezó a tener clientes.

»Su siguiente paso le llevó a la política. El mentor del joven era un liberal entusiasta. Fue persuadido de apoyar a Burns para presentarse a uno de los mejores distritos de Glasgow, donde se me ha contado que ofreció una dura batalla pero fue derrotado, aunque redujo la mayoría de su oponente. Los liberales, no obstante, ganaron la contienda, con el resultado de que tuvimos un nuevo fiscal que pertenecía a ese partido y que pronto nombró a Burns uno de sus ayudantes en la administración de la ley penal de este país. Así se convirtió en lo que llamamos abogado-delegado. Poco después... ¿espero que no me encuentren tedioso?

Tranquilizamos al señor MacKelvie al respecto y le instamos a que continuara.

—Poco después de obtener ese nombramiento, el joven Burns, que aún se hallaba por debajo de los cuarenta años, tomó la toga de seda. ¿Están familiarizados con la frase? Entró a formar parte del cuerpo de abogados de más alta jerarquía.

Una vez más nosotros asentimos.

—Muy bien. Lo siguiente es que fue nombrado alguacil de Argyll, lo cual era un

raro honor para un nativo de estas zonas. Ahora bien —dijo MacKelvie con cierta renuencia—, me temo que debo aburrirles con una leve explicación de algunas de las obligaciones adscritas a ese alto rango. El alguacil de un condado en Escocia debe realizar deberes administrativos, en especial durante una elección parlamentaria, y en otras y quizá más escasas formas de conmoción civil, como un disturbio abierto. También oye los alegatos de los juicios en casos civiles de los alguaciles suplentes de su distrito. No hace falta que les dé más detalles de esos dos aspectos de su función, ya que no se relacionan con el caso que nos ocupa. Sin embargo, hay un tercer campo de acción y éste, creo, no carece de interés para nosotros.

»Los alguaciles, junto con algunos otros dignatarios, realizan en Escocia las funciones que en Inglaterra llevan a cabo los Maestros de la Trinity House. Nosotros los llamamos Comisionados de los Faros del Norte y son responsables del mantenimiento eficiente de todos los faros que hay alrededor de nuestras costas tormentosas y traicioneras.

»Por sus servicios los comisionados no reciben ninguna remuneración, pero cada verano se inspeccionan todos los faros, y el viaje de inspección se realiza en un yate bien pertrechado, donde las provisiones son generosas.

—¿Quiere decir —preguntó Holmes con una sonrisa— que en vez de pagarles por el trabajo que llevan a cabo en relación con los faros, estos caballeros reciben anualmente este especial crucero marino?

—Exacto —acordó el señor MacKelvie, apresurándose a añadir—: Sospecho que piensa que estoy siendo irrelevante, así que pasaré de inmediato a establecer la cuestión. Es la siguiente: la mayoría de los comisionados, al ser mayores, no sacan mucho más de esos viajes que unos días agradables y las semillas de la gota, mientras que su efecto sobre el señor Scott-Burns fue del todo distinto. En él desarrollaron una pasión por el tipo de cruceros que se pueden disfrutar sin peligro o incomodidad alrededor de estas islas Occidentales.

—En otras palabras, ¿un pasatiempo de lo más caro? —inquirió Holmes.

Una vez más el señor MacKelvie comentó:

—Exacto. —Después de una pausa momentánea, continuó—: Desde luego, hay modos y maneras de arreglar estas cosas, como bien imaginará. Permita que sólo diga que pronto empezamos a notar que casi todas las veces que un yate a vapor grande entraba en la bahía, Scott-Burns era invitado a bordo.

—No hace falta que diga más —indicó Holmes, sonriendo de nuevo.

—Ya casi he terminado con lo que he denominado los antecedentes de la historia —expuso MacKelvie—. En uno de esos cruceros conoció a la dama que ahora es su esposa y nuestra cliente. Creo que hubo un cortejo vehemente y luego una boda apropiada en Londres. El siguiente paso se dio justo antes de las elecciones generales, que, como todos recordamos, resultó en una no inesperada derrota para los liberales. Scott-Burns dimitió de su puesto de alguacil, se unió a los *Tories* y recibió uno de los cargos más seguros del país. Ni siquiera soy capaz de adivinar la contribución que

debió hacer su esposa a los fondos del partido. Pero —prosiguió MacKelvie—, debió haber sido muy considerable. —Se detuvo de nuevo antes de añadir—: Ahora, como usted sabe, ha llegado al puesto: es Secretario para Escocia.

—Y —comentó Holmes sonriendo—, a menos que me equivoque, ¿nos ha puesto casi al corriente de todo hasta la fecha?

—Sí —acordó MacKelvie—. Creo que ése es el caso.

—Entonces, Watson —dijo Holmes, volviéndose hacia mí—, creo que puede pedir algunos refrescos. Dispuse con el jefe del comedor durante la cena que si llamábamos al timbre nos traería una bandeja.

Me ocupé de esos asuntos, y durante los siguientes diez minutos o así, nos fortalecimos con un pequeño sustento de diversas clases, y conversamos de cosas generales mientras admirábamos lo que aún se podía ver de la magnífica vista de Mull bajo las sombras de la desvaneciente luz.

Regresamos a lo que nos ocupaba cuando Holmes preguntó:

—¿Qué tiene que decir el mentor de este hombre en cuanto a su súbito cambio de frente político?

—Oh —respondió MacKelvie—, ya ha muerto. Puede que se haya revuelto en su tumba, pero, si hubiera estado vivo, sin duda se habría tomado el asunto como un insulto personal.

—No se le habría podido culpar de ello —dijo Holmes—. Volvamos a sentarnos y oigamos el resto de su historia. Imagino que ahora estará preparado para informarnos de por qué se nos ha llamado.

—Sí, eso creo —dijo MacKelvie al sentarnos, y volvió a retomar su relato—. La señora Scott-Burns pronto fue persuadida para contratar el yate a vapor más hermoso jamás visto en estas aguas. Ella y su marido pasaron gran parte de su tiempo viajando por las Hébridas y también, durante las pascuas pasadas, él usó el yate sólo cuando fue a investigar una de las quejas habituales que se realizan de vez en cuando acerca de la necesidad de nuevos muelles y puertos seguros para la flota pesquera.

—Entiendo que el señor y la señora Scott-Burns se encuentran ahora por aquí, a pesar de que no he visto ningún yate en la bahía —la inflexión de la voz de Holmes dejó claro que no sólo se trataba de un comentario, sino también de una incitación para que el hombre prosiguiera.

—Depende de lo que quiera dar a entender con «por aquí» —manifestó impasible MacKelvie—. Deben hallarse a unos doscientos cincuenta kilómetros. Después de oír lo que ayer tuvo que decirme la señora Scott-Burns, les aconsejé que fueran a visitar St Kilda.

—¿Qué fue lo que le impulsó a hacer algo semejante? —demandé yo, estupefacto.

—Todo a su debido tiempo, Watson —dijo Holmes—. Creo que inadvertidamente he tentado a mi buen amigo a poner el carro delante del caballo; o, en otras palabras, a abandonar la secuencia elegida de su narración. Se lo ruego, señor —añadió con

una leve inclinación de cabeza dirigida a MacKelvie—, discúlpeme y, por favor, prosiga con la misma claridad admirable.

—Gracias, señor —replicó MacKelvie con una sonrisa—, aunque quizá sería yo quien debiera disculparse. Al llenar con detalles el fondo de la historia, me temo que he sido intolerablemente extenso. Sin embargo, ahora, en palabras del famoso comediante, podemos dejar la cháchara y pasar a lo importante.

—Mi querido señor —dijo Holmes, agitando la mano—, tómese su tiempo y hágalo a su propia manera.

—Muy bien, entonces, permita que empiece de nuevo con lo que sucedió ayer por la mañana, antes de que le aconsejara a nuestra cliente que partiera hacia St Kilda.

Nuestro informador, cómodamente sentado, prosiguió:

—Ayer por la mañana, a eso de las siete y media, yo estaba mirando por la ventana de mi dormitorio, que da a una hermosa vista de la bahía. Vi a uno de los pescadores locales de langostinos remando para recuperar sus nasas. Entonces observé a alguien agitando un pañuelo a bordo del yate de la señora Scott-Burns, que aparentemente había arribado y anclado durante la noche. El pescador remó hasta el yate, se detuvo ante una escalerilla que colgaba de un lado y recogió a una dama. Entonces remararon hacia la costa y, para mi asombro, se dirigieron hacia el pequeño espigón que sale directamente desde enfrente de mi casa. Poco después percibí que la dama era la señora Scott-Burns y, de algún modo, adiviné que venía a verme.

»Me vestí de prisa y salí a su encuentro. Me contó que le aliviaba mucho hallarme levantado a una hora semejante, y me rogó que la ayudara, repitiéndome que el asunto era urgente e importante.

»Por supuesto acepté hacer lo que estuviera en mi poder, y la escolté al salón de mi casa, le ofrecí un poco de té y escuché su historia de dolor. Ahora, por favor, sean indulgentes si les mantengo un poco más en ascuas. Una vez hube oído lo que ella tenía que decir, la llevé en mi propio bote de remos de vuelta a su yate, que poco después levó anclas y salió de la bahía.

En este punto vi que Holmes enarcaba las cejas, pero no realizó ningún comentario.

—Y ahora, al fin —dijo MacKelvie—, llego al punto crucial del asunto. Esto es lo que nuestra cliente me contó.

»Un par de días atrás, a primeras horas de la mañana, el señor y la señora Scott-Burns se hallaban a bordo de su yate, que navegaba por alguna parte de la costa de Mull. No tenían invitados, salvo los miembros de la tripulación, que eran unos dieciséis. En diversas ocasiones anteriores el marido de nuestra cliente le había hablado de un hombre que conocía, uno de los guardas del faro estacionados en la roca solitaria conocida como Dubh Heartach. Allí, presumiblemente para pasar el tiempo y también para variar una dieta monótona, había amaestrado a un par de cormoranes con el fin de que pescaran para él, al estilo de los chinos.

—Imagino que se requiere muy poco entrenamiento —comentó Holmes—. Las

aves se sueltan sujetas a un cordel y son sacadas por su dueño cada vez que se sumergen y cogen un pez. Luego, se las obliga a devolver su presa. A mi modo de ver, una tarea algo cruel y tosca.

—Estoy de acuerdo con usted —indicó MacKelvie—, pero, no obstante, debo confesar que me gustaría presenciarlo. En cualquier caso, nuestra cliente se mostró muy interesada y expresó un fuerte deseo de ver a las aves haciéndolo.

»La mañana en cuestión, su esposo la despertó a una hora inusualmente temprana, le informó que las condiciones eran perfectas para dicho propósito y, pidiéndole que se levantara y vistiera, hizo que el capitán del yate pusiera rumbo al faro.

»Poco después volvió a su camarote y la instó a apresurarse, ya que el capitán era de la opinión de que el clima estaba empeorando y no había tiempo que perder.

»La señora Scott-Burns terminó su arreglo y subió a cubierta lo más rápidamente que pudo. Reinaba el habitual oleaje del Atlántico, pero además vio que el viento crecía desde el oeste. No obstante, al aproximarse al faro, el capitán se acercó a éste invirtiendo despacio los motores y contrarrestando así el impulso del navío.

»Entonces, eso tengo entendido, apenas había maniobrado el yate en su posición cuando el guarda del faro apareció sobre las rocas con sus dos pájaros.

—Sí —comentó Holmes—, supongo que estaría obligado a mantenerlos en cautiverio para que permanecieran hambrientos y se afanaran en su trabajo.

—Lo cual no sería difícil —intervine yo—, en todo momento tienen un hambre voraz.

El señor MacKelvie, notando que nuestros comentarios habían terminado, siguió navegando, por decirlo así, en su rumbo regular.

—Lo siguiente, eso parece, fue que debido o bien al clima o al mar que rompía contra el yate, los dos o tres primeros intentos de los cormoranes por coger peces fueron en vano. Se sumergieron, pero sin éxito, de modo que dio la impresión de que la excursión sería un fracaso. Pero en ese punto, Scott-Burns se excusó de la cubierta y, bajando a la despensa, cogió unos arenques frescos con los que tentar a las aves.

»Asomándose por una escotilla por debajo del nivel de la cubierta, procedió a alimentar a los pájaros con los arenques hasta que la exhibición quedó proclamada como un enorme éxito, y el capitán, debido al clima, agradecido apartó su yate de las rocas.

—¿Ha dicho —preguntó Holmes sin aparente relevancia— que los arenques eran frescos?

MacKelvie le observó con cierto asombro y luego contestó:

—Sí. Al menos, eso creo. Me parece recordar que nuestra cliente me dijo que las aves se los tragaron de golpe.

—Gracias —repuso Holmes—, ahora, por favor, continúe y cuéntenos qué fue lo que sucedió después.

—¿Cómo sabe que sucedió algo? —inquirió MacKelvie de broma.

—No estaríamos aquí si no hubiera sido así —replicó Holmes con sequedad.

—Muy bien —continuó el señor MacKelvie, en esta ocasión con un poco más de énfasis del que había empleado hasta ahora—, cuando la señora Scott-Burns regresó a su camarote, descubrió que un valioso broche de perlas y diamantes había desaparecido de su tocador... donde está convencida que los vio al subir a cubierta unos minutos antes.

—¿Qué pasos inmediatos tomó? —Holmes formuló la pregunta sin intensidad de interés, como si la información no fuera algo nuevo para él.

—Realizó una exhaustiva inspección del camarote y luego informó del asunto a su esposo y al capitán, quienes se hallaban juntos en el puente.

—¿Qué curso de acción propusieron adoptar ellos?

—Después de cierta discusión, con la idea de darle al ladrón la oportunidad de arrepentirse y devolver el broche sin ser descubierto, se acordó anunciar que el señor Scott-Burns había perdido una libra esterlina de oro de 1837 que llevaba en la cadena de su reloj, que el que la encontrara recibiría una recompensa de diez libras, y que cualquiera que hallara otro artículo de valor que se hubiera extraviado también sería bien recompensado.

—Ese plan, imagino —comentó Holmes— nació de nuestra cliente.

—Así es —afirmó MacKelvie—. Es una mujer de corazón muy generoso.

—Y no sucedió nada, ¿verdad? —inquirió Holmes.

—No —contestó MacKelvie—. Creo que podemos afirmar que el yate fue registrado de proa a popa y que el broche sigue perdido.

Después de un momento de reflexión, Holmes preguntó:

—¿Y en el curso de su entrevista con nuestra cliente ella le autorizó a enviarme este telegrama?

MacKelvie examinó el mensaje que Holmes sacó del bolsillo.

—Sí —dijo—, ella me lo dictó. Son sus propias palabras.

—Muy bien, entonces —prosiguió Holmes—, muchas gracias. Usted nos ha trazado un cuadro muy nítido, pero creo que esta noche hemos hecho todo lo que podíamos. Cuando el yate regrese de St Kilda me gustaría inspeccionarlo y ver de nuevo a nuestra cliente. Hay una cuestión más —añadió—, ¿sería tan amable de averiguar cuándo va a ser relevado y regresará a tierra firme el hombre del faro? Me gustaría estar presente para darle la bienvenida a casa. Puede que incluso podamos proporcionarle un pequeño entretenimiento después de una vigilia tan larga y solitaria.

No pude contenerme de preguntar:

—¿Recuerda el símil de Sam Weller? «Cualquier cosa por una vida tranquila, como dijo el hombre que solicitó un puesto en un faro». Puede que no sea de carácter muy sociable o festivo.

—Lo veremos —contestó Holmes con placidez—, pero hemos de intentarlo.

Después de un poco más de conversación general, nuestra reunión acabó y agradecidos nos fuimos a la cama.

A la mañana siguiente, mientras paseábamos por la explanada en un estado de silencio feliz pero afable, Holmes se detuvo de repente y me dijo:

—¿Sabe, Watson? He estado meditando. Cambiaré nuestro plan. Iré de inmediato al despacho de MacKelvie y le pediré que me presente al guarda del faro. La impresión que tengo de la gente de aquí es que no se abre con facilidad a los extraños, y, no sólo eso, sino que son más amigables después de lo que en estas partes se llama echar un trago. MacKelvie puede ir a buscar al hombre y traérmelo al hotel una vez que haya superado su timidez.

Sin aguardar algún comentario que yo pudiera hacer, Holmes me dejó allí plantado. Sin embargo, después de haber marchado unos pocos metros, dio media vuelta y me dijo:

—Le veré en el hotel para el almuerzo.

Continué mi paseo y regresé al hotel a eso de las doce y media. Cuando entré en el vestíbulo, Holmes se levantó de un sillón para saludarme con las palabras:

—Espléndido, mi querido Watson. No podría haberlo sincronizado mejor. El guarda llegará de un momento a otro. MacKelvie se reunirá con él en el muelle y lo traerá a nuestro salón inmediatamente después del almuerzo. Vamos, así podremos estar preparados para cuando lleguen.

Recuerdo con claridad que disfrutamos de una comida muy agradable y que Holmes no parecía tener prisa por terminarla, pero supuse que había dejado un mensaje de que se nos avisara en cuanto llegara nuestra visita. Tal como resultaron las cosas, no hubo necesidad de apresurarse. Habiendo terminado nuestro almuerzo, tuvimos que esperar una buena media hora arriba en el salón antes de que ocurriera algo.

Entonces, escuchamos que llamaban a la puerta, y antes de que Holmes o yo tuviéramos tiempo de abrirla, MacKelvie entró, tan fresco como una lechuga, llevando sobre el hombro la figura inerte de un hombre.

—¡Santo cielo! ¿Qué ha pasado? —exclamé—. ¿Se encuentra enfermo ese hombre, ha tenido un accidente?

Sin esfuerzo aparente, MacKelvie bajó el fardo que llevaba y lo depositó en el sofá.

Corrí hasta la figura inconsciente y llevé a cabo un rápido examen.

—Holmes —anuncié—, este hombre sufre de envenenamiento etílico. Debo usar una bomba estomacal y administrarle café caliente de inmediato.

En vez de contestarme, Holmes se volvió hacia MacKelvie, quien se había puesto a reír a carcajadas al escuchar mi diagnóstico, y enfadado le dijo:

—Señor, se ha excedido en mucho.

El enorme MacKelvie se enjugó las lágrimas de los ojos y logró balbucear:

—Me gusta eso. Maldición, hombre, las últimas palabras que me dijo fueron «Recuerde, mi querido señor, no importa el gasto». —Luego, recobrando la compostura de modo que pareció tan sobrio como un juez, prosiguió—: Sin embargo,

no debe asustarse, doctor. No está envenenado. Sólo ha tomado dos o tres copas de *whisky* con el estómago vacío después de meses de abstinencia absoluta. Se encontrará tan bien como la lluvia en un par de horas; antes, si quiere darle café...

Holmes se quedó pensativo durante uno o dos minutos; luego me indicó que fuera a coger una manta de su cuarto y que tapara al guarda del faro. Mientras salía para llevar a cabo su petición, oí que Holmes le pedía a MacKelvie que bajara a ver al jefe de camareros y consiguiera de él una jarra de café caliente, fuerte y negro.

Cuando regresé con la manta, Holmes se hallaba de pie junto a la ventana, de nuevo sumido en una profunda meditación. Guardó silencio hasta que reapareció MacKelvie diciendo que subirían el café en diez minutos. Después, una vez más dirigiéndose a MacKelvie, dijo:

—Creo que debemos cancelar ese pedido. Resulta claro para mí que este hombre no nos será de más utilidad hoy como testigo. También está dentro del alcance de mi conocimiento que no tendrá recuerdo alguno de haber sido traído hasta aquí. Puede que recuerde a un caballero amable que le invitó a unas cuantas copas. Pero no recordará nada más que eso. Creo que si podemos encontrar un cuarto pequeño y que esté vacío, lo llevaremos furtivamente hasta allí y lo dejaremos. Cuando recobre la conciencia, sin duda encontrará el camino de vuelta a su propia casa. Si le descubren antes, su estado responderá a cualquier pregunta que alguien se sienta tentado de formularle.

Holmes habló con tal autoridad que ninguno de los dos ofrecimos alguna crítica a su plan.

MacKelvie fue a cancelar el café y a buscar el sitio adecuado para llevar al hombre. Luego regresó y me hizo un gesto de asentimiento. Juntos alzamos al guarda del faro sin sentido, lo transportamos una corta distancia por el pasillo desierto, y lo depositamos en un sofá en un destartalado cubículo, en apariencia destinado a esos viajeros de comercio que estaban dispuestos a prescindir del confort y amañar sus cuentas sin remordimientos. En esta ocasión el hombre yació respirando estentóreamente.

—¿Qué hacemos con la manta? —susurré.

—Será mejor que le dejemos conseguir todo el aire que pueda —repuso MacKelvie no sin amabilidad—. Pobre tipo, cuando despierte tendrá un terrible dolor de cabeza. Además, el señor Holmes no quiere que se lo relacione con él.

Cuando volvimos a nuestro salón, Holmes se hallaba una vez más de pie junto a la ventana. Señalando hacia la bahía, preguntó:

—¿Será ése, por casualidad, el yate de nuestra cliente?

MacKelvie echó un vistazo y contestó:

—Sí. Por Jehová que lo es.

—Muy bien —comentó Holmes—, tal como han ido las cosas, nada podría haber estado mejor sincronizado o preparado. Subiremos a bordo tan pronto como haya anclado y, más aún, llevaremos con nosotros a un fontanero.

—¿Un fontanero? —repitió MacKelvie, como si no creyera lo que oía.

—Exacto —replicó Holmes—, un fontanero honesto, discreto y competente.

Sabiendo bien que no debía cuestionar las maneras inescrutables de Holmes en semejantes momentos, lo único que dije fue:

—Estoy seguro de que el señor MacKelvie conocerá al tipo de hombre adecuado.

Poco después, quizá una hora más tarde, todos fuimos transportados en un bote a remos al yate, donde la señora Scott-Burns nos recibió amablemente. Nuestro acompañante quedó en la cubierta con su bolsa de herramientas. El resto fuimos escoltados a un gran salón comedor, donde nuestra cliente nos ofreció una conversación educada y té.

Su esposo, lamenté notar, permaneció sentado mirándonos con expresión colérica. No tenía nada que decir, y me pareció un hombre malhumorado y engréido.

Nuestra cliente, por el contrario, no pudo haber sido más encantadora, y jamás vi a Holmes más galante que con ella.

Cuando los dos camareros allí presentes retiraron el servicio de té, ella nos relató lo que había sucedido en Dubh Heartach, pero como su narración coincidía con todos los detalles que habíamos recibido del señor MacKelvie, no necesito repetirla.

Holmes formuló una o dos preguntas para aclarar pequeños puntos, pero no surgió nada nuevo de ellas. Lo único era que la dama insistía en que el broche había estado en su tocador, mientras que Holmes parecía presionarla para que dijera que podía haberlo dejado en cualquier otra parte.

Al acabar su historia, Holmes obtuvo permiso para inspeccionar su camarote, diciendo algo más bien delicado acerca de «Otro par de ojos». Unos momentos después él, MacKelvie y yo fuimos escoltados a la escena del suceso y allí nos dejó solos. En cuanto la puerta del camarote se hubo cerrado detrás de nuestra cliente, Holmes se volvió hacia mí y dijo:

—Suba a cubierta y traiga a nuestro amigo el fontanero.

Lo hice de inmediato, y cuando regresé al camarote Holmes en el acto dirigió su atención hacia la pila.

—¿Ve esa tubería de desagüe? —preguntó.

—Sí, señor —contestó el hombre.

—¿Nota que se curva?

—Sí, señor —acordó de nuevo el fontanero.

—¿Se podrían atascar ahí algunas cosas? —insistió Holmes.

—Supongo que sí. Es decir —explicó el fontanero—, si fueran lo suficientemente pequeñas como para atravesar la rejilla sobre la que está colocado el grifo.

—¿Y la tubería está hecha de plomo? —continuó Holmes, como si no se hubiera hecho ninguna referencia a la rejilla.

—Sí, señor —volvió a confirmar el fontanero.

—Entonces, por favor, sea tan amable de cortarla a nivel del suelo.

El fontanero le lanzó una mirada de protesta al autoritario Holmes; luego sacó una

sierra de su bolsa de herramientas y se arrodilló para acometer el trabajo.

Cuando hubo serrado el fondo de la tubería, Holmes le ordenó que quitara la parte superior unida a la pila.

—No puedo —se quejó el fontanero, que parecía a punto de llorar—. No podría hacerlo sin romper esa hermosa pila... ¿y entonces qué diría la señora?

Holmes, que daba la impresión de no estar conmovido por esas palabras, sólo dijo, en voz baja y firme:

—Rómpala. Le sugiero que emplee un martillo.

Quedó claro que el fontanero iba a protestar más, pero Holmes le calló indicando que, probablemente, él recibiría el encargo de reemplazar la pila, y le envió en busca del instrumento más grande que pudiera conseguir en el barco.

Permanecimos en silencio mientras el fontanero se ausentó. Me di cuenta de que Holmes miraba en torno del camarote con cierto interés, pero no hizo intento alguno de registrarlo.

Cuando volvió, el fontanero no traía un martillo, sino una pesada barra de hierro.

—¡Es el instrumento preciso! —exclamó Holmes, y, quitándoselo de la mano, lo levantó y lo dejó caer, destrozando la pila.

Luego, arrodillándose y dándonos la espalda, pareció hacer a un lado los fragmentos rotos de porcelana y alzar la tubería que con tanta brutalidad había desconectado. Dio la casualidad de que noté que la rejilla había salido en su extremo superior.

Sosteniendo la tubería por ambos lados y agitándola, anunció:

—Tal como yo había pensado. Aquí está.

Cuando extendió una mano con la palma hacia arriba, para nuestra sorpresa y júbilo vimos que contenía el broche perdido.

—¿Cómo demonios sabía que estaba ahí? —demandó MacKelvie, pasmado.

Holmes no contestó, pero abrió el camino de vuelta al salón, donde le devolvió la propiedad perdida a su legal y agradecida dueña.

—No puedo creer que haya sido tan descuidada —se quejó ella—. Pero, desde luego, de vez en cuando lavo mis joyas.

—Está bien lo que termina bien, señora mía —dijo Holmes felinamente—. Por favor, emplee mis pobres servicios tantas veces como usted lo desee. Es un placer ayudarla y —añadió con un guiño del ojo— requiere muy poco esfuerzo de imaginación.

Su esposo mantenía su malhumorado silencio. Consideré que contemplaba todo el asunto como mucho ruido y pocas nueces.

Poco después, cuando casi nos habíamos visto abrumados por las expresiones de asombro y admiración de nuestra cliente, fuimos transportados de nuevo en el bote de remos hasta la costa.

Mientras subíamos los escalones que había a un costado del muelle para encontrarnos en tierra firme, MacKelvie se volvió hacia Holmes y dijo con cierta

tristeza:

—Bueno, aquí termina todo. Pero no me creo nada. Apostaría mi reputación profesional a que hubo algo escurridizo en el asunto. Y —añadió con una risa—, no me refiero a los arenques.

—Debería hacerlo —replicó Holmes con una amplia sonrisa—. No obstante, tengo una proposición para usted. Venga a cenar con nosotros esta noche y se lo contaré todo.

Más tarde, aquella noche, mientras estábamos cómodamente sentados ante el ventanal abierto de nuestro salón, de nuevo mirando hacia la bahía de las colinas de Mull, Holmes nos dio su resumen de los hechos tal como él los había percibido y encajado juntos.

—Todo comenzó, desde luego —dijo—, con la esposa rica y el marido no tan rico.

»Cuando se casaron, ella pudo financiarle sus aspiraciones políticas. Luego, cuando él la persuadió para que se aficionara a los cruceros, ella contrató un yate, en vez de comprar uno. Eso me sugirió que carecía de control total sobre la fortuna de su padre, y que a cambio tenía una renta vitalicia. De ello se deriva que los ingresos de la herencia de su padre le son pagados y que ella tiene control absoluto sobre esa renta. Debido al acta de la ley sobre herencias, el marido carece de acceso al dinero. Por ello, si él estuviera necesitado de una cantidad importante en algún momento, tendría que pedírsela a ella y, ha de suponerse, contarle para qué la quería.

»Ahora bien, puedo imaginar sin ninguna dificultad que un hombre de sus características bien pueda tener que hacer un regalo de despedida a una antigua amiga. Las señoras de esa clase son rapaces, y las esposas no contemplan ni siquiera las relaciones anteriores al matrimonio con algún grado de favor o entusiasmo.

La enorme masa de MacKelvie comenzó a agitarse de risa hasta que pensé que se caería del sillón.

—Creo que ya lo veo —jadeó—; pero ¿cómo lo descubrió usted?

—Todo fue muy sencillo —replicó Holmes—. Scott-Burns conocía al guarda del faro. Había navegado por esa zona durante la pascua. No me cabe duda de que por ese entonces preparó el asunto, con toda probabilidad garantizándole al guarda que iba a jugarle una broma práctica a su esposa, diciendo que ella era muy descuidada con sus joyas. Recuerden que fue él quien eligió el momento de la demostración: cuando las condiciones estaban todas en contra de una excelente exhibición por parte de las aves. Además de eso, se me aseguró que después de la desaparición del broche el yate se vio sujeto a una inspección muy minuciosa y que éste no se halló a bordo.

—Pero, Holmes, nosotros le vimos... —empecé a decir; él me acalló con un gesto de la mano.

—No, no. El broche abandonó el yate y sólo había un modo en que hubiera podido hacerlo... en el interior de un cormorán. Nadie, excepto nuestra cliente, dejó el barco antes o después del incidente.

»Recuerden también que fue Scott-Burns quien dejó a los otros en la cubierta y bajó a alimentar a las aves. Dispuso de la oportunidad de deslizarse en el camarote de su esposa y robar el broche, y él fue la única persona que podría haberlo metido bien dentro de un arenque y dárselo a los cormoranes.

»Sabemos que debió ser eso, porque sabemos, o por lo menos yo sí, que llegó hasta el faro del guarda.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté asombrado.

—Porque se lo quité de encima cuando dormía borracho en el sofá, en este salón, mientras ustedes dos se hallaban ocupados en otra cosa.

—¿Usted le hurgó los bolsillos? —exclamé sorprendido.

—Sí —admitió con calma Holmes—. Expréselo de esa manera si quiere. Por otro lado, recuerde que yo había sido contratado para recuperar el broche para su propietaria.

—Y habiéndolo hecho —dijo MacKelvie—, ¿qué le hizo decidir continuar de este modo?

—Un sentido de la decencia, supongo —contestó Holmes con modestia—. Para evitar un escándalo. Verá, el guarda del faro no hablará, pues recordará haber tenido el broche y casi seguro asumirá que lo perdió estando borracho. Scott-Burns también se mantendrá quieto. Él sabe con certeza que el broche jamás estuvo en la tubería de la pila, pero no se atreve a decirnos una palabra ni a nosotros ni a nadie. Ella, creo, se encuentra tan contenta de tenerlo de vuelta que ha aceptado la explicación que yo me esforcé en ofrecerle. Era todo lo que podía hacer para contener la risa cuando le dije, del todo innecesariamente, que colocara una rejilla más pequeña en la nueva pila.

—¿Por qué innecesariamente? —pregunté.

—Porque la rejilla anterior era bastante pequeña y servía bien para su propósito. Ésa es la razón por la que destrocé la pila y luego confundí aún más los fragmentos.

—¿Qué le pasó a la rejilla? ¿No la encontrará alguien y notará la discrepancia?

—No. La guardé en el bolsillo y, cuando nos traían de regreso a la costa esta noche, la eché al mar —contestó Holmes una vez más con rotundidad.

—¿Y así que el broche jamás estuvo en la tubería? —repitió en tono reflexivo MacKelvie.

—No hasta que yo lo puse ahí —respondió Holmes, esbozando una sonrisa feliz.

# La aventura del castillo Arnsworth

ADRIAN CONAN DOLYLE

—Sus conclusiones son perfectamente correctas, mi querido Watson —observó mi amigo Sherlock Holmes—. El abandono y la miseria son la matriz natural de los crímenes violentos.

—Así es —convine—. De hecho estaba pensando... —Me detuve para mirarle asombrado—. ¡Santo cielo, Holmes! —exclamé—. Esto ya es demasiado misterioso. ¿Cómo le ha sido posible conocer mis más recónditos pensamientos?

Mi amigo se reclinó en su sillón y, juntando las yemas de los dedos, me miró con los ojos entornados.

—Quizá haría mayor justicia a mis limitados poderes si no respondiera a su pregunta —dijo con seca risita—. Tiene usted cierto gusto, Watson, al ocultar su fracaso en la percepción de lo evidente, por la caballerosa manera en que acepta la explicación de una secuencia de razonamiento sencilla, pero lógica.

—No comprendo cómo un razonamiento lógico le ha permitido seguir el curso de mi proceso mental —repliqué, algo picado por sus aires de superioridad.

—La cosa no entrañaba gran dificultad. Le he estado observando durante los últimos minutos. Su rostro aparecía completamente inexpresivo hasta que, en un vagar de su mirada por la habitación, se detuvo en la librería, posándose precisamente en el volumen de *Los Miserables*, de Hugo, obra que tanta impresión le causó cuando la leyó el año pasado. Entonces adquirió usted una expresión reflexiva, sus ojos se entornaron; era, pues, evidente que su mente se estaba abismando de nuevo en esa tremenda y espantosa saga de sufrimiento humano; por último, su mirada se alzó hasta la ventana, que parece un tamiz de copos de nieve, cielo gris y yermas techumbres heladas, y luego, yendo lentamente a la repisa de la chimenea, se detuvo sobre el afilado cuchillo con el que acostumbro a clavar mi correspondencia. Su rostro se ensombreció, y de una manera casi inconsciente movió usted la cabeza con ligero gesto de desaliento. Era una asociación de ideas. El terrible escenario descrito por Hugo, el frío invernal de la miseria en el tugurio, y encima de la repisa, la hoja desnuda del cuchillo. Su expresión se sumió en la melancolía que produce la perfecta comprensión de causa y efecto en la invariable tragedia humana.

—Bien, debo confesar que ha seguido usted el hilo de mis pensamientos con extraordinaria precisión —admití—. Una notable pieza de razonamiento, Holmes.

—Elemental, mi querido Watson.

El año 1887 se acercaba a su fin. Las duras ventiscas que se habían desatado la última semana de diciembre formaban una costra en la tierra y, a través de las ventanas de las habitaciones de Holmes en Baker Street, se divisaba un paisaje de cielo plomizo y tejados cubiertos por un manto blanco, a través de una espesa cortina

de nuevos e infinitos copos.

Aunque había sido un año memorable para mi amigo, para mí tuvo mayor importancia, pues aún no hacía dos meses que la señorita Mary Morstan me había hecho el señalado honor de unir su destino al mío. El cambio de mi existencia de soltero, como excirujano del Ejército con media pensión, al estado de feliz esposo, no se había cumplido sin algunas pullas e irónicos comentarios por parte de Holmes; pero tanto mi esposa como yo temamos que agradecerle el hecho de que nos hubiésemos conocido gracias a él, debido a lo cual aceptábamos su actitud cínica con tolerancia y hasta con comprensión.

Había acudido yo aquella tarde, el 30 de diciembre para ser más preciso, a nuestra antigua residencia común, para pasar unas cuantas horas en compañía de mi amigo e informarme de si se había presentado algún nuevo caso interesante desde mi última visita. Encontré a Holmes pálido e indiferente, con el cuello de su batín levantado, sentado en su sillón y envuelto por el humo del tabaco negro de su pipa, a través del cual el fuego de la chimenea brillaba como un brasero en la niebla.

—Sólo algunas investigaciones rutinarias, Watson —replicó con voz de queja—. La creatividad en el crimen parece haberse atrofiado desde que desenmascaré al difunto y llorado Bert Stevens.

Luego se sumió en el silencio, se retrepó con aire malhumorado en su sillón, y no volvimos a cambiar palabra hasta que fui súbitamente interrumpido en mis pensamientos por la observación con que he comenzado este relato.

Cuando me levanté para marcharme, me dirigió una mirada crítica.

—Observo, Watson —dijo entonces—, que ya está usted pagando el precio. El descuidado estado de su mentón izquierdo es testimonio de que alguien ha cambiado la posición de su espejo de afeitarse. Y, además, se permite usted extravagancias.

—Me hace usted una gran injusticia.

—¡Nada de eso, desde el momento en que llevaba usted en su solapa una flor que, al precio que se venden en invierno, ha debido costar cinco peniques! Pues su ojal me dice que ayer, sin ir más lejos, llevaba una.

—Es la primera vez que le veo avaro, Holmes —respondí con algo de acritud, lo cual le hizo prorrumpir en una estentórea carcajada.

—¡Querido amigo, debe perdonarme! —exclamó—. Está muy mal el que cargue sobre usted el exceso de energía mental que me pone los nervios en tensión. ¡Vaya...! Pero ¿qué es eso?

Se oían pesados pasos subiendo las escaleras. Holmes me obligó a sentarme de nuevo mediante un ligero empujón.

—Aguarde un momento, Watson —dijo—. Es Gregson, y el viejo juego puede comenzar otra vez.

—¿Gregson?

—No hay manera de confundir ese paso regular. Es demasiado pesado para ser el de Lestrade; sin embargo, tiene que pertenecer a una persona conocida de la señora

Hudson, pues, en caso contrario, la acompañaría. Es Gregson.

Terminaba de pronunciar estas palabras cuando se oyó el golpear de nudillos en la puerta, que se abrió dando paso a una figura embozada hasta las orejas. Nuestro visitante arrojó su sombrero hongo sobre la silla más próxima, se desabrochó el cuello alzado de su capote y aparecieron las facciones largas y pálidas del rostro del detective de Scotland Yard, rematadas por su cabello color de estopa.

—¡Hola, Gregson! —saludó Holmes, con una socarrona mirada de soslayo en mi dirección—. Debe tratarse de un asunto urgente, puesto que le ha hecho salir con este tiempo tan inclemente. Pero quítese el capote, hombre, y acérquese al fuego.

El agente de policía denegó con la cabeza.

—No hay tiempo que perder —replicó, consultando un reloj de plata que llevaba en el bolsillo—. El tren para Derbyshire sale dentro de media hora y tengo un coche esperando abajo. Aunque el caso no presenta dificultades para un agente de mi experiencia, sin embargo me agradecería contar con su compañía.

—¿Algo de interés?

—Asesinato, señor Holmes —dijo brevemente Gregson—, y además extraño, a juzgar por el telegrama que se ha recibido de la policía local. Parece ser que lord Jocelyn Cope, el teniente comisionado del condado, ha sido hallado muerto en el castillo Arnsworth. Naturalmente, Scotland Yard es capaz de resolver casos de esta naturaleza, pero en vista de los curiosos términos contenidos en el telegrama de la policía, se me ocurrió que quizá quisiera usted acompañarme. ¿Quiere venir?

Holmes se inclinó hacia delante, vació la zapatilla persa en su tabaquera de bolsillo, y se puso en pie.

—Concédame un momento para coger una camisa y un cepillo de dientes —dijo—. También voy a poner otro para usted, Watson. No, amigo mío, ni media palabra. ¿Qué sería de mí sin su ayuda? Escriba unas líneas a su esposa, y la señora Hudson cuidará de que se las entreguen. Mañana estaremos de vuelta. Y ahora, soy su hombre, Gregson, y puede extenderse en detalles durante el viaje.

El guardagujas movía ya su disco de señales cuando nos precipitamos en el andén de la estación de St Pancras y entramos en seguida en el primer departamento de fumadores que pudimos encontrar vacío. Holmes había traído consigo tres mantas de viaje, y mientras el tren se abría camino a través del paisaje invernal, nos arrebujamos cómodamente en nuestros respectivos rincones.

—Bien, Gregson, será interesante oír los detalles —observó Holmes, con su rostro enjuto y ávido encuadrado por las orejeras de su gorro de montañero y lanzando espirales de humo por la pipa.

—No sé nada más de lo que ya le he dicho.

—Sin embargo, empleó usted la palabra «extraño», y calificó de «curioso» al referirse al telegrama de la policía del condado. Explíquese, por favor.

—Empleé ambos términos por idéntica razón. El telegrama del inspector local aconsejaba que el agente de Scotland Yard leyese la «Guía del condado de Derby» y

el «Nomenclátor».

—Yo diría que es una sugerencia muy juiciosa. ¿La ha tenido usted en cuenta?

—El «Nomenclátor» especifica, simplemente, que lord Jocelyn Cope es senador y magnate del condado, casado, sin hijos, y conocido por sus donaciones alas sociedades arqueológicas locales. En cuanto ala «Guía», aquí la traigo. —Sacó un folleto de su bolsillo y lo ojeó—. Aquí lo tenemos —prosiguió—. «Castillo Arnsworth. Construido durante el reinado de Eduardo ni. Ventanales con vidrieras policromas para celebrar la batalla de Agincourt. La familia Cope fue castigada por sospechosa de inclinación católica, por Real Cédula en 1574. Museo abierto al público una vez al año. Contiene una extensa colección de piezas marciales y otras, incluyendo una pequeña guillotina, construida originalmente en Nimes durante la Revolución Francesa, para efectuar la ejecución de un antepasado materno del actual propietario. No fue usada más que para ejecutar a la víctima, y fue adquirida posteriormente por la familia, tras las guerras napoleónicas, y traída como reliquia a Arnsworth». ¡Psche! Ese inspector local debe estar fuera de sus cabales, señor Holmes. No hay nada en esto que nos sirva.

—Reservémonos el juicio. El hombre no habría hecho esta sugerencia sin alguna razón. Entretanto, quisiera recomendar a su atención las sombras que van cayendo sobre el paisaje. Cada objeto material se torna vago e indistinto, y aun cuando su existencia real subsiste, queda casi oculta a nuestros sentidos visuales. Hay mucho que aprender del crepúsculo.

—En efecto, señor Holmes —sonrió Gregson guiñándome un ojo—. Sumamente poético. Bien, voy a echar una cabezadita.

Aproximadamente tres horas más tarde descendimos en una pequeña estación. La nieve había cesado de caer, y más allá de los tejados de la aldea, la larga extensión desolada de los páramos del condado de Derby se ondulaba hasta la línea del horizonte a la luz de una luna llena.

En el andén, un hombre rechoncho, de piernas combadas y embutido en una zamarra de pastor, salió a nuestro encuentro.

—Es usted de Scotland Yard, ¿verdad? —saludó bruscamente—. Recibí su telegrama en contestación al mío y tengo un coche esperando afuera. Sí, soy el inspector Dawlish —añadió en respuesta a la pregunta de Gregson—. Pero ¿quiénes son estos caballeros?

—Pensé que la fama del señor Sherlock Holmes... —comenzó nuestro compañero.

—Nunca he oído hablar de él —respondió el policía local, mirándonos con un fulgor de hostilidad en sus ojos negros—. Éste es un asunto serio y no hay lugar para los aficionados. Pero hace demasiado frío para quedarnos discutiendo aquí; y si Londres aprueba su presencia, ¿quién soy yo para oponerme? Por aquí, hagan el favor.

Un carruaje cerrado esperaba ante la puerta de la estación, y momentos después

rodábamos rápida pero silenciosamente por la empinada calle de la aldea.

—Habrà hospedaje para ustedes en la posada La Cabeza de la Reina —gruñó el inspector Dawlish—. Pero primero, al castillo.

—Me agrada oír los hechos de este caso —observó Gregson— y la razón de la muy irregular sugerencia contenida en su parte telegráfico.

—Los hechos son bastante simples —replicó el otro con una sonrisa semejante a una mueca—. El comisionado ha sido asesinado, y sabemos quién lo hizo.

—¡Ah!

—El capitán Jasper Lothian, primo del asesinado, ha desaparecido con mucha prisa. Es de común conocimiento en los alrededores que este hombre tiene algo diabólico; era frecuente verle con una botella en la mano y el ojo puesto en la mujer o el caballo más cercano. No ha sido una sorpresa para ninguno de nosotros el hecho de que el capitán Jasper acabara asesinando a su bienhechor y cabeza de esta casa. ¡Sí, cabeza es la palabra mejor escogida! —terminó quedamente.

—Si considera usted que es un caso claro, ¿por qué esa tontería de recomendarme que consultara una «Guía»?

El inspector Dawlish se inclinó hacia adelante y su voz se hizo casi un murmullo.

—¿La ha leído? —dijo—. Entonces le interesará saber que lord Jocelyn Cope halló la muerte con su propia guillotina ancestral. Sus palabras nos dejaron en un silencio helado.

—¿Qué motivo puede sugerir usted para el asesinato y para el bárbaro método empleado? —preguntó por fin Holmes.

—Probablemente una discusión feroz. ¿No he dicho hace un instante que el capitán Jasper tenía algo diabólico en él? Pero, ahí tenemos el castillo, con un aspecto muy adecuado para sucesos violentos y tenebrosos.

Habíamos dejado a un lado la carretera para entrar en una lóbrega avenida que subía en pendiente entre la nieve amontonada a ambos lados y terminaba en un talud, sobre el cual se asentaba un gran edificio que recortaba sus muros y torres contra el cielo. Pocos minutos después nuestro carruaje traspasaba el arco del portón exterior y penetraba en un patio de armas.

A la llamada del inspector Dawlish se abrió una maciza puerta de roble y apareció un hombre alto y enjuto, enfundado en una librea de mayordomo, que sostenía un candelabro por encima de su cabeza; nos estuvo examinando mientras la luz descubría sus ojos enrojecidos y cansados, y su rala barba.

—¡Cómo, ahora cuatro! —dijo con voz quejumbrosa—. Me parece sencillamente una falta de consideración que molesten tanto a la señora en estos momentos tan dolorosos para todos nosotros.

—Ya basta, Stephen. ¿Dónde está su señora?

La luz de la vela tembló.

—Sigue con él —replicó el mayordomo, con una voz quebrada que parecía un sollozo—. No se ha movido de allí. Todavía permanece sentada en el escabel,

contemplándole fijamente, como si estuviera dormida, con sus maravillosos ojos abiertos de par en par.

—No habrá tocado usted nada, ¿verdad?

—En absoluto. Todo sigue igual que estaba.

—Siendo así, vayamos primero al museo, donde fue cometido el crimen —dijo Dawlish—. Se encuentra al otro lado del patio.

El inspector se encaminó hacia un sendero que discurría por entre el piso empedrado de guijarros, cuando Holmes le detuvo asiéndole por un brazo.

—¿Cómo es posible? —exclamó imperativamente—. El museo está al otro lado y, sin embargo, usted ha permitido que el carruaje atravesara el patio y que la gente apisonara el suelo como una manada de búfalos.

—¿Y qué?

Holmes alzó sus brazos clamando a la luna.

—¡La nieve, hombre, la nieve! Ha destruido usted su mejor ayuda.

—¡Pero si le digo que el crimen fue cometido en el museo! ¿Qué tiene que ver la nieve?

Holmes dejó escapar un gemido y luego fuimos todos tras el detective local, a través del patio, hasta una puerta en forma de arco.

He visto muchos espectáculos terribles en los tiempos de mi asociación con Sherlock Holmes, pero no puedo recordar ninguno que sobrepase en horror a la visión que se ofreció a nuestros ojos en el interior de aquella gris estancia gótica. Era una habitación pequeña, con bóveda de aristas iluminadas por racimos de blandones fijados en cornucopias de hierro. Los muros estaban cubiertos de trofeos, de corazas y armas medievales, y en los rincones había vitrinas repletas de pergaminos antiguos, anillos, piezas de piedra tallada, jaeces y adornos. Me fijé en estos detalles de una ojeada, pues toda mi atención quedó prendida en el objeto que ocupaba una baja tarima en el centro de la estancia.

Era una guillotina, pintada de rojo ya descolorido, y exactamente igual, salvo por su tamaño menor, a las que había visto en grabados de la Revolución Francesa. Tendido entre los dos bastidores se hallaba el cuerpo de un hombre de estatura elevada y delgado, con batín de terciopelo. Tenía las manos atadas a la espalda, y un lienzo blanco, espantosamente empapado de escarlata, ocultaba la cabeza, o mejor dicho, el lugar que había ocupado.

La luz de las velas relucía sobre una cuchilla ensangrentada, hundida en su luneta, y lanzaba sus destellos, como un halo, en torno al cabello rojizo y dorado, peinado en alto, de la dama que se sentaba ante aquella espantosa figura descabezada. Indiferente a nuestra aproximación, la mujer permanecía inmóvil, con un rostro que parecía una máscara de marfil, desde la cual dos ojos negros y relucientes clavaban una penetrante mirada en las sombras, con la fijeza de un basilisco. Nunca, entre las innumerables mujeres que había visto en tres continentes, nunca contemplé un rostro tan frío y tan perfecto como el de la señora del castillo de Arnsworth, que estaba

velando en aquella cámara mortuoria.

Dawlish tosió.

—Hará mejor en retirarse, señora —dijo bruscamente—. Puede estar segura de que el inspector Gregson y yo nos encargaremos de que se haga justicia.

Por primera vez nos miró, y era tan incierta la luz de las velas que por un instante pensé que el rápido fulgor que nació y murió en aquellos maravillosos ojos era más semejante a la burla que a la pena.

—¿No está Stephen con ustedes? —preguntó sin sentido—. ¡Ah, es natural, debe estar en la biblioteca! ¡Fiel Stephen!

—Temo que la muerte de su señor...

Se levantó bruscamente, con el seno palpitante y alzando un tanto la larga falda de su enlutado traje de noche con una mano.

—¡Su condenación! —Silbó; y luego, con un gesto de desesperación, se volvió y salió lentamente de la sala.

Al cerrarse la puerta, Holmes puso una rodilla en tierra al lado de la guillotina, y alzando el lienzo empapado en sangre, miró bajo él.

—¡Vaya! —dijo serenamente—. Un tajo de esta fuerza debió haber enviado la cabeza rodando por la habitación.

—Probablemente.

—No lo comprendo. Usted debe saber dónde la encontró.

—No la encontré. No hay cabeza.

Durante un largo instante, Holmes permaneció arrodillado como estaba, mirando fija y silenciosamente a su interlocutor.

—Me parece que da usted muchas cosas por hechas —dijo por fin, poniéndose en pie—. Cuénteme sus impresiones sobre este extraño crimen.

—Es bastante sencillo. A alguna hora de la pasada noche, los dos hombres discutieron, llegando probablemente a las manos. El más joven dominó al más viejo y luego lo mató por medio de este instrumento. La prueba de que lord Cope estaba aún con vida cuando fue puesto en la guillotina, salta a la vista por el hecho de que el capitán Lothian tuvo que atarle las manos. El crimen fue descubierto esta mañana por el mayordomo Stephen, y un lacayo fue a buscarme al pueblo, tras lo cual tomé las acostumbradas medidas de identificación del cadáver, e hice una lista de los objetos personales que llevaba encima. Si desea saber cómo escapó el criminal, también se lo puedo decir. En una yegua que falta del establo.

—Sumamente instructivo —observó Holmes—. Si comprendo bien su teoría, resulta que los dos hombres se empeñaron en un combate feroz, teniendo, sin embargo, sumo cuidado de no estropear ningún mueble ni destrozar las vitrinas de cristal. Luego, tras haber dispuesto de su antagonista, el asesino se perdió en la noche con un maletín bajo un brazo y la cabeza de la víctima bajo el otro. Una hazaña notable, en verdad.

Un sonrojo colérico sofocó el rostro de Dawlish.

—Es muy fácil buscar agujeros en las ideas de otras personas, señor Sherlock Holmes —replicó también en son de mofa—. Quizá quiera darnos usted a conocer su teoría.

—No tengo ninguna. Estoy esperando mis datos. A propósito, ¿cuándo fue la última nevada?

—Ayer tarde.

—Entonces, aún hay esperanza. Pero veamos si esta estancia nos puede proporcionar alguna información.

Gregson y yo nos quedamos contemplándole durante unos diez minutos con interés. Dawlish no podía disimular una expresión de desprecio en su rostro curtido, mientras Holmes gateaba por la estancia, murmurando y musitando algo para sí mismo; parecía un gran insecto pardo. Había sacado su lupa del bolsillo del capote, y observé que no sólo el suelo, sino también el contenido de las mesas, era objeto del más estrecho escrutinio. Luego se puso en pie y permaneció sumido en sus meditaciones, con la espalda vuelta a la luz de los candelabros, que proyectaban la sombra de su gigantesca silueta sobre la guillotina de color rojo descolorido.

—No puede ser —dijo de pronto—. El asesinato fue premeditado.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque el torniquete del aparato ha sido engrasado recientemente, y la víctima estaba inconsciente. Un simple tirón habría desatado sus manos.

—Entonces, ¿por qué se las ataron?

—¡Ah! No cabe la menor duda de que el hombre fue traído aquí ya inconsciente y con las manos atadas.

—¡Está usted equivocado en eso! —interrumpió Dawlish con vehemencia—. ¡Los cordones con que fue atado pertenecían a uno de esos cortinones!

Holmes denegó con la cabeza.

—Están descoloridos por la luz del sol —dijo—, y los de esta cortina no lo están. No cabe duda de que corresponden a otra habitación. Bueno, creo que ya hay muy poco por averiguar aquí.

Los dos agentes de policía conferenciaron aparte, y Gregson se dirigió después a Holmes.

—Como ya es más de medianoche —dijo—, será mejor que nos retiremos a la posada del pueblo, y mañana proseguiremos por separado nuestras pesquisas. Sin embargo, no puedo por menos que estar de acuerdo con el inspector Dawlish en que, mientras estamos teorizando aquí, el asesino puede muy bien alcanzar la costa.

—Desearía dejar bien sentado un extremo, Gregson. ¿Estoy empleado oficialmente por la policía en este caso?

—¡Imposible, señor Holmes!

—De acuerdo. Siendo así, soy muy libre de usar mi propio criterio. Pero concédame cinco minutos, en el patio, y el doctor Watson y yo estaremos en seguida con usted.

El frío cortante se abatió sobre nosotros mientras yo seguía lentamente el resplandor de la linterna sorda de Holmes por el sendero que, bordeado de gruesos montones de nieve, conducía a través del patio hasta la puerta principal.

—¡Imbéciles! —exclamó agachándose sobre la polvorienta superficie—. ¡Fíjese, Watson! Un regimiento habría causado menos daño. Hay ruedas de carruajes en tres sitios distintos. Y aquí las botas de Dawlish, y un par de zapatos claveteados, probablemente de un mozo de cuadra. Aquí, una mujer, y corriendo. Es natural, debe tratarse de Lady Cope en los primeros momentos de alarma. Sí, a buen seguro que es ella. ¿Qué es lo que hacía Stephen mientras tanto? No hay manera de confundir sus zapatos de punteras cuadradas. Sin duda se fijó usted en ellos, Watson, cuando nos abrió la puerta. Pero ¿qué tenemos aquí?

Por un instante, la linterna detuvo su haz, y luego se desplazó, lentamente, hacia adelante.

—¡Surcos! ¡Surcos! —exclamó Holmes anhelante—. Y provienen de la puerta principal. Vea, aquí están de nuevo. Probablemente un hombre alto, a juzgar por el tamaño de sus pies, y transportando algún objeto pesado. La zancada se acorta y las punteras se marcan más claramente que los talones. Un hombre que va cargado siempre tiende a impulsar su peso hacia adelante. ¡Otra vez! ¡Ah, eso es, eso es...! Bien, creo que nos hemos ganado el descanso.

Mi amigo permaneció silencioso durante nuestro viaje de regreso al pueblo. Pero, cuando ya nos despedíamos del inspector Dawlish a la puerta de la posada, puso una mano sobre su hombro.

—El hombre que ha cometido este hecho es alto y flaco —dijo—. Tiene alrededor de cincuenta años, con el pie izquierdo algo torcido, y es un gran aficionado a los cigarrillos turcos, que fuma en boquilla.

—¡El capitán Lothian! —Gruñó Dawlish—. No sé nada sobre sus pies o boquillas, pero el resto de la descripción es bastante exacta. ¿Quién le ha hablado a usted de su aspecto?

—Voy a responderle con otra pregunta. ¿Fueron los Cope siempre una familia católica?

El inspector local dirigió una significativa mirada de soslayo a Gregson, tras lo cual se tocó la frente.

—¿Católica? Bien, ahora que lo menciona, creo que lo fueron en la antigüedad. Pero ¿qué diablos...?

—Simplemente quiero recomendarle que consulte su propia «Guía». Buenas noches.

A la mañana siguiente, tras dejarnos a mi amigo y a mí a la puerta del castillo, los dos policías continuaron su viaje para proseguir sus pesquisas por el campo. Holmes contempló su partida con un centelleo en los ojos.

—Temo que he sido injusto con usted durante años, Watson —continuó algo enigmáticamente cuando nos volvimos, una vez que el carruaje desapareció de nuestra vista.

El viejo mayordomo nos abrió la puerta, y mientras le seguíamos al amplio vestíbulo, parecía penosamente evidente que el honrado criado se encontraba aún afligido en lo más hondo de su corazón por la muerte de su señor.

—Aquí no tienen nada que hacer —dijo con voz aguda—. ¡Santo Dios! ¿Es que no nos van a dejar en paz?

Como ya he dicho en otra parte, Holmes poseía un don especial para calmar los espíritus irritados, y el anciano mayordomo también fue recobrando gradualmente su compostura.

—Supongo que ésa es la ventana de Agincourt —observó Holmes, alzando la vista hacia una vidriera de reducidas dimensiones pero exquisitamente coloreada, a través de la cual el sol invernal reflejaba un haz de brillantes colores desplegados sobre el pavimento antiguo y pétreo.

—Así es, señor. Sólo hay dos iguales en toda Inglaterra.

—Sin duda usted ha servido a la familia durante muchos años —prosiguió amablemente mi amigo.

—¿Servirles yo...? Yo y todos los míos por espacio de dos siglos. Nuestro es el polvo que hay sobre sus ataúdes.

—Me imagino que tienen una historia interesante.

—La tienen; sí, señor.

—Me parece haber oído decir que esa fatídica guillotina fue construida especialmente para algún antepasado de su difunto señor. ¿Es cierto?

—¡Sí, para el marqués de Rennes! Construida por sus propios colonos, los muy canallas, que le odiaban sólo porque mantenía las antiguas costumbres.

—¡Vaya por Dios! ¿Y qué costumbres eran ésas?

—Algo relacionado con las mujeres, señor. El libro de la biblioteca no lo explica con claridad.

—*Le droit du seigneur*, quizá.

—Bien, no hablo extranjero, pero creo que ésas eran exactamente las palabras.

—¡Hum...! Me gustaría ver esa biblioteca.

Los ojos del anciano mayordomo se dirigieron a una puerta al fondo del vestíbulo.

—¿Ver la biblioteca? —refunfuñó—. ¿Qué va a encontrar allí? Sólo hay libros viejos, y a la señora no le gusta... Bueno, está bien.

De mala gana nos condujo a una estancia larga y de techo bajo, con las paredes cubiertas de libros alineados en estanterías, en cuyo fondo se veía una magnífica chimenea gótica. Después de haber dado un corto paseo por la sala con aire indiferente, Holmes se detuvo para encender un cigarro puro.

—Bien, Watson, creo que ya es hora de volver —dijo—. Gracias, Stephen. Es una

magnífica estancia, aunque me ha sorprendido ver en ella alfombras indias.

—¿Indias? —protestó indignado el viejo—. Son auténticas alfombras persas, y bien antiguas, por cierto.

—Indias, sin duda.

—¡Le digo que son persas! Esos dibujos son inscripciones, como debiera saber un caballero como usted. ¿Es que no puede distinguirlas sin su lupa? Úsela, pues. ¡Pero cuidado con las cerillas! ¡Maldita sea!

Al ponernos en pie, después de recoger los fósforos, quedé aturrido ante el repentino rubor de excitación que había aflorado a las pálidas mejillas de Holmes.

—Estaba equivocado —dijo, dirigiéndose a Stephen—. Son persas, en efecto. Vamos, Watson, ya es hora de que volvamos al pueblo y tomemos el primer tren de regreso a la ciudad.

Minutos más tarde, abandonamos el castillo. Pero, con gran sorpresa por mi parte, al atravesar el portón exterior, Holmes se dirigió rápidamente al sendero que llevaba a los establos.

—Ya veo que intenta usted investigar sobre el caballo que falta —sugerí mientras le seguía.

—¿El caballo? Mi estimado compañero, ese animal está sin duda a salvo, oculto en alguna de las granjas pertenecientes a la casa, mientras que Gregson no deja rincón por revolver en todo el condado. Esto es lo que busco.

Entró en el primer establo y volvió a salir con un fardo de paja entre los brazos.

—Otra brazada para usted, Watson, y creo que bastará para nuestro propósito.

—Pero ¿cuál es nuestro propósito?

—Principalmente alcanzar la puerta principal sin ser observados —rió mientras se echaba el fardo al hombro.

Volvimos sobre nuestros pasos, Holmes puso un dedo sobre sus labios y, tras abrir cautelosamente la gran puerta, se deslizó en un armario contiguo, atiborrado de capotes y bastones, donde procedió a arrojar nuestros fardos al suelo.

—Será bastante seguro —murmuró—, pues la construcción es de piedra. ¡Ah! Estos dos capotes impermeables servirán admirablemente al objeto. Seguramente —añadió, mientras encendía una cerilla y la aplicaba a los fardos—, habrá otras ocasiones para usar esta modesta estratagema.

Cuando las llamas se extendieron por la paja y alcanzaron los impermeables, negras y espesas bocanadas de humo comenzaron a salir del armario, invadiendo el vestíbulo del castillo Arnsworth, acompañadas por el silbante crujir y crepitar de la goma de aquellas prendas al arder.

—¡Santo cielo, Holmes! —jadeé mientras las lágrimas me corrían por la cara—. ¡Vamos a ahogarnos!

—¡Espere! —murmuró, y mientras lo decía se oyó un súbito tropel de pasos y un alarido de espanto.

—¡Fuego!

En este desesperado alarido reconocí la voz de Stephen.

—¡Fuego! —aulló de nuevo, y oímos el repiqueteo de sus pasos mientras huía por el vestíbulo.

—¡Ahora! —murmuró Holmes, y un instante después salía del armario y corría hacia la biblioteca. La puerta estaba entreabierta y, al irrumpir nosotros en la pieza, el hombre que aporreaba con manos histéricas sobre la gran campana de la chimenea, ni siquiera volvió la cabeza.

—¡Fuego! ¡La casa está en llamas! —gritaba Stephen—. ¡Oh, mi pobre señor! ¡Mi señor! ¡Mi señor!

Holmes le puso una mano en el hombro.

—Un cubo de agua lo arreglará todo —dijo con calma—. Sería también conveniente que le dijera a su señor que haga el favor de reunirse con nosotros.

El viejo se abalanzó sobre él, con los ojos centelleantes y los dedos crispados como las garras de un buitre.

—¡Ha sido un truco! —chilló—. ¡Le he traicionado por su maldito truco!

—¡Sujétele, Watson! —dijo Holmes, manteniéndole a la distancia de sus brazos extendidos—. Calma, calma. Es usted un hombre fiel.

—Fiel hasta la muerte —murmuró una voz débil.

Aquella voz me sobresaltó. La esquina de la antigua chimenea se había abierto, y en el oscuro hueco que quedó al descubierto aparecía un hombre delgado y de elevada estatura, tan cubierto de polvo que por un instante creí hallarme en presencia, no de un ser humano, sino de un espectro. Aparentaba unos cincuenta años y tenía una nariz prominente y unos ojos de expresión sombría que se dilataban y contraían alternativamente, con un tic febril, en un rostro que tenía el color de la ceniza.

—Temo que el polvo le haya molestado, lord Cope —dijo Holmes muy afablemente—. ¿No prefiere sentarse?

El hombre dio unos pasos vacilantes y se dejó caer en un sillón.

—Es usted de la policía, claro —jadeó.

—No. Soy investigador privado, pero actúo en interés de la justicia.

Una amarga sonrisa contrajo los labios de lord Cope.

—Demasiado tarde —dijo.

—¿Está usted enfermo?

—Me estoy muriendo. —Abrió la mano y mostró una redoma de cristal, casi vacía—. Me queda ya muy poco tiempo.

—¿No hay nada que hacer, Watson?

Me apresuré a tomarle el pulso, que era sumamente débil. El rostro del hombre estaba lívido.

—Nada, Holmes.

Lord Cope se irguió penosamente.

—Tal vez disipe usted una curiosidad póstuma y me diga cómo descubrió la verdad —dijo—. Debe ser usted un hombre muy perspicaz.

—Confieso que al principio encontré dificultades —admitió Holmes—, pero se disolvieron por sí mismas a la luz de los acontecimientos. Evidentemente la clave del problema estribaba en una conjunción de dos circunstancias notables: el empleo de una guillotina y la desaparición de la cabeza del hombre asesinado.

»Me preguntaba quién podría utilizar un instrumento tan burdo y raro, excepción hecha de alguna persona para la que tuviera una especie de gran significado simbólico. Y si tal era el caso, lo lógico sería suponer que la clave de ese significado debía encontrarse en su historia pasada.

El noble asintió.

—Sus propias gentes la construyeron para Rennes —musitó—, en pago al ultraje que habían sufrido sus mujeres por su culpa. Pero le ruego prosiga, y se dé prisa.

—Hasta ahí lo que atañe a la primera circunstancia —continuó Holmes—. La segunda arrojó un haz de luz sobre todo el problema. Esto no es Nueva Guinea... ¿Por qué razón, pues, había de llevarse un asesino la cabeza de su víctima? La respuesta más evidente era la de que se quería ocultar la verdadera identidad del muerto. A propósito —preguntó gravemente—, ¿qué hizo usted con la cabeza del capitán Lothian?

—Stephen y yo la enterramos a medianoche en el panteón familiar —respondió lord Cope con voz débil—, y con todo el respeto.

—Lo demás ya fue sencillo —prosiguió Holmes—. Toda vez que el cuerpo podía ser fácilmente identificable como el de usted, por las ropas y otros objetos personales de los que hizo lista el inspector local, se deducía a la legua que no habría tenido sentido el esconder la cabeza, a menos que el asesino hubiera cambiado también sus ropas con las del muerto. Que el cambio fue efectuado antes de la muerte, se veía por las manchas de sangre. La víctima había sido reducida de antemano a la impotencia, probablemente mediante una droga, pues parecía claro, por ciertos detalles ya explicados a mi amigo Watson, que no hubo lucha y que había sido llevado al museo desde alguna otra parte del castillo. Presumiendo que mi razonamiento sea correcto, la persona asesinada no podía ser lord Jocelyn. Pero ¿acaso no se echaba de menos a otra persona, por ejemplo, su primo y presunto asesino, el capitán Jasper Lothian?

—¿Cómo pudo usted dar a Dawlish una descripción del hombre requerido? —interrumpí.

—Por el examen del cuerpo de la víctima, Watson. Los dos hombres debían tener un parecido general, pues de lo contrario no hubiera sido posible la equivocación desde el principio. Un cenicero del museo contenía una colilla de cigarrillo turco, bastante reciente aún y fumado en boquilla. Nadie, sino un fumador empedernido, lo habría hecho bajo las terribles circunstancias que debieron acompañar a aquella innecesaria pero espantosa caída de la cuchilla. Las huellas de pies en la nieve delataban que una persona había venido del edificio principal cargada con algo, y había regresado sin la carga a su punto de partida. Creo que he señalado los puntos principales.

Durante un instante permanecimos sentados en silencio, roto únicamente por el lamento del viento contra las ventanas y la respiración entrecortada del agonizante.

—No le debo ninguna explicación —dijo por fin lord Cope—. Mi Hacedor es el único que conoce lo más recóndito del corazón humano, y sólo ante Él debo responder de mi acto. Sin embargo, aunque mi historia es de vergüenza y culpabilidad, le diré a usted lo suficiente para lograr quizá su indulgencia y que me conceda una petición final.

»Debe usted saber, pues, que como consecuencia del escándalo que puso fin a su carrera en la Armada, mi primo Jasper Lothian vino a vivir a Arnsworth. Aunque sin dinero y con mala reputación por su depravada vida, lo recibí como al pariente que era, proporcionándole no sólo apoyo financiero, sino, lo que quizá era más valioso, la égida social de mi posición en el condado.

»Cuando miro hacia atrás, a los años pasados, me reprocho mi falta de decisión en poner término a sus extravagancias, a su beber inmoderado, a sus continuas partidas de caza, como si no tuviera otra ocupación, y a ciertas persecuciones aún menos honorables, por las que su nombre aparecía constantemente en las habladurías del lugar. Pronto iba a descubrir que era una criatura tan vil y que abrigaba tanto menosprecio del honor que era capaz de pisotear el nombre de su propia casa.

»Me había casado con una mujer considerablemente más joven que yo, una dama tan notable por su belleza como por su temperamento romántico aunque singular, que había heredado de sus antepasados españoles. Era la vieja historia... Y cuando por fin desperté a la horrible verdad, abrigué también el convencimiento de que para mí sólo quedaba una cosa en la vida: la venganza. Venganza contra el ser que había deshonorado mi nombre y abusado del honor de mi casa.

»La noche en cuestión, Lothian y yo nos encontrábamos sentados en esta misma estancia, saboreando nuestro Oporto. Logré verter un narcótico en el contenido de su copa, y antes de que sus efectos le entumeciesen los sentidos, le hablé de mi descubrimiento y de que únicamente la muerte podría borrar la mancha que había inferido a nuestra familia. Se rió, mofándose, y aún alegó que con matarle a él sólo lograría subir al cadalso y exponer a mi mujer al escarnio. Pero cuando le expuse el plan que había concebido, la risa sarcástica se borró de su negra cara para dejar paso a la helada mueca del terror a la muerte. El resto ya lo sabe usted. Cuando la droga hizo su efecto, cambié mi ropa por la suya, le até las manos a la espalda con un cordón de la cortina de la puerta y lo arrastré a través del patio hasta el museo, a la guillotina que había sido construida para lavar otra infamia.

»Cuando hube terminado con todo, llamé a Stephen y le conté la verdad. El anciano no dudó ni un momento en su lealtad hacia su desventurado señor. Juntos enterramos la cabeza de Lothian en el panteón de la familia, y luego, tras sacar una yegua del establo, cabalgó sobre ella para dar la impresión de huida y la escondió finalmente en una granja lejana, propiedad de su hermana. Todo cuanto me quedaba por hacer era desaparecer...

»Arnsworth, al igual que muchas mansiones pertenecientes a familias que en otros tiempos fueron católicas, poseía una catacumba. Allí es donde he permanecido oculto, saliendo sólo de noche a la biblioteca para dar las últimas instrucciones a mi fiel criado.

—Confirmando con ello mis sospechas de que no debía andar usted lejos — interrumpió Holmes—, pues había dejado no menos de cinco huellas de ceniza de tabaco turco en las alfombras. Pero ¿cuál era su último deseo?

—Al vengarme del mayor mal que un hombre puede inferir a otro, había protegido con éxito nuestro nombre contra la vergüenza del cadalso. Podía confiar en la lealtad de Stephen. En cuanto a mi mujer, aunque supiese la verdad, no podía traicionarme sin proclamar al mundo su propia infidelidad. La vida ya no tema atractivo para mí. Resolví, pues, concederme un día o dos para poner en orden mis asuntos y luego darme muerte por mi propia mano. Le aseguro que al descubrir mi escondrijo, tan sólo ha adelantado el acontecimiento una hora. He dejado una carta para Stephen pidiéndole que entierre mi cuerpo secretamente en los nichos del panteón de mis antepasados.

»Ésta es mi historia, caballeros. Soy el último de una antigua familia, y de ustedes depende el que parta o no envuelto en el deshonor.

Sherlock Holmes posó una mano sobre la del moribundo.

—Después de todo, ha sido una suerte para usted el habernos contado esto y que mi amigo Watson y yo hayamos venido por iniciativa estrictamente privada —dijo con calma—. Y ahora creo que será mejor llamar a Stephen, pues no me cabe duda de que estaría usted mucho más cómodo si le transportase en este sillón hasta la catacumba y cerrara la trampa de la pared tras usted.

—Sí; será mejor. Un tribunal más alto juzgará mi crimen —musitó con apagada voz lord Cope—, y la tumba devorará mi secreto. Adiós, y ojalá que la bendición de un moribundo pueda descender sobre ustedes.

Nuestro viaje de regreso a Londres fue tan frío como deprimente. Con la caída de la noche había comenzado nevar de nuevo. Holmes mostraba su talante menos comunicativo, mirando a través de la ventana las desperdigadas luces de aldeas y granjas que aparecían a intervalos titilando en la oscuridad.

—El año viejo está a punto de caer —observó de pronto—, y los corazones de todas esas gentes, buenas y sencillas, que esperan las campanadas de medianoche, albergan la perenne esperanza de que el año que viene será mejor que el que se ha ido. La esperanza, por muy ingenua y desmentida por la experiencia que sea, sigue siendo la única panacea suprema para todos los golpes y heridas con que nos obsequia la vida. —Se reclinó en su asiento y comenzó a llenar su pipa—. Si alguna vez le da por escribir algún relato sobre este curioso asunto del condado de Derby — prosiguió—, le sugeriría como título adecuado, el de «la Viuda Roja».

—Conociendo su irracional aversión hacia las mujeres, Holmes, me sorprende que se haya fijado en el color del cabello de Lady Cope.

—Me refiero, Watson, al popular apodo dado a la guillotina en los días de la Revolución Francesa —replicó severamente.

Era muy tarde cuando por fin llegamos a nuestras habitaciones de Baker Street, donde Holmes, después de atizar el fuego de la chimenea, no perdió un instante en enfundarse su batín color ratón.

—La medianoche se aproxima —observé—, y como deseo despedir este año y recibir el nuevo en compañía de mi mujer, he de marcharme. Le deseo un feliz Año Nuevo, mi querido compañero.

—Lo mismo le digo, de todo corazón, Watson —respondió—. Le ruego que transmita mis saludos a su esposa y mis excusas por haberle retenido.

Había llegado ya a la calle desierta y me detuve un instante, antes de proseguir mi camino, para subirme el cuello del abrigo como protección contra la nieve, cuando los acordes de un violín captaron mi atención. Involuntariamente, alcé los ojos hasta la ventana de nuestra antigua sala de estar. La sombra de Sherlock Holmes aparecía en ella, recortada a la luz de la lámpara. Era el perfil agudo y aguileño que yo tan bien conocía, la leve curvatura de sus espaldas, la prominente mandíbula sobre el violín, el ir y venir del arco... Pero no era una ensoñadora aria italiana, ni una complicada improvisación la que llegaba hasta mí con sonido amortiguado a través del silencio y la quietud de la helada noche invernal.

*¿Ha de ser olvidada la vieja amistad  
y nunca más recordada?  
¿Ha de ser olvidada la vieja amistad  
y los días pasados de otro tiempo?*

Alguna partícula de nieve debió de metérseme en los ojos, pues al volverme para seguir mi camino, las farolas de gas que parpadeaban en la desolada acera de Baker Street me parecieron extrañamente empañados y borrosos.

\* \* \*

Mi tarea ha terminado. He vuelto a guardar mis libretas de notas en la caja de latón donde estuvieron encerradas durante años y, por última vez, he mojado mi pluma en el tintero.

A través de la ventana que da al modesto huerto de nuestra granja puedo ver a Sherlock Holmes paseando entre sus colmenas. Su cabello está completamente blanco, pero su silueta alta y enjuta es tan tensa y enérgica como siempre, y hay una pincelada de saludable color en sus mejillas, que le otorgó la madre Naturaleza con sus brisas tonificantes que traen en su regazo el aroma del mar hasta estas gentiles campiñas de Sussex.

Nuestras vidas caminan hacia el crepúsculo, y viejos rostros y viejas escenas se fueron ya para no volver. Pero, cuando me reclino en mi sillón y cierro los ojos, el pasado parece emerger de nuevo superponiéndose al presente, y veo ante mí las nieblas amarillas de Baker Street, y oigo aún la voz del hombre más bueno y más sabio que jamás haya conocido.

«¡Vamos, Watson, comienza el juego!».

# La aventura del capitán cansado

ALAN WILSON

He comentado en otra parte que el mes de julio inmediatamente posterior a mi boda fue memorable por tres casos en los que estuve asociado con mi amigo Sherlock Holmes. Dos ya los he narrado, pero el tercero fue un asunto de tal delicadeza que sólo ahora me veo libre para exponer los hechos a la atención pública. Me refiero al singular caso del Capitán Cansado.

Regresaba a casa después de hacer una visita a un colega cuando me encontré caminando por Baker Street. Al llegar a la altura de la puerta conocida, donde había pasado con Holmes algunos de los días más felices y estimulantes de mi vida, sentí que debía ir a verle una vez más y averiguar qué problema ocupaba por entonces su intelecto incisivo. Llamé al timbre y me dejó entrar nuestra vieja casera, la señora Hudson.

—Suba, doctor Watson —dijo ella—, le encantará verle, lo sé. En verdad que hoy mismo me decía que le gustaría que usted aún estuviera con él. Apenas ha salido de sus habitaciones durante días, y una visita de usted le hará bien.

Subí las escaleras y acababa de llegar a la puerta del salón cuando la voz que tan bien recordaba dijo:

—Pase, mi querido Watson. Su sillón le espera, como siempre.

—Holmes —pregunté—, ¿son mis pasos tan familiares que me reconoce antes de entrar?

—Un poco más ligeros, Watson, eso creo, pero inconfundibles. La felicidad marital debe haber obrado un efecto rejuvenecedor en usted. ¿Y cómo está la señora Watson? Siempre guardaré un gran respeto hacia ella después de su comportamiento en el caso Sholto, y, como usted sabe, yo no soy un admirador de la mujer en general.

—En verdad que no —corroboré con calidez—. Mi esposa y yo consideramos que es su peor rasgo de carácter, Holmes.

—Me irritan —replicó Holmes con impaciencia—. Se dejan dominar demasiado por las emociones; carecen de esa capacidad fría de razonamiento que yo considero esencial para la mente perfectamente equilibrada. La nota que recibí esta mañana no promete cambiar mi opinión, sino más bien la apoya.

Me pasó una hoja pequeña de color azul de un cuaderno de notas en la que estaba escrito en una de las letras más diminutas que sea posible imaginar: «Estimado señor Holmes, me encuentro muy preocupada por la salud y la conducta de mi padre; a veces incluso temo por su cordura. ¿Sería inconveniente que le visitara mañana, día veintiocho, a las quince quince horas? Atentamente suya, Rachel Webber».

—Entonces, ¿tiene una investigación a la vista? —pregunté, devolviéndole la nota—. La señora Hudson me dio a entender que se encontraba desocupado en este

momento.

—¡Desocupado! —espetó Holmes con amargura—. Mi querido amigo, eso es una subestimación de la realidad. La vida ha sido un terrible estancamiento desde que desentrañamos aquel pequeño asunto del Tratado Naval. Empiezo a pensar que el delincuente inglés es muy poco emprendedor. Todos los delitos recientes han sido casos sencillos, al alcance de la fuerza policial regular. Lestrade, Gregson y los demás se mantienen ocupados, mientras que los expertos... —Se hundió en su sillón y, abatido, desvió la vista hacia la chimenea.

—Bueno, por lo menos —murmuré— ha recibido esta nota que quizá resulte ser heraldo de cosas mejores.

—Lo dudo —fue la respuesta—. El asunto parece encontrarse más próximo a su campo que al mío. Pero, dígame, ¿qué piensa al respecto, Watson? Deje que la luz de su intelecto se abata sobre él.

Ignorando el sarcasmo de su voz, que sin duda surgía de la apatía y el aburrimiento, cogí la nota y volví a examinarla.

—Está escrita por una mujer joven.

—¡Bravo! —exclamó Holmes—. Tal perspicacia es asombrosa. ¿Una mujer, ha aseverado? ¿De qué edad? Por favor, dígamelo, me interesará saberlo.

—Vamos, Holmes —comenté molesto—, no es propio de usted; quizá sea mejor que la examine usted mismo.

—Le pido perdón, mi querido amigo. Debe disculparme. A veces puedo ser una criatura intratable. En cuanto a la nota, es evidente en sí misma, desde luego. Fue escrita por una mujer joven, como usted ha dicho. Es zurda, de temperamento muy minucioso, es probable que sea miope, y tiene un perro pequeño al que está excesivamente apegada. Aparte de esos hechos obvios, nada más puedo deducir.

La larga relación con los métodos de mi amigo me capacitó para seguir su razonamiento: la letra pequeña y precisa, la redacción exacta de la nota, confirmaban su teoría sobre el meticuloso temperamento de la mujer que la escribió.

—¡Pero que sea zurda! —exclamé—. ¿Y por qué un perro?

Holmes soltó una risita.

—Mi querido Watson, cuando veo escritura en varias partes en que el papel está roto y la tinta salpicada, sé que la pluma ha sido empujada, algo que jamás sucede cuando se escribe con la mano derecha. En cuanto al perro, reconozco que se trata de una conjetura aventurada. Pero si examina la parte inferior del papel, verá una o dos marcas que, debido a su separación, indicarían la planta de la pata de un perro. Para una mujer que por lo normal es tan cuidadosa y meticulosa, dejar que un perro se siente en su regazo mientras escribe, sin duda indica que está excesivamente encariñada con él. Pero, si no me equivoco, aquí está nuestra cliente, puntual.

El reloj señalaba las 3:15 cuando la puerta se abrió en respuesta al «¡Pase!» de Holmes, y nuestra visitante entró. Era una mujer pequeña y de aspecto muy delicado, próxima a los treinta años, con la cara pecosa, gafas y con un perro pequinés en

brazos.

A pesar del expresado desagrado de mi amigo hacia ese sexo, siempre le había visto extremadamente cortés con las mujeres, y esta ocasión no fue una excepción.

—Mi querida señorita Webber —dijo—, por favor, siéntese. Espero que no tenga objeción contra el tabaco. Me resulta de gran ayuda para la concentración. Le presento a mi amigo y colega, el doctor Watson, ante el cual puede usted hablar con tanta libertad como conmigo.

Nuestra visitante sonrió y ocupó el asiento que le indicaba Holmes.

—Sé que se puede confiar en el doctor Watson —dijo—. De hecho, en realidad es por él que he venido a consultarle.

—¿Por mí? —pregunté, mirándola sorprendido.

La señorita Webber asintió.

—Recientemente leí su narración del primer encuentro con el señor Holmes en *Estudio en Escarlata*, y entonces pensé que sería la persona que podía ayudarme en mi problema.

Sherlock Holmes se sonrojó de placer.

—¡Mi querido Watson! —exclamó—. Permítame retirar cualquier crítica que haya podido hacer de sus escritos en el pasado. Pero, señorita Webber, estamos ansiosos de oír cuál es el problema que tanto le preocupa. Por favor, proporcióneme los hechos desde el principio. No omita nada, sin importar lo trivial que pueda considerarlo.

La joven dama hizo una pausa, acariciando con gentileza al perro pequeño que yacía acurrucado en su regazo con los ojos fijos en Holmes, que se hallaba sentado enfrente sumido en sombras, ya que la luz procedente de la ventana caía sobre el rostro de nuestra visitante.

—Me llamo —comenzó— Rachel Webber y soy la única hija del capitán Joshua Webber, de la Mansión Hexton, cerca de Aldershot. Mi madre murió hace cinco años mientras mi padre se hallaba embarcado, y hasta su regreso, hace un año, yo viví sola en la casa, con la compañía de la señora Marchmont, el ama de llaves. La Mansión Hexton es una casa vieja y de construcción irregular, levantada, creo, en el siglo diecisiete. Siempre la he considerado demasiado grande para nuestras necesidades, y, de hecho, sólo usamos unas pocas habitaciones, permaneciendo vacío el resto de la casa.

»Hace unas siete semanas, para ser exacta el 21 de mayo, mi padre y yo nos hallábamos desayunando; yo estaba leyendo una carta que había llegado en el correo de la mañana, cuando oí una exclamación leve y, al alzar la vista, observé que mi padre miraba fijamente el plato de la mantequilla. Luego, señor Holmes, para mi asombro y espanto, lo cogió de repente y lo arrojó a la chimenea vacía y, sin decir una palabra más, abandonó el cuarto.

»Puede imaginar la impresión tan desagradable que dejó en mi mente, pero por la noche ya se había desvanecido hasta cierto punto, sólo para ser invocado de nuevo de

un modo muy extraño.

»Aquella noche me hallaba echada en mi cama cuando escuché unos pasos fuera de mi dormitorio. Con atención oí cómo avanzaban despacio hasta llegar a mi puerta. De repente, hubo un golpe sonoro. Pensé en preguntar si era mi padre, pero recordando su extraño comportamiento de la mañana, decidí no hacerlo y con cautela abrí la puerta de mi cuarto.

»Señor Holmes, mi padre se hallaba sentado en la escalera sacando ciertos papeles de un viejo baúl marinero que debió haber arrastrado por el pasillo. El ruido debió sonar al caer el baúl por el primer escalón. Le hablé, pero, ante la primera palabra, cerró con fuerza la tapa y me ordenó que volviera a la cama con un tono muy desagradable y perentorio.

—Un momento —intervino Holmes—. ¿Había visto usted alguna vez ese baúl?

—Oh, sí, mi padre siempre lo guardaba en su dormitorio, junto a la cama. Contenía, eso tenía entendido yo, recuerdos de sus primeros días en la marina, aunque jamás lo vi abierto.

—Gracias, señorita Webber; por favor, continúe su muy interesante relato.

—A la mañana siguiente —prosiguió nuestra visitante—, no hice comentario del asunto y tampoco él, aunque una o dos veces le vi mirándome de una manera singular... casi como si esperara que yo dijera algo. Sin embargo, durante unos días todo marchó bien, hasta que una tarde oí la voz de mi padre seguida de sollozos sonoros; y luego, el sonido del disparo de una pistola. Al salir corriendo encontré a la señora Marchmont sumida en lágrimas.

»En apariencia, mi padre se le había acercado mientras ella limpiaba los muebles del vestíbulo y deliberadamente disparó la pistola al suelo, a sus pies, al tiempo que la increpaba con palabras de lo más viles. Al llegar yo, salió corriendo hacia su propio estudio, que da al vestíbulo.

No pude evitar mirar a Sherlock Holmes mientras hablaba la mujer, pues el asunto me parecía demasiado trivial para que él lo considerara de gran valor. Pero, para mi sorpresa, daba la impresión de estar sumamente interesado. Se hallaba reclinado contra el sillón, las yemas de los dedos juntas, a su estilo crítico, y el humo de la pipa se enroscaba en densas espirales por encima de su cabeza.

—Señorita Webber —preguntó—, ¿es costumbre de la señora Marchmont limpiar ella misma los muebles? ¿No hay criadas?

—No, señor Holmes, mi padre jamás contrataría a nadie más, aunque yo se lo he pedido en repetidas ocasiones. La señora Marchmont en persona se ocupa de todo.

Ante el gesto de mi amigo, la joven dama reanudó la historia:

—Desde entonces, las excentricidades de mi padre han continuado hasta que ayer llegaron al punto en que por último me hicieron tomar la decisión de buscar su ayuda. Ya he dicho que la mayor parte de la mansión ha permanecido vacía. Ha sido así desde que vinimos aquí. Pero anoche me despertaron unos ruidos y martilleos estridentes que daban la impresión de proceder de una de las alas desiertas. Al ir a ver

qué sucedía, vi a mi padre, con aspecto muy cansado y desarreglado, que venía de la dirección del ala este. Llevaba un martillo en la mano. Cuando le hablé, cortésmente me ordenó que fuera a mi cuarto y él se retiró a su estudio. Luego descubrí que había clausurado las puertas de aquel ala de modo que ahora se encuentra más aislada de la casa que nunca. Así es como está la situación en este momento, señor Holmes, y apreciaría mucho su consejo. ¿Cuál es la causa del extraño comportamiento de mi padre y qué cree usted que debería hacer yo?

—Dígame, señorita Webber —preguntó mi amigo—, ¿cuáles eran esas otras excentricidades que usted mencionó? Por favor, cuénteme todos los hechos sin importar lo triviales que parezcan ser.

Nuestra visitante titubeó un segundo antes de hablar:

—Se ha acostumbrado —dijo en voz baja— a hablar consigo mismo y a cantar fragmentos de viejas canciones... a veces hasta que amanece. Una tarde cogió un cuchillo y rajó un lienzo que colgaba de la pared en presencia de una amiga mía. Para empeorar las cosas, posee una pistola de caza con la que parece obtener un placer malévolamente en asustar a los comerciantes. Creo que está muy enfermo, señor Holmes. Durante esos exabruptos no parece ser consciente de sus actos, aunque en varias ocasiones después me ha interrogado al respecto. Sin embargo, yo siempre me he mostrado evasiva.

—Ya veo. ¿Y no hubo señal de algo irregular anterior al incidente del plato de la mantequilla?

—No, aunque ahora que lo pienso, recibió una carta unos días antes que pareció afectarle mucho. Me contó que le habían dado malas noticias respecto a una inversión; no sé nada más.

—Gracias, señorita Webber, por su exposición. Ha sido muy interesante. Será un placer para el doctor Watson y para mí investigarlo. Por favor, manténgame informado de cualquier otro desarrollo; por lo demás, nos pondremos en contacto con usted dentro de unos pocos días.

Con una sonrisa y un apretón de manos, nuestra visitante se marchó. Holmes regresó a su sillón y cerró los ojos, tal como era su invariable costumbre cuando se concentraba en un caso.

—Bien, Watson, ¿qué piensa de ello? Todo un problema, ¿no?

—A mí me resulta perfectamente claro —repliqué—, es obvio que el hombre ha perdido la cabeza, y cuanto más pronto se lo envíe a una institución, mejor.

Holmes hizo un gesto negativo.

—Mi querido Watson, entre sus muchas cualidades admirables, me temo que no podemos incluir la imaginación. Usted cree que este capitán Webber está loco. Yo, por otro lado, lo considero entre los hombres más cuerdos con que tenemos que tratar. Estoy muy en deuda con nuestra cliente por haber llamado mi atención sobre lo que promete ser un problema de lo más instructivo. Si le parece bien venir mañana por la noche, Watson, espero ser capaz de proyectar cierta luz sobre lo que aún sigue siendo

problemático.

Mi práctica profesional rara vez resulta extenuante. Pero al día siguiente un torrente de trabajo me impidió ir a Baker Street hasta pasadas las ocho de la noche. No obstante, Holmes no se hallaba en casa, así que me acomodé en mi viejo sillón y me sumergí en una de las estimulantes historias de mar del capitán Marryat. Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que oí los pasos en la escalera, y Sherlock Holmes entró en el salón.

—Ah, Watson —dijo mientras se quitaba la chaqueta y la gorra de viaje con orejeras—, mis disculpas por hacerle esperar, pero la verdad es que he tenido un día muy constructivo. De hecho —se rió entre dientes—, he ganado algo de dinero.

—Mi querido amigo —comenté con entusiasmo—, permita que le felicite. Pero me sorprende. Usted siempre se ha mostrado contrario a cualquier forma de juego.

—A esto no se lo puede llamar juego, Watson, sólo una simple partida de dardos, nada más.

—Dardos —repuse asombrado—. Me temo que no entiendo.

Mi amigo se frotó las manos.

—Lo hará, mi querido Watson, lo hará. Pero permita que tome un refresco, que necesito con desesperación, y haré lo que pueda para iluminarle al respecto.

Tocó el timbre y al rato la señora Hudson trajo un plato con huevos, jamón y una gran tetera. Luego encendimos nuestras pipas y Holmes inició el relato de sus aventuras del día.

—Después de que usted se marchara anoche, medité en la exposición de nuestra cliente, con la ayuda de una onza de tabaco. El punto primordial a mí me pareció ser éste: ¿por qué un hombre que desea abrir un baúl no lo hace en su propio dormitorio? ¿Por qué arrastrarlo por el suelo hasta la escalera, haciendo ruido y notificando el asunto? Si, tal como se puede imaginar, el contenido del baúl era de naturaleza privada, es seguro que no desearía despertar a la casa. A mí me pareció, Watson, que había algo muy singular en todo ello.

—Pero ¿y si el hombre está loco? —sugerí.

Holmes lanzó un bufido de impaciencia.

—No lo consideraremos loco —replicó—, simplemente supondremos que desea que se le tenga por loco. ¿Por qué, de lo contrario, se tomaría tantas molestias en cerciorarse de que su hija advierta sus pequeñas excentricidades? ¿Por qué esperaría a rajar un cuadro hasta que hubiera alguien presente, un amigo del colegio, recuerda? No, Watson, necesitaba un testigo. La señorita Webber, el ama de llaves, el amigo del colegio, los diversos comerciantes, todos podían atestiguar de su peculiaridad, si no de su locura real.

—Pero ¿por qué alguien desearía parecer loco? —pregunté—. No da la impresión de haber ningún motivo para tal comportamiento.

Mi amigo sonrió.

—Fue para descubrirlo, mi querido amigo, por lo que realicé un viaje a Aldershot

hoy. Hay un pequeño hostel muy confortable cerca de la Mansión Hexton que se llama La Posada del Oso, donde, durante una partida de dardos, el propietario, un tal señor Brooks, se explayó de manera muy elocuente sobre nuestro amigo, el capitán Joshua Webber. No sólo ha asustado a los comerciantes, Watson, sino que incluso le ha causado problemas al mismo establecimiento. Parece que hace un par de días llegó al Oso y le pidió a Brooks un cuarto privado en el que reunirse con un amigo. Dicho amigo llegó y fue conducido a donde se hallaba el capitán. Pero no pasó mucho hasta que toda la posada se viera agitada por el sonido de un altercado furioso procedente del salón privado. Después de un intervalo, el capitán y su amigo salieron, pagaron la cuenta y desaparecieron en dirección a la Mansión Hexton.

—Pero —aventuré—, no fue a la Mansión Hexton, de lo contrario, la señorita Webber lo habría mencionado.

Holmes hizo una pausa.

—Ciertamente —admitió—. La señorita Webber lo habría mencionado de haberlo sabido. Sin embargo, creo que no lo sabe, ni tampoco la señora Marchmont. Ya he realizado indagaciones. Pero ¿por qué?

Se reclinó en su sillón y miró pensativamente el techo. Yo guardé silencio, pues podía ver que su aguda mente se había embarcado en una línea de análisis que habría sido poco inteligente interrumpir.

De repente se puso en pie de un salto y se dirigió al escritorio.

—Mi querido Watson —exclamó—, tengo todas las esperanzas de que pronto seremos capaces de aclarar este pequeño asunto. El telegrama que estoy a punto de enviar aclarará las cosas. Partimos hacia Aldershot mañana.

—¿Partimos?

—Si usted no tiene ninguna objeción.

—Será un placer.

—Entonces no diga más y mañana espero poder bajar el telón sobre una trama que por su ingenio rivaliza con aquel otro asunto que de forma tan hábil usted ha narrado como «El Escribiente del Corredor de Bolsa».

La mañana siguiente me encontró en un tren con destino a Hampshire, con Holmes sentado frente a mí, que mostraba un aspecto más afilado y delgado que nunca. Antes de salir había recibido una respuesta a su telegrama de la noche pasada y pude ver por el color de sus mejillas que esperaba un resultado favorable para nuestra aventura del día. Se hallaba en uno de sus estados de ánimo más expansivos y durante el viaje me regaló una serie de anécdotas sobre algunos de los delincuentes más famosos que había conocido: Slattery el Envenenador, Whitcombe el Perista y Ricoletti del Club Foot, de quienes yo ya había oído hablar. Ni una sola vez se refirió a la señorita Webber o a la singular serie de acontecimientos que nos había conducido a dejar Baker Street en una misión tan extraña. Sin embargo, justo antes de llegar a nuestro

destino, el flujo de la conversación cesó y él volvió a guardar un silencio que duró hasta que nos encontramos en el coche que nos esperaba para llevarnos a la Mansión Hexton.

Era, en verdad, una estructura de aspecto lúgubre a pesar de la luminosidad del día. Una avenida de nobles olmos llevaba a una casa hermosa pero sombría, toda recubierta de hiedras oscuras. Sólo el centro parecía estar habitado; las dos alas desiertas, con las persianas de sus ventanas cerradas, se extendían solitarias a ambos lados.

Una mujer de aspecto ratonil que debía ser el ama de llaves, la señora Marchmont, nos escoltó hasta un cuarto grande y bien amueblado de la planta baja.

—Me temo que el señor aún se encuentra en su habitación, señor —se disculpó—, y ha dejado instrucciones de que no se le moleste bajo ningún concepto. Le diré a la señorita Webber que están aquí. —Se dirigió hacia la puerta.

—Un momento —intervino Holmes—, ayer cuando llamé, se me informó de que no se había levantado. ¿Ha estado en su cuarto todo el tiempo?

—Oh, no, señor —repuso en voz baja—, ayer se levantó para tomar el té, y luego salió al jardín. Le vi a eso de las diez saliendo del cobertizo del almacén y dirigirse al ala este; aunque no puedo imaginar qué estaba haciendo allí, ya que ha permanecido desocupada durante años. Pero quizá no sea de extrañar. El señor se ha comportado de manera tan extraña últimamente que le he dicho a la señorita Webber que creo que debería ir a ver al doctor.

—Bien, señora Marchmont —dijo Holmes con una sonrisa—, mi amigo aquí presente, el doctor Watson, puede que nos sea de ayuda. Pero sobre esa historia del cobertizo, imagino que es el edificio que observé ayer, el que hay a la izquierda del camino, ¿no?

—Correcto, señor. Lo usamos para almacenar madera y herramientas para la tierra, aunque no puedo afirmar que se utilicen mucho.

Antes de que Sherlock Holmes pudiera replicar, la puerta se abrió y entró nuestra cliente, con su perro mascota en brazos. Se nos acercó con una sonrisa en los labios.

—Debo disculparme por mi padre, señor Holmes —dijo—, recientemente se ha quejado varias veces de gran fatiga, aunque en realidad no se metió en cama hasta ayer.

—De hecho, hasta mi llegada —musitó Holmes, mirándome rápidamente desde abajo de sus cejas oscuras—. ¿Le ha informado de que ha venido a verme?

—No, no lo hice, aunque ayer debió oír a alguien aquí y saber que se estaban realizando investigaciones. Sin embargo, no entiendo por qué ha de aislarse de esa manera.

—Yo sí, Watson, yo sí —susurró Holmes, y, luego, en voz alta—, bueno, no se puede evitar. Y ahora, señorita Webber, si nos disculpa, me gustaría mostrarle al doctor Watson esta magnífica y antigua casa. No vemos muchas parecidas en Londres, y el terreno nos dará la oportunidad de tomar el sol que tan escasamente

recibimos en Baker Street.

La señorita Webber hizo un gesto de asentimiento y salimos de la sala. Al llegar al vestíbulo recibí la clara impresión de que alguien cerraba la puerta del estudio del capitán, que estaba frente a nosotros.

—De acuerdo, Watson, lo vi —comentó Holmes cuando me volví hacia él con cierta excitación—; da la impresión de que el capitán no se encuentra tan cansado como se nos ha hecho creer. Pero venga al aire fresco, donde no es muy probable que se nos observe.

Una vez fuera, marchó directamente al cobertizo, que se hallaba en parte oculto por una arboleda.

—La puerta cerrada con un candado —indicó—, aunque por la cerradura veo que se ha usado hace poco. ¿Qué cree usted que el capitán guarda ahí dentro que no puede sacar hasta entrada la noche? Nos hallamos en aguas profundas, Watson.

—¿No podría estar llevando a cabo algunas alteraciones en el ala este? —sugerí—. Quizá desee guardarlo en secreto ante su hija hasta que las haya acabado. Quizá, por ejemplo, se trate de un nuevo *boudoir*.

Holmes estalló en una sonora carcajada.

—No, Watson, no puede ser, si no, ¿por qué esa extensa serie de excentricidades, la locura simulada? ¿Tal vez sugiere usted que el hombre con el que se reunió en la posada y con quien mantuvo esa pelea era un constructor y decorador? No, amigo mío, no recurriría a esas pistas falsas, pues eso es lo que son, a menos que deseara tapar algo mucho más serio.

Me sentí un poco herido por el tono de ridiculización de su voz, aunque no pude dejar de reconocer que mi sugerencia sonaba un poco absurda al ser repetida por un hombre como Holmes. Sin embargo, antes de poder replicar, la burla contenida en su voz había muerto e intentaba espiar a través de la ventana sucia del cobertizo. Mas pude ver que en el interior todo era oscuridad. De repente, se detuvo y examinó atentamente la tierra con su lupa.

—¿Lo percibe? —preguntó, acercando el dedo índice a mi nariz.

—¿Parafina?

—Exacto, parafina. Me temo, Watson, que mi llegada a la escena le ha precipitado a una acción desesperada que puede tener resultados lamentables para nuestra cliente.

—¿No deberíamos inspeccionar el ala este? —aventuré—. Tal vez la clave del misterio radique allí.

—Mi querido amigo —contestó con cierta aspereza—, no imaginaré que vine aquí ayer y descuidé ese curso obvio de acción. Ya oyó a la señorita Webber decir que cada entrada al ala este desde dentro de la casa ha sido sellada. Es verdad; lo he verificado. Las puertas interiores no sólo han sido cerradas, sino que tienen planchas de madera clavadas a lo ancho, mientras que la puerta a la que ahora nos acercamos ha sido usada con bastante frecuencia.

Él había dejado el cobertizo y nos hallábamos de pie ante la sólida puerta del ala este del siglo diecisiete. Pude ver que, en verdad, había sido usada hacía poco. La hierba estaba toda pisoteada y el candado enorme se veía negro con la marca de aceite fresco. Las ventanas de toda el ala estaban fuertemente cerradas y ayudaban a darle al lugar la impresión de absoluta desolación.

—Y ahora —dijo Holmes mientras abría el camino hacia un banco próximo—, si me presta un poco de su atención me gustaría exponer mi caso. Toda la historia ya me resulta clara; lo único que queda es concluir el asunto de manera satisfactoria. Sin embargo, no podemos hacerlo hasta que el capitán considere oportuno levantarse de su cama. Creo que la noche hará salir a la presa.

—¿Cree usted, entonces, que está a punto de tener lugar un crimen serio?

Hizo una pausa, sacó su vieja pipa negra de arcilla, y despacio la fue llenando de su tabaquera.

—Si entiendo bien la cuestión, Watson, ya ha tenido lugar. Como he señalado, desde el principio me resultó obvio que la extraordinaria conducta del capitán Webber sólo podía significar una cosa. Se basa en el hecho innegable de que el mejor sitio para esconder algo es entre objetos de su propia clase... una analogía evidente es un alfiler en un alfilerero. Las peculiaridades del capitán se han hecho tan conocidas que una más, aunque diera la casualidad de ser un crimen, pasaría virtualmente desapercibida. El problema no radicaba tanto en el hecho en sí mismo, sino en la razón que había para ello. Recordará que nuestra cliente declaró que su padre había recibido una carta que justificó diciendo que contenía malas noticias acerca de una inversión realizada. Dos días después comenzó la serie de acontecimientos que nos han traído hasta aquí.

—¡Holmes, empiezo a verlo! —exclamé—. Si tan solo pudiéramos averiguar quién envió esa carta... —Pero no pude seguir hablando, pues hizo un gesto impaciente con la pipa y prosiguió su explicación.

—Al día siguiente, durante mi beneficiosa partida de dardos con el propietario del Oso, oí hablar del «amigo» a quien el capitán Webber esperaba y quien más tarde desapareció misteriosamente. Sumé dos más dos... ¿y qué encuentro?

—¿Que la carta era de ese amigo?

—Exacto, Watson. Hoy se supera a sí mismo. La carta procedía de ese «amigo». Decía que se encontraría con el capitán en la posada un día y hora determinados. Momento en el que nuestro galante capitán comienza a aterrorizar a la señora Marchmont y a los demás y, así, se gana la reputación de excéntrico que él tanto se esfuerza en fomentar. A su debido tiempo, el «amigo» llega al lugar acordado, se produce una discusión y los dos se dirigen a la Mansión Hexton, donde el capitán asesina al otro en el ala este.

—¡Santo cielo, Holmes!

Mi amigo movió la cabeza con gravedad.

—Me temo que ninguna otra hipótesis concordará con los hechos. Se los vio

yendo hacia la mansión, pero ni nuestra cliente ni el ama de llaves los vio llegar. No, Watson, el caballero desconocido se encuentra en la desierta ala este. Aún no sabemos cómo murió. Pero después el capitán selló las puertas y al salir del lugar fue visto por su hija, quien de inmediato relacionó el sonoro martilleo que la había despertado con el resto de su extraño comportamiento.

Uno de los peores rasgos de Sherlock Holmes era que se mostraba impaciente incluso con la más leve crítica, y esta ocasión no representó ninguna excepción. Me aventuré a sugerir que el capitán Webber seguro que se daría cuenta de que tan pronto como se llevaran a cabo las inevitables investigaciones sobre el hombre desaparecido, la gente de la posada recordaría la pelea que habían tenido y en el acto él pasaría a ser un sospechoso. Pero Holmes descartó la objeción a su manera autoritaria.

—No, Watson, el capitán Webber sabía que no se realizaría ninguna investigación. Era evidente que la clave de estos hechos radicaba en algo que había sucedido con anterioridad a su regreso al país hace un año. No hay nada en su vida desde entonces que pueda justificar esta singular serie de acontecimientos. Usted me vio enviar un telegrama ayer y la respuesta recibida esta mañana nos proporciona mucha información útil sobre el capitán.

Hizo una pausa y miró a su alrededor, a los terrenos iluminados por el sol y a la vacía ala este que se cernía sobre nosotros.

—En 1877 —explicó—, el capitán Joshua Webber se hallaba al mando del barco *María Cristina*. ¿Le sugiere algo ese nombre?

—¿*María Cristina*? ¿No fue el barco involucrado en un sensacional caso de contrabando hace unos años?

—Sí —continuó Holmes—. El primer oficial, Adam Belter, fue acusado de graves infracciones de las leyes que se aplican a la importación de drogas. Había considerables evidencias para incriminar al mismo capitán. Pero él logró apartarse del asunto y jamás fue llevado ajuicio. Al final, y como resultado directo de la prueba presentada por Webber, todo el peso de la cuestión cayó sobre Belter, quien recibió una condena de doce años.

—¡Doce años! —exclamé—. Entonces, ¿ahora se encuentra en libertad?

—Sí, fue liberado hace ocho semanas, justo alrededor de la época en que el capitán recibió la carta que tanto le trastornó. Entonces supo que Belter andaba suelto de nuevo y que buscaba vengarse del hombre responsable de su encarcelamiento. En consecuencia, planeó toda esta trama elaborada que, debo reconocerlo, es absolutamente nueva para mi experiencia, aunque creo que hubo algo similar en Helsinki en el año 68.

—Mi querido Holmes —dije en señal de admiración a este hombre extraordinario—, su exposición de este extraño caso es tan evidentemente correcta que me sorprende no haber visto la verdadera explicación. Yo me hallaba en posesión de los mismos hechos que usted y, sin embargo, estaba por completo en la oscuridad. Pero ¿qué vamos a hacer ahora para llevarlo ante la justicia?

Sherlock Holmes se levantó del banco sobre el que habíamos estado sentados y emprendió la marcha hacia la mansión.

—Resulta evidente que el capitán no saldrá de su cuarto mientras nosotros nos encontremos aquí —observó—, por lo tanto, debemos dar a entender que nos vamos. No obstante, no iremos muy lejos.

Nuestra cliente se mostró más bien sorprendida y un poco decepcionada cuando Holmes le dijo que teníamos que regresar al pueblo por algo urgente. Pero mi amigo, con la cortesía y caballerosidad que le caracterizaban en todo su trato con el sexo opuesto, pronto la tranquilizó y le prometió que regresaríamos al día siguiente.

No fuimos más lejos que hasta la posada, donde nos saludó una figura conocida.

—Bien, señor Holmes, recibí su telegrama. ¿De qué se trata?

—Si se nos une a comer, Lestrade —replicó Holmes—, me encantará revelárselo. Después de degustar el pollo que prepara mi amigo el señor Brooks, nos hallaremos mejor para enfrentarnos a la pequeña ordalía que nos aguarda. Espero que usted sea capaz de añadir un sensacional caso de asesinato que aumente su ya envidiable reputación.

El inspector Lestrade se mostró más bien dubitativo cuando oyó nuestro relato. Pero ya había aprendido a no tratar con ligereza los notables poderes deductivos de Holmes.

—Estoy con usted —dijo a regañadientes.

—Bien hecho, y ahora, si ya hemos terminado nuestro almuerzo, quizá será mejor que partamos. ¿Ha traído su revólver, Watson?

—Tengo mi Eleys —repliqué, palmeándome el bolsillo.

—Entonces, vayamos a lo que confío será la resolución de este pequeño asunto.

Cuando regresamos a la casa no entramos. En su lugar nos adentramos en la pequeña arboleda que ya he mencionado. Desde allí podíamos divisar toda la fachada principal de la residencia y la puerta de la siniestra ala este.

—No creo que debamos esperar mucho —susurró Holmes mientras nos sentábamos entre los árboles—. El capitán se demorará sólo hasta que considere que todo está despejado.

—Pero ¿qué es lo que va a hacer? —preguntó Lestrade.

—El cadáver, inspector, el cadáver —fue la respuesta—. No puede dejarlo ahí indefinidamente, aunque el ala este no se use. Desconozco qué planes ha trazado para su eliminación. Pero es evidente que mi llegada le ha asustado y está siendo empujado a la acción. Sin embargo, me preocupa aquella parafina. Seguro que no va a...

Su voz se silenció y apretó mi brazo de manera convulsiva cuando se abrió la puerta delantera de la mansión.

Nos vimos decepcionados. No fue el capitán Webber quien salió, sino su hija, que iba a dar un paseo bajo el aire fresco del atardecer, seguida de su pequeña mascota. Dio vueltas varias veces alrededor de una extensión de grava que había justo delante

de la casa, y en una ocasión pasó cerca de nosotros, tanto que podríamos haber alargado los brazos y tocarla. El perro pareció saber que había extraños cerca, pues empezó a soltar ladridos agudos en nuestra dirección.

—Shhh, Suki —la oímos decir mientras miraba alarmada la pequeña arboleda en la que nos ocultábamos.

Resultó afortunado para nosotros que no fuera miope, de lo contrario seguro que nos habría descubierto. Sin embargo, el incidente la había asustado, ya que poco después alzó al perro en brazos y regresó a la casa.

—Gracias a Dios —musitó Holmes con un suspiro de alivio—. Creí que nos iba a descubrir.

Durante cierto tiempo reinó el silencio. Empezó a caer el crepúsculo, haciendo que la vieja mansión pareciera aún más deprimente que durante el día. Yo empezaba a pensar que habíamos emprendido una misión vana cuando la puerta delantera volvió a abrirse, y vimos a un hombre allí de pie. Sólo podía tratarse de la persona que habíamos venido a buscar.

Era bajo, con una cabeza leonina, bastante calva a excepción de un reborde de pelo cano muy corto. Su tez cetrina estaba reseca y arrugada, y marcada con las señales de una vida activa y peligrosa. No obstante, creí poder discernir rastros de fatiga y preocupación en su cara mientras pasaba a nuestro lado y se acercaba a la puerta cerrada con candado de la antigua ala este. Le vimos sacar una llave grande, y con un crujido sonoro, la pesada puerta se abrió.

—Tranquilos —murmuró Holmes, y pude vislumbrar que se hallaba tenso de excitación—, sigámosle.

Nuestra presa debió haber oído ese comentario, pues de repente desapareció y la puerta sólida se cerró de golpe, justo en el momento en que nos lanzábamos sobre ella.

—¡Qué tonto soy! —se quejó Holmes con amargura—. Es imposible abrirla; hemos de probar las ventanas. Pero ¿cómo vamos a romper las persianas?

Lanzando una exclamación, emprendió la carrera y regresó un segundo después con una piedra grande con la que inició un ataque furioso contra la ventana más próxima. El cristal se despedazó y estábamos a punto de destrozar el cierre de la persiana con nuestros revólveres cuando él nos detuvo.

—¿Lo ven? —gritó, señalando la segunda planta.

Al levantar la vista un escalofrío de horror recorrió mi cuerpo.

Justo encima de nuestras cabezas había otra ventana y por debajo de las persianas se escurría una vaharada de humo gris. Mientras mirábamos, otra cobró vida y, a los pocos momentos, nubes de humo salían por todas las grietas y resquicios que había en las paredes viejas.

En un segundo habíamos abierto la ventana y nos encontramos en un cuarto oscuro y vacío. Percibí unos cortinajes pesados y un mobiliario de madera de roble, y, luego, atravesamos la puerta opuesta. Lo que siguió es muy confuso. Tengo un vago

recuerdo de ir tras Holmes y Lestrade subiendo por una escalera larga y de abrir varias puertas en la cima, sólo para ser repelidos por el humo denso que pronto llenó toda el ala. Una y otra vez intentamos abrirnos paso. Pero en cada ocasión resultó imposible y no tardamos en vernos de nuevo en el fresco aire vespertino mientras el edificio que había a nuestras espaldas era una masa de llamas y humo. Mis dos compañeros fueron inmediatamente a despertar a la señorita Webber y al ama de llaves mientras yo partía a toda velocidad en busca de ayuda.

No tengo idea de cuánto tiempo transcurrió, pero cuando regresé con los bomberos encontré el ala este devorada por el fuego. Incluso al llegar se desplomaba una parte del techo con un rugido y una lluvia de chispas y llamas. Me dirigí hacia donde estaba Holmes en compañía de las llorosas señorita Webber y la señora Marchmont.

—Es inútil, Watson —dijo, apartándome a un lado—, me temo que el pobre diablo se ha quemado con su propio petardo. La parafina es una sustancia peligrosa y encenderla en una casa vieja como ésta, donde la madera y los muebles son como leña, era atraer los problemas. Lestrade y yo tratamos de entrar en el ala desde el interior, pero fue inútil. Es probable que haya quemado algunas cortinas viejas y madera con el cadáver, con la esperanza de que se habrían consumido por completo sin abarcar el edificio.

Pero estábamos destinados a captar un vistazo más del capitán Joshua Webber. De repente, en una ventana superior vislumbramos la cara retorcida y contorsionada entre una masa de llamas. Pasado un segundo, se había tirado a través de ella y aterrizado en la tierra de abajo. Corrimos hacia él, pero era demasiado tarde: la caída le había matado al instante.

—¿Quién sabe? Quizá esto sea lo más adecuado —comentó Holmes con voz que traicionaba la emoción—. Con unas quemaduras como ésas, la vida le habría sido insoportable y, de este modo, por lo menos no existe el sufrimiento.

Hay poco más que contar. Durante otra hora rugió el fuego a pesar de los frenéticos esfuerzos de los bomberos, quienes, al menos, tuvieron éxito en evitar que el holocausto se extendiera al resto de la casa. Al final no quedó nada del ala este salvo unas ruinas calcinadas. Entre ellas se encontraron unos pocos huesos ennegrecidos; todo lo que sobrevivía del hombre llamado Adam Belter.

—Un caso instructivo, Watson —comentó Sherlock Holmes, mientras regresábamos a casa después de haber dejado a nuestra atormentada cliente al cuidado de una buena vecina—. Si el resultado hubiera sido positivo para él, sin duda los habitantes de la localidad se habrían encontrado con una notable mejoría en su condición, aunque imagino que, en última instancia, se había sumergido tanto en el papel que se había obligado a representar que, en verdad, ya estaba loco. Supongo que la culpa de su muerte debe adjudicárseme a mí. Es seguro que si yo no le hubiera espoleado a entrar en acción con mi precipitada aparición, no habría elegido un método tan desesperado y espectacular para deshacerse del cadáver. Él sabía, desde

luego, que si le hubiera conocido le habría desenmascarado al instante; de ahí que se retirara a su cuarto hasta que yo, como él creyó, me marché. Eso me decepcionó. Hasta entonces había demostrado un ingenio considerable, pero imaginar que podía despistarme con semejante simulación fue algo muy infantil. Sí, mi querido Watson, si alguna vez se siente tentado a exponer este caso al público, creo que lo más adecuado sería que lo titulara «La Aventura del Capitán Cansado».

# La aventura de la emperatriz verde

F. P. CILLIÉ

Encuentro registrado en mi cuaderno de notas que fue a finales de julio de 1888 cuando la atención de mi amigo Sherlock Holmes se vio atraída por primera vez hacia los acontecimientos singulares concernientes a la familia Malton y las desgraciadas circunstancias que tales sucesos tuvieron en las principales y más eminentes familias del Reino.

Se recordará que yo había abandonado mi alojamiento con Sherlock Holmes en el 221 de Baker Street cuando, a últimos del año 1887, la señorita Mary Morstan había colmado todos mis anhelos convirtiéndose en mi esposa. Después de que ella y yo nos hubiéramos establecido en un nuevo hogar, descubrí que, a pesar de los malos presagios de Holmes sobre la vida doméstica y el estado marital, mi tiempo se hallaba tan ocupado que sólo pude visitar Baker Street tres o cuatro veces durante el invierno del 87.

Sin embargo, la primavera y el verano del 88, como he registrado en otra parte, fueron memorables por varios casos de gran interés en los que yo tuve el privilegio de estar íntimamente asociado con Sherlock Holmes y de estudiar sus métodos. Bajo este encabezamiento encuentro referencias en mis notas acerca del famoso caso del Tratado Naval, la tragedia del Capitán Cansado y la Aventura de la Segunda Mancha. La presente crónica se ocupa del último de estos tres casos.

Mi cuaderno de notas recuerda que la noche del 23 de julio de 1888 le proporcionó a Londres un sombrío ejemplo de la incapacidad del hombre de anticipar la inconstancia de los elementos que le rodean y de la necesidad de regular su modelo de vida según estos caprichos. La tarde de aquel día, un lunes, Holmes y yo habíamos ido al East End de Londres en relación con los últimos detalles para el cierre del caso del Capitán Cansado, el oscuro secreto cuyas colosales tramas Holmes sólo había descubierto la semana anterior de manera inesperada bajo las turbias aguas del Támesis. Cuando mi amigo y yo nos hallábamos a punto de regresar a casa por caminos separados aquella noche —él a Baker Street y yo al lado de mi esposa— una súbita e inesperada ráfaga de lluvia, empujada por un viento feroz procedente del sudoeste, que se había levantado como por obra de magia, nos obligó a buscar un precipitado refugio en una taberna próxima.

—Vamos, Watson —comentó Holmes con impaciencia mientras contemplábamos la desolada escena desde el sucio cristal de una ventana—, seguro que reconoce que de momento los elementos tienen mayor importancia sobre la ansiedad suya de regresar junto a su esposa, ¿verdad? Acompañeme al 221 B y espere allí hasta que el clima de Londres sea menos inclemente; mis habitaciones están mucho más cerca que su casa y le puedo prometer que disfrutará de unos noventa minutos instructivos...

—Pero, Holmes —interrumpí—, mi esposa...

—Tonterías, mi querido amigo.

Se lanzó al exterior y llamó a un coche que fortuitamente se hallaba detenido a menos de veinte pasos de la puerta de la taberna. El cochero hizo marchar al caballo a paso vigoroso y a los cuarenta minutos nos encontrábamos en el entorno familiar de Baker Street, bajo las habitaciones que habían sido testigo del comienzo de tantas aventuras extrañas, algunas trágicas, algunas con rasgos humorísticos, pero ninguna que no contuviera ese elemento inusual, ese toque de lo extravagante que tanto atraía a la naturaleza singular de mi compañero.

La voz de Holmes interrumpió mis pensamientos, y fue imposible no comprender la súbita vehemencia de sus maneras, el despertar del interés que tan bien conocía yo.

—Vaya, Watson, ¿qué asunto urgente puede impulsar a alguien a buscar mi consejo en una noche semejante?

Mientras Holmes hablaba su delgada silueta tembló y se arrebujó en su abrigo, pues aunque no llovía con mucha fuerza, la noche era fría.

—Como nuestro visitante se acaba de marchar —continuó—, la señora Hudson quizá pueda informarnos acerca de lo que le mantuvo esperando arriba durante más de treinta minutos.

—¡Vamos, Holmes! —exclamé atónito, inspeccionando la calle vacía y desolada—. No veo cómo en...

—Shh, Watson, las huellas en la calle húmeda son las de un carruaje de cuatro ruedas que llegó hace poco y se marchó de nuevo. Los excrementos frescos del caballo proporcionan una segunda confirmación, y del hecho de que el cochero vaciara su pipa nada menos que tres veces junto a los escalones mientras aguardaba en la puerta —¡qué! ¿no notó el tabaco?— parece obvio que estuvo esperando un tiempo considerable. Las huellas húmedas en la escalera indican que el mismo visitante aguardó arriba en el salón.

Mientras Holmes hablaba entramos en el salón, y resultó evidente que en verdad alguien había estado allí con anterioridad durante un breve rato. No sólo había rastros nítidos de partículas de tierra fresca en la alfombra, sino que delante del sillón había un bastón pesado que era evidente pertenecía al reciente visitante.

—¡Ah! —exclamó Sherlock Holmes—. Nuestro visitante nos ha dejado algo. Yo sólo sé de pipas y sombreros, que nos cuentan más de sus propietarios que los bastones.

Cogió el bastón, y después de examinarlo minuciosamente durante unos minutos, observándolo de arriba abajo, probando su peso, escrutando la madera, frotando el extremo inferior de metal con el pulgar, olisqueando y dándole unos golpecitos contra la silla, suspiró y me lo pasó.

—Bueno, Watson, ¿qué piensa al respecto? Ya conoce mis métodos. Úselos.

Cogí el bastón y lo examiné con cuidado, tratando de razonar por las líneas de pensamiento que por lo habitual empleaba mi amigo. Estaba hecho de una madera

pesada y oscura y tenía una extensión que superaba la media.

—Diría que pertenece a un caballero mayor de medios corrientes y, probablemente, bien por encima de la altura media —comenté después de unos momentos—. Por lo general, estos bastones los usan hombres de edad avanzada y así como resulta claro que éste es de buena calidad, no veo nada que indique un valor inusual o una rareza. Calculo la altura del hombre por el largo del bastón. ¿Está de acuerdo conmigo, Holmes?

—Por el contrario, doctor —Holmes sacudió la cabeza—. Me temo que ha fallado el blanco por completo. Aunque no puedo deducir tanto como me gustaría, creo que con seguridad podemos afirmar que el bastón pertenece a un hombre joven de, mínimo, una considerable riqueza personal, de complexión baja y robusta y al mismo tiempo, con toda probabilidad, posee una inusual fuerza física. También podemos aventurarnos a afirmar que, creo, visitó México hace unos cinco años y que posee un temperamento más bien rápido y una naturaleza agresiva. Pero más allá de que el hombre es tal vez zurdo y que también está casado, no puedo deducir nada más de él.

Miré a Holmes con incredulidad.

—¡Esta vez ha ido demasiado lejos, Holmes! No veo...

—Shh, Watson, usted ve todo, pero fracasa en observar y deducir.

—Modestos como son sin duda mis talentos, Holmes, no han sido del todo inútiles para usted en el pasado —dije acaloradamente, aguijoneado por su actitud de superioridad.

—¡Por mi alma, doctor, que tienen un toque único! —Holmes se rió entre dientes—. Pero permíteme, mi querido amigo, no era mi intención ofenderle y con gusto le señalaré los rasgos del bastón en los que se ha basado mi razonamiento.

Cogiendo la pipa larga de cerezo de la estantería y un puñado de tabaco de su vieja zapatilla persa, Holmes la encendió y se sentó con un suspiro en su sillón favorito.

—Aquí tenemos un bastón que no sólo es inusualmente largo y pesado, sino grueso también. Mi primera conclusión, por lo tanto, es que el dueño posee una considerable fuerza física... estará usted de acuerdo, doctor, en que ningún hombre llevaría consigo un objeto extraordinariamente pesado como éste a menos que se sienta cómodo al hacerlo.

»Pero también pronto resultó evidente que el hombre se encuentra, de hecho, un poco por debajo de la estatura media. Notará que por debajo de los veinte centímetros del mango la madera está desgastada y lisa, mientras que encima y abajo de ese punto el bastón se ve virtualmente intacto... evidencia clara, Watson, de que el propietario por lo general lo coge bastante por debajo de la empuñadura. Un cálculo rápido de la distancia entre ese punto y la punta del bastón me convenció de que nuestro hombre no es, como ya he dicho, muy alto.

Holmes se levantó y, asiendo el bastón por el sitio que había indicado, extendió el brazo al estilo de alguien que usara un bastón. La punta de éste quedó a unos buenos

treinta centímetros de la alfombra.

Volvió a acomodarse en el sillón y sopló una gran nube de un molesto humo azul hacia el techo.

—¿Y la riqueza del hombre, Holmes?

—Ha vuelto a recubrir la punta de su bastón en plata sólida y trabajada. ¿Un hombre de medios escasos se gastaría treinta chelines en...?

—¿Qué me dice de su edad?

—Un vistazo a la punta confirma el hecho de que la plata muestra pocas señales de desgaste a pesar de tener más de un año de antigüedad, como bien se puede ver por su color. Ello, a su vez, demuestra que nuestro cliente lleva su bastón más como un instrumento de autoridad que como un objeto de apoyo físico. Un hombre mayor usaría de manera muy práctica un bastón así, en cuyo caso la punta mostraría claras señales de desgaste. La plata, como usted sabe, Watson, no es uno de los metales más duros conocidos por el hombre.

—¿Y la deducción de que estuvo en México hace cinco años? ¿Cómo demonios...?

—El bastón está tallado en madera negra mexicana. ¡El grano extremadamente fino y el lustre excepcionalmente bueno son inconfundibles!

—Podría haberlo comprado, digamos, en Allenby, en Bond Street —protesté.

—Lo dudo, Watson. Los bastones de este tipo son virtualmente imposibles de conseguir en Londres. No, estoy seguro de que lo compró en México.

—Pero ¿cómo puede estar seguro de que su visita tuvo lugar hace cinco años, Holmes?

—Ah, Watson, confieso que eso es una conjetura por mi parte. Sin embargo, la condición de la madera indica la probabilidad de que el bastón tenga menos de seis años y más de cuatro.

—¿Qué me dice de la naturaleza agresiva del hombre? —pregunté, algo apaciguado por la relajación de mi amigo.

—Cuando un hombre bajo y fuerte lleva un bastón inusualmente largo y pesado, doctor, y empuña dicho bastón más como un arma que como una ayuda normal para caminar, no creo que sea una exageración llegar a la conclusión de que posee un temperamento incisivo y, con toda probabilidad, agresivo.

—¿Y el hecho de que es zurdo, Holmes?

—Si mira con atención este punto, Watson —me indicó el sitio—, observará uno o dos arañazos leves pero inconfundibles, marcas que se harían por el anillo de oro del dedo anular de la mano izquierda de un hombre casado. Le concedo que algunos hombres también llevan anillos en la mano derecha, pero me inclino a pensar que mi primera deducción resultará correcta. Además... Pero mire, a menos que me equivoque, aquí está nuestro cliente en persona.

Y en la calle, apenas audible por encima del golpeteo de la lluvia contra la ventana, oímos el sonido metálico del arnés de los caballos y el salpicar de las ruedas

en el agua. Holmes y yo nos acercamos a la ventana al instante y, débilmente discernible a través de la lluvia de fuera, vimos una figura con una capa pesada bajarse de un elegante cabriolé de cuatro ruedas y dirigirse a nuestro portal.

—De modo, Watson, que la caza ha vuelto a iniciarse —dijo Holmes con alivio, frotándose las manos delgadas.

Casi ni había terminado de hablar cuando nuestra puerta se abrió y una figura cuadrada entró con decisión en el salón.

—¿Cuál de ustedes, caballeros, es el señor Sherlock Holmes? —comenzó con tono autoritario el extraño, mirando alternativamente con ojos duros y penetrantes a Holmes y a mí.

Los dos nos habíamos incorporado, pero Holmes habló primero:

—Yo soy Sherlock Holmes —repuso con cortesía—, y éste es mi asociado, el doctor Watson. Pero veo que está mojado y cansado, y nuestro primer deber es que usted se ponga cómodo.

Entonces, mi compañero cogió el sombrero y el impermeable empapado de nuestro visitante —testigos mudos de la severidad del clima en el exterior— y los depositó sobre la mesa. El porte tenso y casi rígido del hombre se relajó de manera visible y despacio se quitó la bufanda gruesa y la capa pesada que llevaba.

Cuando nuestro cliente se volvió hacia el sillón que le indicó Holmes y empezó a presentarse, la luz de la lámpara cayó sobre su cara por primera vez. Vi que Holmes se erguía con satisfacción, y yo mismo apenas pude suprimir una exclamación. El hombre que teníamos ante nosotros se hallaba entre los treinta y cinco y cuarenta años de edad —treinta y seis, para ser preciso, como descubrí luego— e iba bien vestido pero de manera poco llamativa, con una levita negra, polainas marrones y pantalones de un gris perla. Mas fue su figura y su cara, su porte antes que sus ropas, lo que atrajo nuestra atención. Era pequeño pero de complexión robusta y su rostro tenía esa fuerza correosa de carácter y determinación sombría que inequívocamente marcan al hombre de acción e iniciativa. ¡Cuan conocida era esa cara en toda Inglaterra y Europa! El hombre que había delante de nosotros no era otro que Lord Malton, Ministro de Defensa, el diplomático más importante y estadista más popular de Gran Bretaña, el hombre que sólo el mes pasado había negociado con éxito un tratado de no agresión con el enemigo más implacable del Imperio cuando todo ya parecía perdido.

Holmes y yo inclinamos las cabezas en silencio y deferencia a la distinguida reputación de nuestro visitante. La cara de mi amigo estaba pensativa y ligeramente desconcertada.

—¿A qué...? —comenzó.

—Veo que saben quién soy, caballeros, y mi intención no es la de ocupar su tiempo más que lo que sea inevitable —le interrumpió Lord Malton con esa voz incisiva y manera imperativa por las que era famoso. Sin embargo, debajo de su tono calmo y regular había un toque de tensión y estrés mental que yo, como hombre de

medicina, reconocí al instante—. Antes de continuar, debo recalcar que me encuentro aquí en capacidad absolutamente privada. Esta visita no tiene nada que ver con mi... eh... posición oficial.

—Ya veo. Por favor, sea tan claro y sucinto como resulte posible al relatar los hechos del caso, señorita —pidió Holmes con cortesía.

Nuestro visitante lanzó una mirada breve a mi compañero y una sonrisa irónica cruzó su rostro.

—He oído hablar algo de sus inusuales poderes, señor Holmes, y rezo a Dios para que no hayan sido exagerados. He venido a verle como último recurso, y si también usted fracasara en su cometido, no me quedará más alternativa que proyectar no sólo sobre mi familia, sino también sobre otros, un horrible escándalo que sin duda conducirá a la inmediata finalización de mi carrera pública y, posiblemente, destrozará al igual otras vidas inocentes.

»He oído algo de... ¡Ah, mi bastón! —Al captar la visión de su bastón, de repente el Ministro de Defensa se incorporó de un salto de su sillón y lo cogió de la mesa. Con éste cruzado sobre sus piernas, se sentó de nuevo y comenzó con su exposición—. Resumiendo, los hechos del caso son éstos. Mi esposa Elizabeth, y yo, como bien es sabido, tenemos una gran esmeralda que...

—¿La «Emperatriz Verde»? —intervino Holmes, quitándose una mota del puño de su camisa.

—Exacto. La «Emperatriz Verde», como se la llama comúnmente, es una esmeralda más o menos tan grande como —déjeme ver— la uña del dedo pulgar de un hombre, y está engarzada en un anillo de oro. La gema es de una rareza y perfección tan extremas que su verdadero valor sólo se puede conjeturar; la suma de cincuenta mil libras por la que se la compró hace doscientos años en absoluto se halla a un cuarto de su actual valor de mercado. En un principio perteneció...

—Sí, así es.

—Discúlpeme, señor Holmes, no tendrá más causa para recordarme ser breve de nuevo. En contra de mi buen juicio, lo confieso, la piedra jamás está guardada en mi caja fuerte, sino que se guarda en un pequeño joyero de ébano que siempre, sin excepción, se encuentra en el cajón superior izquierdo del tocador de mi esposa... el cajón, podría añadir, en que ella guarda todas sus joyas. Aunque el mismo joyero no tiene cerradura, el cajón está siempre cerrado con llave. Mi esposa es meticulosamente cuidadosa al respecto y de manera invariable la llave está en su posesión. ¿Me he explicado con claridad?

—De forma admirable. Por favor, continúe con su interesante relato —repuso Holmes mientras vaciaba el contenido de su pipa en la taza de té más próxima.

—Mi esposa luce la esmeralda en ocasiones más bien excepcionales; diría que, como mucho, dos o tres veces al año. Ella...

—Un momento —le interrumpió Holmes—, ¿cuándo fue la última vez que su esposa llevó el anillo?

Lord Malton lo consideró durante un segundo.

—Lo llevó en Ascot hace dos semanas. Desde entonces, el joyero no ha salido ni por un instante del cajón. Me lo recalco cuando la interrogué dos días atrás. El viernes pasado, es decir, hace tres días, el anillo fue robado del dormitorio de mi esposa. Era...

Titubeó. Pude ver que sólo la voluntad de hierro de nuestro visitante y su formidable autocontrol le impidieron perder la compostura. Su cara estaba tan blanca como el papel y la mano le temblaba de manera perceptible.

—¡Rápido, Watson!

Me apresure a servir una medida de *whisky* en una copa y ofrecérsela al Ministro de Defensa. Bebió el licor de un solo trago y con esfuerzo evidente consiguió recuperar la calma.

—Gracias —dijo en voz baja, y después de unos pocos instantes prosiguió con tono medido—. Viviendo en mi casa en el momento del robo se hallaban, en primer lugar, los criados, que son cinco: Johnson, el mayordomo, un hombre mayor de casi sesenta años; James Morgan, mi valet y criado personal; y tres mujeres jóvenes llamadas Lucy, Beryl y Cathy. También estaban en Summerdowne —mi casa— el viernes pasado mi cuñado, el Duque de Linford, el Mayor Hugo Dashwood, del Primero de los Lanceros de Bengala, y Sir Graham Hylton-Smith. —Lord Malton hizo una pausa, y en voz baja añadió—: Creo que no necesito informarles sobre quiénes son esas personas. Sus nombres y reputaciones son conocidos en todo el Imperio y...

—Sir Graham Hylton-Smith —musitó Holmes, juntando sus dedos largos delante de la cara— es, posiblemente, el hombre más rico de toda Inglaterra. Sin duda es el mayor propietario de tierras del país y posee intereses en casi todas las posesiones de las colonias británicas.

»El Mayor Dashwood es uno de los soldados más celebrados del Imperio y es quien, más que cualquier otro hombre, ha tenido éxito en restaurar la peligrosa posición de Gran Bretaña en la frontera noroccidental de la India.

»El Duque de Linford es el mayor financiero e industrial de Londres, el hombre cuyo nombre es sinónimo de Threadneedle Street... Sí, ya veo. Por favor, continúe, señoría.

—Paso ahora a los hechos concernientes al mismo robo. La noche en cuestión, es decir, el viernes pasado, Sir Graham, el Duque, el Mayor Dashwood y yo jugábamos una partida de *whist* hasta que, justo después de las once, decidimos retirarnos. Cada uno se hallaba en su propio cuarto cuando, a eso de las once y media, nos vimos despertados por un sonoro grito procedente del dormitorio de mi esposa. Ha de saber, señor Holmes, que mi esposa y yo dormimos en cuartos separados; ella jamás ha sido capaz de adaptarse a mis fuertes ronquidos. Corrimos al dormitorio de Elizabeth y allí, de pie en su pijama delante del tocador, sosteniendo el joyero de ébano en la mano, se encontraba mi cuñado, el Duque de Linford.

»—¡Lo has cogido! Oh, Dios mío, ¿qué has hecho? —sollozó mi esposa. Se hallaba en un estado casi de histeria y yo sólo pude calmarla pasados algunos minutos.

»Por ese entonces, el Duque ya había vuelto a poner el joyero en el tocador. Su cara estaba tan pálida como la muerte, y después de mirar de modo extraño a mi esposa durante un momento, salió del cuarto sin decir una palabra.

»Cuando se hubo recuperado lo suficiente, nos contó lo que había sucedido. Había dejado su habitación, dijo, y caminaba por el pasillo que da al cuarto de baño adyacente, tal como era su costumbre antes de retirarse cada noche, cuando de repente se dio cuenta de que había dejado el cepillo para el cabello en el dormitorio.

»Al regresar quedó sorprendida de encontrar la puerta abierta y a su hermano, el Duque, de pie junto al tocador con el joyero en la mano. Fue al descubrir, con horror, que el joyero estaba del todo vacío, cuando mi esposa lanzó el grito que nos despertó.

»Esos fueron los acontecimientos de aquella noche terrible. Puede imaginarse, señor Holmes, qué búsqueda desesperada se inició en el momento de terminar de oír la historia. Registramos el dormitorio de mi esposa, inspeccionamos con atención el vestíbulo, no dejamos nada sin remover en el cuarto del Duque, incluso registramos sus ropas... pero no encontramos ni rastro de la “Emperatriz Esmeralda”. Un examen del joyero no reveló nada de importancia y menos aún el del cajón y el tocador.

»El villano había elegido su momento de actuar notablemente bien, ya que debido a la condición intacta en que estaba la cerradura fue obvio que el robo se había cometido en una de esas raras ocasiones en que el cajón no se cerraba con llave. Supongo que en gran parte fue la culpa que se echó mi esposa por ese hecho lo que produjo su colapso. Yo mismo me fui a la cama aquella madrugada pasadas las cuatro de la mañana, y desde entonces he dormido menos de cinco horas. Le puedo decir, señor, que me encuentro cerca del fin de mis fuerzas, y no soy un hombre débil.

El Ministro de Defensa guardó silencio, pero después de un rato continuó de nuevo:

—Naturalmente, aún no se lo he notificado a la policía, y nadie ha recibido permiso para entrar o salir de Summerdowne con la excepción de dos investigadores profesionales a quienes he contratado para encontrar la joya e impedir el espantoso escándalo que pende sobre nuestras cabezas. Pero tampoco ellos...

»Ay, el punto importante que se ha descubierto refuerza el caso en contra de mi cuñado. Hemos averiguado que perdió una gran cantidad de dinero en Mauricio cuando la ignominiosa “South Sea Development Corporation” se vino abajo hace dos meses, y que se encuentra en una considerable dificultad financiera en la actualidad. Sólo ayer *Monsieur* Dubuque de la policía de París...

—¡Qué! —exclamó Sherlock Holmes.

Durante la mayor parte del relato de Lord Malton había permanecido en silencio sentado en su sillón, exhibiendo el ceño fruncido. Entonces pareció volver a la vida.

—Sí, él y Herr Fritz von Waldbaum, el conocido especialista de Danzig, son los

dos investigadores que he contratado —dijo el Ministro de Defensa sorprendido—. ¿Eso le sobresalta?

—No, no —replicó Holmes—. Es sólo que... No importa. Creo, su señoría, que el doctor Watson y yo estaremos complacidos de indagar su problema. Sin duda la mañana nos encontrará en Summerdowne.

Con esas palabras —algo bruscamente, me pareció a mí— Holmes se puso de pie y recogió las pertenencias del Ministro de Defensa. Acompañamos a nuestro cliente hasta la puerta, donde, antes de bajar con la misma prisa que había subido, una vez más volvió a recalcarle a mi compañero la urgencia de la misión.

—Bueno, Watson —comentó Holmes mientras permanecíamos de pie en el salón—, me temo que son las once pasadas y su esposa debe estar empezando a preocuparse por su ausencia. Ha dejado de llover y si cogemos un coche deprisa llegará a casa antes de la medianoche. Si mañana a primera hora hace los arreglos para que le sustituya el doctor Greenwood en sus citas profesionales —pero no le diga ni una palabra del asunto, mi querido amigo—, podrá estar aquí en el 221 B antes de las ocho.

Le deseé buenas noches a Holmes y conseguí un coche sin mucha dificultad. Me condujo a casa en silencio a través de las calles oscuras y desiertas de la ciudad dormida; el frío era intenso y mis pensamientos eran sólo un poco menos lúgubres mientras meditaba en los extraños acontecimientos que nos acababan de describir.

A la mañana siguiente un paciente me retuvo y llegué a Baker Street pasadas las nueve. El tiempo inestable de la noche anterior había mejorado un poco, pero era un día malo, y el cielo se veía bajo, gris y de mal agüero. Encontré a Holmes, enfundado en su viaja bata, yendo de un lado a otro del salón.

—Hay algo que no va bien, Watson —dijo con irritación—, algo no va nada bien. Y sin embargo... Si... No, es fatal teorizar sin los datos suficientes. Compartirá conmigo un rápido desayuno de *bacon* y huevos y, luego, partiremos hacia Summerdowne. Aunque hay uno o dos rasgos del caso que me son nuevos, no creo que nos presente grandes dificultades.

Me sorprendió la declaración de mi amigo, pero no lo dije. Mi prolongada asociación con Sherlock Holmes me había enseñado a no cuestionarlo hasta que él considerara apropiado informarme de sus conclusiones.

Media hora más tarde traqueteábamos a toda velocidad en dirección a Oxford Street. Holmes apenas pronunció una palabra durante el trayecto y permaneció sentado encorvado en un rincón, con el ceño fruncido y musitando para sí. Sus ojos de párpados pesados y sus facciones fieras, águilas, le hacían parecer al mundo como una enorme y delgada ave de presa a punto de descender sobre una víctima desprevenida.

Dio la impresión de estar casi irritado cuando por fin el coche se detuvo fuera de

una mansión grande y elegante que se alzaba en terrenos amplios y espaciosos. Aunque parecía que el jardín estaba un poco descuidado, toda la propiedad hablaba de exquisitez y confort. Nuestro visitante de la noche anterior salió en persona a recibirnos. Nos saludó con calor, pero su rostro duro y orgulloso parecía incluso más demacrado y tenso que la noche pasada. Después de escoltarnos a través del jardín nos llevó a un salón grande y amueblado con gusto. Tres personas, dos hombres y una mujer alta, pálida y hermosa se hallaban sentadas en sillones.

—El señor Sherlock Holmes y el doctor Watson —anunció nuestro anfitrión.

A su vez, nos presentó a su esposa, *Lady Elizabeth Malton*, a *Sir Graham Hylton-Smith*, un hombre alto y de aspecto aristocrático, y al Mayor Dashwood, un hombre cuadrado, inequívocamente militar. *Sir Graham* nos saludó con cortesía con un apretón de manos, mientras el Mayor hacía una reverencia rígida. Vi a Holmes evaluar el salón y a sus ocupantes con una única y penetrante mirada, y pensé sombríamente que su mirada contenía una gran dosis de amenaza. Yo era bien consciente de la singular aversión que sentía Holmes por la codicia entre los muy ricos.

—Cuando un hombre hambriento roba pan para sobrevivir, resulta natural y comprensible, Watson; pero cuando un hombre rico hace trampas con las cartas y realiza negocios deshonestos e incluso roba, la leche de la amabilidad humana se torna agria en mi interior —comentó un día a la conclusión de una investigación desagradable del escándalo de cartas en el Nonpareil Club, cuyos detalles he registrado en otra parte.

*Lady Elizabeth* se levantó y se acercó a mi compañero, su rostro pálido y sensible estirado debido a la ansiedad y a la tensión.

—¡Oh, gracias a Dios que ha venido, señor Holmes! —exclamó—. Por fin llegaremos al término de este espantoso asunto.

—No he venido aquí a alentar la esperanza, señora, sino a examinar la evidencia —repuso con vigor mi amigo. Dirigiéndose a Lord Malton, continuó—: Primero deseo ver el cuarto en el que tuvo lugar el robo. Confío en que los detalles esenciales se hayan dejado tal como estaban.

—Así es —contestó el Ministro de Defensa, abriendo el camino por un corredor de techo alto—. Me encargué de ello yo en persona. El cuarto ha permanecido cerrado con llave y mi esposa ha dormido en otro dormitorio desde el viernes.

—Excelente —observó Holmes, y preguntó dónde se encontraba el Duque de Linford—. ¿Y dónde están sus dos especialistas? —añadió con cierto cinismo.

—El Duque ha permanecido casi constantemente en su cuarto durante los últimos cuatro días y se niega a hablar con nadie excepto mi esposa, quien se niega a verle. Dubuque y von Waldbaum han ido a visitar un banco a la ciudad en relación con el estado de las finanzas de mi cuñado. Ah, hemos llegado.

Lord Malton abrió con llave una puerta pesada de roble que daba a lo que era obvio se trataba del *boudoir* de *Lady Elizabeth*. El cuarto era espacioso y estaba

decorado atractivamente, y todo lo que contenía daba la impresión de feminidad. Frente a la cama con dosel estaba el tocador, de diseño sencillo pero elegante, al que había hecho referencia nuestro cliente la noche anterior. El Ministro de Defensa se dirigió a la mesita y abrió un compartimento pequeño y robusto en el que se guardaba, entre dos o tres maletines de piel y otros contenedores, el joyero de madera que nos había sido descrito.

Holmes mostró poco interés en esos actos, y permaneció en el umbral, recorriendo con ojos veloces y agudos el corredor y el dormitorio. Parecía particularmente interesado en la propia puerta, escudriñando con intensidad los goznes, la cerradura y el pomo de latón. Luego se acercó al tocador y lo inspeccionó con detenimiento. Dio la impresión de que algo atrajo su atención, pues frunció el ceño y se arrodilló, gateando por la alfombra y olfateándola como si fuera un sabueso.

Lord Malton se mostró un poco perplejo ante los métodos excéntricos de mi compañero, pero la boca sombría y cansada permaneció en silencio. Luego, Holmes volcó su atención en el mismo joyero y con cuidado lo cogió del tocador. Era relativamente pequeño, pero fuerte y hecho de manera magnífica en ébano y plata fina tallada.

—Es una pieza excepcional de artesanía —comentó, pasándome el lustroso contenedor.

—Lo compré en México... —Holmes me lanzó una mirada sardónica—... cuando visité las Américas hace seis años. Mi esposa lo atesora con especial cariño.

Después, Holmes se concentró en el cajón que albergaba las joyas de *Lady Elizabeth*.

—¡Santo cielo, qué pasó aquí! —exclamó asombrado.

El cajón no era muy grande, y en su interior se veían cuidadosamente arregladas unas pocas cajas de metal y de piel de diferentes formas y tamaño. Pero no fueron éstas las que atrajeron el interés de mi amigo. Desfigurando las cajas y el mismo cajón había una mancha de tinta grande e irregular que, evidentemente, había sido causada por un accidente reciente de alguna naturaleza.

Holmes extrajo su lupa y procedió a realizar un examen microscópico del cajón y de su contenido. Era obvio que sus hallazgos le complacieron, pues silbó bajo y sus dedos largos y nerviosos marcaron un ritmo veloz sobre la mesilla. Luego, inspeccionó con cuidado las pertenencias personales de *Lady Elizabeth*, mostrando en apariencia un interés especial en su ropa. Luego regresó al cajón abierto y pasó el dedo índice sobre una de las manchas más grandes, oliendo y probando la yema de su dedo.

—La mancha es relativamente fresca —observó—, la tinta no tiene más de cinco días. Bajo la superficie la madera aún está húmeda y blanda.

—Creo que sucedió el jueves por la noche, pero no sé...

—Exacto. Pienso, Watson, que aquí no hay nada más que descubrir. Un breve

paseo por el jardín antes del almuerzo estimulará tanto nuestros procesos mentales como nuestros apetitos. Dígame, su señoría —continuó, volviéndose hacia el Ministro de Defensa—, ¿cuan a menudo se vacían y limpian los cubos de la basura de Summerdowne?

Un poco sorprendido por la pregunta, Lord Malton contestó después de pensarlo un momento:

—Una vez por semana. Cada miércoles, para ser preciso, señor Holmes.

—¡Excelente! —observó Holmes, y cogiéndome del brazo, condujo el camino al exterior, dejando a un Ministro de Defensa levemente irritado y muy desconcertado.

Yo no sabía cómo explicar el comportamiento de Holmes.

—¿Hay algún rasgo peculiar sobre el cual quiera llamar mi atención? —le pregunté mientras caminábamos por el jardín.

—¡El rasgo peculiar de la segunda mancha!

—Pero no hay ninguna segunda mancha.

—Precisamente. Esa es la razón por la que llamo su atención sobre ella. Ah, doctor, eso es lo que busco —dijo de repente al girar por una esquina de la casa y ver tres cubos de basura contra la pared próxima a la entrada de servicio.

Se dirigió a marcha rápida hasta el más cercano y procedió a hurgar en su interior. Pasados unos momentos, lanzó una exclamación de desagrado y pasó al segundo cubo. En apariencia, el contenido de ése tampoco tenía lo que andaba buscando, pues con un gesto de enfado abrió el último. Después de un instante se irguió y triunfal sostuvo ante mi asombrada mirada un arrugado pañuelo de encaje casi del todo manchado de tinta negra.

—¡Qué diablos, Holmes! ¿Cómo usted ha...? ¿Es ésa la segunda mancha a la que se ha referido?

—En absoluto, Watson. Me acabo de referir al hecho curioso de que... ¡Escuche! ¿Eso que oigo no es la llamada al almuerzo? Creo que la comida resultará de lo más interesante —comentó ominosamente mientras emprendíamos el regreso a la casa.

Lord Malton nos recibió en la puerta que daba al comedor y nos presentó a dos hombres taciturnos, de aspecto solemne, que se hallaban de pie cerca de la mesa. Se trataba de *Monsieur* Dubuque y de Fritz von Waldbaum, quienes en apariencia acababan de regresar de su misión en la City. Los dos exhibían un aspecto sombrío y preocupado y apenas pronunciaron palabra durante todo el almuerzo. En verdad, nadie de los sentados a la mesa fue propenso a entregarse a una conversación falsa. La atmósfera era tensa y el silencio pesado sólo se vio roto una vez, cuando Holmes de manera casual le preguntó a *Sir* Graham Hylton-Smith si había ido recientemente a Ascot, comentario que pareció sobresaltar a *Lady* Elizabeth.

Al acabar la comida, Holmes se llevó a un lado a Lord Malton y le informó que tenía la intención de entrevistar al Duque de Linford en privado en su habitación. Nuestro anfitrión quedó sorprendido ante la petición y, en verdad, expuso su ansiedad de manera clara. Pero Holmes le susurró algo al oído, y entonces abandonaron el

comedor y juntos atravesaron el pasillo hasta un cuarto que no estaba muy lejos del dormitorio de *Lady Elizabeth*.

Holmes llamó una vez con un golpe breve; después, entró en silencio y cerró la puerta de nuevo sin esperar la contestación del interior. Yo capté un vistazo de un hombre demacrado y sin afeitar, de ojos duros y fijos, pero lo que tuvo lugar entre aquellas paredes no lo supo nadie a excepción de Holmes y el Duque. Holmes volvió a salir unos veinte minutos más tarde y acompañó a Lord Malton hasta el salón sin decir una sola palabra. Sin embargo, que su misión había sido un éxito resultó aparente por el brillo de sus ojos y la forma de andar.

Seguí a los dos hombres al salón y, después de llamar a Dubuque y a Fritz von Waldbaum, Holmes de inmediato cerró la puerta y corrió las cortinas.

El momento era dramático y la severidad del rostro de Sherlock Holmes era testimonio de la gravedad de los procedimientos.

—Como ustedes saben, caballeros —comenzó—, un delito despreciable se cometió en esta casa hace cuatro días. No obstante, el verdadero delito, como pronto les resultará claro, no fue de robo, sino de fraude y engaño. Y esta piedra, caballeros, fue la villana del acto. —Con esas palabras, extrajo de un bolsillo interior un anillo de oro en el que había engarzada una enorme y centelleante esmeralda.

Todos miramos boquiabiertos a Holmes. A pesar de mi larga amistad con Sherlock Holmes y del profundo conocimiento que tenía de sus métodos, quedé sorprendido como el resto de aquella distinguida compañía ante su magia. Supongo que jamás me acostumbraré a la engañosa facilidad con la que mi amigo es capaz de realizar lo aparentemente imposible.

Lord Malton lanzó un juramento y se levantó de un salto del sillón. *Monsieur Dubuque* y Fritz von Waldbaum también se habían incorporado con exclamaciones de perplejidad, pero Holmes con un gesto les indicó que volvieran a sentarse.

—Y ahora, caballeros, esta piedra será sometida al tratamiento que merece.

Mientras hablaba, Holmes cogió de la mesa dos pesados recipientes de latón que cumplían la función de ceniceros. Depositando el anillo en uno de ellos, con el otro le asestó un golpe tan terrible que la gema se partió en mil fragmentos pequeños.

Reinó un silencio mortal. ¿Se había vuelto loco Holmes? ¿Es que su genialidad había cruzado esa fina línea que conduce a la demencia? ¿Acaso los esfuerzos de los meses pasados habían sido una tensión excesiva incluso para su intelecto formidable? Confieso que éstos fueron los pensamientos siniestros que cruzaron por mi mente al observar la apabullante acción de Holmes. Los otros estaban tan horrorizados como yo. Dubuque y von Waldbaum estaban pálidos y una extraña luz brilló en los ojos del francés. Lord Malton se había levantado despacio del sillón; tenía la cara contorsionada de furia y parecía a punto de lanzarse sobre Holmes.

—¿Qué demonios...? —comenzó con voz espesa, temblándole de ira.

Y entonces Holmes soltó una risita. El sonido seco y chirriante atravesó el cuarto como un cuchillo.

—El doctor Watson les dirá, caballeros, que me resulta difícil resistir estos pequeños toques dramáticos. Pero tengo la certeza de que todo será perdonado cuando muestre el pequeño objeto que hay en mi mano. —Al terminar de hablar, mi amigo puso la palma hacia arriba y despacio abrió sus dedos largos y delgados—. He aquí a la «Emperatriz Verde» —dijo con dramatismo.

Un silencio perplejo descendió sobre el salón. Lord Malton pareció abrumado y, lentamente, alargó una mano temblorosa hacia el anillo. Los otros dos hombres parecieron hallarse en un estupor mental y permanecieron sentados boquiabiertos mirando a mi compañero. Nuestro anfitrión fue el primero en recuperar parte de su compostura.

—¡Es un maldito milagro, señor Holmes! —exclamó con voz vacilante, poniéndose de pie—. ¡Es imposible! ¡Increíble! Pero, en nombre de Dios, ¿qué significa...?

—Verá, señor —dijo Holmes con calma—, su problema jamás fue difícil, y cuando le haya explicado a usted uno o dos de sus rasgos, creo que usted y estos caballeros —se volvió hacia los dos investigadores— comprenderán la sencillez y lógica de mis deducciones.

Le entregó la esmeralda al Ministro de Defensa y andando de un lado a otro sobre la alfombra mullida, su figura alta y delgada, Holmes describió el notable proceso de deducción que le había permitido solucionar el misterio, la increíble conclusión de lo que nosotros acabábamos de presenciar.

—Desde el momento en que Lord Malton expuso su historia en Baker Street anoche, me llamaron la atención varios puntos singulares y sugerentes que, al tiempo que apenas resultaban concluyentes en sí mismos, eran suficientes para despertar mis más profundas sospechas. La explicación obvia: que el Duque de Linford había robado la «Emperatriz Verde» nunca fue del todo aceptable o satisfactoria. Consideren los hechos, caballeros. Aquí tenemos a un financiero famoso, un hombre que se sabe posee uno de los cerebros más agudos y astutos para los negocios de Londres, cometiendo un delito de aficionado, casi increíblemente inepto. Él espera hasta que su hermana marcha por el pasillo hacia el cuarto de baño, quizá durante unos momentos, y entra sigilosamente en su cuarto para robarle el anillo. ¿Cómo puede estar seguro de que el tocador no estará cerrado con llave cuando sabe que siempre lo está, tal como Lord Malton nos informó? ¿Dejaría un hombre de tantos recursos como el Duque la puerta bien abierta, como afirmó *Lady Elizabeth*, mientras roba un anillo valioso? Si tomó el anillo, ¿por qué el tocador no estuvo cerrado? Seguro que ésta es una llamativa serie de inconsistencias. Ustedes mismos debieron ser conscientes de lo mal que encajaba la explicación generalmente aceptada en algunos de los hechos.

»Y una vez más, ¿cuál sería el motivo del Duque para un delito en apariencia tan incongruente? Se ha descubierto —Holmes miró a los dos investigadores— que el Duque en la actualidad se encuentra en dificultades financieras. ¿Qué financiero

conocido no ha perdido a lo largo de la historia, y en algún que otro momento de su carrera, dinero en negocios que han fracasado? ¿Y qué financiero inteligente y capaz, como sabemos que es el Duque, no ha recuperado luego sus pérdidas?

»Además, si el Duque hubiera robado de verdad la esmeralda, ¿por qué no ha dicho nada, cualquier cosa, una vez confrontado con el hecho? Me parecía del todo inexplicable que se hubiera negado a pronunciar una sola palabra.

»Pero si el Duque no había cogido el anillo —y a mí me parecía bastante improbable que él fuera el ladrón—, entonces, ¿quién lo robó? De hecho, ¿llegó a ser robado? Por supuesto, sólo podía haber una respuesta a la primera pregunta... *Lady Elizabeth Malton* en persona.

Holmes dejó de andar y miró a Lord Malton. La cara de nuestro anfitrión estaba pálida y tenía la vista clavada en la mesa que había enfrente. Creo que el desdichado hombre había tenido una vaga sospecha de la verdad en todo momento, mas no se había atrevido a admitir sus temores.

—Pero si *Lady Elizabeth* era la perpetradora —continuó Holmes—, exactamente, ¿qué había hecho y cuál había sido su motivo? Usted, señor —con la cabeza le hizo un gesto a Lord Malton—, anoche mencionó que su esposa había ido hace poco a Ascot. Ay, mi sospecha más seria se confirmó temprano esta mañana cuando, en contestación a ciertas investigaciones, descubrí que ella había empezado a ir a Ascot y a otras carreras de caballos nueve meses atrás y que había perdido mucho dinero... información que, naturalmente, me proporcionó un fuerte motivo para la desaparición de la esmeralda.

»Éstas, entonces, fueron las deducciones que saqué mucho antes de que el doctor Watson y yo llegáramos a Summerdowne esta mañana. Vine aquí para descubrir la confirmación de una teoría que ya había formulado, a buscar hechos que apoyaran mis sospechas más allá de una duda razonable. Y no tardé mucho en dar con las pruebas.

»Un examen del dormitorio de *Lady Elizabeth* me brindó varias pistas, la más sugerente, como le señalé al doctor Watson, fue una gran mancha de tinta en el cajón en el que guardaba sus joyas y que mancharon todo lo que había en el interior. El segundo rasgo interesante que descubrí fue que la pesada puerta de roble del cuarto de *Lady Elizabeth* se mueve sin ruido en sus goznes y que se puede abrir en silencio, y que la cerradura de la puerta está rota...

—Pero ¿qué hay de la mancha, Holmes? —protesté—. ¿Qué demonios...?

—¿Es que se le ha escapado la importancia de la segunda mancha, Watson? —inquirió mi amigo con impaciencia.

—¿Qué segunda...? —Comencé perplejo, cuando Holmes me silenció de nuevo.

—La mancha que debería haber estado en el joyero de ébano de la «Emperatriz Verde». Todo en el cajón se veía negro, sin embargo recordará que el joyero —como lo verifiqué con mi lupa— no mostraba una sola traza de tinta. Se nos informó que el incidente de la tinta, como yo mismo, en cualquier caso, había deducido, tuvo lugar el

jueves por la noche... la noche anterior al robo. ¿No resultó notable que dicho joyero, que, tal como Lord Malton específicamente nos informó, sin excepción se guardaba bajo llave en el tocador —y que según su esposa no salió del cajón ni por un instante durante la semana anterior al robo— no tuviera una marca cuando todo lo demás en el cajón aparecía manchado? Ello me sugirió con fuerza que la persona que había volcado el tintero lo hizo en un momento en que por alguna causa desconocida y posiblemente clandestina la «Emperatriz Verde» no se hallaba en su lugar acostumbrado... un incidente que despertó varias cuestiones de importancia crucial para el caso que nos ocupa.

—¡Brillante, Holmes!

—No es nada, doctor. Por entonces, mi razonamiento había progresado varias etapas. ¿Quién había vertido la tinta, por ejemplo? Tuve la certeza de que en la respuesta a esta pregunta radicaba parte de la clave del misterio. Con mi lupa detecté rastros inequívocos en el cajón de que la tinta se había secado con algo de tela... el líquido sólo había penetrado un poco en la madera y no había caído por los bordes. Inspeccioné con cuidado el cuarto de *Lady Elizabeth*, pero fui incapaz de localizar el objeto con el que se había secado. Y en ese momento el doctor y yo encontramos un pañuelo manchado de tinta en un cubo de la basura del exterior. Entonces ya pude casi con toda certidumbre reconstruir mentalmente la escena que estaba seguro había tenido lugar la noche del viernes.

»Después de retirarse a las once en punto de la noche, el Duque de repente tuvo motivos para ir al cuarto de su hermana. Es probable que jamás sepamos cuál fue el objetivo exacto de su visita, pero considero que unos hermanos tienen innumerables pequeños asuntos que discutir de vez en cuando. Sin desear molestar a su anfitrión y a los otros invitados, quienes ya se habían retirado a sus dormitorios, el Duque dio un golpe leve a la puerta, la abrió y entró en la habitación... tan sigilosamente, imagino, que *Lady Elizabeth* no le oyó entrar. En ese momento él la vio de pie delante de su tocador, ocupada en lo que al instante reconoció como un acto ilegal, un delito de alguna clase que le impulsó a correr hacia el tocador horrorizado y a coger los objetos que su hermana sostenía en las manos. El grito de sorpresa de *Lady Elizabeth* despertó a la casa y a los pocos segundos Lord Malton, *Sir Graham* y el Mayor Dashwood se presentaron en la habitación. Sin embargo, durante esos pocos segundos, el Duque —actuando en un impulso veloz por proteger a su hermana— ocultó las joyas...

—¿Pero dónde, en nombre de Dios? —interrumpió Lord Malton—. Registramos...

—En su boca —dijo con calma Holmes—. Ésa fue la razón para su renuencia —de hecho, su incapacidad— a decir nada cuando usted le interrogó. Luego, él, como bien sabe, regresó a su propio cuarto, donde usted, *Sir Graham* y el Mayor pasaron quince minutos inspeccionando la habitación y registrando al mismo Duque.

»Buscaron en todas partes salvo en el único sitio donde en verdad se hallaban los

dos anillos: en la boca del Duque de Linford. Después, aquella mañana, una vez que la agitación se había abatido un poco, él ocultó con cuidado los anillos entre los libros en la biblioteca, casi una precaución innecesaria, pues usted descuidó registrar su cuarto una segunda vez.

»Después de eso, de manera constante permaneció en su habitación. En su temerosa ansiedad por evitar un terrible escándalo, sólo se le ocurrió tratar de hablar con su hermana, deseo que le fue comunicado a ella al día siguiente. Pero su esposa, como sabemos, no se atrevió a enfrentarse a su hermano y, de ese modo, se perdió la única solución pacífica para todo el espantoso asunto.

»Caballeros, consideren las horribles alternativas que se le planteaban al Duque. ¿Debía exponer y traicionar a su hermana, mujer a quien quiere y respeta, o debía guardar silencio y, en ese caso, reconocer su propia culpabilidad y abandonar su honor, su carrera y su mismo nombre?

Holmes se detuvo, el rostro severo. Luego, con calma continuó:

—Creo que el Duque de Linford actuó con más nobleza de lo que habría hecho la mayoría de nosotros en circunstancias similares, y usted le debe mucho, Lord Malton. Aunque en ese entonces, naturalmente, yo no podía estar seguro de lo que pretendía hacer *Lady Elizabeth*, fui capaz de aventurar una deducción con bastante exactitud. El doctor Watson les dirá que los casos de sustitución de gemas raras y de valor incalculable por falsificaciones sin valor alguno no nos han sido desconocidos en el pasado. De cualquier manera, conocía lo suficiente de la verdad como para estar seguro de que una confrontación personal con el Duque era lo único que me quedaba para colocar los últimos eslabones de la cadena. Después de una considerable persuasión, y sólo cuando él se dio cuenta de que yo conocía la mayoría de los detalles, a regañadientes me contó lo que había ocurrido el viernes por la noche.

»Él había, dijo, abierto la puerta tal como yo se lo he descrito a ustedes y estaba a punto de llamar a su hermana cuando la vio sosteniendo en su mano dos anillos exactamente idénticos en todos los aspectos visuales. Aunque no había comprendido de inmediato la importancia y las implicaciones de su descubrimiento, la expresión del rostro de su hermana había sido de tal horror y miedo que le hizo correr hacia ella, lo cual dio como resultado, como ya sabemos, el grito que despertó a todos. El recuerdo fortuito de las enormes deudas de juego de su hermana —de las que sólo él estaba al tanto— de repente le despejaron todas las dudas respecto a sus intenciones. *Lady Elizabeth*, actuando con un impulso ciego y activado por el pánico de salvarse, había culpado al Duque por la desaparición de la gema —que, como ya he dicho, él se llevó presto a la boca junto con la falsa— cuando su esposo y los demás llegaron al cuarto. El resto de la historia del Duque es casi exacta a mi propia reconstrucción de los acontecimientos.

»Cuando el Duque hubo oído todo lo que yo conocía de los hechos, me dio los dos anillos y me pidió que se los entregara a su cuñado. El resto, caballeros, lo conocen tan bien como yo.

»Y ahora queda poco por hacer, Lord Malton, salvo que usted hable a solas con su esposa durante media hora y evalúe de qué manera se podrá conseguir mejor el dinero que debe. Después, no me cabe duda de que, con la ayuda de estos caballeros, todo el asunto se podrá mantener a salvo lejos del conocimiento público. Vamos, Watson.

Cuando Holmes terminó de hablar, recogió su sombrero y abrigo y se dirigió hacia la puerta.

Mi amigo estaba silencioso y preocupado cuando me uní a él fuera, y casi pareció ajeno a mi presencia mientras caminábamos hasta el portón en busca de un coche en el camino.

Cuando por fin apareció uno, subió deprisa y le dio unas rápidas y corteses instrucciones al cochero.

—Aunque no soy un hombre poco caballeroso, Watson, me temo que apenas me siento dispuesto a escuchar los torrentes sentimentales de gratitud femenina —dijo, señalando la casa mientras el cochero azuzaba al caballo.

Corriendo por el sendero del jardín, las mejillas inundadas de lágrimas, bajaba *Lady Elizabeth*. Me recliné contra los cojines y miré a Holmes, que tenía el rostro duro y severo. Pero en ese momento las facciones sombrías se relajaron, y una luz suave pasó por sus ojos durante el instante que habló:

—La insensatez del hombre es interminable y grande, Watson, pero su compasión aún es mayor y su perdón incluso más profundo. Seguro, doctor, que la esperanza definitiva para el mundo radica en ese hecho. Y ahora, si somos veloces, creo que podremos llegar al Covent Garden justo a tiempo para el segundo pase de *Rigoletto*.

# La aventura de la mano púrpura

D. O. SMITH

En el año 1890 vi poco a mi amigo Sherlock Holmes. De vez en cuando podía seguir sus progresos en las columnas de la prensa diaria, y según todas las narraciones daba la impresión de estar tan ocupado como podía desearlo un hombre, pero yo echaba de menos esa asociación íntima en sus casos de la que había disfrutado antes de mi matrimonio, y que una variedad de circunstancias, tanto de su parte como de la mía, ahora impedía. Sin embargo, en una cosa por lo menos yo era afortunado: que en cada una de las pocas ocasiones en que fui capaz de renovar nuestra relación, ganaba una historia nueva para mis archivos, que eran de igual interés que cualquiera de las que había registrado en mis cuadernos de notas en los días en que compartíamos apartamentos de soltero en Baker Street. El mismo Holmes observó divertido en más de una ocasión que yo era para él el petrel de las tormentas de la aventura; y si el Destino en verdad me lanzó a ese papel, yo no iba a quejarme de ello.

Era una gloriosa y soleada tarde de finales de junio. Había tenido un día ajetreado, pero al no disponer de más visitas que realizar, despedí al cochero en Portman Square y recorrí a pie la corta distancia que había hasta la residencia de mi amigo. No se hallaba en casa, pero la casera le esperaba de regreso a la hora del té, así que me senté a esperarle. Observé que no fui el único visitante que tuvo aquella tarde, pues había una tarjeta depositada sobre la mesa que llevaba la inscripción dorada «Star of Kandy Tea Company, 37 A Crutched Friars; Mark Pringle, propietario». En el dorso de la tarjeta estaba impreso «La Compañía sólo emplea a un vendedor: Su nombre es Calidad», y debajo de eso, a lápiz, «Vital consultarle. Volveré más tarde», a lo que se le añadió las iniciales «M. P.».

Holmes no tardó en llegar, y me saludó con placer evidente. Parecía de buen humor, y me arrojó un libro encuadernado en piel que acababa de comprar en una librería del Strand. Era una edición en letra gótica de la *Divina Comedia* de Dante, con las tapas agrietadas y descoloridas por los años.

—Impreso en Mainz, en algún momento del siglo dieciséis —comentó mi amigo—. Según el librero, hay un error curioso en la página 348, donde «miel», por algún inescrutable motivo está cambiado por «chanza». Pero conozco al hombre desde hace tiempo, y no existe truhán más desvergonzado que él en todo Londres. Él mismo es quien se inventa estas rarezas de impresión, ¿sabe?, para justificar sus precios exorbitantes, y con la esperanza de atraer a aquellos cuyo único interés radica en tales rarezas y que es muy improbable que alguna vez lean los libros que le compran. Desgraciadamente, sólo habla y lee el inglés, y, al igual que el cuervo de la fábula, resulta evidente que es incapaz de concebir que algún otro pueda hacer lo que él no puede, de modo que se mostró algo frustrado cuando fui capaz de señalarle que

ninguna de las dos palabras aparece en la página en cuestión. ¡Pero me alegro mucho de verle, querido amigo! ¡La llegada de un doctor a mi despacho completa el día cosmopolita que he tenido, pues los visitantes que recibí esta mañana, si me cree, fueron un miembro del Parlamento, un gabarrero, un recogedor de carbón y un teólogo!

—Aún hay otro —comenté, señalando la tarjeta que había sobre la mesa junto a la ventana.

—¡Hmm! ¡Un comerciante de té! Fumó un cigarro mientras estuvo aquí. ¡Veó que también se sirvió una copa! Me pregunto por qué agua de Seltz. ¡Hmm!

—No hay duda de que se trata del tipo de ciudad rico y cómodo —sugerí con una risita—, que vende té procedente de Oriente, pero que jamás ha ido más al este que hasta Ramsgate en su vida, y nunca reconocería una planta de té aunque creciera en su propio jardín. No es difícil imaginárselo sentado a esa mesa hace una hora, un hombre robusto y de cara sonrosada, con una copa en una mano y un cigarro en la otra, la imagen misma de una vida bien alimentada y fácil. También un sujeto impaciente y que, posiblemente, se considere importante —añadí— si no pudo esperar su regreso.

—Existe un tipo así —replicó Holmes, sonriendo—, pero estoy convencido de que el señor Pringle no pertenece a él. Si metiera su dedo en esta copa de agua de Seltz, Watson, vería que la punta de su dedo tendría el inconfundible sabor amargo de la quinina. ¿Qué le sugeriría eso como médico, teniendo en cuenta que el hombre que la ha estado tomando incluye en su tarjeta de visita el nombre de Kandy, en Ceilán?

—¡Malaria!

—Precisamente. Ahora bien, la malaria no se contrae al oeste de Ramsgate con cierta frecuencia, algo de lo que estoy seguro coincidirá usted, y tampoco son sus desgraciadas víctimas conocidas por su vigor y rostros vivos. Es evidente que el señor Pringle ha pasado cierto tiempo en Ceilán, donde ha cogido esta enfermedad tan tenaz; pero no sabemos si lo que le perturba tanto hoy es su enfermedad o una preocupación menos tangible.

—¿Qué quiere decir?

—¿Observó usted las cerillas usadas que nos dejó?

—Creo que vi una en el cenicero, con el resto de su cigarro.

—No una, Watson, sino cinco; cinco cerillas para un cigarro. Ahora bien, así como existe cierta verdad en la creencia popular de que el placer de un buen cigarro le ayuda a uno a olvidar los problemas, también es verdad que, en primer lugar, uno debe estar tranquilo hasta cierto punto con el fin de obtener placer del cigarro. Cualquiera que pueda dejar que un cigarro se apague, no una vez, sino en cuatro ocasiones, es evidente que no se encuentra en el estado mental apropiado. También ha estado caminando por la habitación y ha tirado ceniza en varios sitios, como sin duda usted observó, lo que también indica un estado de ánimo distraído.

—Quizá sólo es descuidado —sugerí.

—No lo creo, pues usted puede ver que donde se dio cuenta de que había dejado caer la ceniza, justo en el borde de la alfombra, intentó recogerla con los dedos. En cuanto a la impaciencia que usted le atribuye, no lo sabemos; pero al menos parece posible que principalmente se marchara para respirar un poco de aire fresco, siendo uno de los inevitables efectos de la quinina, que usted conoce, la desagradable sensación de náusea.

»Debe admitir, Watson —continuó mi amigo, sentándose junto a la ventana y observando la calle de abajo mientras se dedicaba a llenar su pipa—, que el equilibrio de la probabilidad se ha decantado en contra de su acomodado hombre de ciudad de mejillas sonrosadas, y a favor de mi atribulado plantador de té de mejillas afiebradas.

—Sin duda está usted en lo cierto —concedí—. ¡Casi me hace lamentar haber abierto la boca! Pero, vamos —continué, riéndome—, ha construido tanto del desconocido señor Pringle, que seguro que ahora puede concretar un poco el cuadro. ¿Cuántos años, por ejemplo, le daría al individuo, y cómo diría que va vestido hoy?

—Diría que tiene unos cuarenta años de edad, y que lleva un traje de *tweed*.

—¡Increíble! —exclamé—. ¿Cómo, en nombre del cielo, puede saberlo?

—Es muy sencillo, pues veo al sujeto de pie en la puerta de entrada en este mismo instante —repuso Holmes con sequedad.

El hombre que fue conducido hasta nuestro salón unos momentos después concordaba con todas las deducciones que había sacado mi amigo. Era alto, atractivo y de complexión equilibrada, aunque irradiaba un aire de debilidad y cansancio como el de alguien consumido por una enfermedad crónica. Su cara estaba antinaturalmente arrugada y correosa para alguien de su edad, las mejillas hundidas y de una tonalidad enfermiza, macilenta, y el cabello era gris casi por completo. Pero el apretón al estrecharme la mano fue firme y fuerte, y había un destello en sus ojos azules que indicaba que la enfermedad bajo ningún concepto había quebrantado su espíritu.

—¿Se encuentra recuperado —preguntó Holmes con voz amable—, o hay algo que quizá podamos ofrecerle? He observado que ha estado suministrándose quinina, y conozco lo mal que puede afectar al estómago.

Pringle sacudió la cabeza.

—No es tanta la náusea —contestó—, como el zumbido infernal de oídos que me provoca. Pero he caminado un poco y contemplado algunos escaparates para distraer la mente, y ya me encuentro bien. No se consideren ustedes jamás desafortunados —añadió con un centelleo en los ojos— hasta que padezcan lo que yo sufro. Les puedo asegurar que ningún hombre ha tenido nunca un enemigo más implacable que la malaria; no importa cuántas batallas pierda contra ti, jamás entregará la guerra. Pero no he venido a discutir la patología con ustedes, caballeros, y, en cualquier caso, hace poco he visto que existen cosas que te pueden atacar con más dureza que cualquier enfermedad. Deseo su consejo, señor Holmes.

—Será un placer dárselo si me pone al corriente de los hechos.

—Bien, por el momento los llamaremos hechos, pero no sé cómo los tomará

usted. Unos pocos fragmentos de conversación aquí, un incidente trivial allí... incluso al pensar en ello ahora tengo la sensación de que no es nada.

—Será mejor que deje que sea yo quien lo juzgue —dijo Holmes—. Por favor, empiece su relato.

—He pasado gran parte de mi vida en Ceilán —comenzó nuestro visitante después de un momento—. Mi padre había sido un próspero plantador de café allí, pero perdió todo cuando vino la quiebra —cuando, en una sola estación, esos infernales brotes de moho destrozaron las plantaciones de la isla y su prosperidad— y, lamentablemente, ni él ni mi madre vivieron para ver el éxito que luego se alcanzó con tanta rapidez con el té. Yo fui afortunado, pues conseguí entrar en el nuevo negocio en su inicio, y después de un par de buenas cosechas, con un plantador llamado Widdowson, decidí establecerme por mi propia cuenta. Lo hice con otros dos camaradas de parecer similar, Bob Jarvis y Donald Hudson, y trabajando todas las horas del día, a veces parecía que más, pronto convertimos nuestra plantación en una de las mejores de la isla.

»Fue justo entonces, cuando tenía éxito —y no me molesta reconocer que estaba orgulloso del éxito— y era más rico de lo que habría imaginado jamás, cuando esta maldita fiebre del pantano me abatió. Se llevó al pobre Jarvis en una semana, así que, en cierto modo, me puedo considerar afortunado; pero no puedo fingir que lo siento de esa manera. Durante semanas mi vida abandonó toda esperanza, hasta que el médico indicó que mi única esperanza radicaba en dejar la isla hasta que la fiebre desapareciera. Con bastante renuencia, entonces, regresé a Inglaterra, dejando a Hudson a cargo de la plantación.

»Eso fue hace tres años, y desde entonces las cosas han ido muy bien para mí de muchas formas. Los ataques de malaria se han vuelto tan infrecuentes, hasta hace un par de meses, que me consideré del todo curado, y he conseguido crear una compañía para vender nuestro propio té —ambición que albergábamos desde hacía tiempo—, que ha tenido, por lo menos, un éxito moderado. También, durante mi estancia aquí, conocí y me casé con Laetitia Wadham, la mujer más encantadora del mundo. Nos conocimos en Willoughby Hall, cerca de Gloucester, donde ella trabajaba como dama de compañía de Lady Craxton, y pronto descubrimos que teníamos mucho en común. Su padre había sido durante un tiempo magistrado de distrito en Ceilán, y, debido a ello, en su infancia pasó algunos años allí. Nos casamos en Gloucester; una ceremonia reservada e íntima, ya que ella, igual que yo, casi no tiene familia. No tiene ni hermanos ni hermanas, y tanto su padre como su madre están muertos. Después de una corta luna de miel en Lyme Regis, nos establecimos en una villa bonita y moderna, conocida como Low Meadow, que está junto al Támesis, entre Staines y Laleham. Tiene unos jardines espléndidos, de unos sesenta metros de largo, que bajan desde la casa casi hasta el río mismo, del que están separados por un cinturón estrecho de árboles. Es un sitio donde brotan las flores y los pájaros trinan, y contiene todo lo que un hombre puede desear para completar su felicidad doméstica.

Una vez más mi vida parecía ir viento en popa; una vez más parecía que no podía surgir nada que empañara mi felicidad.

Nuestro visitante hizo una pausa, y, sacando un pañuelo del bolsillo, se secó la frente, que brillaba con gotas de sudor.

—Una vez más —continuó después de un momento, la voz más baja y suave que antes—, una vez más me he visto abatido. ¡Y si he considerado la malaria como algo invisible, insidioso, intangible, cuánto más lo es el mal actual! Gracias, doctor Watson, me vendrá muy bien un vaso de agua.

»Hace unas siete semanas, de repente y sin advertencia previa, me vi atacado por la fiebre. Surgió como de la nada, pues no había padecido un ataque en casi un año; pero fue como si la enfermedad hubiera estado acopiando sus energías para una batalla formidable, ya que no me había visto tan atontado por ella desde que saliera de Colombo, y me sentí ante el umbral de la muerte. Allí estaba yo, postrado en la cama, mientras fuera el sol calentaba el jardín y los pájaros cantaban felices, y un día hermoso de primavera seguía su curso. ¡Cuánto peor me hizo sentir saber que justo detrás de la ventana de mi dormitorio reinaba tanta paz y tranquilidad! Fue entonces cuando sucedió algo extraño, de lo que ahora creo que puedo fechar el comienzo del problema que me ha asolado.

»Me parece que fue a primeras horas de la tarde. Llevaba acostado cierto tiempo sumido en un sudor afiebrado, entrando y saliendo de unos sueños delirantes, y apenas era consciente de algo. De vez en cuando la brisa cálida agitaba las cortinas al entrar por la ventana, y yo estaba, recuerdo, observando ese suave movimiento cuando poco a poco me di cuenta de la presencia de voces, que hablaban bajo, en el jardín. No sé si comenzaron en ese momento, o si llevaban hablando cierto tiempo mientras yo dormía, pero al escuchar me pareció que una de las voces era la de mi esposa. No sabía quién podía ser su acompañante, ni, en verdad, me importaba mucho. Ese susurro bajo, apagado, podía haber sido de un amigo o de un extraño, de un hombre o de una mujer, ya que la mayor parte de mi mente se hallaba concentrada en la acalorada lucha que se libraba en el interior de mi propio cuerpo, y me quedaba poca energía para prestarle atención a la conversación de otros. Sin embargo, de vez en cuando me llegaba un sonido campanilleante, como si se moviera una cuchara en una jarra de limonada, y capté unos fragmentos de la conversación.

»—¿Cómo se encuentra? —preguntó una voz.

»—Mal, muy mal —contestó la otra—. El doctor prácticamente se ha rendido.

»—¿Cuánto tiempo más ha de soportar el tormento? —preguntó la primera.

»—Como mucho, unas pocas semanas, eso tengo entendido; entonces todos nuestros problemas habrán terminado.

»—Bien. No sabes cuánto he rezado para que llegue el día en que todo haya acabado, y tú y yo podamos conocer de nuevo la felicidad.

»No sé si entonces volví a quedarme dormido o si la conversación cesó, pero no oí nada más. Aquella noche, sin embargo, dormía intranquilo debido a la fiebre

cuando de golpe me vi despertado por un sonido agudo justo fuera de la ventana de mi cuarto. La habitación se hallaba a oscuras, y yo estaba solo, pues mi esposa dormía en otro cuarto durante mi enfermedad. Durante unos momentos me quedé quieto y escuché, pero a mis oídos no llegó ningún otro ruido. Luego oí un sonido bajo, crujiente, como si el viento agitara los arbustos del jardín; pero vi por la inmovilidad de las cortinas que el viento no soplaba. Dejé la cama y me arrastré hasta la ventana y, en silencio, descorrí las cortinas. Al principio el jardín parecía ser de una negrura uniforme, pero gradualmente fui capaz de discernir las formas oscuras de los arbustos y los árboles. Incluso mientras observaba, una sombra dio la impresión de separarse de la sombra más grande de un arbusto y deslizarse en silencio por el jardín a la oscuridad que proyectaba el viejo cobertizo de piedra. Casi petrificado —pues la fiebre ya había puesto mis nervios a flor de piel antes de esa visita inusitada— me quedé mirando durante diez minutos enteros, pero no vi nada más.

—Un momento —interrumpió Holmes—. ¿Cuál era el tamaño de esa sombra en movimiento?

—En ese momento me pareció algo más pequeña que la silueta de un hombre, pero, desde luego, podría haber sido alguien agazapado. Ciertamente, no era un animal lo que vi, si eso es lo que tiene en mente.

—¿Cree usted, entonces, que de hecho fue un hombre?

—Eso juzgaría —comentó Pringle después de un momento en silencio—, en especial a la luz de los acontecimientos posteriores. Pero, debo decir, que no se trataba de un hombre al que me gustaría conocer. Había algo tan horriblemente furtivo y sombrío en la forma en que atravesó el jardín...

—Muy bien. Por favor, prosiga con su narración tan interesante.

—Al día siguiente me sentía un poco mejor, y no podía soportar la idea de quedarme encerrado otra vez en mi cuarto. Por lo tanto, me vestí y desayuné con mi esposa abajo. Le describí la aparición oscura que había visto durante la noche, pero ella se mostró inclinada a descartarlo simplemente como el producto de una imaginación afiebrada. No me mostré de acuerdo con ella, pero sí es verdad que mis ojos en el pasado se habían visto afectados tanto por mi enfermedad como por los medicamentos que me habían administrado para aliviarla, así que no se lo discutí. En cualquier caso, yo mismo había desarrollado una explicación que entonces me satisfizo; hay un sendero que corre a lo largo de la orilla del río, al pie mismo de nuestro jardín, que a veces usa la gente de la localidad; sin duda la figura que vi era alguien que iba medio borracho y que se había salido del sendero en la oscuridad, y que terminó abriéndose paso por entre los arbustos.

»Después de desayunar, cogí mi bastón con la intención de dar un paseo por la orilla del río...

—¿Le mencionó a su esposa la conversación que oyó la tarde anterior? —inquirió Holmes.

—No en ese momento. Obtendrá cierta idea de mi estado mental si le cuento que

todo el incidente se me había ido de la cabeza. Cuando aquella mañana salí de la casa no albergaba otro pensamiento que el que sería agradable sentarme junto al río un rato y ver cómo los rayos del sol caían sobre las ondas de la superficie del agua.

»El sendero del río baja por el lado derecho del jardín, separado de la valla que demarca los límites los primeros veinte o treinta metros de su extensión por una sucesión de cobertizos bajos y almacenes, que están en diversas fases de abandono. Por ello, mi camino me llevó junto al sitio donde la noche anterior había visto desaparecer a la figura. Imagine mi asombro, entonces, cuando observé que en la pared encalada del cobertizo se veía la huella de una mano humana.

—¿Qué clase de huella? —demandó Holmes, irguiéndose en el sillón con una expresión de avivado interés en el rostro.

—Se había dejado deliberadamente, pues resultaba clara y limpia. Era de un color púrpura brillante, y mostraba toda la mano. Al principio creí que se trataba de un dibujo, pero al acercarme vi que era una huella verdadera, pues todas las líneas y articulaciones se veían con nitidez. Entonces percibí que había algo peculiar y horrible: ahí, en un costado, tal como cabía esperar, estaba la huella del pulgar, pero justo encima de la palma no había cuatro dedos, ¡sino *cinco*!

—¿La mano derecha o izquierda? —inquirió Holmes.

—La derecha.

—¿A qué altura del suelo?

—No lo sé con exactitud. Supongo que a un metro y medio.

—Muy bien —dijo Holmes, volviendo a rellenar la pipa—. Su caso, señor Pringle, empieza a asumir tintes de algo verdaderamente estudiado. Le estoy muy agradecido por haber atraído mi atención a él, y me esforzaré en devolverle el favor proyectando un poco de luz en su oscuridad. Por favor, continúe.

—Durante el almuerzo aquel día, le mencioné a mi esposa la marca que había visto en la pared.

»—Ah —dije—, verás, *había* anoche algo en el jardín.

»—Quizá —repuso ella—, aunque no puedo imaginar por qué alguien haría algo tan tonto.

»—Bueno, en cualquier caso, ha dejado bien manchada la pared. Tendré que hacer que la pinten de nuevo. A propósito —añadí cuando algo se agitó en mi memoria—, ¿eras tú quien hablaba con alguien ayer por la tarde en el jardín?

»—No lo creo —contestó después de un momento—, a menos que fuera con el cartero. Pero, aguarda... tienes toda la razón, querido; vino una mujer encantadora a pedir algo a favor de alguna causa. Estaba muy cansada por el calor, así que le ofrecí un vaso de limonada y nos sentamos a charlar durante cinco o diez minutos. Debí haber sido eso lo que oíste.

»—Supongo que sí —comenté.

»No mencioné las palabras que creí que habían cruzado entre sí, pues por entonces ya estaba del todo convencido de que eran de mi invención. En el pasado he

padecido muchas pesadillas cuando me atacaba la fiebre, y siempre me había sentido tonto al día siguiente —cuando el mal sueño me resultaba absurdo y trivial—, de modo que aprendí a guardarme esas cosas para mí.

»Pasados unos días, mi salud mejoró rápidamente gracias al buen clima y al aire limpio que respiraba, y la vida continuó como antes. Algún tiempo después —alrededor del veintisiete o veintiocho de mayo, si la memoria no me falla— regresé a casa, después de tres o cuatro días de viajar por el norte por cuestión de negocios, y encontré a mi esposa de buen humor.

»—Espero que no te importe, Mark —me dijo—, pero he tomado la iniciativa mientras estabas fuera de contratar a un jardinero.

»—En absoluto —repuse—. Son noticias excelentes. —Previamente habíamos contado con los servicios intermitentes de un anciano de un pueblo próximo, pero ya se hallaba más allá de la edad de poder encargarse de un jardín como el nuestro; pues, aunque era hermoso y lleno de color, crecía de manera excesiva si no se le prestaban cuidados constantes, y a pesar de todo el entusiasmo de mi esposa y de sus esfuerzos, llevaba un tiempo deteriorándose—. ¿Es alguien del pueblo? —pregunté.

»—No —dijo ella—. Es de Hampshire, y se llama Dobson. Había puesto un anuncio en el periódico de jardinería, y yo pensé que había que premiar su iniciativa. Sus credenciales son de primera, y estoy segura de que será un jardinero excelente. Su esposa también me pareció una mujer espléndida, y podrá ayudar a Mary en la casa. Pensé que podían ocupar la vieja cabaña próxima al río, y he acordado con una empresa de Staines para que vengan mañana a dejarla habitable.

»—¡Has estado ocupada! —exclamé—. Estoy totalmente de acuerdo. Le vendrá bien a la vieja cabaña que alguien la ocupe de nuevo. Justo la semana pasada pensaba que era una pena que permaneciera vacía todo el tiempo.

»La cabaña es una construcción baja y vieja que está justo detrás del cinturón de árboles que separa el jardín del río, y lleva en aquel sitio desde mucho antes de que se construyera nuestra propia casa. Desde hace algunos años está casi en ruinas, pero, en pocos días, los albañiles que contrató mi esposa la mejoraron de forma considerable: las tejas rotas del techo fueron sustituidas, los canalones arreglados, y todo el exterior recibió una capa fresca de pintura. La reparación se había concluido al terminar la semana, cuando el jardinero y su esposa llegaron para ocuparla.

»Me dieron la impresión de ser una pareja bastante agradable, aunque no parecían encajar mucho, tanto en aspecto como en modales. El marido, John Dobson, un individuo alto y flaco, con el pelo negro y la cara muy blanca, era taciturno casi hasta el punto de la grosería, y tenía el aire de alguien que hubiera sufrido mucho. Su esposa, Helen, por el contrario, era una mujer pequeña, de mejillas rosadas y delicada, con el pelo del color de la arena y una de las personas más vivaces y alegres que he conocido jamás. Sin embargo, no fue ni por su conversación ni apariencia por lo que habían sido contratados, y, en verdad, les presté poca atención, dejando que fuera mi esposa quien les diera las órdenes respecto al trabajo que debían realizar.

»Unos pocos días después, levantándome temprano, tal como es mi costumbre, descubrí que mi cigarrera no estaba. Recordé que la noche anterior la tenía conmigo al sentarme un rato en el banco que hay junto al río, y hacia allí fui para ver si la había olvidado en aquel lugar. El jardín parecía luminoso y fresco en el aire de la mañana, y sonreí al acercarme a la pequeña cabaña de paredes encaladas del jardinero, cobijada de forma hermosa entre los enormes castaños.

»—¡Qué casa espléndida es! —exclamé en voz alta. Pero apenas hube pronunciado las palabras vi algo que me paró en seco y me borró la sonrisa de la cara. Pues allí, en el mismo centro de la pared blanca y limpia de la cabaña, estaba la impresión de una mano humana.

»En todos los aspectos era la misma que había visto hacía cuatro semanas en la pared del cobertizo. Era la marca de una mano derecha, de un color púrpura lívido, y de nuevo tenía ese grotesco y horrible dedo extra.

—¿No había estado allí la noche anterior? —interrumpió Holmes.

—No. De lo contrario, la hubiera visto.

—¿Está seguro de eso?

—Absolutamente.

—Muy bien. Por favor, continúe.

—La ira creció en mi interior porque alguien hubiera entrado furtivamente durante la noche en mi propiedad y hubiera profanado esa pared recién pintada. Cerca había un cubo de agua, y a su lado un trapo con el que alguien, evidentemente, había estado limpiando las ventanas de la cabaña. En mi furia metí el trapo en el agua con la intención de borrar esa marca odiosa de la pared. Para mi sorpresa y disgusto, el trapo salió del agua tan púrpura como la huella que tenía intención de limpiar. Incliné un poco el cubo y observé con horror la centelleante corriente violeta que se vertió por el costado y cayó cerca de mis botas. Me sentí incapaz de comprender el significado de esa transformación siniestra, pero no me quedé allí para meditar el asunto. Rápidamente localicé mi cigarrera en el banco cercano y sumido en la perplejidad me apresuré en volver a la casa. Sólo una vez miré hacia atrás a la cabaña para cerciorarme de que la huella de aspecto maligno estaba de verdad en la pared y que todo el episodio no había sido producto de mi imaginación, y al hacerlo me dio la impresión de que una cortina se movía en una de las ventanas, como si alguien la hubiera corrido deprisa al volverme yo.

—¿La fecha de ese incidente? —inquirió Holmes.

Pringle sacó un pequeño diario del bolsillo y durante un momento lo hojeó en silencio.

—Creo que debe haber sido el tres de junio —dijo al fin—, hace unas tres semanas.

Holmes garabateó una nota en un trozo de papel mientras su cliente proseguía con la narración.

—Pasaron los días, la pared se limpió y el incidente se olvidó; pero yo empecé a

tener serios celos acerca del jardinero nuevo. Había aprendido pronto a tolerar sus maneras oscuras y silenciosas —en verdad, en la única ocasión en que superó su reserva hasta el punto de mantener una conversación conmigo, me resultó divertido e inteligente, aunque un poco cínico—, pero lo que yo no podía tolerar era el hecho de que daba la impresión de no hacer nada para justificar el sueldo que se le estaba pagando. Cada día que yo llegaba a casa de la ciudad esperando ver alguna mejora en el aspecto del jardín, recibía una decepción, hasta que un día saqué el tema con mi esposa.

»—A mí Dobson no me parece un jardinero —comenté una noche—. ¿Dónde están las referencias que te dio?

»—Me temo que las he perdido, Mark —contestó con tono de disculpa—. Pero no creo que estés siendo del todo justo con el hombre. Después de todo, sólo ha empezado hace poco, y hay tanto que hacer en el jardín en esta época del año.

»Pude ver por la expresión en la cara de mi esposa que sentía como si mis comentarios estuvieran impugnando su juicio, así que me encogí de hombros y dejé correr el tema. Sin embargo, cuando después recordé por casualidad la conversación, me dio la impresión de que su afirmación de que las referencias se habían perdido había sido muy presta. Era como si casi hubiera sabido que yo se lo iba a preguntar; como si, en verdad, lo estuviera esperando.

»Uno o dos días después, llegué a casa por la tarde y fui directamente al jardín con la intención de sentarme cinco minutos bajo el sol y terminar de leer el periódico que había empezado en el tren. No obstante, pasados unos momentos, fui consciente de unas voces en la distancia. Desde donde estaba sentado, una hilera doble de olmos y de arbustos de rododendros formaban un corredor natural, a lo largo del cual había una vista perfecta. En el instante en que miré, aparecieron dos personas en el extremo más apartado del corredor, caminaban muy despacio y daban la impresión de hallarse sumidas en profunda conversación. Estuve a punto de llamarlas —pues era evidente que no me habían visto—, cuando me di cuenta con sorpresa de que se hallaban enlazadas, él con el brazo rodeando los hombros de ella, y ella con el brazo alrededor de su cintura. El saludo se congeló en mis labios, y en ese mismo instante mi esposa alzó la vista y encontró mi mirada. Se quedó boquiabierta y dejó caer los brazos a los costados, y durante varios segundos nos observamos en silencio.

»—¿Sucede algo malo? —pregunté alzando la voz, sin saber realmente por qué lo hice.

»La cara de mi esposa era una máscara de tal culpabilidad que apenas fui capaz de mirarla, y, para ser franco, me resultaba evidente que lo único malo que sucedía era que yo les había sorprendido en su pequeño *tête-à-tête*. Sin embargo, le hablé, y así le brindé a mi esposa una oportunidad para salir de su embarazo. Por qué alguien desearía ayudar a la otra persona a mentirle, es algo que no sé, pero mi mujer cogió la cuña y respondió con celeridad.

»—Se ha torcido el tobillo —respondió—. Le estoy ayudando a volver a su casa.

»Tiré el periódico y corrí hasta donde se hallaban. En lo que yo pude ver, su tobillo no parecía estar mal, pero, sin hacer comentario alguno, le ayudé a ir a la cabaña y le dejé al cuidado de su esposa. Lettie había vuelto a casa, y cuando la vi más tarde no hizo referencia al incidente. Como yo había decidido que no sería el primero en sacar el tema, éste permaneció inexpresado, aunque dos veces la descubrí mirándome de una forma extraña aquella noche, como si se preguntara qué estaba pasando por mi cabeza. Desde ese entonces no volví a verlos a los dos de manera tan íntima, pero, desde luego, no puedo hablar por las veces que me encuentro fuera de casa.

»Si entonces pensé que tenía motivo para estar resentido con el jardinero, pronto iba a descubrir que el comportamiento de su esposa podía resultarme igualmente antipático. Lettie empezó a mencionar de manera constante a la mujer, de un modo que poco a poco comenzó a irritarme de forma intensa. Siempre era “Pero querido, la señora Dobson dice esto”, o «Helen piensa que deberíamos hacer aquello».

»Una tarde regresé a casa bastante más temprano, y al oír el sonido de risa femenina desde el jardín, me dirigí en aquella dirección. Al acercarme a una pérgola recubierta de rosas, del otro lado de la cual había una pequeña glorieta, reconocí las voces de mi esposa y de la señora Dobson.

»—De verdad no creo que pueda estar de acuerdo contigo, Helen —oí que decía mi esposa.

»—Pero debes hacerlo, Lettie, tonta. ¡Lo que pasa es que eres demasiado terca! —repuso la otra.

»Hubo otro comentario que no cogí, y luego unas cuantas risas. Me sorprendió oír a mi esposa entregada a semejantes chanzas, pero me esforcé por no mostrarlo al aproximarme a la glorieta en la que estaban sentadas.

»—¡Hola! —saludé—. ¡Parecéis contentas!

»Pero incluso al hablar vi cómo desaparecían las sonrisas de sus rostros.

»—Sí, querido. Hablábamos del jardín —repuso mi esposa, tratando de manera poco convincente de forzar a sus labios a sonreír de nuevo.

»—¿De verdad? ¿Y qué decíais al respecto que era tan divertido?

»Mi esposa me dio una respuesta que sonó poco interesante, y, en cualquier caso, yo no la escuchaba. No me cabía ninguna duda de que mi aparición había arrojado un manto fúnebre sobre su alegría.

»Más tarde aquella noche, cuando estuvimos solos, le hablé sobre los Dobson.

»—No considero que sea algo del todo conveniente que animes a la señora Dobson a tal grado de intimidad —comenté con cierta rigidez.

»—¡Pero si sólo estábamos charlando! —repuso ella—. ¿Es un delito tan grave?

»—Oí que os hablabais por vuestros nombres de pila...

»—¡Y supongo que tú no la consideras lo suficientemente buena para mí al ser sólo la esposa de un jardinero! —exclamó mi esposa con voz acalorada.

»—En absoluto —respondí—. Tú sabes que no soy nada clasista, y que puedes

tener los amigos que te plazca; pero en este caso tú eres la que los emplea, y tal intimidad puede crear problemas.

»—No lo creo —fue lo único que dijo—, así que dejemos el tema.

»Jamás había oído a mi esposa hablar de esa manera, y no me importa reconocer que me hirió mucho. No podía objetar nada específico en cuanto a la esposa de Dobson salvo que a menudo me había parecido autoritaria para alguien en su posición, pero eso, en cualquier caso, no era en verdad lo que me hacía sentir excluido en mi propia casa y por mi amada esposa, que era lo que en realidad me hería. Lettie quizá se diera cuenta de ello, pues después de haber permanecido sentados en silencio un rato, empezó a hablarme con voz más suave, pero yo respondí con frialdad y salí de la habitación.

»No soy capaz de contarle los pensamientos frenéticos que cruzaron mi hirviente cabeza, pero fuera, bajo el aire nocturno, ésta pareció despejarse y mi decisión se reforzó. Si no tenía nada especial contra la esposa del jardinero, sí tenía todo un catálogo de quejas contra el mismo jardinero. Volví dentro para informarle a mi mujer de mi decisión.

»—Esto no funciona —comencé—. Los Dobson tendrán que irse. No deberías mostrarte tan sorprendida, Laetitia; Dobson apenas ha trabajado un día entero desde que llegó aquí. Estoy seguro de que nadie más le habría tolerado tanto como yo. Aparte de todo lo demás, sus habilidades en la jardinería parecen inexistentes. ¡Si es un perfecto inútil! ¡Ayer mismo arrancó mis clavellinas creyendo que eran malas hierbas!

»—Ha estado enfermo —protestó ella—. Casi sufre una insolación. Mejorará, Mark; ya lo verás.

»—Sin duda tiene un aspecto enfermizo; me hace sentirme enfermo cada vez que le veo. Pero esta casa no es una institución de la caridad, Laetitia, y a pesar de lo que me desagrada echar a un hombre cuando no tiene otro trabajo, tendrá que irse.

»Entonces creí que el asunto quedaba zanjado, y por cierto que ésa era mi intención; sin embargo, mi esposa me rogó y suplicó, hasta que una vez más, en contra de mi buen juicio, cedí a sus peticiones. Me caben pocas dudas de que soy un tonto, pero no pude resistir la expresión implorante de sus ojos. Ahí se quedó el asunto, y aún sigue ahí. ¿Le aburro con mi historia, señor Holmes?

—En absoluto —replicó mi amigo con tranquilidad mientras vaciaba su pipa en la chimenea—. Pero no consigo ver de qué modo puedo ayudarle yo en esta cuestión, señor Pringle. Tengo una regla invariable de no interferir en cuestiones domésticas, pues por lo general nadie se beneficia de ello.

—Por lo menos escuche el final de mi historia, señor Holmes, antes de tomar una decisión. El domingo pasado me encontraba tan abatido por estos problemas, y, tal como me doy cuenta ahora, por otro inicio de ataque de la fiebre, que descubrí que me era imposible dormir. A eso de la una de la madrugada me vestí en silencio y salí al jardín en sombras, creyendo que un poco de aire fresco me ayudaría a calmar los

nervios. Había sido un día muy caluroso, como sin duda recordará usted, y la noche era pesada y negra. Mientras bajaba por el sendero hacia el río, una única gota de lluvia cayó sobre mi mejilla, y antes de que hubiera avanzado otros treinta metros el cielo se abrió y comenzó a llover con fuerza. Corrí hacia el refugio de un viejo tejo que sabía que se hallaba justo delante, aunque apenas podía distinguir su silueta en la oscuridad. Allí me quedé de pie, agradecido por el cobijo denso que me proporcionaba el árbol, cuando surgió una serie de relámpagos intensos justo encima de mi cabeza, que se vieron acompañados por el violento y ensordecedor rugido del trueno. En un instante el velo de oscuridad se levantó del jardín, y todo se quedó iluminado por una luz extraña y fantasmal. Con un escalofrío de horror que me erizó los pelos vi que había alguien en el sendero a menos de diez metros y que me estaba mirando.

—¿Un hombre o una mujer? —preguntó de inmediato Holmes.

—Un hombre... eso creo; pero sólo dispuse de un momento para decidirlo. Pues con la misma brusquedad con que había surgido la luz, la oscuridad descendió una vez más, como si me hubieran arrojado una venda negra sobre los ojos. Cambié de postura y me apresté a defenderme, aunque no sabía contra quién o qué. Debí permanecer en esa posición rígida durante varios minutos, pero nada cayó sobre mí salvo unas gotas de lluvia helada. Luego, por segunda vez, el cielo se vio surcado por los irregulares relámpagos, y una segunda vez el jardín quedó bañado con su espectral luz blanca, y vi que el sendero estaba desierto. A quienquiera que hubiera visto, ya no se hallaba allí. La lluvia seguía cayendo con fuerza, pero abandoné mi refugio y corrí al máximo de mi velocidad de vuelta a la casa. Para mi sorpresa encontré la puerta del jardín abierta, la lluvia salpicando el interior y formando un charco sobre el suelo de madera del vestíbulo. Tenía la convicción de que la había cerrado bien al salir, y aunque era posible que la súbita fuerza de la tormenta la hubiera abierto —pues en verdad el pestillo no es muy firme—, no estaba dispuesto a correr ningún riesgo. Cargué mi revólver y realicé un minucioso registro de cada cuarto de la casa, pero no descubrí nada extraño.

»Mi paseo había conseguido poco contra el insomnio, como podrá apreciar, y pasé la noche sin dormir con el revólver cargado a mi lado. Por la mañana exploré el jardín en busca de algún rastro del intruso, pero no hallé nada. Casi había esperado ver otra de esas infernales marcas de la mano, pero al menos eso no sucedió. Durante el desayuno, mi esposa anunció que vendría conmigo a la ciudad, ya que había una oferta de telas orientales en Liberty a la que deseaba asistir, pero yo me sentía demasiado enfermo y cansado para ir a trabajar, así que viajó sola, y yo volví a la cama, donde pasé la mitad del día durmiendo. En el sueño, por lo menos, podía escapar de los problemas que me asolaban; pero fue una escapatoria falsa, pues al despertar los problemas parecían sobrecargar aún más mi cabeza y daban la impresión de ser incluso más insolubles e impenetrables. ¿Qué poder poseía esa mujer, Helen Dobson, que podía conseguir semejante influencia sobre mi esposa en

tan poco tiempo? ¿Qué tipo de hombre es ese sombrío y taciturno marido? ¿Por qué finge ser un jardinero —lo cual evidentemente no es— y qué espera ganar con tal impostura? ¿Quién es el que se desliza por mi jardín durante la noche e imprime esa mano monstruosa sobre mi pared? Todo el día, y hasta bien entrada la noche, machaqué mi cerebro con esas preguntas y mil otras, hasta que empecé a pensar que todo era una pesadilla afiebrada en la que jamás se podrían encontrar respuestas o explicaciones, pero de la que el amanecer me liberaría. Ay, esa mañana desperté y vi el revólver a mi lado en la cama, y supe que debía buscarse alguna respuesta en el mundo de la realidad.

»Yo había oído mencionar su nombre, señor Holmes, en relación con el caso de la Desaparición de Claygate hace un par de años, y me pareció que en usted podía radicar mi único medio de mantener la cordura. Y, sin embargo, aun cuando el pensamiento de su reputación aportó un destello de esperanza a mi turbulenta mente, todavía no estaba seguro de si venir a verle a usted era lo más adecuado. Pues el asunto es tan oscuro, y en algunos aspectos tan delicado y personal...

—... Y, no obstante, ha venido.

—Esto llegó con el correo de la mañana.

Nuestro visitante sacó del bolsillo interior de la chaqueta un sobre largo y azul, del que extrajo una hoja de papel doblada. Se la pasó a Holmes, que con cuidado la abrió y la examinó sobre su rodilla. Con una aceleración del pulso y una sensación hormigueante en el cuello, vi que el papel tenía una única marca: la huella nítida y violeta de una mano humana.

—Sea tan amable de pasarme la lupa, Watson —pidió mi amigo con una expresión de intenso interés en el rostro—. Es la mano de un hombre —comentó después de un momento—, una mano áspera, con dedos cortos y gruesos; por el desarrollo general de ésta, juzgaría que la de alguien que no es ajeno al trabajo físico. ¡Vaya! Lleva un anillo en el dedo anular. ¿Es igual a las impresiones anteriores que usted vio?

—Eso creo.

—Hay un punto en el que puedo tranquilizarle de inmediato, señor Pringle —dijo Holmes con sonrisa lúgubre—. Quienquiera que la haya impreso, no tiene más dedos que usted o yo: el sexto dígito es falso.

—¿Qué quiere dar a entender, señor Holmes?

—La anatomía está mal. Si mira detenidamente los dedos, verá que así como los primeros tres y el último surgen de la palma de la mano, con el cuarto no sucede lo mismo, sino que sale de entre dos dedos adyacentes. ¿Lo ve, Watson? No existe ningún indicio de un metacarpiano. Es evidente que ha imprimido su dedo corazón por dos veces, habiendo previamente doblado su dedo meñique para dejar espacio para la adición.

—¡Es verdad! —exclamó nuestro visitante—. ¡Ahora lo veo con claridad! Pero ¿por qué alguien haría algo semejante?

—¡Ah, ésa es otra cuestión! ¿Me permite ver el sobre que contenía este notable mensaje? ¡Hmm! ¡Un tipo de material bastante corriente! Entregado a correos ayer en el West End. ¡Santo cielo! Qué punta horrible debía tener la pluma... no cabe duda de que la dirección se escribió en una oficina de correos, o en el salón de un hotel. ¡Vaya, vaya! ¡Su nombre ha sido curiosamente mal escrito! ¿El resto de la dirección es correcta?

Pringle le hizo un gesto afirmativo mientras Holmes me pasaba el sobre y yo vi que el nombre de nuestro cliente aparecía como «Señor Pringle».

—¡Qué detalle tan interesante! —musitó Holmes, en apariencia para sí mismo.

Con los codos sobre las rodillas y la barbilla apoyada en las manos, permaneció en silencio durante varios minutos, con una expresión de concentración intensa en el rostro.

—¿Ve alguna pista, señor Holmes? —preguntó nuestro cliente, sin poder resistir el silencio un momento más.

—¿Eh? Oh, es posible, señor Pringle, es posible —contestó Holmes con voz distraída—. El error al escribir su nombre ciertamente es algo singular. Es tan grotesco, tan poco inglés, que no sólo apunta a la mano de un extraño, quien se ha visto obligado a preguntar cómo se deletreaba su nombre, sino a la de un ignorante o un extranjero, que fue incapaz de escribir correctamente el nombre que le dieron. Sin embargo, el resto de la dirección aparece tan precisa y correctamente redactada que la primera de estas alternativas resulta improbable. También sugiere...

Holmes volvió a guardar silencio.

—¿De qué se trata? —inquirió Pringle con ansiedad.

—Algo en lo que debo meditar —contestó al fin Holmes—. Existe, por supuesto, otra alternativa —añadió con vigor.

—¿Cuál es?

—Que el que enviara la carta es alguien a quien usted conoce, y que desea ocultar ese hecho.

—¡En ese caso, es un intento absurdamente tosco! —repuso Pringle con un bufido.

—Estoy de acuerdo; no obstante, es una posibilidad que debemos tener en cuenta. De momento, el caso es caótico y confuso, y no podemos permitirnos el lujo de descartar cualquier posibilidad, sin importar lo remota que sea. Dígame, ¿ha viajado alguna vez por los Balcanes?

—¡Jamás! —repuso Pringle con cierto asombro—. Ni siquiera he estado cerca de esa parte del mundo, a menos que para ello cualifique el cruce del canal de Suez.

—¿Y su esposa?

—Hasta donde yo sé, sólo en dos ocasiones ha salido de Inglaterra desde que volviera de Ceilán, y en ambas fue para ir a visitar a una prima lejana que vive en las afueras de París.

—No importa —dijo Holmes, sacudiendo la cabeza—. ¿Hay alguien a quien

usted llamaría enemigo suyo... alguien que quizá considere que tiene causa para acosarle?

—Nadie que yo conozca. Una vez me llamaron como testigo de un ahorcamiento, durante mi estancia en Ceilán, y en la zona reinó una atmósfera mala durante un tiempo después, provocada por la familia del hombre; pero no iba dirigida principalmente a mí, pues yo no tenía ninguna relación con el asunto. En cualquier caso, los problemas desaparecieron en poco tiempo, pues el pobre desgraciado ciertamente había sido culpable de los asesinatos más espantosos, tal como su propia familia reconoció.

—Creo recordar que usted dijo que se casó en Gloucester. ¿Ello se debió a que su esposa por entonces vivía en aquella parte del país?

—No del todo. Su familia siempre había vivido en la ciudad. Su abuelo materno, me contó ella, en una ocasión había sido Deán de la Catedral de Gloucester.

—Muy bien —dijo Holmes, reclinándose de nuevo en el sillón y uniendo las yemas de sus dedos—. El problema que usted nos ha presentado, mi querido señor, es de lo más notable, con varios rasgos que aún no me son claros. Pero si deja estos papeles aquí, le daré al asunto mi consideración y a su debido tiempo le haré conocer mi opinión.

—Entonces, ¿tiene esperanzas de descubrir una solución? —preguntó ansioso Pringle.

Había algo casi patético en la expresión implorante de su rostro que resultaba terrible de ver en un hombre tan apuesto.

—Siempre hay esperanza —repuso lacónicamente Holmes—. ¿Estará mañana en su oficina? ¿Sí? Entonces iré a verle si tengo alguna nueva; de lo contrario, por favor, sea tan amable de venir aquí el jueves, si no es una molestia para usted.

—Por supuesto, señor Holmes, por supuesto —respondió el otro, quien, era evidente, estaba muy animado por la confianza manifestada por Holmes—. Pero ¿puedo preguntarle que pasos se propone emprender?

—Los únicos pasos que daré esta noche, mi querido señor, serán hacia el sillón en el que se sienta usted ahora, que resulta algo más cómodo que éste para la meditación prolongada.

—¿Eso es todo? —exclamó Pringle desilusionado—. ¿No hará nada más?

—Consumiré una gran cantidad de un tabaco muy fuerte. Se trata de un problema de unas cuatro o cinco pipas, y no sería inteligente tratar de llegar a conclusiones prematuras.

Pringle me lanzó una mirada inquisitiva; luego se encogió de hombros con aire de resignación.

—¿Le mostró esta carta a su esposa? —preguntó Holmes cuando su visitante se levantaba.

—No vi la necesidad —repuso el otro de manera sencilla, agitando la cabeza.

—Es probable que tenga razón... al menos de momento; y no le mencione a nadie

que ha venido a consultarme.

—¡Ni habría soñado con ello!

—No obstante, puede que se le escape sin que sea su intención. Manténgase en guardia en todo momento, señor Pringle. Una última cosa...

—¿Sí?

—Bajo ningún concepto salga al jardín de noche. No puedo pretender haber desentrañado ya el misterio que le rodea, pero sí estoy convencido de que se halla en un gran peligro.

—Bueno, Watson —dijo mi amigo cuando nuestro visitante se hubo marchado—. ¿Qué piensa de todo esto?

—Nada en absoluto —repliqué con sinceridad.

—¡En verdad que es usted un individuo singular! —exclamó Holmes con una risita—. A veces creo que es usted el hombre más notable de Londres, Watson; pues sin duda que jamás he conocido a otro tan honesto. Imagino que hay pocos que se atreverían a anunciar su ignorancia con tanta candidez; sin embargo, en este caso, no creería a nadie que no se confesara perplejo, ya que el señor Pringle nos ha traído el problema más *outré* con que me he encontrado en estos últimos doce meses. Como él mismo comentó, tomados por separado, los incidentes casi podrían resistir una explicación inocente, trivial, incluso prosaica; pero únalos, y algo más siniestro empieza a ser discernible. Los incidentes individuales son como los toques del flautín, la flauta, la trompeta; pero bajo todo ello, apenas perceptible salvo cuando la pieza se contempla en su totalidad, hay un tema profundo y continuo que descansa en el violoncelo y el contrabajo.

—Y, sin embargo —indiqué—, quizá todas estas cosas *sean* coincidencias. Quizá no haya, después de todo, ninguna relación entre ellas.

—No, no puede ser —repliqué Holmes, el ceño fruncido en seria meditación—. Toda la intuición que poseo me dice que los eventos están, de algún modo, relacionados... *deben* estar relacionados; y depende de nosotros encontrar la conexión. La dificultad radica en el hecho de que los incidentes, tal como se nos han transmitido, no sólo son nítidos, sino, al menos en algunos casos, mutuamente contradictorios. Por ejemplo, uno podría sospechar un mero asunto vulgar de algún tipo entre la señora Pringle y ese hombre, Dobson, de no ser por la relación muy amistosa que parece existir genuinamente entre la señora Pringle y la esposa de Dobson, Helen.

—Sin duda hay algo sospechoso acerca de los Dobson —comenté—. Tienen algún objetivo secreto a la vista, de eso estoy convencido; aunque no soy capaz de imaginar qué podría ser.

—Y, no obstante —repliqué Holmes, agitando despacio la cabeza—, no termina de tener sentido. Considere el asunto, Watson: imagine por un momento que es usted el

que tiene el objetivo secreto a la vista. Usted no es un hombre conocido por su duplicidad, bajo ningún aspecto un intrigador natural; aun así, andaría con mucho cuidado tratando de comportarse con modestia, humildad y educación, y cumpliría todo lo que se requiriera de usted con el fin de eliminar cualquier sospecha que pudiera surgir. Pero los Dobson, lejos de ser discretos, parecen haberse esforzados por ser conspicuos e irritantes para su empleador. ¡Dan la impresión de estar necesitados de astucia!

—Mirado bajo esa luz, su comportamiento ciertamente es extraño —acordé con él.

—Éstas son aguas profundas, Watson —continuó mi amigo después de un momento—, y aún pueden resultar mucho más profundas que lo que nosotros imaginamos ahora. No puedo evitar pensar que todavía hay un factor en el caso que desconocemos; alguna hebra oculta, que, si tan sólo pudiéramos coger, en el acto uniría todos los cabos sueltos, sin importar lo poco relacionados que estén.

—Sin duda que ahora es una madeja enmarañada —comenté—, y le confieso que cuanto más pienso en ello, me resulta más desconcertante. Por ejemplo, ¿cuál puede ser el significado del cubo de líquido violeta que Pringle encontró una mañana junto a la cabaña?

—Ah, mi querido Watson, ahí ha puesto usted el dedo en lo que tal vez sea el punto en toda la historia en el que no existe ningún misterio —respondió Holmes, esbozando una sonrisa—. Pues quienquiera que haya impreso la mano en la pared aquella mañana —usando una tinta corriente, a juzgar por la hoja de papel que hemos examinado—, habría manchado en el proceso su mano de manera tan conspicua a la que manchó la pared, como supongo que usted acordará. Por supuesto, se la podría cubrir con un guante, pero en esta época del año eso despertaría tanto comentario como una mano manchada de tinta, y, en cualquier caso, puede que haya otras circunstancias que hicieran de ese artículo algo imposible. ¿Qué hace, entonces, para eliminar la mancha y, así, preservar su secreto si no meter la mano en el agua y limpiarse la tinta que le incrimina? Es lo que, por cierto, haría yo en su posición. ¡Pero, vamos, empezamos a dar vueltas en torno al problema sin acercarnos ni un ápice a él, al estilo de nuestro buen amigo, el inspector Athelney Jones!

—Muy bien —acepté, riéndome—, le dejaré en sus meditaciones solitarias.

—Pásese por aquí mañana por la tarde —dijo Holmes mientras yo recogía el sombrero y el bastón—, y podremos repasar cualquier progreso en el caso.

A las tres en punto de la tarde siguiente me hallaba sentado junto a la ventana en las habitaciones de mi amigo, leyendo el diario de la tarde, cuando él regresó. Tenía la cara tensa y cansada, pero la sonrisa leve que jugaba en torno a sus labios me indicó que su día no había sido infructuoso.

—¡Qué tiempo agotador! —dijo a modo de saludo, arrojando el sombrero sobre la

mesa.

—¿Ha realizado algún progreso en el caso Pringle? —inquirí.

—Más que eso —contestó—. He desentrañado el pequeño misterio del señor Pringle, y ahora me encuentro en posición de exponerle todos los hechos. Después de todo, resultó un asunto sencillo. ¿Vendrá conmigo? Si nos vamos antes de media hora, llegaremos a tiempo para cogerlo en su oficina de Crutched Friars. En cuanto al consejo que le daré, sin embargo...

Su voz se apagó, y una expresión introspectiva apareció en sus ojos. Resultaba claro que, a pesar de la solución del misterio, había algo respecto al caso que aún le irritaba. Sin decir una palabra, se quitó el abrigo y comenzó a rellenar despacio su vieja pipa negra con tabaco que sacó de la cajita de peltre que había sobre la repisa de la chimenea, todo el tiempo con los ojos perdidos. Una veintena de preguntas se arracimaron en mi cabeza en el acto, pero me contuve de expresarlas, pues sabía bien, gracias a diez años de experiencia, que él me pondría al corriente cuando por propia voluntad decidiera hacerlo, y que interrogarle en otro momento que no fuera ése sería un ejercicio vano.

También sabía que rara vez bromeaba cuando el tema era su profesión, y j amas le vi exagerar sus logros, de modo que si había dicho que tenía resuelto el caso, entonces así era, a pesar de lo increíble que pareciera tal afirmación. ¿Cómo demonios, me pregunté, en menos de veinticuatro horas había descubierto la clave que abriría el misterio que rodeaba a su desgraciado cliente? De nuevo mi mente se volcó a la notable serie de sucesos que Mark Pringle nos había narrado anoche, y de nuevo medité en el significado de todo lo que nos había contado —la perturbadora conversación que había escuchado a escondidas en su lecho de enfermo, las misteriosas y grotescas marcas de la mano, el inescrutable comportamiento de su esposa tanto hacia los Dobson como hacia su propio marido, y las siluetas oscuras y siniestras que aparecían en la noche—, y de nuevo me vi obligado a admitir la derrota absoluta.

—La parte del país donde vive su cliente parece tener una cuota superior de misterios en la actualidad —comenté por último.

—¿Qué? —preguntó Holmes con voz distraída, como si se hallara tan sumido en sus pensamientos que le resultara difícil volver a concentrar su mente en el presente—. ¿Qué ha dicho?

—En el periódico se informa que se encontró el cuerpo de un hombre en el río a primeras horas de esta mañana, justo al lado del Puente Chertsey. Tenía un cuchillo clavado en el costado.

—¿Qué?

—La policía cree que el cadáver fue arrastrado por el río desde la zona de Staines.

Me arrebató el periódico y recorrió rápidamente con la vista la columna, con una expresión de alarma en la cara.

—¡Un hombre bajo y cuadrado! —gritó después de un momento, casi con un tono

de alivio en la voz—... «de complexión robusta y pelo negro rizado, y con un pendiente en el lóbulo de la oreja». Bien, no se trata de nadie que *nosotros* conozcamos.

—Eso juzgué yo.

—No obstante, Watson, se relaciona con el caso.

—¿Lo cree usted?

—Lo sé. ¿Se fijó en lo que llevaba en los bolsillos? «Muy poco se encontró en los bolsillos del hombre muerto con lo que poder establecer su identidad, aunque no parece haber sufrido un robo: en total había tres billetes de una libra y unas monedas sueltas, seis cigarros cortos en una cigarrera de piel de cerdo, una caja de cerillas de cera y un frasco de tinta; además, en el forro de su chaqueta se descubrió el corcho de una botella de vino». Ahora bien, ¿por qué un hombre iba a llevar un frasco de tinta cuando no lleva pluma de ninguna clase?

—¡La mano púrpura!

—¡Exacto! Escuche: «Parece que de sus ropas se quitaron todas las etiquetas y marcas, como si se quisiera impedir cualquier descubrimiento de sus antecedentes, pero dentro de un bolsillo de su chaleco se encontró una etiqueta que tenía una sola palabra —se cree que es el nombre del sastre— escrita en el alfabeto cirílico que se emplea en algunas zonas de la Europa Oriental. La posibilidad de que el asesinado sea de allí recibe cierto apoyo por la evidencia del cuchillo que lo mató. Se trata de una hoja fija y estrecha, con una empuñadura de hueso elaboradamente tallada, y en cuyo acero aparece la palabra “Belgrado”».

—¿Qué significa eso, Holmes?

—Que los acontecimientos se han movido a mayor velocidad que la que yo anticipé. Si queremos impedir otra muerte, debemos actuar de inmediato. ¿Vendrá conmigo?

—Por supuesto. ¿Vamos a Crutched Friars?

—No, a Low Meadow.

Se puso el abrigo y el sombrero tan rápidamente como se los había quitado, y un minuto después nos hallábamos en un cabriolé marchando a toda velocidad entre el tráfico de la estación de Waterloo.

—Sin duda ya se habrá formado una opinión del asunto —dijo Holmes mientras el coche del tren traqueteaba por el viaducto y atravesaba la estación Vauxhall.

Sacudí la cabeza.

—Me interesaría mucho escuchar sus propias conclusiones —repliqué.

—Recordará —empezó pasado un instante— que mi cliente tenía la certeza sólo de dos hechos respecto a su visitante nocturno: que exhibía una mano deforme y que era inusualmente pequeño de estatura. Pero en las dos opiniones estaba equivocado. La mano, como vimos, es en realidad muy corriente; y parecía probable, una vez que nos enteramos de que la huella se hizo a unos ciento cincuenta centímetros del suelo, que su figura también fuera corriente.

—¿Por qué?

—Porque sería la tendencia natural de cualquiera establecer semejante huella a la altura del hombro —inténtelo usted alguna vez y lo verá—, y cualquiera que tenga un metro y medio hasta los hombros es de altura corriente. Así que el intruso deja de ser inhumano y monstruoso y, a cambio, pasa a ser un espécimen de humanidad perfectamente normal.

—Veo que eso haría que el asunto fuera aún más desconcertante y difícil de desentrañar —comenté.

—Por el contrario, por primera vez deja pasar un diminuto rayo de luz en el misterio.

—No le sigo.

—Piense. Si el intruso no está equipado por la naturaleza con seis dígitos en su mano derecha, entonces el hecho de que la imprima de esa manera extravagante es, evidentemente, una cuestión de elección deliberada por su parte. Está claro que la marca tiene una importancia definitiva para él, y debe esperar que posea la misma importancia para aquellos que la ven, si no, el ejercicio sería inútil. Así pues, la huella como algo inescrutable y puramente personal desaparece del todo, y en su lugar vemos un elemento de comunicación pública, que está sujeto a una investigación más receptiva.

—Sigo sin estar convencido —dije—. ¿Pues qué posible importancia podría poseer tal pintarrajo grotesco?

—¿No ha oído hablar a nadie de la Mano de Siete Dedos? —preguntó Holmes en voz baja.

—¡Jamás!

—Debo reconocer que no me sorprende; en realidad, no hay motivo para que usted lo supiera, pues sus actividades reciben poca publicidad en este país. Ciertamente, hasta hoy mi propio conocimiento de ella era muy escaso, y, sin embargo, casi entra en mi campo de especialización. Es una sociedad secreta, Watson... esa vil excrecencia de la civilización. Se yergue como una bestia inmunda en los Balcanes, sus tentáculos malignos extendidos hasta todos los rincones remotos, de modo que apenas hay un pueblo o una villa allí donde no pueda comandar la alianza de al menos una persona; y esa alianza rara vez es invocada salvo para el terrorismo y el asesinato.

—¡Suena monstruoso, Holmes! ¿Cuál es el propósito de semejante organización?

—¡Ah! La respuesta a esa pregunta ilustra bastante bien la divergencia entre la teoría y la práctica en las empresas humanas; pues lo sorprendente es que la sociedad de la que hablo en un principio se formó con hombres de principios y mentes elevadas, quienes jamás habrían elegido reunirse en cónclave secreto si no se hubieran visto impulsados a ello. Sus objetivos originales eran muy altruistas, y su única meta la de importunar a las autoridades en nombre de sus compatriotas cuya suerte consideraban dolorosa. Pero la sociedad pronto fue tomada —algunos dirían

que de forma inevitable— por aquellos que se regocijan en el secreto y en pasar invisibles por la noche con el cuchillo oculto bajo la capa, en sentir el poder en el asesinato anónimo del inocente. No tardó en abandonarse toda pretensión de altruismo, y la única razón de ser de la sociedad se convirtió en su propia y continuada existencia, una existencia que se mantiene y se alimenta con el terror del mismo pueblo en cuyo nombre se fundó en sus orígenes.

»El nombre algo fantasioso de la sociedad deriva en parte del hecho de que estaba constituida originalmente en grupos de siete provincias distintas, y también de una ceremonia de iniciación en la que al nuevo recluta le obligaban a dejar una marca de la mano en un documento de fidelidad a la sociedad. Esta huella, embellecida con la adición de dos dedos extra, con el tiempo se convirtió en el símbolo de la sociedad. Se usa para proyectar el terror en los corazones de sus enemigos, y es algo que sí hace, pues la sociedad tiene la merecida reputación de ser implacable y despiadada. Se lo aseguro, Watson, un hombre preferiría estar encerrado en una jaula con tigres antes que tener a esos caballeros siguiéndole el rastro.

»Todo esto pude averiguarlo esta mañana después de largas horas pasadas entre archivos de periódicos antiguos... ¡un trabajo duro, Watson! También allí descubrí unos cuantos hechos más, que trae la historia de esa banda impía hasta la actualidad: la sección Roumeliana de Oriente, habiendo evidentemente transgredido alguna regla, el año pasado fue expulsada de la sociedad entre un considerable derramamiento de sangre. Por ello, se quitó un dedo del símbolo de la sociedad, dejando sólo seis... como en la carta que nuestro desdichado cliente recibió ayer por la mañana en su mesa de desayuno.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. ¿Qué posible asunto puede tener esa sociedad abominable en Inglaterra? ¿Y por qué buscan aterrorizar a Mark Pringle?

Holmes no contestó en el acto, sino que se reclinó en su asiento y contempló la tranquila campiña a través de la cual avanzaba nuestro tren. A ambos lados de las vías se extendían amplias extensiones de páramos hasta lo lejos, veteados con puntos brillantes de amapolas y botones de oro. A mí me parecía increíble que en semejante día, y en ese lugar, esos hombres desesperados de allende el mar pudieran estar llevando a cabo sus fines malignos.

—Mark Pringle no es su principal presa —dijo por fin mi compañero—. Recordará que nuestra primera conjetura al ver el sobre con el nombre mal escrito fue que el que la enviaba no conocía personalmente a Pringle. Ello sugiere como posibilidad que sólo fue por el hecho de que le vieran en el jardín el domingo por la noche que se tomaron las molestias de aprenderse su nombre —sin duda por un vecino—, con el fin de enviarle una advertencia específica para que no interfiriera en sus asuntos. El que evidentemente no supieran con anterioridad su identidad sugiere además que las dos primeras marcas de la mano no fueron dejadas para él.

—No lo entiendo —interrumpí—. ¿Significa entonces que no se encuentra en peligro?

—No iría tan lejos como para decir eso —replicó mi amigo—. En verdad, creo que aún es excesivamente afortunado de estar con vida. Pero, para contestar su pregunta con más detalle, es necesario remontarse doce años atrás, cuando un caballero de nombre James Green depositó una gran cantidad de dinero en las bóvedas del banco Anglo-Helena en King William Street, en Londres. Él era, de acuerdo con su propio testimonio, el director de una firma de transportistas de vino, que se especializaban en vinos de Grecia y las islas Egeas. Durante intervalos regulares después de eso, se depositaron otras sumas y, de vez en cuando, se retiraba algo, bien de Londres o de la sucursal que tienen en Atenas.

»Fue sólo cuando el banco se arruinó, entre un terrible escándalo, a principios del 82, que en el curso de los intentos por localizar a todos los acreedores y arreglarlo con ellos lo mejor que pudieran —que apenas cubría el dinero debido—, las autoridades descubrieron que ninguna persona llamada James Green existía, y tampoco su supuesta firma de importadores de vinos. Toda la charada había sido planeada para ocultar el hecho de que los fondos eran de la Banda de los Siete Dedos... dinero que le había sido arrebatado a los labriegos de Europa Oriental, y que se empleaba en la potenciación de los fines malignos de la sociedad y para mantener a sus líderes muy bien. Ello salió a la luz en la bancarrota y el subsiguiente juicio por fraude, que creó un gran revuelo en su época.

—Me parece recordarlo —dije—. El director había empleado el dinero de sus clientes en una serie de especulaciones arriesgadas, y todas fracasaron. Así, se vio empujado cada vez más y más a tomar medidas desesperadas, y sin embargo descabelladas, en su intento por recuperar las pérdidas, hasta que al final el banco apenas tenía un penique a su nombre.

—Lo recuerda bien. El director se llamaba Arthur Pendleton, que se distinguió en el juicio por no mostrar el más mínimo indicio de remordimiento, y que fue, como he averiguado gracias a los registros del juzgado esta mañana, sentenciado a quince años de prisión. Un subdirector a quien él, de algún modo, consiguió enredar en sus planes dementes e ilegales recibió una sentencia más corta, de diez años, en reconocimiento a su menor culpabilidad y en la certeza de que si no hubiera sido por la influencia fuerte y maligna que tenía el otro sobre él, jamás se habría involucrado en el asunto. El banco se cerró, pero los acreedores apenas recibieron un uno por ciento de lo que se les debía.

—Es evidente que ha tenido un día ocupado —comenté, impresionado por la velocidad con la que mi notable amigo había sido capaz de conseguir información de tales asuntos remotos—; pero aún no consigo ver la pertinencia de estas cuestiones en el caso que nos ocupa. ¿Está usted convencido de que existe una relación?

—El asunto se encuentra más allá del reino donde resulta apropiado hablar de convicción y certidumbre —repuso Holmes—. Esta tarde pasé un rato revelador en Somerset House, y cuando leí que el hombre encontrado en el río en Chertsey llevaba un viejo corcho de una botella de vino en su chaqueta, no quedaron más dudas de lo

que estaba sucediendo.

—¿Un corcho de una botella de vino?

—Lo usaba para proteger la punta del cuchillo y para impedir que la hoja cortara el forro de su chaqueta, lugar donde se guardaba.

—¿Está sugiriendo que el cuchillo que le mató era el suyo propio?

—Eso mismo. Se trataba de un asesino, Watson; es algo que resulta evidente. Pero aquel a quien pretendía matar volvió el arma en su contra. Usted leyó que se habían quitado todas las etiquetas de sus ropas. Es algo característico de semejantes hombres: el anonimato es la esencia misma de su trabajo. Jamás se ha de trazar una conexión entre el asesino y la organización a la que sirve.

—Tales precauciones dan la impresión de sugerir —comenté después de un momento— que el hombre consideraba bastante probable la posibilidad de perder su propia vida.

—Bueno, como puede imaginar, es un peligro siempre presente para el asesino. Pero no un peligro en el que piense; pues es consciente de que el fracaso en llevar a cabo su misión dará como resultado que el siguiente encargo llevará su nombre, no como agente, sino como víctima. ¡Pero vamos! Hemos llegado a Staines y debemos darnos prisa.

Un corto viaje en el coche de la estación por un camino comarcal abrasado por el sol nos llevó hasta las puertas de Low Meadow, donde le pagamos al conductor y entramos a pie. Subimos rápidamente por el sendero, rodeamos la casa y nos dirigimos a los jardines de atrás. Ni una brisa de aire perturbaba las hojas de los árboles, y la atmósfera estaba cargada con el perfume de las flores.

Delante de nosotros, en el césped, había una mujer joven y atractiva con un vestido blanco sentada sobre una manta, y con un cesto de costura a su lado. Se sobresaltó al vernos, y su rostro exhibió una expresión de sorpresa.

—¿Señora Pringle? —inquirió mi amigo.

—Sí, pero...

—Me llamo Sherlock Holmes. Por favor, perdone esta brusca intrusión en su intimidad, pero nuestra misión es muy urgente.

—Será mejor que se explique —dijo ella con cierta tensión, poniéndose de pie.

—No hay tiempo.

—Insisto.

—Muy bien. He sido contratado por su esposo para realizar investigaciones en su nombre sobre ciertos asuntos que recientemente le han dejado perplejo. Todo lo que he averiguado me convence de que se halla en peligro mortal.

—¿Mi esposo? —preguntó ella con incredulidad.

—No; su hermano.

Ante esas palabras calló un instante y aspiró una profunda bocanada de aire; luego echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada.

—¡Es evidente que lo que ha averiguado son tonterías! —exclamó—. No tengo

hermanos; por lo tanto, quien tiene a su hermano en peligro mortal no soy yo.

Holmes permaneció impassible ante ese exabrupto.

—No puede permitirse el lujo de seguir con el juego —indicó con gravedad— cuando es la vida de su hermano la que corre peligro.

—Le digo que no...

—Entiendo muy bien los motivos para su engaño, señora Pringle —la interrumpió Holmes—, pero créame cuando le aseguro que el tiempo para esas cosas ha pasado. Quizá si le contara todo lo que sé pueda convencerla de que digo la verdad.

Pareció a punto de replicar, pero titubeó, y Holmes se apresuró a continuar:

—Su hermano, John Aloysius, nació el quince de octubre del año 1858 en Gloucester. En 1880 se casó con Helen Montgomery en Guilford. En 1882, mientras trabajaba en King William Street en la sucursal del banco Anglo-Heleno se involucró en una serie de malversaciones masivas, y como resultado de ellas, cuando el asunto salió a la luz, fue sentenciado a diez años de cárcel.

—¡Es falso! —gritó acaloradamente ella—. ¡La acusación fue falsa! Sólo se involucró con Arthur Pendleton en un intento por salvar a ese hombre desgraciado y desagradecido, pero pronto se encontró atrapado en la red de engaños del otro, de la que, a pesar de todo lo que luchó, no pudo escapar. Ninguna intención de beneficio personal cruzó jamás por su cabeza. Una sola palabra acerca de la verdad procedente de la boca de ese villano podría haber salvado a mi hermano de un destino injusto; pero su corazón era de piedra, su amistad falsa.

—No dudo, señora, que lo que usted dice es verdad; no obstante, no he venido a acusar a su hermano, sino a salvarlo. Hace unas pocas semanas, habiendo obtenido el perdón de su pena y hallándose seriamente enfermo, fue liberado de la prisión. Poco antes de su puesta en libertad, su esposa, quien le había sido leal y fiel en todos los largos años de encarcelamiento, vino a verla para discutir el asunto. Su esposo, que por alguna razón desconocía todo acerca de su hermano, oyó parte de su conversación, pero la interpretó mal considerando que se refería a él mismo.

—Me habría encantado contarle a Mark toda la verdad —interrumpió la señora Pringle, derramando una lágrima—, pero John me suplicó que no lo hiciera. No quería, dijo, infligir esa vergüenza y desgracia a su hermana y a su marido. No dejé de repetirle que Mark le recibiría como a un hermano de verdad, y que no le juzgaría mal por lo que ocurrió en el pasado; pero se negó en redondo a abusar de la generosidad de Mark, y yo me vi obligada a mantener su existencia en secreto. Todo este tiempo he obrado de acuerdo con sus deseos.

—Lo entiendo —dijo Holmes—. Por ello se arregló que vendría aquí ocupando el puesto de jardinero, con la esperanza de poder recuperar la salud en el campo. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —repuso ella con sencillez—. No sé cómo lo ha averiguado, pero da la impresión de saberlo todo.

—Desgraciadamente, eso no es todo. Están aquellos para quienes la sed de venganza no queda satisfecha por el tiempo pasado en prisión por su hermano.

—¡Seguro que no habla en serio, señor Holmes! —exclamó alarmada—. Mi hermano ha pagado de sobra por su necedad. ¿Es que la ley no puede frenar a esa gente?

—Nada puede frenarlos, señora Pringle. No reconocen otra ley que la suya propia. Debe sacar a su hermano de aquí. Ya ha habido un intento contra su vida, y me temo que el segundo quizá no se retrase mucho. ¡Parece incrédula! ¿No ha leído sobre el hombre que encontraron esta mañana en el río?

—La policía cree que procedía de Europa Oriental.

—De ahí es de donde viene el peligro. ¿Recuerda la extraña marca de una mano que se encontró en la pared del cobertizo después de la visita que le hiciera su cuñada? Fue obra de esos hombres. Es evidente que vigilaban todos sus movimientos, conscientes de que su esposo sería puesto en libertad en poco tiempo, y dejaron su huella para hacer notar su presencia. Más adelante, cuando su hermano y su cuñada se mudaron a la vieja cabaña, volvieron, y de nuevo dejaron su marca con el fin de anunciar que la venganza se acercaba. El domingo pasado por la noche, mientras daba un paseo por el jardín, su esposo sorprendió a uno de esos hombres, creo, y ellos posteriormente le enviaron una nota de advertencia. Desde luego, para él la mano púrpura no significaba nada; pero estos hombres tienen la arrogancia de todos aquellos que se sumergen y ocultan sus propias identidades en la de una organización anónima, y creen con firmeza que no existe nadie que no comprenda y sienta miedo al ver su señal. Diría que su esposo fue afortunado de escapar con vida. Sólo el hecho de que el trabajo del asesino no se finalizó le salvó la vida; pues la vida humana no representa nada para estos hombres.

—Pero, si el asesino ahora está muerto, nada hemos de temer —dijo la señora Pringle.

—No habrá venido solo a Inglaterra.

Durante un minuto los tres permanecimos en silencio sobre ese césped cuidado y soleado, y las palabras de Sherlock Holmes parecieron las invenciones malignas y dementes de un loco. Laetitia Pringle sacudió la cabeza una y otra vez.

—No basta el deseo para que esas cosas desaparezcan —dijo Holmes por último, como si percibiera los pensamientos más íntimos de la pobre y perpleja mujer—. Debe actuar, y actuar con rapidez.

—¿Qué debería hacer?

—Sacar a su hermano de Inglaterra... sí, y también fuera de Europa. Debe contarle todo a su esposo...

La frase quedó cortada, pues con un grito agudo de alarma una mujer de pelo rubio entró en nuestro pequeño círculo procedente de detrás de una hilera de laureles.

—¡Lettie! ¡Lettie! —gritó—. John ha desaparecido...

Se interrumpió abruptamente cuando sus ojos se posaron en Holmes y en mí. Se

detuvo en seco y se tambaleó de un lado a otro con una expresión salvaje en los ojos, como si se hallara al borde del desmayo, pero Holmes dio un paso y la cogió con delicadeza del brazo.

—No tema, señora Wadham; venimos como amigos.

—Es el señor Sherlock Holmes —le dijo la señora Pringle a su cuñada.

—¿De verdad? —respondió la otra—. Su nombre me es familiar, señor, y he oído decir que no hay problema que usted no pueda solucionar; pero me temo que en este caso sus poderes no sirven. Mi esposo parecía tan enfermo hoy que le dejé en cama. Ahora volvía de cuidar el huerto y descubrí que no estaba, y encontré esta nota en la mesa de la cocina.

Con mano temblorosa le ofreció una hoja de papel azul a mi amigo, que la desdobló y leyó en voz alta:

Mi querida Helen:

Recordarás cuan a menudo nos animamos con la esperanza de que una vez que hubiera cumplido mi pena, nuestros problemas acabarían y dejaríamos por fin el pasado atrás. ¡Ay! Esa esperanza era vana. He descubierto hace poco que algunos de los que perdieron dinero en el fiasco del banco Anglo-Helena no descansarán hasta que vean muertos a aquellos a quienes consideran responsables del asunto. Como el viejo Pendleton falleció en la cárcel hace tres años, yo soy el único foco de atención para su venganza, injusta como tú bien sabes que es. Es un cambio en los acontecimientos que siempre he temido, aunque no he dejado de rezar para que dicha amenaza se levantara de mi cabeza. Ahora las esperanzas y los miedos por igual son aciagos, y he de salir al encuentro de mi destino solo. Anoche, mientras estaba sentado en la orilla del río poco antes de retirarme, vino el primer asesino; pero yo no soy alguien que entregue su vida sin luchar, a pesar de la debilidad de mi cuerpo. Me atacó con un cuchillo, mas conseguí bloquear el golpe y le tiré al suelo. Durante un rato nos debatimos; luego, sin un intento consciente por mi parte, su propio cuchillo le atravesó el costado, con su mano aún en la empuñadura. Arrojé el cuerpo sin vida a las aguas, y tomé la decisión de no contarte nada del incidente. Ya os he traído suficientes problemas a ti y a mi querida hermana y a su marido; es hora de que me marche. Estos demonios sólo me quieren a mí; si no estoy contigo, te encontrarás a salvo. Por favor, perdona esta manera silenciosa de partir, pero sé que no me dejarías ir si te lo dijera en persona.

Tu amante esposo, John.

—¿Qué voy a hacer? —gimió Helen Wadham, con la voz dominada por la angustia.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su marido? —inquirió Holmes con tono perentorio, devolviéndole la carta.

—Hace una hora; pero no puede estar lejos, pues permanecí cerca de la cabaña

hasta hace veinte minutos.

—No ha pasado por aquí, de modo que es evidente que ha tomado el sendero que corre junto al río —dijo mi amigo—. Vamos, Watson; puede que aún quede tiempo para persuadirle de ese necio curso de acción. Solo no tiene ni una sola oportunidad contra esos hombres.

Bajamos corriendo por el sendero en dirección al río, seguidos de cerca por las mujeres. Al llegar a la cabaña Holmes entró a toda velocidad, pero de nuevo volvió a salir casi de inmediato, sacudiendo la cabeza en respuesta a mi pregunta. Un poco más adelante salimos de la arboleda y llegamos a la orilla del río, donde la tierra desnuda del sendero estaba reseca por los fuertes rayos del sol. Miramos a derecha e izquierda, y nuestros ojos encontraron una visión sombría. A unos quince metros corriente arriba yacía en el camino la figura encorvada de un hombre, con las botas metidas en las aguas. Holmes emprendió la carrera y yo le seguí, pisándole los talones.

Un rápido vistazo me reveló que el hombre se hallaba más allá de toda ayuda humana. La pechera de su camisa estaba horriblemente ensangrentada, y en el mismo centro de la mancha sobresalía la empuñadura tallada de un cuchillo. Una hoja de papel desgarrada se había clavado en el mango, en la que se veía la huella púrpura de una mano humana. Entonces supe que la cara pálida y amable que miraba hacia arriba con ojos vidriosos era la del jardinero extraño y la del desconocido cuñado de Mark Pringle. Extraje el cuchillo del pecho y lo tiré a un lado, y con la ayuda de Holmes alcé el cuerpo y lo depositamos sobre la hierba.

—¡No permita que se acerquen las mujeres! —siseó Holmes, que, apoyado sobre sus cuatro extremidades, examinaba detenidamente la orilla del río.

Pero era demasiado tarde; vinieron corriendo y fue imposible contenerlas. ¡Qué cosa tan horrible fue para ellas ver, y cómo quedó ese horror marcado en sus caras!

Di la vuelta cuando un grito surgió desde alguna parte a nuestras espaldas. Allí, al pie del sendero del jardín, estaba el cliente de mi amigo. Corrió en nuestra dirección con una expresión de desconcierto en el rostro.

—La criada me dijo que te había visto... ¡Vaya! ¡Por qué esas caras tristes! —gritó al ver las expresiones de dolor de las dos mujeres.

Rápidamente, en pocas frases, Holmes le contó lo esencial de lo ocurrido. Jamás en mi vida he visto a un hombre tan sobrecogido y mortificado en un espacio tan breve de tiempo. Durante un largo minuto contempló el cuerpo del hermano de su esposa, con una expresión profunda e inescrutable en el rostro.

—Si hubiera vivido habría llegado a quererle —dijo por último en voz baja—. Vamos —continuó, volviéndose hacia mí—. Llevemos el cuerpo a la casa. Aunque en vida rechazó mi hospitalidad, en la muerte la recibirá.

Una vez en la casa, Holmes cogió un mapa, que estudió durante unos momentos con mucha concentración.

—El río gira aquí —dijo al final—. Si tomamos el camino principal puede que

consigamos interceptar al asesino antes de que logre escapar.

En esta ocasión, sin embargo, los recursos de mi amigo resultaron insuficientes, y no se pudo localizar ni rastro del asesino en la zona. Más tarde se descubrió un esquifo abandonado en la orilla opuesta del río, y las investigaciones indicaron que el fugitivo había cruzado hasta Surrey y bajado por Chertsey, en donde cogió un tren hacia Londres.

Trabajando sobre cierta información proporcionada por Sherlock Holmes, la policía arrestó más tarde a un serbio que se hospedaba en el hotel Green en el West End. Sin embargo, no se podía establecer ninguna acusación efectiva en su contra, y cuando las protestas diplomáticas amenazaron con convertir el caso en un incidente internacional, la policía se vio obligada a soltarle.

—¡Ahí va un asesino! —comentó Holmes con amargura cuando una mañana leyó en el periódico que el hombre había sido depositado en el paquebote de Calais, con la advertencia formal de que jamás debía volver a poner pie en Inglaterra.

En cuanto a Mark Pringle y su esposa, luego me enteré de que él había superado su enfermedad, y que los dos habían regresado a Ceilán, llevándose con ellos a Helen Wadham, con la esperanza de que una nueva vida en un entorno distinto pudiera ayudar a borrar de sus corazones y mentes el doloroso recuerdo de la tragedia que había caído con tanta fuerza sobre ellos en Low Meadow.

# La aventura de la casa Hillerman

JULIAN SYMONS

La mujer joven que subía por el sendero que salía del camino comarcal en dirección a Beachy Head era alta y elegante, con el cabello rubio apenas visible por debajo del sombrero, de tez pálida y ojos inocentes de un azul porcelana. Llevaba un vestido de un color que no era del todo crema, y zapatos de andar. El sendero herboso con los setos a ambos lados no era empinado, pero iba cuesta arriba todo el trayecto, y cuando llegó al final respiraba un poco más deprisa de lo habitual, quizá debido a la subida, o tal vez por la excitación.

Al final del sendero, y no antes, la cabaña resultaba visible. Se erguía en un campo, y tenía un techo de piedra, con ventanas emplomadas a los dos lados de la puerta de entrada. Estaba rodeada por unos setos bajos que le daban una agradable atmósfera de intimidad, y vislumbró un jardín más allá de la puerta de las vallas. El aire aquí arriba en Sussex tenía un frescor tonificante, y lo respiró agradecida mientras atravesaba el campo. Estaba a punto de alzar el pestillo de la puerta cuando se vio inmovilizada por un grito de «¡No se mueva! ¡Cuidado!».

Permaneció del todo quieta, pero giró la cabeza. A unos treinta metros, del otro lado de la cabaña, una figura con velo y guantes se inclinaba sobre un panal de abejas. A ella le pareció que estaba metiendo algo en el panal con suma cautela. Durante dos o tres minutos el hombre permaneció inclinado sobre el panal, luego, despacio, se irguió y fue en dirección a la mujer, alzándose el velo y quitándose los guantes gruesos al caminar.

—Le pido perdón por gritar con tanta brusquedad, pero es un asunto muy delicado cuando se introduce a una reina nueva en el panal. Existe el riesgo del rechazo, y para evitarlo he desarrollado una caja de un tipo nuevo que se puede deslizar entre dos palillos a la cámara de cría... pero he de pedirle de nuevo perdón, pues desde luego la introducción de una reina en el panal no puede tener el gran interés para usted que tiene para mí. ¿Es usted la señorita del *South Eastern Gazette*?

La joven asintió. Él se quitó el sombrero y el velo, y ella reconoció las facciones aquilinas y los ojos penetrantes de Sherlock Holmes. Era casi igual que como lo habían retratado en el *Strand Magazine*, excepto que los años habían blanqueado su pelo y las mejillas mostraban las arrugas de la edad.

Abrió la puerta de la cabaña, guardó a un lado el equipo de cuidado del panal en un armario, y se hizo a un lado para dejarla entrar. La periodista observó a su alrededor con una curiosidad tocada con algo de temor reverencial. Era un cuarto confortable, pero que mostraba las marcas de descuido del soltero. Había cosas que reconocía de las descripciones de las historias del doctor Watson, el cubo del carbón, que como pudo ver contenía algunas pipas y sin duda también tabaco, el estuche del

violín, los montones de periódicos sobre un escritorio. En la pared había fotos de deportes... ¿vendrían de Baker Street? ¿Era ese sillón junto a la chimenea el que tan a menudo había usado el doctor?

Sherlock Holmes le ofreció ese mismo sillón, se sentó frente a ella, llenó una pipa con un tabaco muy oscuro, y clavó en la joven una mirada cuya intensidad la hizo sentir incómoda. Cogió la carta que ella le había escrito de entre una docena que había sobre el escritorio y la leyó con atención.

—Me desconcierta cómo encontró mi dirección. Desde que me retirara he hecho todo lo posible para mantenerla oculta, llegando incluso hasta el extremo de hacer pública una descripción totalmente inexacta de mi pequeño hogar.

—En mi carta mencioné a mi tía E-Evelyn. El doctor W-Watson ha sido su médico y luego se convirtió en un amigo de la familia. Él fue lo suficientemente amable como para darle a mi tía su dirección.

Habló con un leve y atractivo titubeo.

—Así que es mi viejo amigo, el doctor Watson, quien ha sido descuidado, y no por primera vez, se lo aseguro, y es a él a quien le debo su visita. Debo informarle que el periodista es uno de los miembros de la especie humana que más abomino. Sus preguntas tienden a lo impertinente o lo irrelevante, y las piezas que escriben están redactadas en un inglés inculto. Sin embargo, hubo algo que me interesó en su carta, de lo contrario no la habría respondido. Adelante con sus preguntas, que yo contestaré sólo con el acuerdo de que mi pequeño hogar no será fotografiado ni identificado bajo ningún aspecto, y que cualquier cosa que usted escriba me será enviada para mi aprobación.

De nuevo miró la carta, y se reclinó en su sillón mientras ella sacaba su cuaderno de notas y un lápiz de un bolso espacioso. Daba la impresión de no saber cómo empezar.

—¿Vive solo aquí?

—Absolutamente solo, salvo por una mujer del pueblo que viene tres veces por semana a limpiar y ordenar la casa, y a realizar el lavado y planchado necesarios. Por lo demás, yo me ocupo de mí mismo. Mis necesidades son pocas, comidas sencillas y tabaco que encargo por kilos. Cultivo mis propias verduras y mantengo a mis propias gallinas en la parte de atrás de la casa. Una vez a la semana voy a Eastbourne y compro los periódicos, aunque rara vez encuentro algo en ellos que me interese. El mundo ha avanzado desde que terminó la Gran Guerra, en su mayor parte de modo que yo no apruebo ni comprendo. Así que paseo por el campo sin importar el clima y mantengo mis abejas, que a veces me instruyen respecto al comportamiento humano. La vida industriosa de la abeja trabajadora, la instalación de la reina que carece de poder, aunque la vida de la colonia depende de ella, la masacre de los zánganos cuando ha terminado la producción de miel a finales del verano... son lecciones que se pueden leer en la existencia de las abejas y que los estadistas deberían aprender.

El lápiz de ella no había dejado de moverse.

—La colección más reciente de sus casos, *Su Último Saludo*, se publicó hace unos pocos años, en 1917, y la última historia estaba situada en agosto de 1914, y hablaba de la captura del espía alemán Von Bork. ¿No h-hay casos posteriores?

Sherlock Holmes chupó la pipa. El humo se alzó y se perdió entre las vigas de roble del techo.

—No ha habido nada desde el asunto Von Bork. Mi mundo no es el de los coches y el aeroplano. Soy un conductor diestro, pero mi medio escogido de transporte siempre ha sido el ferrocarril o el cabriolé.

—Entonces, ¿no habrá más registro de sus casos?

—No he dicho eso. No mantengo contacto con Watson, pero le he dado permiso para escribir las historias que él desee, e incluso yo mismo he elaborado notas acerca de un par de asuntos. Watson no siempre escoge los casos que a mí me parecen los más interesantes —siempre quise que escribiera sobre el problema de la desaparición de James Phillimore—, sino que es él quien los elige. Me atrevo a decir que tal vez reúna otra colección a su debido tiempo, pero todos serán casos del pasado. —Hizo una pausa—. Mas siento decir que mi viejo amigo últimamente se ha aficionado a la botella y con frecuencia se halla en un estado de estupor, de modo que es poco probable que llegue a editar un libro.

—¿Y usted ahora n-no se ocupa de ningún caso?

Holmes dejó a un lado la pipa, adelantó el torso y le quitó el lápiz de los dedos.

—Pongámosle fin a esta charada. Usted no trabaja para el *South Eastern Gazette* o para ningún otro periódico. Dígame por qué ha venido a verme y qué es lo que la ha agitado tanto.

—Yo... yo... ¿ha sido tan obvio que no era una reportera?

—Para mí, muy obvio. Su carta fue escrita a mano, en un papel con una dirección privada. Una verdadera reportera habría usado el papel del periódico, y, lo más probable, una máquina de escribir. En una de mis visitas a Eastbourne telefoneé al editor del *South Eastern Gazette* y descubrí que no había nadie con su nombre en la redacción. Entonces sentí curiosidad acerca de su objetivo y acepté recibirla. Cuando la observé tomando notas, se hizo claro que no estaba empleando la taquigrafía Pitman ni la moderna Gregg, ni cualquiera de las cuarenta y siete formas de escritura abreviada que con modestia reconozco haber estudiado. Estaba transcribiendo garabatos, nada más. Cuando, por último, le hice una revelación acerca de Watson, una tan impactante que tendría que haberla levantado del sillón —y, puedo decir, en la que no existe una palabra de verdad—, usted le prestó tan poca atención que simplemente pasó a la siguiente pregunta que había preparado.

—¿Y mi agitación? Esperaba haberla ocultado.

—Cuando una dama joven, por lo demás vestida de manera impecable, viene hasta aquí luciendo medias de distinto color...

Ella bajó la vista y se sonrojó.

—¡Santo cielo!

—La diferencia que hay entre ellas es muy leve, más que nada una cuestión del patrón junto a las costuras, pero ahora que las faldas se han subido por lo menos quince centímetros por encima del tobillo, es posible para el ojo entrenado notar tales cosas.

—Señor Holmes, quería verle para pedirle su ayuda. Pensé que no le prestaría atención a una carta, pero de verdad que estoy desesperada. Por favor, no me eche.

—No pensaba hacerlo. ¿Para qué sirven las reglas si no se hacen excepciones a ellas? Y ahora guarde su cuaderno de notas. Haré un poco de té —el retiro fomenta las virtudes domésticas— y mientras lo tomamos y comemos una rebanada del pan que horneé esta mañana, podrá contarme su historia.

—Se trata de mi novio, el capitán Rogers, Jack Rogers. Ha desaparecido. Temo que pueda estar muerto.

El té tenía un aroma delicado, las tazas y platos eran de Spode, el pan, cortado fino, estaba lleno de sabor. Sherlock Holmes dijo:

—He notado su anillo.

—¿No es hermoso?

Ella se lo quitó del dedo y se lo pasó. Las piedras centellearon cuando lo levantó a la luz y, luego, murmurando una excusa, lo inspeccionó a través de una lupa que sacó de un cajón antes de devolvérselo.

—Y ahora cuénteme su historia —comentó—. El mejor sitio para empezar, por lo general, es desde el principio.

Al contarle su historia ella habló con más libertad, y su leve tartamudeo desapareció.

—Vivo con mis padres, señor Holmes. No somos una familia rica, pero supongo que llevamos una vida desahogada. Nuestro hogar se halla en las afueras de Guilford, en Surrey, una casa que se dice se remonta a la época Tudor. No tengo hermana, pero sí un hermano, Bertie. Él es... puede hacer tonterías, pero le quiero, todos le queremos. Bertie fue muy valiente en la guerra y le ha resultado difícil establecerse desde que volvió. Ahora trabaja con un corredor de bolsa, pero en realidad lo único que le gusta es conducir su pequeño coche Ford.

—¿Y su padre?

Ella se mostró sobresaltada.

—¿Perdón?

—¿Cuál es la ocupación de su padre?

—Oh, papá, en ese sentido, no tiene ninguna ocupación, carece de relación con los negocios y supongo que es terriblemente poco práctico. Va a Guilford tres días por semana al club de *bridge* —creo que es uno de los mejores jugadores del país—, y es secretario de la sociedad topográfica local y presidente del club de *cricket*. Todas esas cosas requieren tiempo. Papá a veces dice que, con todo lo que hay que hacer, desearía que el día tuviera más de veinticuatro horas.

—Imagino que a veces ese puede ser el caso —repuso Holmes con sequedad—. Y

supongo que usted no trabaja, ¿verdad?

—No. Papá me envió a estudiar a un convento. Nuestra familia tiene parientes religiosos... uno de mis tíos mayores es canónigo de la Catedral de Chichester. Siempre he pensado que me gustaría hacer algo... algo útil, como... oh, cuidar a leprosos. Pero papá y mamá se opusieron a ello. Me gustaría tener un trabajo, hay veces en que de verdad desearía ser una reportera, pero sé que papá no lo consideraría una ocupación adecuada para una dama. Ha aceptado que estudiara para ser concertista de piano, y voy a Londres dos veces por semana a una escuela de música. Papá y mamá dicen que toco muy bien, pero en verdad, señor Holmes, no creo que posea talento.

—¿Fue en relación con la escuela de música como usted conoció al capitán Rogers?

—Oh, no; fue a través de Bertie. Bertie tiene un apartamento muy cómodo en el West End —creo que papá le ayuda a pagar el alquiler— y hay un pequeño dormitorio extra donde yo duermo a veces. Una noche, Jack, el capitán Rogers, vino a tomar una copa, y así le conocí. Poco después me invitó a cenar, luego a bailar, y yo lo llevé a conocer a papá y a mamá. Les gustó, a todo el mundo le cae bien. Y nos comprometimos. Aquí tiene una fotografía de Jack, tomada en el jardín de casa. Se está riendo; verá, Jack siempre está riéndose.

Holmes estudió la fotografía, que mostraba a un hombre joven, alto y de cabello oscuro. Llevaba una gorra ladeada en la cabeza, y sí se estaba riendo.

—Es mucho mayor que usted.

—Diez años mayor, pero eso me gusta. Considero que un marido siempre debe ser mayor que su esposa, de modo que ella pueda contemplarle y respetarle.

—¿El capitán Rogers es un viejo amigo de su hermano? ¿Tal vez se conocieron en la guerra?

—Oh, no. Bertie y Jack sólo se conocían desde hacía unos días, y no podrían haberse conocido en la guerra porque Bertie estuvo destinado en Francia, y Jack, al principio, en Palestina, y luego, bueno, él no me cuenta exactamente lo que hizo, pero tengo entendido por Bertie que fue algo muy secreto. —Es evidente que hizo acopio de valor para su siguiente pregunta, jugando con los abalorios ámbar que llevaba al cuello—. Señor Holmes, he oído contar que durante la guerra, después de haber capturado a Von Bork, usted estuvo ocupado en otro trabajo para el Servicio Secreto. ¿Es verdad?

Una ligera sonrisa curvó los labios finos del detective.

—Es usted incluso más inocente de lo que parece si espera que le conteste tal pregunta.

Ella se ruborizó.

—No pretendía ser impertinente, pero pensé que Jack podría haber sido uno de sus colegas, y que entonces usted lo habría reconocido.

Él agitó la cabeza.

—Le puedo asegurar que, sea lo que fuere que haya hecho en aquellos años, no tenía relación alguna con su novio. Pero, por favor, continúe con su historia. Entiendo que a sus padres no sólo les caía bien el capitán Rogers, sino que daban su aprobación para que fuera su futuro marido.

—Sí. Papá y mamá únicamente quieren que yo sea feliz, y soy —fui— maravillosamente feliz. Y Bertie siempre está cantando alabanzas de Jack, diciendo que es muy emprendedor y un buen hombre, y que tiene todo tipo de ideas espléndidas para hacer dinero. No tiene nada, ¿sabe? Me refiero al dinero. Hubo una especie de conferencia de familia cuando Jack dijo que quería casarse conmigo, papá, mamá, Bertie y yo, y Jack nos contó que su padre fue un inventor sin éxito que siempre esperó hacer una fortuna pero que nunca lo consiguió. Cuando cumplió los dieciocho años sus padres ya habían muerto, de modo que se vio obligado a abrirse camino solo en el mundo. Luego dijo: «Quiero casarme con Jane, señor, pero he de serle franco y decir que no tengo ni un penique de capital, y no le culparé si me rechaza». Yo sabía lo que papá contestaría a eso. Repuso que si nos amábamos, ésa era la única fortuna que necesitaríamos.

—Ya veo. ¿No se habló nada de cómo vivirían, de cómo la mantendría su esposo?

—Sí que se discutió. Papá dijo que sería triste si él no pudiera ayudar a su única hija a tener un comienzo feliz en su vida de casada. Jack *odia* Londres, quiere establecerse en el campo y cree que se puede amasar una fortuna por medio de nuevos métodos de cultivar la tierra... oh, tiene todo tipo de ideas interesantes, señor Holmes, y me gustaría que usted pudiera oírle explicarlas. Al término de nuestra conferencia, papá acordó que si encontrábamos una casa que nos gustara, y que tuviera buena tierra de cosecha, él nos la compraría de regalo y pondría el capital que nos ayudara a empezar. Sé lo que debe estar pensando, señor Holmes, que eso suena como un cazafortunas, pero si conociera a Jack no lo pensaría; le preocupa muy poco el dinero.

»Entonces todo quedó acordado y nosotros empezamos a buscar casas. Jack sabía que a mí no me gustaría estar lejos de mi familia, así que buscamos en Surrey y Sussex. Ésos fueron días felices para mí; salíamos cada mañana en el coche de Jack en busca de casas. Jack sabía en el acto si un lugar era el adecuado. No, no, diría, ésta es demasiado oscura, ni siquiera tus ojos brillantes la iluminarían. O si estaba muy mal situada, o si los cobertizos eran inservibles, o la tierra inadecuada para la cosecha que quería plantar. Entonces, una semana después, encontramos la Casa Hillerman, situada a unos tres kilómetros campo adentro desde Reigate, y Jack dijo en el acto que ése era el sitio. El señor y la señora Pringle habían cultivado tierras allí, pero él sufrió un ligero ataque de corazón y descubrió que el trabajo le resultaba excesivo. La casa necesita que la redecoren, y será más bien fría y ventosa en invierno, pero Jack se mostró tan extasiado con el lugar que, desde luego, yo dije sí. Papá estableció el precio con el señor Pringle, y la fecha de la boda se fijó para agosto, tres semanas a partir de ahora.

—¿Buscaron otras casas en el distrito?

—Habíamos visto otras dos que estaban cerca. Una me gustó mucho, pero Jack dijo que la tierra era muy inapropiada.

—Habría pensado que sería muy similar a la de la Casa Hillerman, pero no importa. Por favor, prosiga.

—El señor Pringle se mudó a la casa llamada Maple Lodge, en un pueblo pequeño cerca de Beaconsfield. Consideré que podíamos empezar a redecorarla, y fuimos a ver a un constructor local y elegimos los papeles para las paredes, pero Jack indicó que no deberíamos molestarnos en eso hasta que partiéramos en nuestra luna de miel, para que estuviera terminada cuando regresáramos. Se reuniría conmigo en Londres después de mi clase en la escuela de música y me llevaría al teatro o a un concierto, o saldríamos en compañía de Bertie. Eran días muy ajetreados para mí, ya que también me estaba ocupando del vestido de boda y preparando todo tipo de cosas para la ceremonia. Entonces, justo hace dos días, Jack me dijo que tenía que marcharse. No le he visto desde entonces.

—Cuénteme exactamente qué sucedió.

—No es algo que pueda olvidar, señor Holmes. Nos hallábamos en el saloncito de Bertie, aunque mi hermano no se encontraba presente. Jack me cogió las manos y me dijo:

»—Ahora, Jane, has de escucharme con mucha atención. Sabes que durante la guerra realicé servicios secretos para el gobierno. No puedo darte detalles, pero con este tipo de trabajo no existe nada parecido al retiro. Te pueden llamar en cualquier momento, y eso es lo que ha sucedido. No debo decirte quién se me ha acercado ni lo que se me ha pedido que haga, pero he de marcharme esta noche, y quizá no regrese en tres o cuatro días.

»—¿Volverás para la boda?

»Antes había estado serio, pero entonces echó atrás la cabeza y se rió como el Jack que yo conocía.

»—Oh, mi adorada Jane, mucho antes. Ni te enterarás de que me he ido.

»—¿Existe peligro en lo que vas a hacer?

»—No más que en cruzar la calle —contestó, y volvió a reírse.

»Entonces llegó Bertie y Jack me dio un beso de despedida, y no le he visto ni oído desde ese momento.

—¿Le dijo algo más a su hermano?

—Sí. Bertie era reacio a contármelo, pero eventualmente lo hizo. Parece que recibió un mensaje del Ministro de Asuntos Exteriores en persona, y se le encomendó una misión que le llevaría o bien a Francia o a Alemania. Eso era todo lo que Bertie sabía. Dijo que no había necesidad de preocuparse, que Jack sabía cuidar de sí mismo, pero temo que esté muerto. Si aún estuviera vivo, tengo la certeza de que habría encontrado una manera de decírmelo. Entonces pensé en usted, señor Holmes, y le escribí esa estúpida carta. Cuando llegué aquí no me atreví a exponerle mi

problema de inmediato, pensé que se enfadaría mucho. Y ahora, ¿puede brindarme alguna esperanza?

Holmes había estado meditando. Entonces salió de su ensimismamiento.

—Hay otras casas cerca de la Casa Hillerman, ¿verdad? ¿Y se encuentra cerca del camino?

—Sí. Está muy cerca del camino, y hay casas cerca. Toda la tierra se extiende en la parte de atrás. Pero ¿qué tiene que ver eso con la desaparición de Jack?

—Nada, tal vez. —Se puso de pie—. Es un problema interesante, y que no resultará difícil de solucionar, aunque temo mucho que... —Se contuvo—. Pero estoy teorizando sin los hechos, y ése es el peor de los errores. Veamos, deme quince minutos y estaré a su servicio.

—Pero ¿adónde vamos a ir? ¿A ver a Bertie en Londres?

—Dudo que él pueda añadir algo más a lo que le ha contado. No, debemos visitar al señor y la señora Pringle en su lugar de retiro en Buckinghamshire.

En el tren con rumbo a Victoria, y en el viaje hasta Beaconsfield, Sherlock Holmes se negó a decir una palabra más sobre el caso. Habló de música, comentando que una de las pocas cosas que lamentaba de su retiro voluntario era el hecho de que ya no podía asistir al Covent Garden para una velada de Wagner o escuchar un concierto en St James' Hall, ni podía visitar cualquier día una de las galerías de cuadros de Bond Street.

—Aunque me temo que los cuadros que ahora exhiben revelan las aberraciones de los tiempos modernos.

Habló de varias historias que le fueron contadas en el distrito donde vivía, que estaba emparentado con uno de los reyes que había perdido su trono en la Gran Guerra, que anteriormente había sido un monje que aún mantenía voto de silencio, y que era un asesino que había sido encarcelado y puesto en libertad. Luego, habló divertido del doctor Watson, quien aún tenía una salud razonable, aunque demasiado reumático ahora para aventurarse muy lejos de casa, diciendo que el infalible olfato de Watson para la solución equivocada siempre fue tan valioso como el instinto para la correcta. Cuando hubieron llegado a Beaconsfield, su acompañante se reía de algunas de sus historias, a pesar de que había creído que nunca más volvería a reír.

Maple Lodge era una casa agradable en las afueras del pueblo. Holmes había anunciado su inminente llegada por telegrama, y Tom Pringle, un hombre robusto con un firme apretón de manos, les recibió con amabilidad.

—Es un honor tener al famoso Sherlock Holmes en nuestra nueva casa, aunque creía que estaba retirado de la práctica. ¿Quería saber algo de la Casa Hillerman? ¿Y ha dejado en Londres al capitán Rogers? ¿Me permite preguntar si ya es señora Rogers?

Ella se ruborizó y sacudió la cabeza. Holmes contestó:

—Sí, una o dos preguntas han surgido sobre la Casa Hillerman.

—¿Es acerca del cultivo? Estuvimos allí casi veinte años, y no es el lugar más

fácil del mundo para cosechar, en especial con la tierra situada en pendiente y los problemas que ello crea para el drenaje. Al final, después de mi ataque, me resultaba muy duro. Sólo fue un ataque pequeño, pero el doctor Thomas dijo que o lo dejaba o saldría con los pies por delante. Sin embargo, pensé que el capitán Rogers podría tener algunos problemas. Era un joven muy agradable, pero no creo que supiera mucho de trabajar la tierra.

Los ojos azules de Jane se mostraron perplejos.

—Pero Jack tenía todo tipo de ideas nuevas. Dijo que la tierra era perfecta para lo que tenía en mente.

—¿De verdad, querida? Espero que la disfrute. Pero no veo dónde entra usted en esto, señor Holmes.

—Es un pequeño problema acerca de la historia pasada de la casa sobre el que he sido consultado —repuso Holmes con suavidad—. Dice que estuvo allí casi veinte años. ¿No hubo jamás un cambio en su trabajo? ¿Ningún momento en que dejó vacío el lugar durante una temporada?

—Jamás. Llevar una granja es un trabajo que requiere todo tu tiempo. No te tomas los fines de semana libres.

—¿Ni vacaciones?

—No hay vacaciones para los granjeros.

La señora Pringle no había hablado. En ese momento dijo con timidez:

—Hubo aquella vez, Tom, en que cayó una fuerte tormenta y los techos del primer piso se vinieron abajo.

—¿Consideras eso unas vacaciones? Tuvimos que poner un tejado nuevo, techos nuevos, empapelar las paredes; nos costó una fortuna.

—No fueron unas vacaciones, pero nos marchamos dos semanas mientras se llevó a cabo la obra, ¿no lo recuerdas? Y el señor Robinson se encargó de la casa.

—Bill Robinson, que vivía camino abajo —acordó Tom Pringle—. Hizo lo mejor que pudo, pero la dejó hecha un desastre.

Holmes adelantó el torso, los ojos le brillaban.

—¿Ése fue el tiempo en que dejaron la casa desocupada? ¿Podría decirme el año y el mes?

Los Pringle estuvieron de acuerdo en que fue durante junio del año 1913. Se mostraron asombrados cuando Holmes les informó que no tenía nada más que preguntarles, y también Jane. Ésta quiso saber qué tenía eso que ver con la desaparición de Jack.

—Puede que me encuentre en la pista falsa, aunque las señales indican lo contrario. Pero ahora, mi querida y joven dama, me propongo subirla a un tren con rumbo a Guilford mientras yo prosigo mis investigaciones.

Ella sacudió la cabeza con firmeza.

—Me quedaré con Bertie. Ya lo he arreglado, y así se lo he informado a papá y a mamá. Además, Bertie sabe que he ido a verle; de hecho, fue idea suya que me

presentara como periodista. Si Jack necesita ayuda, tengo la sensación de que un mensaje suyo puede llegarle a Bertie antes que a mis padres. —Ante eso Holmes no replicó nada. Con un destello del espíritu que había mostrado cuando fingió ser una periodista, ella añadió—: Como parece que me encuentro en el papel del doctor Watson, y usted no me contará lo que piensa, puedo, por lo menos, preguntarle adónde le llevarán sus investigaciones.

—Si no le cuento nada, se debe a que tengo ideas pero no pruebas, de modo que pueden convertirse en nada. Me pregunta adónde iré mañana. Pasaré parte de mi tiempo en la hemeroteca del Museo Británico, y el resto en Scotland Yard. Los viejos inspectores se han retirado: Lestrade, Athelney Jones y Gregson, pero aún está allí Stanley Hopkins, y me recuerda lo suficiente como para saber que nunca hago preguntas ociosas. Entonces, las respuestas a esas preguntas puede que me lleven más lejos. Tan pronto como tenga noticias, le enviaré un telegrama al apartamento de su hermano.

El telegrama llegó a última hora de la tarde del día siguiente. Decía: «Llegaré temprano por la mañana. Esté preparada para un viaje corto. Sherlock Holmes».

Holmes cumplió su palabra. No pasaban más de uno o dos minutos de las ocho cuando sonó el timbre. Bertie abrió la puerta y dejó entrar al detective.

—Señor Holmes, parece cansado. ¿Le gustaría un *whisky*, o café y unos huevos? Este es un apartamento de soltero, y mis habilidades no son las de la señora Hudson, pero Jane y yo haremos todo lo que podamos.

—Un café y una tostada me vendrán bien. He estado viajando casi toda la noche, y la edad pasa factura.

Mientras Bertie preparaba el desayuno, entró y salió del salón, y Holmes vio que el joven era muy parecido a su hermana, aunque irradiaba un aire de locura e irresponsabilidad, mientras que ella daba la impresión de fortaleza sosegada. Cuando estuvieron sentados a la mesa, Bertie dijo:

—Vamos, señor Holmes, cuéntenoslo. ¿Qué ha descubierto?

—El problema está resuelto, pero aún queda por interpretar el último acto. Usted se parece notablemente a su hermana. Espero que la quiera.

—Quiero a Jane más que a nadie en el mundo, y ella lo sabe.

—Me alegra oírlo. En los días que nos esperan quizá pueda confortarla, y deshacer parte del daño que le causó al presentarle a Jack Rogers.

Ella juntó las manos con fuerza.

—Jack está muerto. ¿Es eso lo que trata de decir?

—Casi desearía que fuera así. Usted ha sido la víctima del engaño más cruel que recuerde. El risueño Jack Rogers —ha usado otros nombres, y a veces se hace llamar coronel o general, tanto como capitán— es uno de los timadores más conocidos de Gran Bretaña. Se especializa en seducir a mujeres impresionables y luego en robarles sus ahorros. Cuando es necesario llega hasta la ceremonia de boda. Scotland Yard tiene un historial de él tan largo como su brazo, e incluye cuatro matrimonios

bígamos. Rogers salió de prisión hace sólo tres meses.

Ella se cubrió el rostro con las manos, pero cuando lo levantó estaba compuesto, los ojos secos.

—Usted nunca lo habría imaginado cuando le conté mi historia, señor Holmes.

—Por supuesto que no. Sin embargo, lo que me llamó la atención es que la suya es una familia más sencilla y crédula de lo usual. He aquí un hombre que a todos ustedes les es desconocido, que conoce de forma casual a su hermano, le cuenta una historia que no se puede comprobar sobre haber realizado trabajo secreto durante la guerra —trabajo que ningún agente de verdad discutiría jamás— y es presentado a una dama joven que no conoce nada del mundo y su perversidad. Sus padres también son gente poco cosmopolita, que creen cada palabra que un hombre dice, y consideran como virtud muy positiva el que les confiese que no tiene padres ni capital alguno. Hay un cortejo veloz y es aceptado como pretendiente.

»Así que las circunstancias eran sospechosas. Cuando observé el anillo que le había dado, y vi bajo la lupa que las piedras no eran diamantes sino zirconitas casi sin valor, mis dudas se reforzaron. Desde luego, si el hecho se hubiera descubierto, él habría dicho que carecía del dinero para comprar un diamante y que le avergonzaba revelarlo. ¿Era sólo un cazafortunas? Pero a medida que usted me contaba su historia, daba la impresión de que quizá su objetivo no era el matrimonio, sino algo que tenía que ver con la Casa Hillerman.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Bertie.

—Consideren la situación. Él ha sido aceptado, y la búsqueda de una casa adecuada ha comenzado. Se rechazan varias, aunque a la futura esposa le gustan. Se elige la Casa Hillerman, aunque ella la considera fría y ventosa. Se dice que la calidad del terreno es superlativa, pero, debe ser similar a la de las casas próximas que han sido rechazadas. Y todo ello se ve que es una gran necedad cuando averiguamos del señor Pringle que Rogers no sabe nada sobre el cultivo de tierra. ¿Por qué, entonces, la quiere? ¿Por qué, cuando se sugiere su redecoración, dice que es algo que debería dejarse hasta que estén de luna de miel?

Holmes juntó los dedos y los miró con algo de expectación.

—Me perdonarán que contemple esto como un ejercicio intelectual, ya que visto bajo esa luz posee una cierta fascinación. Cuando me formulé a mí mismo la pregunta *Por qué*, no pude hallar ninguna respuesta salvo que él deseaba obtener acceso a la casa en un momento en que allí no hubiera nadie. Yo estuve involucrado en dos casos donde se empleó un plan elaborado para sacar a alguien fuera de la residencia que ocupaba. En el primer ejemplo, fue para ganar acceso a un sótano que daba a un banco, y en el segundo un intento por recuperar el equipo y los billetes falsos de un falsificador. Sospeché que algo del mismo tipo se aplicaba aquí, aunque las circunstancias eran diferentes en el sentido de que la casa estaba a la venta. Cuando Rogers lo descubrió, debió haber buscado a una víctima, alguien a quien pudiera persuadir de comprar el lugar, quizá en una así llamada participación con él. Le

encontró a usted, y a través de usted a su hermana. No debe reprocharse con exceso. Es un bellaco de lo más convincente.

—Eso encaja con algo que Jack —Rogers— me dijo una vez —comentó Bertie—. Me dijo que podía hacer una fortuna muy rápidamente si encontraba un socio con dinero. Lo hizo con su acostumbrado estilo festivo, y pronto descubrió que yo no tenía nada. Y entonces... jamás me perdonaré por el dolor que te he causado, Jane. —Ella volvió a bajar la cabeza en silencio cuando él le cogió las manos—. Pero ¿insinúa que tiene algo escondido allí?

—Si es tan amable de seguir mi curso de razonamiento, llegaré a ello en un momento.

—Pero, señor Holmes —dijo el irrefrenable Bertie—, permíname por exponerlo así, ¿mas no deberíamos partir hacia la Casa Hillerman? Podríamos ir en *Elsie*, nos llevará allí más rápido que cualquier tren.

—Acabaremos con más celeridad si me permite concluir —indicó el detective con un toque de aspereza—. Me enteré por Jane de que la casa se hallaba cerca del camino y que tenía vecinos, de modo que si debía realizarse en ella una inspección exhaustiva, habría que seguir cierta cautela. Cuando los Pringle nos contaron que la única vez que habían dejado la casa fue en 1913, tuve la seguridad de que un repaso a los periódicos de aquel año aportaría alguna respuesta al problema de lo que se había ocultado en ella, y así resultó ser. En junio de 1913, se llevó a cabo un atrevido atraco a primeras horas de la noche en el Banco de Surrey y Sussex en la sucursal de Reigate. Los ladrones escaparon con más de veinte mil libras en billetes, pero fueron sorprendidos por el director adjunto, a quien golpearon en la cabeza y abandonaron por muerto. Sin embargo, había activado la alarma y se inició la persecución. Los ladrones fueron atrapados en New Belton, que sólo se encuentra a unos ochocientos metros de la Casa Hillerman. Eran dos, Black Ned Silverman y un hombre llamado Pascoe, quienes recibieron condenas largas. Silverman había planeado el hurto, y lo condenaron a catorce años. Jamás se recuperó el dinero.

—De modo que Rogers no era uno de la banda —dijo Bertie.

—No, no tenía nada que ver con ella. El robo con violencia no era su juego.

—Entonces, ¿cómo se enteró del atraco?

—Estaba en prisión con Black Ned, y durante un tiempo compartió una celda con él. Silverman soltó algo del gran golpe que había dado, y dijo que el dinero estaba a buen recaudo en la Casa Hillerman. Ya he dicho que Rogers es un diablo persuasivo.

—Si Rogers conoce dónde está el dinero, ahora ya debe tenerlo.

—Yo no dije que supiera su emplazamiento; Black Ned no era tan descuidado como para revelárselo. Nosotros, sin embargo, le llevamos ventaja.

Bertie se quedó boquiabierto. Su hermana, que había estado escuchando con atención, dijo:

—Señor Holmes, es usted un mago.

—Me halaga. Conocía a Black Ned desde hacía tiempo. Por supuesto, no apruebo

su estilo de vida, pero no es un mal sujeto excepto por su temperamento incontrolable. Confía en mí, pues en una ocasión le liberé de un cargo del que no era culpable. Cuando me enteré de que él estaba involucrado en el asunto, viajé hasta la Isla de Wight donde cumple condena. El director de la prisión me dejó verle, y al contarle a Black Ned los hechos, me reveló lo que había sucedido. Cuando él y Pascoe vieron que los iban a coger, se toparon con esa casa vacía, escondieron el dinero allí y huyeron para no ser atrapados en aquel lugar. Pascoe murió en prisión, y Ned no saldrá libre hasta dentro de unos cuantos años, así que tenía poco que perder contándome dónde estaba oculto el dinero. Él sabía que Rogers de algún modo lo conseguiría si no lo cogían. En cualquier caso, quería venganza. No me gustaría encontrarme en los zapatos del risueño Jack cuando Silverman salga de prisión.

—Ha dispuesto de dos semanas para buscar el dinero —dijo Bertie—. ¿Cómo sabe que no lo ha encontrado y huido?

Holmes sonrió.

—Porque he estado en contacto con el inspector Beddoes, de la policía local, y averigüé que nuestro hombre sigue allí. Trabaja solo, como siempre, pues Jack Rogers no confía en nadie, y eso limita lo que puede hacer cada día. Pero hay un aspecto del asunto que creo que ustedes no aprecian, y que me ha traído aquí a contarles lo que sé que debe ser una historia dolorosa. La acción de la policía no es posible, pues Rogers no ha cometido ningún acto criminal. Él espera ocupar la casa, y no se puede acusar a un hombre de entrar y dañar su propia propiedad. Una vez que se haya roto el compromiso, es un asunto distinto. Por lo tanto, si puede aguantar acompañarme...

El tono de las mejillas de Jane se encendió.

—Me gustaría verle de nuevo. Sólo una vez.

Bertie condujo a *Elsie*, el pequeño Ford, con intrepidez, tocando el claxon con alegría cada vez que dejaba atrás a otros coches. Ante la sugerencia de Holmes, se detuvieron a unos metros y prosiguieron a pie. La Casa Hillerman estaba solitaria y se erguía alta, un típico modelo del gótico Victoriano con algo imponente en sus ladrillos rojos. La entrada era una arcada en punta, y por encima se levantaban los capiteles. Al acercarse oyeron el sonido de golpes, con un ritmo frenético y casi desesperado.

La puerta sólida se abrió cuando giraron el picaporte, y al entrar Jane lanzó una exclamación. Era como si un ciclón hubiera atravesado el vestíbulo. Se habían arrancado las planchas de madera del suelo y a la vista colgaban los cables eléctricos. Se había destrozado un aparador, quitado la mitad de los pasamanos de las escaleras y la barandilla dejado en el suelo. Entraron en un cuarto a la derecha y vieron las mismas huellas de devastación. Los golpes procedían de arriba. Holmes se llevó un dedo a los labios y les indicó con un gesto de la mano que le siguieran. El sonido venía de uno de los cuartos frontales de la primera planta. La puerta estaba abierta, y el hombre que había dentro había levantado parte del suelo y se hallaba agachado

escudriñando en la superficie de abajo. Había una escalera en un rincón.

—No es probable que tenga éxito aquí, señor Rogers —dijo Sherlock Holmes—. Debería haber convencido a Black Ned para que le diera más detalles.

El hombre se puso en pie de un salto con un juramento en la boca, que contuvo al ver a los otros visitantes. No era menos atractivo que en la fotografía, pero la expresión risueña de la foto se vio sustituida por una mueca de irritación y, luego, por un aire de perplejidad.

—Bertie, Jane, ¿qué estáis haciendo aquí? ¿Y quién es usted?

—Me llamo Sherlock Holmes. Esta joven dama solicitó mis servicios porque temía por su seguridad. Usted contó su historia demasiado bien.

Como por arte de magia, la expresión feroz y el asombro fueron borrados de la cara de Roger, que los sustituyó por una sonrisa encantadora.

—Jane, mi querida e inocente Jane...

La voz de ella sonó como el acero.

—Era inocente, pero ya no. ¿Es éste tu servicio al gobierno?

Él se rió con desenfado.

—Deja que te lo explique. Me habrías considerado ridículo si te hubiera dicho que en esta casa que habíamos comprado podía estar oculta una fortuna. Quería darte una sorpresa, ser capaz de decir que, después de todo, no llegaba a ti con las manos vacías.

—No sirve, Rogers —dijo Holmes con aspereza—. Conocen toda la historia.

De nuevo se produjo un cambio en las atractivas facciones, de modo que la sonrisa se vio acompañada por una expresión de astucia.

—No he hecho nada ilegal.

—Lo mismo dijo en otra ocasión el señor James Windibank, alias Hosmer Angel. Estuve de acuerdo con él, pero le amenacé con azotarle con un látigo.

—No puedo decir que vea un látigo en su mano. Y debo recordarle que esta casa pertenece a mi futura esposa.

Calló, pues ella se había quitado el anillo, arrojándolo a sus pies.

—Ya no. Ahí tienes ese anillo sin valor.

—Costó una o dos libras, pero dejémoslo ahí. Y como nuestro compromiso está roto, quizá después de todo sea educado evitarte mi presencia.

—Un momento —pidió Sherlock Holmes—. Quizá le guste ver lo que ha estado buscando tanto tiempo. Cuando esta casa quedó vacía necesitó unos fuertes arreglos, y en especial los techos de la primera planta que se habían venido abajo. Los obreros habían terminado el trabajo del día y dejado sus herramientas en la casa. Cuando Black Ned y Pascoe llegaron en su huida, sabían que no disponían de horas, sino de minutos para hallar un escondite, y por lo que se me ha informado eligieron este mismo cuarto. —Holmes miraba al techo—. El techo estaba caído, los listones de madera expuestos y unos pocos sueltos. Requirieron cinco minutos para volver a clavarlos en su lugar, después de meter los fajos de billetes dentro. Debió haber

pensado en el techo, Rogers. Black Ned dijo que en la esquina nordeste. Este parece el lugar indicado, donde se ven algunas grietas.

Holmes acercó la escalera, subió y golpeó el sitio agrietado con un escoplo hasta que derribó la escayola. Entonces, viendo unos clavos que parecían más nuevos que el resto, encajó el escoplo entre ellos, puso la mano en el espacio que había abierto, y la sacó sosteniendo un puñado de billetes.

—Hay más de donde han salido éstos y, Bertie, creo que su brazo más joven se vería bien empleado sacándolos. No me sorprendería que el Banco de Surrey y Sussex diera una buena recompensa por la devolución de su dinero después de todos estos años. En cuanto a usted, Rogers, ahora es un intruso en esta casa, y si quiere evitar problemas yo que usted me marcharía. Su prometida se ha escapado por poco.

La carta que llegó a la cabaña de Holmes unos pocos días después tenía una letra delicada y fina, pero con carácter. Leyó:

Querido señor Holmes:

No sé cómo darle las gracias. Usted dijo que yo no sabía nada de la perversidad del mundo, pero ya he visto algo. Bertie se siente muy avergonzado de sí mismo, diciendo que si no hubiera sido por él jamás me habría visto enredada con Jack. Cree que lo suyo no es la bolsa, y quizá pruebe fortuna en las colonias. Papá y mamá han sido amables y cariñosos. Todos somos una familia poco cosmopolita, como usted dice, y ellos jamás se han encontrado antes con un hombre verdaderamente malo. Tampoco yo.

En cuanto a mí, ¿qué puedo decir? Sé que el hombre al que amé no valía nada, pero jamás le olvidaré. No estoy segura de si existe algún sentido en hablar de un corazón roto, pero sé que jamás me casaré. Ello no disminuye mi gratitud hacia usted. Siempre permaneceré como su devota admiradora...

—Un caso pequeño y trivial, con algunos puntos de interés, pero no uno a la altura de Watson —musitó Sherlock Holmes para sí mismo.

Guardó la carta en la delgada carpeta del archivo de ese caso que contenía los otros detalles relevantes. La joven le había impresionado por la fuerza de carácter al igual que por su juvenil inocencia, y clasificó el caso bajo la «M». No pudo leer bien el apellido: ¿era Mantle o Maple...?

# ARCHIVOS DE BAKER STREET

# Dos parodias de Sherlock Holmes

*J. M. BARRIE*

## *INTRODUCCIÓN DE ARTHUR CONAN DOYLE*

James Barrie es uno de mis amigos literarios más antiguos, a quien conocí durante el primer o segundo año de la época en que los dos llegamos a Londres. Él acababa de escribir su *Window in Thrums*, y yo, como todo el mundo, lo aclamé. Cuando yo estaba dando conferencias en Escocia en 1893, me invitó a Kirriemuir, donde pasé algunos días con su familia: espléndidos ejemplos del pueblo que ha hecho grande a Escocia. Su padre era un buen hombre, pero su madre era maravillosa tanto de cabeza como de corazón —raras combinaciones—, lo que me hizo clasificarla con mi propia madre.

Estupendas como son las obras de Barrie —y algunas creo que son muy buenas—, desearía que jamás hubiera escrito una línea para el teatro. El encanto que tiene y —para él— el éxito fácil, han apartado de la literatura a un hombre con el más puro estilo de su época. Las piezas teatrales siempre son efímeras, sin importar lo buenas que sean, y se ven limitadas a unos pocos, pero los libros nonatos de Barrie podrían haber sido un bien eterno y universal de la literatura británica.

Barrie y yo vivimos una desgraciada aventura juntos, en la que puedo afirmar que en su mayor parte la desventura fue mía, ya que realmente yo no tenía nada que ver en el asunto, y, sin embargo, compartí todo el problema. No obstante, debería haber compartido el honor y el beneficio en caso de éxito, de modo que no tengo derecho a quejarme. Los hechos fueron que Barrie le había prometido al señor D'Oily Carte que le proporcionaría el libreto de una ópera ligera para representarse en el Savoy. Esto fue en la época de Gilbert, cuando tal libreto se juzgaba por unos cánones muy altos. Fue un encargo extraordinario el que aceptó, y todavía jamás he sido capaz de entender por qué lo hizo, a menos que, como Alejandro, quisiera mundos nuevos que conquistar.

Yo entré en el asunto debido a que la salud de Barrie falló por culpa de una aflicción de familia. Recibí un telegrama urgente de él desde Aldeburgh, y al trasladarme allí le encontré muy preocupado porque se había comprometido con un contrato, y en su presente estado se sentía incapaz de continuar con el proyecto. Iba a tener dos actos, y había escrito el primero, y el esbozo de escenario para el segundo, con la secuencia de eventos completa... si es que se la puede llamar secuencia. ¿Aceptaría participar con él y ayudarlo a terminarlo como coautor? Desde luego, me sentía muy feliz de poder servirle de cualquier modo. Sin embargo, mi corazón se vino abajo cuando, después de prometérselo, examiné la obra. El único don literario que Barrie no posee es el sentido de ritmo poético y el instinto para lo que es

permisible en el verso. Las ideas y el ingenio abundaban. Pero la trama en sí no era fuerte, aunque las situaciones y los diálogos eran también en ocasiones excelentes. Hice lo que pude y escribí la letra para el segundo acto, y gran parte del diálogo, pero debía tener la forma predestinada. El resultado no fue bueno, y la noche del debut me sentí inclinado, como Charles Lamb, a largarme de mi palco. La ópera, *Jane Annie*, fue uno de los pocos fracasos de la brillante carrera de Barrie. Sin embargo, la camaradería existente durante la producción fue muy divertida e interesante, y nuestro fracaso fue principalmente doloroso debido a que defraudó al productor y al reparto. Todos recibimos malas críticas, pero Barrie las encajó con el mejor de los espíritus, y aún conservo los versos cómicos de consolación que recibí de él a la mañana siguiente.

Era una parodia de Holmes, un gesto festivo de resignación por el fracaso que habíamos tenido, escrito en las guardas de uno de sus libros.

Esta parodia, la mejor de las numerosas parodias que se han escrito, se puede tomar como un ejemplo no sólo del ingenio del autor, sino de su valor jovial, pues se escribió inmediatamente después de nuestro fracaso conjunto que, en aquel momento, representaba un pensamiento amargo para los dos. En verdad no existe nada más desgraciado que un fracaso teatral, pues sientes cuántas otras personas que te han respaldado se han visto afectados por él. Fue, me alegra decir, mi única experiencia de fracaso, y no me cabe duda de que Barrie puede decir lo mismo.

Era así:

*A A. Conan Doyle, de su amigo J. M. Barrie*

## La aventura de los dos colaboradores

AL llegar a la conclusión de las aventuras de mi amigo Sherlock Holmes, a la fuerza recuerdo que él jamás, salvo en la ocasión que —como ahora oiréis— llevó su singular carrera a su fin, consintió actuar en ningún misterio que involucrara a personas que se ganaran la vida con la pluma.

—No distingo entre la gente con la que me mezclo por cuestiones de trabajo —diría—, pero trazo la línea ante los personajes literarios.

Una noche nos encontrábamos en nuestro salón de Baker Street. Yo estaba (recuerdo) sentado a la mesa central escribiendo «La Aventura del Hombre sin la Pata de Corcho» (que tanto había intrigado a la Royal Society y a todas las demás comunidades científicas de Europa), y Holmes se entretenía con un poco de práctica de tiro con el revólver. Era su costumbre de una noche de verano el disparar alrededor de mi cabeza, afeitándome justo la cara, hasta que hubiera realizado un perfil mío en la pared de atrás, y es una escasa muestra de su destreza el que muchos de tales retratos a tiro de pistola son considerados como parecidos admirables.

Por casualidad yo miré por la ventana, y al ver a dos caballeros que avanzaban rápidamente por Baker Street, le pregunté quiénes eran. Él encendió de inmediato su pipa y, retorciéndose en una silla en la postura de un ocho, contestó:

—Son dos colaboradores de una ópera cómica, y su obra no ha sido un éxito.

Asombrado me levanté de un salto hasta el techo, y él entonces explicó:

—Mi querido Watson, es evidente que son hombres que siguen un bajo instinto. Usted mismo debería ser capaz de leer incluso eso en sus rostros. Esos papeles azules pequeños que tiran con gesto colérico son las Noticias de Prensa Durrant. Es obvio que llevan cientos encima (vea cómo abultan sus bolsillos). No los pisotearían si fuera una lectura agradable.

De nuevo salté hasta el techo (que está bastante abollado), y grité:

—¡Sorprendente! Pero puede que sólo sean simples autores.

—No —dijo Holmes—, pues los simples autores únicamente reciben mención en la prensa una vez por semana. Sólo los delincuentes, los dramaturgos y los actores las reciben a cientos.

—Entonces, puede que sean actores.

—No, los actores vendrían en coche.

—¿Puede contarme algo más sobre ellos?

—Mucho. Por el barro que mancha las botas del más alto percibo que procede de South Norwood. Resulta evidente que el otro es un autor escocés.

—¿Cómo puede saberlo?

—Lleva en el bolsillo un libro llamado (lo veo claramente). «Auld Licht Something». ¿Alguien que no fuera el autor llevaría un libro con semejante título?

Me vi obligado a confesar que era improbable.

Entonces se hizo evidente que los dos hombres (si así se los puede llamar) estaban buscando nuestro alojamiento. He dicho (a menudo) que mi amigo Holmes rara vez expresaba emoción de ningún tipo; sin embargo, en ese momento se puso lívido por la pasión. Al rato, eso dio paso a una extraña expresión triunfal.

—Watson —dijo—, el individuo grande durante años ha recibido el crédito por mis más notables obras, pero por fin le tengo... ¡por fin!

Hasta el techo subí yo, y cuando bajé los extraños estaban en el salón.

—Percibo, caballeros —dijo Sherlock Holmes—, que en este momento se encuentran afectados por una extraordinaria novedad.

El más atractivo de nuestros visitantes preguntó perplejo cómo lo sabía, pero el más grande sólo frunció el ceño.

—Olvidan que lleva un anillo en el dedo anular —replicó con serenidad el señor Holmes.

Yo estaba a punto de saltar hasta el techo cuando el bruto grande intervino.

—Esa tontería está muy bien para el público, Holmes —dijo—, pero a mí no me la puede soltar. Y, Watson, si vuelve a subir al techo me encargará de que se quede ahí.

En ese momento observé un fenómeno curioso. Mi amigo Sherlock Holmes se *encogió*. Se volvió pequeño ante mis ojos. Miré con añoranza el techo, pero no me atreví a dar un salto.

—Cortemos las primeras páginas —dijo el hombre grande—, y pasemos a los negocios. Quiero saber por qué...

—Permítame —interrumpió Holmes con algo de su antiguo coraje—. Quiere saber por qué el público no va a su ópera.

—Exacto —afirmó el otro con ironía—, como bien lo percibe por los botones de la pechera de mi camisa. —Con más seriedad añadió—: Y como sólo puede averiguarlo de un modo, debo insistir en que sea testigo de toda una representación de la pieza.

Fue un momento de ansiedad para mí. Temblé, pues sabía que si Holmes iba yo debería acompañarle. Pero mi amigo tenía un corazón de oro.

—Jamás —gritó con fiereza—. Haré cualquier cosa por usted menos eso.

—La continuidad de su existencia depende de ello —dijo amenazadoramente el hombre grande.

—Preferiría derretirme en el aire —repuso Holmes, cogiendo con orgullo otra silla—. Pero puedo decirle por qué el público no asiste a su ópera analizando la cuestión.

—¿Por qué?

—Porque —contestó Holmes con calma— prefiere mantenerse alejado.

Un silencio mortal siguió a ese extraordinario comentario. Durante un momento, los dos intrusos miraron con pavor reverencial al hombre que tan maravillosamente

había desentrañado su misterio. Luego, sacando sus cuchillos...

Holmes decreció más y más, hasta que no quedó nada salvo un anillo de humo que ascendió despacio dando vueltas hasta el techo.

Las últimas palabras de los hombres grandes a menudo son dignas de mención. Estas fueron las últimas palabras de Sherlock Holmes:

—¡Tonto, tonto! Durante años le he mantenido en el lujo. Gracias a mi ayuda ha viajado ampliamente en carruajes, donde ningún autor había sido visto antes. *¡A partir de ahora viajará en autobús!*

Espantado, el bruto se hundió en un sillón.

El otro autor ni movió un pelo.

# El difunto Sherlock Holmes

## ARRESTO SENSACIONAL

### WATSON ACUSADO DEL CRIMEN

(Por Nuestros Propios Periodistas Extra Especiales).

**12.30** horas. A primera hora de esta mañana el señor W. W. Watson, doctor en medicina (Edimburgo), fue arrestado en su residencia sita en el 12a de Tennison road, en St John's-wood, acusado de estar implicado en la muerte del señor Sherlock Holmes, antes de Baker street. El arresto se efectuó sin incidentes. Tenemos entendido que el prisionero fue encontrado por la policía desayunando con su esposa. Al informársele de la razón de su visita, no expresó sorpresa alguna, y sólo pidió ver la orden de arresto. Una vez que se le hubo mostrado, sin oponer resistencia se puso al servicio de la policía. Parece que ésta tenía instrucciones de decirle que antes de acompañarles a Bow street disponía de libertad para realizar los preparativos para la continuidad durante su ausencia de su consulta médica. El prisionero sonrió ante eso, y dijo que no hacían falta tales preparativos, ya que su paciente había salido del país. Al advertírsele que cualquier cosa que dijera se podría usar como evidencia en su contra, declinó hacer cualquier otra declaración. Entonces fue trasladado expeditivamente a Bow street. La esposa del prisionero fue testigo del acto con gran fortaleza.

## EL MISTERIO DE SHERLOCK HOLMES

La desaparición del señor Holmes fue un acontecimiento tan reciente y dio lugar a tanto que hablar que lo único que hace falta aquí es un muy breve resumen del asunto. El señor Holmes era un hombre de mediana edad y residía en Baker street, donde se dedicaba a la profesión de detective privado. Disfrutó de un extremo éxito en su vocación, y algunos de sus triunfos más notables aún deben estar frescos en la memoria del público... en particular aquel conocido como «La Aventura de las Tres Cabezas Coronadas», y la todavía más curiosa «Aventura del Hombre de la Pata de Palo», que tanto intrigó a las comunidades científicas de Europa. El doctor Watson, tal como se demostrará por su propia boca, era un gran amigo del señor Holmes (ello mismo una circunstancia sospechosa) y tenía la costumbre de acompañarle en sus peregrinaciones profesionales. Tenemos entendido que la parte acusadora alegará que lo hacía para servir ciertos fines propios, que eran de carácter monetario. Hace unas dos semanas, llegaron noticias a Londres de la repentina muerte del desgraciado señor Holmes en circunstancias que sugieren con fuerza la intervención de juego

sucio. El señor Holmes y un amigo habían ido en un viaje breve a Suiza, y desde allí se telegrafió que Holmes se había perdido en las terribles Cataratas de Reichenbach. Había caído o lo habían empujado. Las cataratas tienen unos trescientos metros de altura; pero el señor Holmes, en el curso de su carrera, había sobrevivido a tantos peligros, y el público tenía tanta fe en que apareciera tan alerta como siempre un mes después, que nadie le creyó muerto. La confianza general se vio reforzada cuando se supo que su compañero en esta expedición era su amigo Watson.

## LA DECLARACIÓN DE WATSON

**Lamentablemente** para sí mismo (aunque es posible que bajo la coacción de la policía de Suiza), Watson se sintió obligado a realizar una declaración. En resumen, lo que exponía era esto: que la causa verdadera del viaje a Suiza era un criminal llamado Moriarty, de quien Holmes estaba huyendo. El difunto caballero, según Watson, había arruinado el negocio criminal de Moriarty, quien juró vengarse. Ello destrozó los nervios de Holmes, por lo que huyó al Continente, llevando consigo a Watson. Todo fue bien hasta que los dos viajeros llegaron a las Cataratas de Reichenbach. Hasta allí les siguió un muchacho suizo que le llevaba una carta a Watson. Supuestamente procedía del posadero de Meiringen, un pueblo vecino, y le imploraba al doctor que fuera rápidamente a la posada y le prestara sus servicios profesionales a una dama que había enfermado allí. Dejando a Holmes en las Cataratas, Watson partió hacia la posada, sólo para descubrir que el propietario no le había enviado ninguna carta. Al recordar a Moriarty, Watson volvió a toda velocidad a las Cataratas, pero llegó demasiado tarde. Todo lo que halló allí fueron huellas de una lucha desesperada y un papel con la letra de Holmes en el que le explicaba que él y Moriarty se habían matado mutuamente y, luego, se arrojaron por las Cataratas.

## RUMORES POPULARES

**El** arresto de Watson esta mañana no sorprenderá a nadie. Era la opinión general que debía adoptarse semejante medida en interés de la justicia pública. Especial indignación se expresó ante la declaración de Watson de que Holmes estaba huyendo de Moriarty. Es bien sabido que Holmes era un hombre de inmenso valor, quien se deleitaba al enfrentarse al peligro. Todos reconocen que representarle como otra cosa es equivalente a decir que el Detective del Pueblo (como se lo llamaba) se había

## APROVECHADO DEL PÚBLICO

**Tenemos** entendido que el mismo Watson presentará material impreso en el juicio

como prueba del punto de vista público. También se puede apuntar que la historia de Watson provocó dudas. La lucha mortal tuvo lugar en un sendero estrecho por el cual es absolutamente imposible que el difunto hubiera podido ver la llegada de Moriarty. Sin embargo, los dos hombres sólo se debatieron en el risco. Lo que la Corona preguntará es,

### ¿DÓNDE ESTABAN LAS PISTOLAS DE HOLMES?

**Watson**, de nuevo, es la autoridad que afirma que el difunto jamás salía de su casa sin llevar varias pistolas cargadas en los bolsillos. Si ello acontecía aquí en Londres, ¿no es del todo increíble que Holmes estuviera desarmado en las comparativamente salvajes montañas suizas, donde, además, se dice que vivía en terrible temor de la llegada de Moriarty? Y por la descripción hecha por Watson del terreno, no hay nada que quede más claro que Holmes dispuso de tiempo de sobra para dispararle a Moriarty después de que éste hubiera aparecido a la vista. Pero incluso concediendo que Holmes estuviera desarmado, ¿por qué no le disparó Moriarty a él? ¿Es que tampoco llevaba pistolas? Es el colmo del absurdo.

### LO QUE VIO WATSON

**Watson** dice que cuando dejaba la zona de las Cataratas vio a lo lejos la figura de un hombre alto. Sugiere que se trataba de Moriarty, quien (afirma él) también envió la carta falsa. En apoyo de esta teoría se debe conceder que Peter Streiler, el posadero, reconoce que un extraño de esas características se detuvo en la posada durante unos pocos minutos y escribió una carta. Esta pista se está investigando de manera muy activa, y sin duda con la identificación de esa persona misteriosa, que se da a entender sólo será cuestión de unas pocas horas, nos hallaremos más próximos a desentrañar la trama. Se puede añadir, gracias a la información que nos proporcionó una fuente segura, que la policía no espera descubrir que ese extraño fuera Moriarty, sino más bien

### UN CÓMPLICE DE WATSON

**que** durante mucho tiempo ha colaborado con él en sus escritos, y ha sido muy mencionado en relación con el difunto. Resumiendo, el arresto más sensacional del siglo está sobre el tapete.

### LAS HABITACIONES DE BAKER STREET

**del** hombre asesinado están tomadas por la policía. Nuestro enviado se ha presentado allí en el transcurso de la mañana y pasó cierto tiempo inspeccionando el salón con el que el público se ha hecho tan familiar a través de las descripciones de Watson. El cuarto está tal como cuando el difunto moraba allí. Ahí, por ejemplo, está su sillón favorito en el que solía contorsionarse cuando resolvía un problema difícil. Una caja de latón de tabaco se ve en la repisa de la chimenea, y sobre ella cuelga la «Duquesa» de Gainsborough que llevaba mucho perdida, que Holmes descubrió hace un tiempo, sin poder, eso parece, ser capaz de encontrar a su propietario legal. Se recordará que Watson, cuando Holmes decía cosas sorprendentes, tenía la costumbre de «saltar hasta el techo» dominado por el asombro. Nuestro enviado examinó el techo y lo encontró

## MUY ABOLLADO

**El** público tampoco puede haber olvidado que Holmes solía divertirse en este salón con la práctica de tiro. Era un tirador tan científico que una noche, mientras Watson escribía, disparó alrededor de la cabeza de éste último, afeitándole a la parte infinitesimal de un centímetro. El resultado fue un retrato de pared, a balazos, de Watson, que está considerado como poseedor de una semejanza excelente. Se entiende que, siguiendo el ejemplo establecido en el caso Ardlamont, ese retrato será presentado en el tribunal. También se está contemplando traer la Cataratas de Reichenbach para el mismo propósito.

## EL MOTIVO

**Siendo** las pruebas del caso circunstanciales, es obvio que el motivo debe tener una parte importante para la Corona en el caso. En el extranjero corren rumores descabellados al respecto, y en esta fase del caso han de recibirse con cautela. Según uno, Watson y Holmes habían tenido una diferencia respecto a asuntos monetarios, afirmando el último que el primero se estaba haciendo de oro con él y no compartía nada. Otros alegan que la diferencia entre los dos hombres se debió al cambio de actitud de Watson; se asevera que Holmes se quejó amargamente de que Watson no saltaba hasta el techo por el asombro con la misma frecuencia que en los primeros días de su relación. Sin embargo, la culpa en este caso parece recaer menos en Watson que en los inquilinos del segundo piso, quienes se quejaron ante la casera. Tenemos entendido que la fraternidad legal busca a

## EL CABALLO OSCURO

**en** el caso como el motivo que condujo al asesinato del señor Holmes. Este caballo oscuro, por supuesto, es la figura misteriosa a la que ya se ha aludido y que había sido vista en las proximidades de las Cataratas de Reichenbach el día fatal. Se dice que éste tenía fuertes razones para eliminar al señor Holmes. Durante largo tiempo mantuvieron excelente trato. Holmes reconocía abiertamente al principio de su carrera que le debía todo a ese caballero; quien, de nuevo, corroboró que Holmes era una gran fuente de ingresos para él. Sin embargo, últimamente no se mantenían en términos tan amistosos, ya que Holmes se había quejado con frecuencia de que cualquier cosa que él hiciera, era el otro quien recibía el crédito de ello. Por otro lado, al cómplice del que se sospecha se le ha oído decir «que Holmes se había estado volviendo demasiado arrogante por todo», que «ahora le podía ir muy bien sin Holmes», que ya «estaba harto de Holmes», que «está enfermo del nombre del fanfarrón», e incluso que «si el público seguía gritando por más Holmes, lo mataría en defensa propia». Se llamarán testigos al estrado para corroborar dicha afirmación, y se cree que se demostrará que el hombre misterioso de las Cataratas y este caballero son una y la misma persona. El propio Watson reconoce que le debe su misma existencia a este caballo oscuro, que proporciona la importante prueba de que el extraño de las Cataratas también es un doctor. Desde luego, la teoría de la Corona es que estos dos médicos eran cómplices. Es sabido que aquel a quien hemos llamado el caballo oscuro aún se encuentra por las proximidades de las Cataratas.

## EL DOCTOR CONAN DOYLE

**El** doctor Conan Doyle en la actualidad se encuentra en Suiza.

## UN RUMOR EXTRAORDINARIO

**nos** llega al ir a imprenta, y es que el señor Sherlock Holmes, a ruego de todo el público Británico, regresó a Bakerstreet y en este momento (en pose de ocho) está solucionando el problema de La Aventura del Novelista y Su Padre Marinero.

# Notas

[1] *Las Hazañas de Sherlock Holmes*, editadas en esta misma colección, número 1.

«La Aventura del Castillo Arnsworth» aparece en el citado volumen bajo el título de «La Aventura de la Viuda Roja»; lo repetimos aquí en respeto a la edición de Richard Lancelyn Green. <<

[2] *Rand*: moneda unitaria de Sudáfrica. (N. del T.). <<

[3] *Un Problema de Tres Pipas*, editado en esta misma colección, número 3. Julian Symons ha escrito también otro pastiche con el mismo protagonista, Sheridan Haynes: *Los Asesinatos de Kentish Manor*, número 6 de esta colección. <<

[4] Juego de palabras entre las mismas acepciones que tiene la palabra inglesa original, *Collector*, que son coleccionista y cobrador, de ahí la confusión del doctor Watson. (*N. del T.*). <<